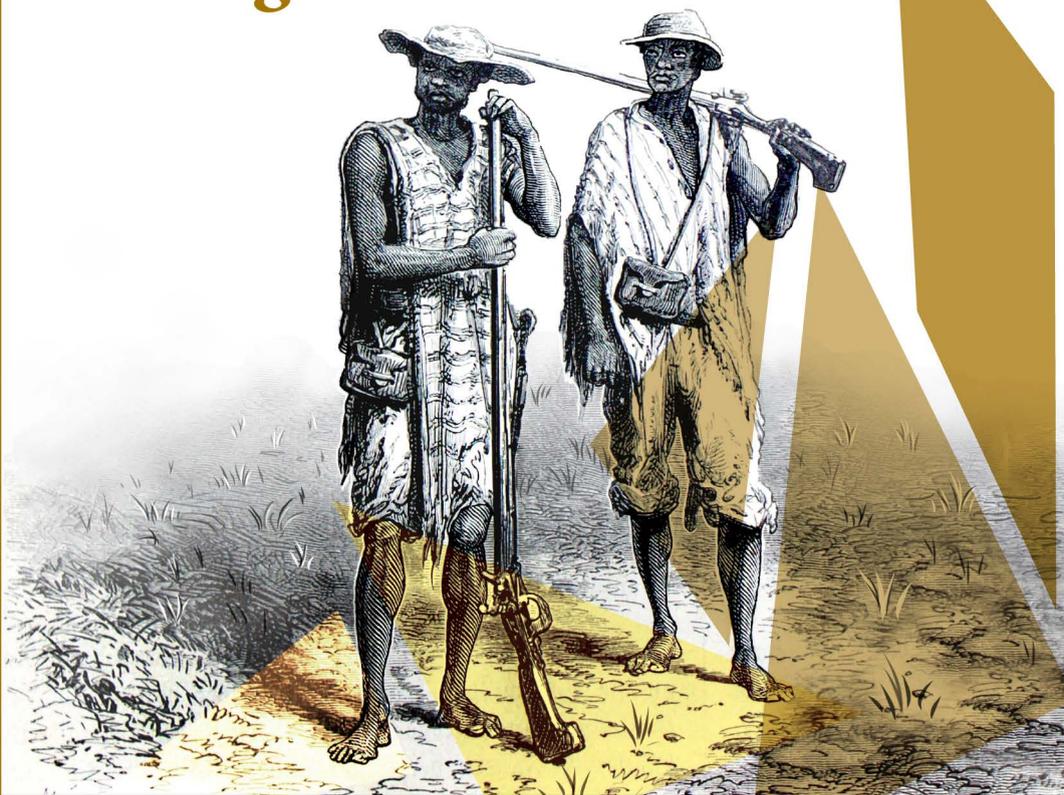


Lilia Ana Márquez Ugueto

**País mantuano**  
**ensayos de filosofía del**  
**cimarronaje**  
*en clave de historia*  
*insurgente*







**País mantuano**  
**Ensayos de filosofías**  
**del cimarronaje**  
**en clave de historia insurgente**

  
**ELPERRO**  
**yLARANA**

1.ª edición impresa, Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

© Lilia Ana Márquez Ugueto

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,  
Piso 21, El Silencio  
Caracas -Venezuela 1010

**Correos electrónicos**

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

**Páginas web**

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

**Redes sociales**

Facebook: El perro y la rana

X: @perroyranalibro

**Edición y corrección**

Yhoiner Parras

**Diseño y diagramación**

Odalís C. Vargas B.

**Diseño de portada**

Bairon Torres

**Imagen de portada**

*Hombres de Colombia* por Joseph Spillman, 1904.

Cortesía Colección Libros Raros de la Biblioteca Nacional de Venezuela

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-5430-4

Depósito legal: DC2023001647

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Lilia Ana Márquez Ugueto

**País mantuano**  
**Ensayos de filosofías**  
**del cimarronaje**  
**en clave de historia insurgente**



## PRESENTACIÓN DE LA COMISIÓN

Si bien es cierto que, al día de hoy, se tiene una noción distinta acerca de las nefastas consecuencias de carácter histórico, antropológico, económico, social, cultural y espiritual que nos dejó la invasión europea y su violento proceso de colonización, no es menos cierto que todavía hace falta generar múltiples espacios que permitan el análisis, discusión, debate y reflexión permanente sobre aspectos que, a la luz de nuevas interpretaciones, permitan conocer elementos poco estudiados, o nada valorados, de lo que representa nuestro complejo pasado colonial.

Bajo esta premisa, el 25 de enero de 2022, el ciudadano Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro Moros, juramentó a la Comisión Presidencial para el Esclarecimiento de la Verdad Histórica, Justicia y Reparación sobre el Dominio Colonial y sus Consecuencias en Venezuela, instancia integrada por investigadoras e investigadores de la academia, activistas, líderes y lideresas de las comunidades indígenas y afrodescendientes, quienes han dedicado su vida y trayectoria profesional al estudio y difusión de esa otra mirada a la historia, contribuyendo con sus aportes a la descolonización de la memoria colectiva y la reconstrucción de una memoria plural, una identidad múltiple y una historia insurgente.

Como parte del plan de trabajo de esta comisión presidencial, se definió un proyecto editorial que ha sido materializado con la publicación de la **Colección Insurgencias Históricas y Afroepistemologías Cimarronas**, una selección de textos que, además de promover el diálogo entre las diversas contribuciones que tanto la sabiduría popular como la rigurosidad científica han brindado para el enriquecimiento de las epistemologías cimarronas, también contribuye con la valiosa misión de sacar a la luz aquellos hechos que, intencionalmente, han permanecido ocultos o se les ha restado importancia en la historiografía tradicional.

Ha sido desde la *Comisión Presidencial para el Esclarecimiento de la Verdad Histórica, Justicia y Reparación sobre el Dominio Colonial y sus Consecuencias en Venezuela* que se impulsa este proyecto editorial en alianza con el Centro Nacional del Libro (CENAL) y la Fundación Editorial El Perro y la Rana, con el firme propósito continuar aportando nuevos datos y elementos que permitan contrarrestar todos los esfuerzos de quienes se valen de organismos internacionales, academias, medios de comunicación y redes sociales marcadamente colonialistas e imperiales, para mantenernos en la absoluta ignorancia.

Por ello, la **Colección Insurgencias Históricas y Afroepistemologías Cimarronas** pone al alcance de espíritus insurgentes, libros que van desde investigaciones inéditas, investigaciones actualizadas, manuales, poesía y otros géneros literarios que brindan la posibilidad de decodificar, reconceptualizar y construir nuevo conocimiento. Ya lo dijo el Presidente Nicolás Maduro Moros durante la conmemoración del Día de la Resistencia Indígena, el 12 de octubre de 2021, que esta comisión presidencial para el esclarecimiento de la verdad histórica tiene el deber de generar aportes en función de:

“Reconstruir toda la historia del genocidio, de la resistencia, de la victoria y de la esperanza en estas tierras venezolanas y dar un aporte. Una comisión por la verdad, por la vida, por la reparación...y reconstruir toda la historia de cómo fue el colonialismo en estas tierras, vamos a dar el ejemplo y a dar el primer paso en Venezuela. (...) porque el que no conoce su historia, el que no encara sus valores, el que no sabe de dónde viene, es muy difícil que pueda estar parado en esta tierra del siglo XXI, es muy difícil que pueda avanzar en este tiempo del siglo XXI, cuando nos acechan nuevos colonialismos”.

COMISIÓN PRESIDENCIAL PARA EL ESCLARECIMIENTO  
DE LA VERDAD HISTÓRICA, JUSTICIA Y REPARACIÓN  
SOBRE EL DOMINIO COLONIAL  
Y SUS CONSECUENCIAS EN VENEZUELA



## Palabras preliminares

El presente ensayo es un fragmento de mi tesis doctoral titulada *Ensayos sobre pueblo cimarrón y país mantuano en la insurgencia de seis revoluciones bolivarianas*. Fue defendida el 26 de noviembre de 2021 en la Universidad Bolivariana de Venezuela, en el marco del Programa de Formación Avanzada Doctorado en Ciencias para el Desarrollo Estratégico. *País mantuano* es un escrito experimental que tiene como principal objetivo estratégico reparar una historia de las estructuras venezolanas<sup>1</sup> que desde las élites locales se ha impuesto como racionalidad. A través de este objetivo el trabajo se plantea la recomposición y reconfiguración del campo cultural de los sectores dominantes en Venezuela.

Este ensayo optó necesariamente por la resemantización del término *país*, más allá de las convenciones idiomáticas del concepto entendido como nación, región, provincia o territorio. Profundizamos en el término y nos encontramos con que su principal sinónimo es la categoría *Estado soberano* y la caracterización que ésta tiene. Un *Estado soberano* es, desde el enfoque geográfico moderno, un territorio que como entidad

---

1 Las maneras como fueron concebidas y organizadas las sociedades colonizadas por el proyecto civilizador moderno en Venezuela.

política es independiente y tiene su propio gobierno con su aparato jurídico, es decir, una carta magna y sus leyes. Un estado soberano es capaz de constituir una forma de organización social, económica, política, soberana y coercitiva, con una fuerza policial y fuerzas armadas reguladoras de la totalidad de la vida social nacional.

Para efectos de esta investigación, la categoría país obedece a las funciones que tiene la construcción que hicimos de esta subjetividad en concordancia con nuestra trama histórica, y obedece también a la necesidad de convertirla en identidad, más que en entidad, ya que de lo que trata nuestra propuesta es de evidenciarla como personalidad que ha tenido unos desempeños específicos en los horizontes culturales, políticos y económicos de la sociedad venezolana.

País mantuano es un ensayo sobre las relaciones asimétricas de poder en Venezuela, basadas en *la ideología del racismo y los administradores locales de este prejuicio*. Podemos decir que dicha ideología siempre ejerció algún tipo de represión por cada generación histórica del pueblo que surgió, truncando así sus sueños civilizatorios. En la colonia, la racialización de la sociedad fue lo que estableció la peculiar *colonialidad del ser venezolano*, con su propia *raciología*<sup>2</sup>, y la invención del mestizaje como estrategia de blanqueamiento cultural, potentemente *culturicida*<sup>3</sup>, *esteticida*<sup>4</sup>,

---

2 Razón científica justificadora del racismo, de la diferencia colonial.

3 Exterminio semiótico, simbólico y fáctico (en la afirmación identitaria) de las culturas no occidentales, no modernas, no europeas, no blancas.

4 Asesinato simbólico y fáctico de otras sensibilidades, concepciones de belleza y valores conformes a pluriversos sensibles que difieren sustantivamente de los impuestos por la colonialidad moderna occidental.

*memoricida*<sup>5</sup> y *epistemicida*<sup>6</sup>; también hablamos de las preeminencias sobre los antiguos territorios indígenas, arrasados por las reinterpretaciones de ese *feudalismo conquistatorio* que nos presentó el historiador andaluz Javier García Fernández<sup>7</sup> en su proyecto histórico de investigación doctoral. Este ensayo es una reinterpretación descolonial de la dialéctica entre pueblo y país que planteaba la propuesta original<sup>8</sup>. El país a secas se lo han adjudicado históricamente las élites, es el campo cultural de los sectores dominantes a lo interno de la nación, pero que atienden a los requerimientos que sostienen la relación de tutelaje que se da en el horizonte trasatlántico entre metrópolis y colonias, entre centro imperial y periferias colonizadas. El *país mantuano* ha sido una ontología<sup>9</sup>; los administradores coloniales del proyecto civilizador moderno han sido negadores de oficio de los sectores populares porque en estas relaciones se establece la concepción de la humanidad, donde se plantea

- 
- 5 Asesinato simbólico, fáctico e ideológico de las memorias de los pueblos, de su dimensión ontológica, de ser de la existencia que produce culturalmente seres históricos desde testimonios de vida. El memoricidio es el mecanismo mediante el cual la razón colonial despoja de las memorias de los pueblos sometidos el asesinato de los recuerdos, la prohibición táctica de la remembranza. Y esta es una forma de tecnología civilizatoria de la que se ha valido la modernidad para cortar el cordón umbilical de la ancestralidad africana, que estamos rehabilitando.hoy las y los afrodescendientes, desde el proyecto histórico de cimarronaje académico.
- 6 Todo proceso sistémico y sistemático por exterminar nuestros modos de producción y reproducción culturales identitarios de conocimiento. Falacias universalizantes que ubican, por ejemplo, el surgimiento de la filosofía en Grecia, despojándonos de lo humano más básico, como pensarse desde el interior de las propias culturas el mundo en que vivimos. El epistemicidio en nuestras investigaciones ha producido una categoría auxiliar que intenta describir el proceso de fagocitación, de engullimiento de los conocimientos, ciencias, tecnologías, modos de explicar el mundo de las culturas conquistadas y dominadas, enclavando sus horizontes de pensamiento a la cultura dominante, esto es, *epistemo-fagia*, el engullimiento de estos saberes metabolizados colonialmente a la pauta cultural dominante.
- 7 García Fernández, Javier (2019). *Descolonizar Europa. Ensayos para pensar Históricamente desde el Sur*. Editorial Brumaria. Madrid.
- 8 Hecha por Julio César Márquez Meneses, mi padre (20002).
- 9 Definimos ontologías como lo aprendimos del educador popular venezolano Luís Antonio Bigott: seres históricos, hacedores de culturas que establecen sistemas de relaciones con todo lo que conocen como realidad.

una línea metafórica divisoria que define *la zona del ser y la zona del no ser*<sup>10</sup>.

El *país mantuano* se ha elevado como sector dominante en toda la historia común de la venezolanidad, con modelos políticos y, sobre todo, en los últimos tiempos con democracias representativas que constituyen al *país* que quieren controlar. En su universo no podía existir la pobreza como elemento que recordase la mala distribución de las riquezas nacionales; la diversidad etnocultural también debía ser negada para poder hacer coherente la reafirmación de la descendencia europea, y allí constituirse como el verdadero milagro europeo latinoamericano, esto es, *los hijos del nuevo mundo*.

Culturalmente el *país mantuano* ha mantenido los mismos prejuicios con los que arribaron a nuestras tierras sus antepasados a través de la invasión occidental, pero ahora con actualizaciones en las tecnologías civilizatorias para continuar la empresa de conquista. En esta categoría entra buena parte de la clase media venezolana, esa que desconoce su condición *sine qua non* de clase trabajadora, profundamente desarraigada, enajenada en el interior de su núcleo existencial, que impugna sus orígenes pluriculturales salvaguardando la imagen monolítica de la europeidad construida colonial e imperialmente.

---

10 Fanon, Frantz (1952). *Piel Negra, Máscaras blancas*. Buenos Aires, Editorial Abraxas.

# Introducción

## La colonia

Con la investigadora venezolana Diana Sosa Cárdenas<sup>11</sup> encontramos una síntesis muy reveladora del campo cultural de los sectores dominantes venezolanos y sus aspiraciones como sociedad estamental en la colonia: privilegios, según la consideración social que se tenga; prestigios hereditarios; convenciones estamentales; honorabilidad (que se refiere a la forma de vida y de oficios permitidos); monopolio de oficios de las clases superiores; tendencia al hermetismo; desigualdad ante la ley, con normas específicas para cada estrato; estatismo (las clases dominantes toman medidas para mantener la desigualdad y sus privilegios).

El apellido mantuano de esta subjetividad que definimos como país viene dada porque en la colonia hacía referencia a los miembros de la élite especialmente caraqueña de entonces; mantuano deriva de la palabra “manto”, atuendo que usaban las mujeres blancas en sus cabezas para entrar a la iglesia; ellas eran las únicas “autorizadas” a utilizar el velo para asistir a las misas. El mantuanaje como concepto aparece primeramente

---

11 Sosa Cárdenas, Diana (2010). *Los Pardos. Caracas en las Postrimerías de la Colonia*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello (Pág. 13).

en Caracas y luego se extiende al resto de las provincias donde el campo cultural de los sectores dominantes tenía fuertes espacios de poder, siendo el elemento identificador del grupo étnico blanco como poder absoluto perteneciente a la aristocracia local. El surgimiento de los mantuanos como grupo se remonta al siglo XVI, como consecuencia de las cédulas, leyes y ordenanzas que concedían derechos y privilegios a los descendientes de los primeros conquistadores y pobladores españoles en Venezuela.

Para poder condensar todos estos planteamientos introductorios de lo que desarrollamos como aspectos y procesos históricos que en principio han racializado las relaciones asimétricas de poder, fue necesario apelar a la definición de eso que el filósofo-sociólogo venezolano Enrique Alí González Ordosgoitti propuso como campo cultural de los sectores dominantes. En su trabajo investigativo, Enrique Alí González Ordosgoitti<sup>12</sup> específicamente en el capítulo denominado “Treinta y una tesis para la delimitación de 116 subtipos del campo cultural residencial popular y no-popular en América Latina”, en la tesis número 7, se encuentra una definición que contribuye con la propuesta de consolidar país mantuano como categoría. Nos plantea que se trata de las diversas maneras en que las élites se han venido definiendo a lo largo de su propia historia, imponiendo al pueblo “las condiciones objetivas y subjetivas de su existencia” (González Ordosgoitti 1997: 134). Dueños del mayor número de capitales, administrando la riqueza material y espiritual de la nación.

En este proceso de administración, su poder se ha desarrollado en las esferas económicas, políticas y culturales de la

---

12 González Ordosgoitti, Enrique Alí (1997). “33 tesis sobre cultura”. En *Diez Ensayos de Cultura Venezolana*. Caracas, Fondo editorial Tropykos, CISCUVE, (Centro de Investigaciones Socioculturales de Venezuela) Dirección de Desarrollo Regional del CONAC.

venezolanidad, y se definen como campo cultural en la medida que sus producciones culturales, la circulación y consumo de estas pautas identitarias provienen de sus propias existencias (*Ibidem*), codificando un horizonte de pensamiento específico donde se conjugaron los universos de lo vivido, sentido y pensado desde un estamento particular. De esta manera, pensamos que uno de los tratamientos ideológicos de esa supraconciencia de lo que hoy podemos entender como lo nacional, se encuentra en los discursos historiográficos oficiales, más que como narrativas de tiempos pasados, pasaron a componer sociologías del campo cultural de los sectores dominantes venezolanos de todos los tiempos, trayendo como resultado el ordenamiento y la organización de representaciones sociales desde una mirada estamental que ha buscado la construcción ideológica del *país casi armónico*.

Nuestra propuesta se ha encaminado hacia la interpelación histórica de cómo la sociedad venezolana ha establecido formas de relación a partir de los presupuestos, axiomas y razonamientos de la *ideología del racismo*, o de la *raciología nacional*; ha sido de vital importancia ratificar la naturaleza inseparable de la historia insurgente nacional y la filosofía del cimarronaje caribeña como fundamentos de esta investigación para trabajar desde una disposición ontológica que enlace los *campos culturales* que nos plantea González Ordosgoitti, las *zonas del ser y no-ser* que tomamos de Fanon para nuestro contexto y el *estar-siendo*” de Rodolfo Kusch<sup>13</sup>.

Recuperar elementos de la historia como *política afroepistémica* es, para efectos de esta investigación, un proceso íntimo y compatible al mismo tiempo que ayuda al proceso de descolonización de nuestra historia, evidenciando también el

---

13 Kusch, Rodolfo (1976). *Geocultura del Hombre Americano*. Buenos Aires, Edición Fernando García Cambeiro.

desgarre de una *psique* golpeada por el dogma de la supraconciencia civilizatoria que la modernidad nos lega como proceso deshumanizador de las subjetividades que hemos quedado al exterior del proyecto civilizador moderno en Venezuela.

*País mantuano* trata de los primeros, de los colonizadores locales, de cómo pensamos en nuestra búsqueda por la verdad histórica, que debe reorganizarse una memoria narrativa que vaya a lo profundo del sentido de lo nacional que el coloniaje criollo ha impuesto.

A partir de lo anteriormente esbozado, se configura también una meritocracia que se apoya de cánones económicos nacionales donde las rentas históricamente acumuladas, así como las propiedades culturales que han estructurado (incluso desde la banalidad de enaltecer los rasgos fenotípicos que poseen), los han hecho pensar que son los amos eternizados del territorio y la gente que aquí nacimos. Por otra parte, este reordenamiento histórico también requirió trabajar desde cómo el sentido de pertinencia, de oportunidad histórica, reveló la aptitud de un estamento que ha defendido sus privilegios como derechos ontológicos. Al interior de esa supraconciencia civilizatoria nacional de la que estamos hablando se fundaron las bases de un pensamiento que se ha mantenido en el tiempo, eso que racionalmente se estableció sobre la concepción de poder, y fundamentó lo político como pensamiento y la política como acción. Asimismo, en esa construcción social de redes de sentido y significado histórico que se imponen en la sociedad desde la cultura colonial local, se forjó la idea monolítica de cultura nacional atentando contra la diversidad cultural que en lo fáctico siempre ha existido. Todos estos elementos nos llevan a la dimensión intangible de las tecnologías civilizatorias, del trenzado de las colonialidades, donde lo ontológico, lo político y lo económico, desde el campo cultural de los sectores dominantes el país mantuano, por un lado, borran las

fronteras de la igualdad social con novedosos artilugios que mantuviesen la sociedad de privilegios establecidas y, al mismo tiempo, como correlación indispensable que siempre recurrió a mamparas y recursos adaptables, maquillando las viejas lógicas de subalternización del pueblo.

A partir de estos elementos medulares de la venezolanidad oficializada, intentamos explicar cómo se construyó la personalidad histórica del campo cultural de los sectores dominantes, con sus parcialidades históricas determinadas por las narrativas oficiales, desde los conflictos estructurales que como sociedad venimos arrastrando, y sobre todas las cosas desde la violencia endémica que este campo cultural ha venido desarrollando en su praxis de *exclusión-invisibilización-indiferencia, explotación-despojo y subvaloración-negación al pueblo venezolano*.

Para ello, es vital comprender cómo la dominación ideológica se convirtió en un mecanismo complejo que impuso los constructos de un sistema de valores basado en la arquitectura de campos culturales antagónicos, interdependientes y profundamente conflictivos; también la imposición de sistemas de creencias que orbitan en esa supraconciencia civilizadora eurocentrada que mantiene soterradamente en la vida cotidiana nacional la zona del ser (de la humanidad) y la zona del no ser (la infrahumanidad), refrescadas en la construcción de la meritocracia y evidenciando las características neuróticas de la personalidad histórica del país mantuano.

En el núcleo del correlato entre la supraconciencia civilizatoria y la supraconciencia nacional como horizonte de sentidos es donde hemos podido precisar la *herencia cultural de la personalidad neurótica eurocéntrica*, en una clara reapropiación de la violencia *conquistataria* en las gradaciones, manifestaciones y reproducciones de la violencia racial contra el pueblo racializado, donde el país mantuano ha institucionalizado estos

perjuicios. Revisando un texto de Edgar Morín<sup>14</sup> del 2005, nos encontramos con un ensayo sobre la explicación de una antropología de la barbarie; de esta investigación tomamos elementos centrales del capítulo “Barbarie humana y barbarie europea”. Consideramos insuficiente el debate de la personalidad neurótica del país mantuano cuando no nos introducimos en el núcleo de comprensión de lo que representa el sostenimiento en el ámbito nacional del eurocentrismo y de toda expresión de colonialismo interno (fascismo) que intente mantener la racionalidad de conquista.

Con Morin como fundamento en este aspecto específico, logramos dar con elementos esclarecedores que podrían contribuir a una antropología, e incluso a una *arqueología social del mantuanaje como dimensión cultural*, donde se encuentran rasgos definitorios de una espiritualidad colonizada y colonizadora al mismo tiempo. En este trabajo, Morin nos habla de la existencia de un *Homo demens*, como contraparte del *Homo sapiens* capaz de desarrollar niveles grandilocuentes de delirio, de demencia, incompatiblemente opuestos a lo que reconocemos como el *Homo sapiens*. Ese componente demencial productor de delirios de grandeza, de odios, de desprecio por lo diverso, incluso de desmesura en su comportamiento, va ser una de las dimensiones de la personalidad neurótica del campo cultural de los sectores dominantes que venimos describiendo para el caso venezolano.

Morin evoca la terminología griega de la *hybris* para poder comprender que esa desmesura se evidencia en una suerte de racionalización de la demencia, del delirio pasional y, con ello, de la capacidad de fabricación de mitos delirantes que sostienen las tecnologías civilizatorias de la barbarie occidental. La

---

14 Morin, Edgar (2005). *Breve Historia de la Barbarie de Occidente*. México, Fondo de Cultura Económica.

*hybris* va entenderse como una oposición al proceso de maduración racional, donde se configurarán una serie de cálculos fríos, crueles, colocando intereses económicos por encima de los humanos. Estos elementos de desbordamiento de la conducta eurocéntrica comenzaron por borrar de la zona del ser, de lo humano culturalmente construido, a la otredad racializada creada para poder sostener el delirio de grandeza de presunta superioridad, desarrollando una barbarie propia, evidenciada en la colonialidad del ser, del poder y del saber. Revisando la relación clásica de civilización y barbarie con el diálogo de las letras de Morin nos queda repensar que de lo que se ha tratado es de la barbarie civilizatoria que parió una ideología del racismo. El filósofo colombiano Santiago Castro Gómez<sup>15</sup> en uno de sus textos del 2005 organiza su propuesta investigativa con varios criterios para el debate sobre la colonialidad del saber, del poder y del ser. Podríamos afirmar que su búsqueda se orientó en principio en la construcción epistémica desde el pensamiento crítico descolonial sobre lo que significó para su país, Colombia, la relación entre ciencia y geopolítica en el siglo XVIII, de allí el vínculo entre capitalismo y colonialismo; su estudio subvierte el orden epistémico de explicación en la medida en que desnuda la relación entre ciencia y colonialidad que fundamenta la filosofía moderna occidental. Sin embargo, una de las operaciones analíticas que más valor tiene en su investigación para efectos de nuestro trabajo es la reinterpretación del término *hybris* desde su realidad histórica, que supone la ilusión de poder rebasar los límites propios de “la condición mortal y llegar a ser como los dioses” (Castro Gómez, 2005:18-19) y esto es precisamente lo que quedaría incrustado en la mentalidad de los que llevaron adelante el

---

15 Castro Gómez, Santiago (2005). *La Hybris del Punto Cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana.

proyecto civilizador moderno en la empresa de construcción del Estado nación en Colombia.

En esto consiste la potencialidad demencial de este estamento en Nuestramérica y, en el caso venezolano en particular, el país mantuano como racionalidad ha luchado históricamente por el sostenimiento en el tiempo del mito del ancestro común europeo que lo blanquea y lo retorna al hecho civilizatorio. Por ello, el país mantuano es para nosotras perpetuador del crimen etnofágico con la praxis simbólica del exterminio del enemigo que construyó como justificación en la figura de los sectores populares.

De acuerdo a la afirmación de Morin, según la cual la civilización produce barbarie, podemos aseverar que el país mantuano es casi-armónico porque no ha logrado el etnocidio total. Este es el fermento demencial de la herencia civilizatoria en el interior de las relaciones nacionales; no terminaron de cuajar la monopolización de la verdad civilizatoria encarnada en la subjetividad de la dominación y la actividad integradora de la supraconciencia de la racionalidad supremacista, que tiene como misión civilizatoria la purificación étnica, la limpieza simbólica del mito de la sangre buena.

La intransigencia racial ciertamente no se comporta de la misma manera que en otros países donde las ideologías segregacionistas están abiertamente institucionalizadas, sin mamparas, sin subterfugios como el mestizaje ideológico, sin *micromitos* de hermandad nacional donde todos somos café con leche. Sin embargo, luego de cinco siglos de barbarie europea como racionalidad que se impone en el colonialismo interno, entendemos porqué Jesús María Herrera Salas<sup>16</sup> nos dice que la estructura de las clases sociales están entrelazadas y

---

16 Herrera Salas, Jesús María (2005). *Economía Política del Racismo en Venezuela*. Caracas, Fondo Editorial Mihail Bajtin.

funcionan como un potente mecanismo de exclusión y explotación hacia el pueblo, en esos escenarios donde se ponen en peligro los privilegios raciales sociales y los intereses económicos de las élites venezolanas (Herrera Salas, 2005:100).

De lo que se trata es de hacer visible un incuestionable ma-remagno existencial generado en la vida misma del sujeto occidental y desde allí ver cómo esta eventualidad demencial penetró el núcleo íntimo de la cultura y de la idea de civilización. Se produjo desde este estremecimiento del ser de la existencia, en este caso del sujeto moderno occidental, un egoísmo cultural que desea poseer el todo abstracto y concreto, una egolatría civilizatoria como la penosa experiencia de proyectar un *yo* que quiere *ser* y que aún no ha sido y una actitud egocentrista como personalidad histórica, que en la búsqueda frenética por conservar sus privilegios etnoculturales debe exterminar a todo aquel que considere amenazante para su proyecto humano supremacista.

Todo este proceso se vincula en la correlación entre supraconciencia civilizatoria y supraconciencia nacional, donde la primera opera desde la construcción del *ego dominante*. Estos debates sobre la constitución del ego civilizador han sido develados y explicados extensamente por Enrique Dussel<sup>17</sup> y Ramón Grosfoguel<sup>18</sup>. Para efectos de esta investigación retomaremos las caracterizaciones del ego moderno que ambos vienen desarrollando. Nos encontramos en este rico debate con el papel de la autoconciencia o la conciencia de sí a través de la interrelación que se da entre el *ego conquiro* (yo conquisto, luego existo) que es donde se da la construcción del “otro

---

17 Dussel, Enrique (2008). “Meditaciones anti cartesianas: sobre el origen del anti-discurso filosófico de la modernidad” en *Tabula Rasa*, Núm. 9, julio-diciembre, 2008, Bogotá, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

18 Grosfoguel, Ramón (2013). “Racismo/sexismo epistémico, universidades occidentalizadas y los cuatro genocidios/epistemicidios del largo siglo XVI” en *Tabula Rasa*, Núm. 19, julio-diciembre 2013. Bogotá, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

inferior” desde el horizonte de sentido colonial, y con ello la relación entre conquistador y conquistado es la clave para comprender la semiótica de la dominación y el sometimiento que explica la supremacía colonial moderna, o en palabras de Dussel, el traumatismo del *ego conquiro* moderno (Dussel, 2008:175). Los límites de esa soberbia existencial en nuestra historia la vemos trabajada en José María Herrera Salas en el capítulo denominado “La reacción de los mantuanos ante la real cédula de gracias al Sacar”. Con estas reflexiones del autor, podemos insistir en la necesidad de que se haga visible la ambición siempre mercantilista de la Corona Española, al sacarle plusvalor económico a los antagonismos que se presentan en las colonias de ultramar, esto es, la evidencia histórica de cómo el sistema de blanquitud para España se convierte en una nueva renta de ese contexto colonial, la renta de la blanquitud con la posibilidad de que los grupos subalternizados racialmente busquen la manera de acceder a la sociedad venezolana estratificada desde principios etnoculturales, pagando su rehumanización, accediendo a la zona del ser que estableció la raciología venezolana.

Uno de los elementos medulares de la crisis estructural de la sociedad venezolana en la colonia se da como episodio histórico concreto cuando sus privilegios de castas son amenazados desde la racionalidad mercantilista de la Corona; es el momento en que la blanquitud genera, como decíamos anteriormente, plusvalores económicos que tambalearon las comunidades construidas a partir de la axiología del racismo. De esta manera, el desenmascaramiento de la raciología nacional se produce cuando los pardos (subjetividad pluriétnica subalternizada) plantean, en la esfera jurídica de la colonia, incluso llegando a las instancias de la metrópoli colonial, la posibilidad de su ascenso social (Herrera Salas, 2005:120). Para la racionalidad mantuana, los pardos “igualados” pierden la noción de

autoridad en el momento en que Juan Gabriel Landaeta, un pardo libre de la capital, manda una carta con la solicitud directamente al Rey de España el 14 de febrero de 1788, saltándose los caminos “regulares” que imponían *los amos del valle* desde el ayuntamiento.

Queda al desnudo la razón genealógica de la sociedad venezolana nobiliaria, blanca por autodefinición. La solicitud de Landaeta, quien pide que se exonere de esa condición etnocultural a su descendencia también parda como él, es uno de los capítulos más importantes de nuestra historia para comprender el porqué del endorracismo, de la vergüenza étnica, de la morenidad como símbolo de ascensión social y de la inscripción identitaria al mestizaje como tabla de salvación.

En el núcleo de la preocupación del solicitante, lo que observamos son los prolegómenos del debate nacional sobre la justicia social, que tiene en la médula rígida de los antagonismos al *racismo sistémico*. Cuando Landaeta solicita que sus hijos y nietos sean dispensados de la condición de pardos para “poder contraer matrimonio con personas blancas, cursar estudios universitarios y entrar en las sagradas órdenes” (Herrera Salas, 2005:120), se evidencia una clara demanda a consolidar las posibilidades de justicia social, a otra venezolanidad no oficializada.

La reacción del cabildo caraqueño, lugar donde se implementaba la política *de los amos del valle*, fue imposibilitar que semejante solicitud fuese aceptada. El conflicto fue a escala nacional y los mantuanos no pudieron impedir que, a decir de Luis Felipe Pellicer (citado por Herrera Salas, 2005:120) la consecuencia jurídica adoptada por la Corona española haya sido “la inclusión del régimen dispensatorio del Estado español de una cláusula referida al pago de un arancel de 500 pesos por la dispensación de la calidad de pardo” (Herrera salas, 2005:120).

Este acontecimiento que devela la lucha de *castas clasistas* en Venezuela, para Herrera Salas tiene tres dimensiones muy importantes: la primera, vinculada con la pérdida paulatina pero progresiva de la mano de obra barata que mantiene los privilegios adquiridos por siglos de la economía política que defienden como patrimonio estamental; por otro lado, y citando nuevamente a Luís Felipe Pellicer, “la rigidez de la jerarquización social de la colonia... el mantuanaje caraqueño defiende su honra desde las instituciones que controla: el Ayuntamiento, la Universidad, el Obispado” (Herrera salas, 2005:120); la tercera dimensión de este entramado de dominio mantuano, para el cuestionamiento de la economía política que viene denunciando Herrera Salas, la plantea desde el historiador Santos Rodolfo Cortés cuando se refiere al núcleo ideológico de la oposición de los mantuanos a proyectos sociales que intenten sostener el ideario de igualdad nacional, donde el historiador denuncia que el ensañamiento mantuano contra los pardos tiene hundida sus raíces en la discriminación racial y el marginamiento social producto de la demencia colonial racista (Herrera Salas, 2005:120).

En la fragua del orden social colonial los mantuanos ven amenazada el tipo de sociedad de privilegios que habían construido a imagen y semejanza de sus anhelos civilizatorios. Con Germán Carrera Damas entendimos la oposición de los criollos a la posibilidad del ascenso social de los pardos, a través de la sociedad que se imaginaron tener: “Fue la única sociedad en todo el imperio español que puso en marcha una defensa decidida y eficaz contra esta real cédula, y el celo demostrado por el Ayuntamiento caraqueño en la defensa del sistema de castas y de la discriminación racial, social, es realmente impresionante” (Carrera Damas citado en Herrera Salas, 2005: 121).

El temor al acenso de las personas “indignas, gentes infames y de torpe linaje” por gracia divina, son elementos básicos

del peligro de desestructuración del orden social colonial racializado; la racionalidad mantuana tiene construido el pensamiento de la jerarquización social a la que estaban habituados, desde allí se erigió lo que nos advierte Luís Felipe Pellicer “la función justificadora del orden y del lugar privilegiado que tienen dentro de él” (Herrera Salas, 2005:123) haciéndonos comprender que lo que salvaguardan en la sociedad de privilegios es la supraconciencia civilizatoria del *ethos* conquistatario que se da en la configuración del yo, en sus diversas dimensiones.

El *ego cogito* (yo pienso, luego existo), para Grosfoguel (20013) se da en el ego idolátrico que va a establecer otras relaciones de dominación más profundas; en nuestro caso lo entendemos a partir de comprender la racionalidad del país mantuano donde se muestra esa egolatría como necesidad de afirmarse y reafirmarse en detrimento de la otredad subalternizada. Entra también en juego el *ego extermino* «yo extermino, luego existo» que veremos a lo largo de los antagonismos históricos entre el pueblo cimarrón y el país mantuano. Al respecto, nos dirá Ramón Grosfoguel que uno de los elementos identificadores se presenta como “la condición socio-histórica estructural que hace posible la conexión del *ego conquiro* con el *ego cogito*” (Grosfoguel, 2013:39) y que nosotras lo veremos reflejado en el egocentrismo cultural donde la suprahumanidad es el sueño del país armónico, imposibilitado por la infrahumanidad que representa lo salvaje, primitivo y bárbaro del pueblo subalternizado-racializado y que, como relato alterno, lo encontramos en la concepción de civilización que tiene la autoconciencia eurocéntrica, otorgándole como plusvalor ideológico a los antagonismos étnicos el proceso continuo de desontologización (deshumanización) de la otredad racializada.

Para poder aterrizar estas definiciones que fundamenten la propuesta categorial de *país mantuano*, tuvimos que hacer la periodización identitaria de la racionalidad que encierra por

épocas y estamentos esa personalidad histórica y tomamos como punto de partida tres identidades que fueron, a nuestro modo de ver, las bases fundamentales del país mantuano que reconstruimos. La edificación que proponemos como base social colonial que se perpetuó en la fragua de la economía fue la heredada en las prácticas de la personalidad histórica de los grandes cacaoos, en la significancia de la cultura mantuana y en la política: la pensada y ejercida por los amos del valle.

## Mantuanaje

En esas sociologías del mantuanaje que venimos denunciado como historiografía oficial, encontramos como reflexión recurrente del país mantuano la pregunta por la autopercepción de la venezolanidad, la angustia por saber si lo que les concreta es la blancura por autodefinición, la morenidad histórica, lo culturalmente eurocéntrico, lo ideológicamente mantuano, la internalización semántica de los sentidos y los significados, de lo simbólico y lo representativo que se da en el *ethos* cultural mantuano, o más bien, ninguna de estas angustias se excluyen, siendo, en suma, el sistema emocional que agrupa todo lo anteriormente enumerado. Es por ello que el tratamiento afroepistémico que este ensayo busca realizar desde la dimensión metodológica es la compilación, lectura y análisis de elementos varios, de diversos textos que contribuyen a esa pesquisa de rasgos fundamentales de la personalidad histórica del campo cultural de los sectores dominantes que, a nuestro modo de ver, estableció un sistema psicopático de valores y un sistema demencial de creencias.

Comprender ese escenario nos permitió apreciar, en su justa dimensión, actitudes, disposiciones y comportamientos que se institucionalizaron en el grupo dominante, desde un

principio hasta el presente, en una cultura que tiene fuertes influencias en nuestra identidad. Lo patológico que venimos denunciando como acción histórica demencial radica en esa idea de mentalidad pura que desde un pensamiento reflexivo ensimismado y consciente de su auto destrucción como ser, ha salvaguardado el absurdo de una lógica productora y reproductora de prejuicios raciales.

Esa mentalidad pura de la identidad mantuana ha configurado una estructura histórica de la subjetividad, una suerte de idealismo subjetivo que sostiene el complejo de superioridad incluso en los *mea culpas*, que se desprenden de la profundidad de un psicologismo etnoculturalmente racista. Al interior de la cultura mantuana nos encontramos con la metabolización como racionalidad, mentalidad y configuración del pensamiento ese constructo; a esto le siguen el correlato de sus actos, narrativas extemporáneas de superioridad humana y por supuesto el desenfreno de la supremacía racial.

Para nosotras, la cultura mantuana racionalizada en un pensamiento mantuano y representada por el país mantuano ha tenido la tendencia histórica como elite de mantener persistentemente formas, figuras y estructuras de la lógica etnocentrada, cristalizándose en la elaboración de ideas de retrato de lo humano y lo infrahumano y que vienen a ser la evidencia de operaciones mentales que nos remiten a la existencia de una psicología mantuana; de allí que hayan existido una leyes de pensamiento que gobiernan la conducta mantuana, y como aspectos mentales ejercitados continuamente produciendo una manera o un modo de entendimiento propio de la voluntad relacional de este ser.

El drama arranca en la desmesura del etnocentrismo, en el establecimiento de un horizonte cultural donde se exagera la propia concepción del ser de la existencia, basado en un sistema de ficciones que aseguró superestructuralmente esa

cosmovisión nacional que sostiene aun hoy solapadamente la inferioridad del pueblo.

Es por ello que se han buscado, a lo largo de la historia en esas sociologías mantuanas, diversos argumentos y justificaciones a las creencias de superioridad que este estamento posee como complejo; se vuelve fuerza emocional y voluntad de ser porque integra intereses de clase, instintos de supervivencia desde el mantenimiento de privilegios de casta, de allí que los indultos ontológicos se hallan institucionalizado como costumbres.

La mentalidad, su lógica, los sentimientos, la cultura y la psicología de la cosmovisión mantuana es todo lo que encierra su racionalidad, que parte desde el determinismo racial que en muy poco autores de este estamento veremos reflejado, ya que la ideología del racismo se ha racionalizado, se ha justificado como colonialidad del ser endógena, otorgándole una base científica a la raza, y convirtiéndose en fundamento de su dominio como colonialidad del poder, con el establecimiento de un expediente clasificatorio de la sociedad que ha dominado.

Esto se traduce en la *culpabilidad histórica* que como pueblo hemos soportado. Cada vez que los designios del campo cultural dominante no se cumplen a cabalidad aparecen frases como *bochinche*, *rochela*, *merienda de negros*, que son la sinonimia oficial del desorden y el caos, y que representan la responsabilidad yuxtapuesta en nuestra existencia popular racializada.

Esa taxonomía racial que identificamos como raciología nacional, la racionalización lógica y ordenada del prejuicio etnocultural, tuvo su base en la *pigmentocracia*, en la que los marcadores raciales que estableció la cultura de conquista lograron estigmatizar las diferencias por elementos como el color de la piel, la forma de la cabeza, el grosor de los labios, la anchura de la nariz, la textura de la cabellera, la forma de los ojos.

También el filósofo martiniqués René Depestre<sup>19</sup> nos habla de esos esencialismos contruidos como mecanismos de subordinación y explotación en el surgimiento del capitalismo mundial, teniendo sus repercusiones en el sostenimiento de la ideología del racismo en la que muchos venezolanos y venezolanas han reproducido el prejuicio desconociendo el origen del mismo, haciendo que la cultura supremacista blanca se reprodujera sensiblemente sin que ni siquiera se sospechara de la dimensión de dominación de la economía política del racismo.

Con este análisis vemos claramente que las diferencias raciales fueron la mampara para la acumulación de riquezas por desposesión a la condición humana de las y los dominados, fabulando distinciones que atribuyeron a presuntas capacidades innatas vinculadas con la inteligencia, el desarrollo mental, las capacidades productivas y la emocionalidad; la colonialidad del ser reforzó puntos de vista que se sostienen de diferencias genéticas, concibiendo determinaciones para las desigualdades sociales y culturales.

Nuestra interpelación radica en lo que es para nosotras el ocultamiento más grave de la manipulación histórica del mantuanaje y las colonialidades trenzadas en Venezuela: el secuestro de la población productiva de África y, con ello, la esclavización de las y los africanos a través de la trata negrera y el comercio triangular con fines meramente mercantilistas. Al desconocer este núcleo duro de los complejos etnoraciales queda el prejuicio desnudo, descontextualizado, y se libra de culpabilidad a la supremacía colonial imperial.

Hemos venido conociendo desde el horizonte de sentidos que fraguó el pensamiento descolonial, que el racismo es un elemento constitutivo de la modernidad. En el caso

---

19 Depestre, René (1977). "Saludo y Despedida a la Negritud" en Manuel Moreno Fragnals. *África en América Latina.*, México, Siglo XXI Editores.

venezolano, la etnohistoria de la cosmovisión mantuana reproduce los parámetros de este etnoeurocentrismo heredado; ha sido sistémico por su naturaleza omnisciente y sistemático por su reproducción cultural. El proceso de epidermización de la diferencia en la vida cotidiana somatizó los prejuicios, imponiendo el esencialismo blanco donde recae el ideario de superioridad, nunca como complejo, nunca como elemento demencial, patológico, pero sí siempre como poder, derecho a ser, inteligencia, riqueza y hasta belleza.

Definir, delimitar y juzgar el comportamiento histórico de la relación que como pueblo hemos tenido con el país mantuano, debió pasar por esta inspección, porque lo definitorio de la personalidad histórica del campo cultural de los sectores dominantes es lo que venimos descifrando como contenidos en la historia de las estructuras sociales del mantuanaje, que han hecho posible el sostenimiento del proyecto de supervivencia colectiva como la cultura del país mantuano, que tiene que ver con lo que racionalizaron como sentido de pertenencia, sistema de valores, creencias y costumbre, ante lo que incluso se percibe amenazante para su existencia.

Lo que planteamos aquí tiene como fuente generadora del debate nuestras propias experiencias como representación de la subalternidad racializada por el mantuanaje. Nosotras y nosotros, no blancos, le recordamos que su proyecto civilizatorio *es un naufragio que se estancó en el ancho mar de la venezolanidad*, y que sus naufragos siguen navegando por los estrechos límites de la colonialidad del ser, del saber y del poder. Tales factores se han integrado a la conducta social; al ser develados muestran los rasgos demenciales del dogma existencial, sacando a relucir su dimensión patológica en el temperamento fleumático, colérico, melancólico como naturaleza emocional; con un humor explosivo, altos niveles de susceptibilidad; con una

extroversión desaforada propia de los desórdenes de conducta de una personalidad históricamente maníaca

Lo que hemos querido problematizar son las consecuencias de los delirios de grandeza que deja la modernidad como proyecto de subjetividad, que cuando topa de frente con la diversidad cultural inicia la guerra civilizatoria. Se trata de comprender cómo una parte de la venezolanidad ha mantenido estas estructuras psíquicas y las sigue emparentando interesadamente con roles sociales en el propio universo de lo vivido, el personal y el cultural, en las acciones individuales, en los ritos alrededor del nacimiento, en la educación, las relaciones de amor, la reproducción, la maternidad-paternidad, el trabajo, la productividad económica, la vida social nacional, la concepción de la vejez, la familia, las amistades y en la concepción de la muerte. Estos elementos, que son hábitos organizados, formas y estructuras sociales ejercidas en la cotidianidad, tienen *ex profeso* o accidentalmente el hedor de la colonialidad del ser, esto es, los resplandores de la ideología del racismo.

El país mantuano ha perdurado como personalidad histórica porque ha respondido a la utilidad del prejuicio etnocultural como plusvalor, la propia sobreestimación ontológica de la conciencia mantuana y la acumulación de capital que éste estamento ha logrado. Del mismo modo, ha intentado invisibilizar como cultura los prejuicios raciales que tienen, dejando el conflicto etnocultural de lado y ha justificado la explotación y la pobreza como situaciones implícitas a lo étnico. La socialización del prejuicio se ha transmitido de generación en generación a través de las pautas de crianza como política de la esfera íntima, en el desarrollo del sujeto, en las pautas de conducta desde las instituciones de la esfera de lo público, en el desarrollo nacional del estamento dominante y de la cultura colonizada.

La personalidad racista, los estados discriminatorios y la vergüenza étnica son procesos de una psicología indiscutiblemente marcada por un núcleo cultural segregacionista. El país mantuano como subjetividad histórica y como reproductor cultural del etnoeurocentrismo ha hecho que rasgos básicos de la identidad, como la idiosincrasia, la manera de ser, el desenvolvimiento de la personalidad en el ambiente social, entre otros, sea posicionado por el estamento colonial imperante: blanco, cristiano, mantuano, moldeando la personalidad histórica. Desde este punto de vista nadie va a querer ser indio si esto remite a ser ignorante, verbigracia la frase “lanzando flechas” como expresión de desconocimiento, improvisación, de no saber lo que se hace; del mismo modo, nadie va a querer ser negro si el esencialismo es ser esclavo, pobre y feo, de esta manera la frase “negro tenías que ser” tiene toda la carga simbólica de ese prejuicio, que involucra la estigmatización montada desde los delirios de blancura.

Pensamos que el conflicto del racismo por erradicar es un elemento que está presente en nuestra configuración identitaria peculiar, en la actitud psicosocial, en la exaltación del súper-yo, en la base de la personalidad histórica como *ethos* cultural, que ha coexistido en el tiempo, que se volvió norma cultural y que tiene irremediablemente el paradigma etnoeurocentrista internalizado como cultura complicada y conflictiva en su comportamiento con los otros, en la construcción social de lo nuestro, que es una personalidad modal sumatoria de todas las costumbres históricas del país mantuano.

Las preguntas que esperamos responder son ¿cómo el mantuanaje se volvió una racionalidad recurrente en diversos estamentos de la sociedad venezolana?, ¿cómo y de qué manera se originó y se desarrolló la existencia del país mantuano? Dialogando con el libro el filósofo venezolano J.M. Briceño

Guerrero<sup>20</sup> pudimos, para efectos de la caracterización ontológica que nos estamos atreviendo a proponer, encontrar fundamentos más agudos de eso que venimos llamando país mantuano; tomamos reflexiones luminosas de su controvertida investigación para el análisis que estamos ensayando. Lo primero que precisamos es el empleo del término mantuano que nosotras utilizamos con semejante procedimiento, no quedándonos en la interpretación temporal del concepto y de la clase principal que lo caracterizó. En nuestro caso sí mantenemos la racionalidad etnocultural como rasgo específico, como cosmovisión que construyó un sentido de la vida venezolana y un sentimiento peculiar de nacionalidad.

Como venimos trabajando desde la caracterización de seres históricos, hacedores de culturas y que establecen relaciones (lo ontológico), con Briceño Guerrero comprendimos que en el caso de la naturaleza de la ideología del racismo, uno de los elementos para su reflexión crítica se realizó desde lo que él denominó como "...un sistema de actitudes y/o posturas fundamentales que determinan la interpretación de la realidad social, la fijación de metas y el despliegue de programas de acción" (Briceño Guerrero, 2007:91) que para el autor es una clara identificación con el mundo y, agregamos nosotras, con el ser occidental cristiano y moderno.

En ese diálogo con su investigación se nos esclarecieron elementos sistematizados por él y que introdujimos como paráfrasis para explicar aún más atributos del país mantuano. Lo primero que precisamos es que con Briceño Guerrero pudimos identificar el origen de la insatisfacción existencial de esta ontología, su racionalidad por más de cinco siglos que ha venido presentando un vacío identitario, evidenciándose en las

---

20 Briceño Guerrero, J.M. (2007). *El Laberinto de los tres minotauros*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A.

innumerables reconstrucciones de historias estructurales que lo definen.

El mantuanaje, en algún momento de su desarrollo como subjetividad y en la configuración de su personalidad histórica, se da cuenta de que su presunta madre patria España lo desconoció como hijo, arrebatándole el gentilicio. Lo que sucede, a nuestro modo de ver, es que se han tardado en comprender hasta la generación actual, que en esa identificación con Europa el vínculo se da como nietos, incluso de dudosa procedencia; son herederos de la cultura, pero nunca como la primera generación que invadió estas tierras: es cuando la epopeya se les cae y se les quiebra, volviéndoseles polvo frente a sus ojos y embargándoles un gran sentimiento de frustración y abandono, en el desierto existencial que les deja el desarraigo. En este escenario sólo les queda la intransigencia.

Entonces, el país mantuano en su desarrollo subjetivo tuvo que atravesar por la experiencia desestabilizadora para su personalidad histórica, de la primera desconexión entre su cosmovisión y su cosmovivencia, entre el universo de lo pensado, vivido y sentido, con la realidad concreta que produjo su profunda enajenación existencial.

En ese devenir de descendiente desarraigado, tataraniego, nieto e hijo de padre con epopeya, su rol de administrador colonial le ha neurotizado, reduciéndolo sólo al hijo, nieto y bisnieto del conquistador europeo; esto lo lleva a ser sólo una entidad periférica de ese centro geohistórico europeo que tanto anhela. En su papel como connacional del pueblo, desde su universo de lo pensado, es el producto de la enajenación-alienación que le ha provocado ser sólo el hijo de alguien, una suerte de hidalgo americano; ha sido la bisagra cultural entre el conquistador europeo protagonista de las hazañas de ocupación territorial y colonización cultural, y los conquistados/colonizados encarnados en el indígena originario del continente

y el africano esclavizado secuestrado de sus tierras originarias. Su insuficiencia existencial es que como hijo del “nuevo mundo” será, al igual que el indígena y el africano en estas tierras, un americano más, con la peculiaridad de ser un desterritorializado emocional de Europa como civilización. Esta condición de nacido en el “nuevo mundo” lo hermana con el indígena y el africano bajo el gentilicio de americanidad.

La segunda desconexión se da en el núcleo de su ser existente, y acontece con el *desprendimiento del esencialismo conquistador/colonizador europeo*, dejando incompleta la totalidad de su blanquitud para los ojos de su *desiderátum* civilizatorio. Su nacimiento en una familia mantuana nos revela que no fue de los pioneros en cruzar el Atlántico; no fue de los expedicionarios que vinieron por vez primera al territorio, no fueron de los colonos originarios que planificaron su acumulación de fortuna; cuando nacieron, ya la cultura mantuana existía, la política de los amos del valle se imponía y la economía política del racismo que dinamizaban los grandes cacahos como esclavistas, ya estaba establecida; ya sus antepasados habían sido comendadores, esclavistas, hacedores de sociedad, lo que le correspondió históricamente fue mantener celosamente la racionalidad y parasitariamente los privilegios; esto se convierte en problema psicopatológico por el complejo de superioridad que les atraviesa, y que le desafía constantemente en que debe convertirse en alguien y construir su propia historia de gloria y honor.

El deseo más profundo es el sostenimiento de lo europeo como sentido y significado emblemático en el interior de su ser cultural, manteniendo desde el principio de reproducción de la cultura los fundamentos y el gobierno colonial. Tal hecho se expresa en lo que nos lega Briceño Guerrero como los cuatro principios que él establece como identificación con la Europa imperial.

El primero, a nuestro modo de ver es *el espiritual*, con la inscripción al cristianismo no sólo como nueva concepción del mundo de la fe monoteísta en Europa, sino como poderío militar que evidencia una disciplinada religión de conquista que elevó a carácter de centralidad y universalidad la Europa paradigmática. De todos estos elementos se eslabonarán una racionalidad, una mentalidad y una emocionalidad que darán paso a la concepción dual de la fe, un Dios en el cielo y hombre en la tierra, así como la clasificación sexual de la especie con mayor definición de los géneros hombre y mujer, invirtiendo con más alcance que religiones anteriores el proceso de masculinización de la divinidad y la consolidación cultural de un tipo de patriarcado: el de la tradición judeocristiana y que será el que se impondrá desde el proyecto civilizador de la modernidad.

Es muy importante resaltar que como doctrina que atesoró los valores primarios de esta fe, al institucionalizarse como religión imperial y de conquista, el prójimo será el civilizado, o el converso, o el ladinizado, o el fagocitado conculterado. El proceso de colonización de la evangelización secularizó la fe ancestral de los pueblos conquistados para que el proceso de asimilación cultural fuese mucho más efectivo.

La cristiandad, desde su fe y desde el ideal de alcanzar la santidad, utilizó la compasión a través de la estrategia de adoc-trinar a sus devotos en el dolor ajeno, así como en el tormento y el martirio, manteniendo la conducta sacrificial; la axiología que se transmitió estaba compuesta por un repertorio de sentimientos, concepciones, ideales, actitudes, normas, prácticas y ritos que se repitieron de generación en generación y que describen como doctrina la naturaleza de la fe cristiana. Sólo la reiteración de la doctrina garantizó el sentido de pertinencia ideológica y de pertenencia cultural; nos dice Briceño Guerrero (2007) que de no haber existido en la tradición cristiana el recurso de la repetición, ésta simplemente no habría perdurado

en el tiempo, que además con ese mecanismo se buscó siempre garantizar la comunidad supraindividual que trascendiera al sujeto cultural de un período, por un ser histórico que abrazará desde los orígenes hasta la descendencia la herencia religiosa, con la misma fe.

Esos elementos han sido el sustrato de la tradición cristiana que nos conquistó, que se impuso desde un muy complejo sistema de violencia sobre la religiosidad de los pueblos originarios de América y África, y sobre los africanos musulmanes que tenían mil años de asimilación al Islam. Los feligreses cristianos han sido los portadores activos, los vectores de una significancia de la europeidad específica en aproximadamente veinte generaciones de mantuanos en Venezuela, que aún hoy, como en la conquista, profesan la cultura cristiana como la tradición válida y única verdadera. Y es en estos elementos identificadores del absolutismo cultural donde observamos rasgos de la personalidad disonante e inarmónica del país mantuano en su identificación con la Europa colonial imperial.

Es la espiritualidad que funda en América la colonialidad del ser, es la que crea la otredad, es la que religiosamente justifica la desposesión territorial al mundo indígena y la que bendice la esclavitud africana para consagrar la economía política del racismo, que desplazaba el centro de poder económico del Mediterráneo donde estaban los musulmanes al Atlántico que les había enseñado años antes de su llegada, la cristiandad portuguesa.

## **Amos del valle**

Los otros principios establecidos por Briceño Guerrero se los adjudicamos a esta categoría existencial por ser el estamento político más emblemático. Si bien es cierto que mantuanos,

amos del valle y grandes cacaos son para nosotras la misma cosa, creemos que es indispensable destacar su lugar en el sistema productivo.

Los amos del valle representan la colonialidad del poder llevada a su máxima expresión, lo que nos permite introducir dentro del debate la necesaria reflexión sobre las gradaciones, texturas, escalas, dimensiones y contextos que adquiere la colonialidad cuando es analizada al interior de una cultura específica. Sabemos que los pensamientos alrededor de lo colonial tienen infinidad de aspectos, así como infinidades de relaciones establecidas, por lo que sólo haremos referencias a los que vinculan directamente con la subjetividad que estamos precisando: el campo cultural de los sectores dominantes.

Aprendimos de Briceño Guerrero que en *el principio imperial* se da una suerte de compilación y extensión cualitativa y cuantitativa de la cultura conquistataria europea. Es por ello que lo que consideran vencedores culturales como ellos, va a estar subordinado a los siguientes órdenes: la similitud en cuanto a categoría social y la similitud cultural en cuanto a valores identificados como absolutos, universales y humanos, entre otros elementos que dinamizan en la racionalidad el principio imperial para el alarde de dicha mentalidad.

Pueblos etnoculturalmente subordinados no son más que la delimitación de los Estados naciones, entendidos como potencias e imperios del mundo occidental. Es por ello que no entran en profundas contradicciones con las patrias blancas del cono sur de América, porque por lo general no ha sido un problema profundo la subordinación étnica, “igualada” en categorías sociales diluyentes como pobres, obreros, campesinos, rurales, mujeres, incolorándoles, no permitiendo confrontar políticamente las ideas segregacionistas de bases racistas, la dolorosa sentencia de minorías étnicas que hace la aplanadora de la democracia blanca, escamoteando así los temas sobre el

derecho a la diversidad etnocultural. En su artículo “Ustedes, los blancos”, la investigadora francoargelina Houria Bouteldja<sup>21</sup>, portavoz del movimiento descolonial francés *Parti des Indigènes de la République*, señala una muy contundente descripción del principio imperial del cual venimos hablando: es la racionalidad que ejerce un poder central vertical, es la razón del ego emperador metabolizada en la cultura, que como expresión de su mentalidad es capaz de producir el sujeto ideal inscrito en la cultura ideal, es la conjunción de los principios definidores de la razón europea: el santo, el héroe, el funcionario y el científico.

En el núcleo de comprensión del pensamiento mantuano desde Briceño Guerrero (2009) pudimos comprender el desarrollo de la cosmovisión mantuana en una reorganización geocultural de los principios europeos. La función del país mantuano como gendarme cultural de la Europeidad fue la de “administrador-burócrata-planificador, organizador-pacificador...” convirtiéndose en definiciones jurídicas en función del sistema y “...de los aparatos organizativos...de orientación ecuménica” (Briceño Guerrero, 2007:103) En la racionalidad imperial la idea de dominio se extiende, se mundializa, se hace universal; es lo que Briceño Guerrero llamará *la totalidad omniabarcante* que plantea unos mecanismos de supuesta unificación, que más bien apuntan *a la función culturicida de la homogenización*; la otredad es groseramente perseguida y lo totalizante como *ethos* y como pauta cultural se da en su función colonial de “supresor de lo diferente y lo trascendente” (Briceño Guerrero, 2007:103).

El espíritu imperial de los amos del valle y de la cultura mantuana es parte de su vocación. El principio imperial es

---

21 Bouteldja Houria (2016). “Ustedes, los blancos”. Bogotá, *Tabula Rasa.*, No. 25: 253-263, julio-diciembre 2016.

la autoproclamación del ser occidental moderno como sujeto pleno de razón e inteligencia, se ha adjudicado el acto de pensar a esa Europa como descendiente de la Grecia antigua (descendencia forzada por la imaginación histórica de la filosofía de la historia alemana del siglo XVIII que produce el renacimiento logo-central imperial, como el gran fenómeno de la colonialidad del saber) donde se fabrica la mentalidad en la correspondencia entre ser, pensar y poder. Es por ello que los modelos teóricos creados parten de la premisa que para ser hay que saber, y que el saber es poder; sus búsquedas parten de estos valores, su observación, reflexión e ideario de la actividad teórica reposan en estas creencias.

Ahora, cuando juntamos todos los argumentos exaltados en esta reflexión como elementos activos de la racionalidad en el país mantuano, reconocemos que en su dimensión mental se impuso la creencia de que son el imperio de la razón, y como tal se instruyen dos componentes sustantivos de la manera como comprenden el mundo; uno es *el dogmatismo que ve en su presunta verdad única y universal una reliquia cultural y el escepticismo como rasgo de la colonialidad del saber que es epistemicida y epistemofágica*, al sentenciar la presunta incoherencia lógica de otros conocimientos que aprovecha y de los que también se ha nutrido, pero que no pueden contemplarse como coparticipantes de modelos, de estructuras y sistemas de pensamiento desde la dimensión conquistataria de inferiorización y dominio que posee la mezquindad cultural.

Los amos del valle representaron y siguen representado dentro de la supraracionalidad civilizatoria de la cultura mantuana, no sólo las *características civilizatorias conquistatorias* de la Europa imperial y de la modernidad etnocentrista, sino que además podemos precisar, en su correlato de supraconciencia nacional, la importancia de haberse erigido como estamento

político que configuró la dependencia estructural neocolonial aun en tiempos republicanos; esta racionalidad favoreció y generó, como decisión política de Estado, las condiciones propicias para que los procesos de colonialidad contemporánea fuesen más potables; con tales elementos en la mente de nuestros gobernantes de la IV república se avanzó en la idea de progreso y desarrollo norteamericano propiciando la descapitalización y la desnacionalización en la economía venezolana, y como nos diría Federico Brito Figueroa (1971), incluso con la penetración de las ciencias sociales de la dependencia estructural.

### **La economía política del racismo expresada en la experiencia ontológica de Los Grandes Cacaos**

El segundo principio que nos lega como patrimonio de una filosofía venezolana Briceño Guerrero es el señorial, y nosotras lo vinculamos con una dimensión materialista de la cultura que se expresa en la necesidad de luchar por la territorialidad desde la razón instrumental mercantilista que va mucho más allá de la agresión animal o instintiva como defensa, ya que las tecnologías civilizatorias industrializaron culturalmente el proceso conquistatorio, lo sofisticaron, lo refinaron. La agresión natural instintiva por la defensa del territorio se patologiza una vez que se transforma en interés y deja detrás la necesidad cuando surge la simbólica y la política de privatizar la propiedad, aún más de apropiarse del espacio común. Se sigue llenando de procesos de refinamiento cultural cuando al territorio lo llaman patria y lo cercan, le establecen linderos justificando fronteras e imponen demarcaciones; y es la guerra de conquista donde se da el despliegue del principio señorial, el sentimiento primario de defensa pero con la sofisticaciones de la cultura que produce fenómenos como la terrofagia, formas de apropiación como el

latifundio, y subjetividades como los terratenientes; es el pensamiento de una materialidad que pare caudillos, donde se establecen las mafias, donde se fraguan los partidos políticos, donde se instituyen las jurisdicciones y las burocracias, para proteger el territorio semántico de la razón conquistadora.

A nuestro modo de entender, es el escenario social y ontológico en el que brota la colonialidad del poder donde es posible precisar las relaciones de dominación que se presentan como única garantía de supervivencia cultural de esta racionalidad. En éste horizonte de pensamiento es donde surge *la clase, la estratificación de la sociedad*, otro elemento que nutre la desigualdad que viene a integrar *la lógica segregacionista del racismo*, representada en esta idea de señorío y en la práctica recurrente del despojo a la tierra, de la *apropiación de lo despojado que se fetichiza en propiedad*. Esa es la guerra de conquista que, como autocracia y supremacía, garantiza la colonialidad del poder. En lo más profundo de su ontología organiza relaciones con el mundo en el cual está situado; el principio señorial de Briceño Guerrero es la circunstancia que precisa uno de los componentes fundamentales del temperamento occidental. Es, a nuestro modo de ver, la zona del ser donde se engendra la pauta del *ego dominador*.

La estabilidad del señorío se produce en el terreno de la guerra de conquista, que exige además desde la lógica invasiva la desigualdad, la asimetría del antagonismo entre conquistadores y conquistados; eso se fusiona a la complejidad del privilegio que le otorga a la personalidad conquistataria el derecho del vencedor y permite que su prole se beneficie de ese indulto. Al salir de la esfera de lo privado, del núcleo familiar, y al extenderse como forma de gobierno en la esfera pública, se funda el carácter hereditario de la cultura conquistataria en su propia burocracia.

La prole de esta ontología hereda el renombre: es el *hidalgo americano del conquistador*, pero jamás el vencedor fundante del estrato, la casta, la clase, el estamento, de la sociedad de privilegios. En el principio señorial de Briceño Guerrero la demostración de ese complejo de superioridad que se cristaliza en la acción bélica *constituyó el patrón de gobernabilidad en la colonialidad del poder*, que mientras explota, despoja y domina exógenamente, también es adecuado a la cultura al interior de su casta (lo que considera como propio, familiar, patrimonial, que le es conveniente); desde allí se fundan las ventajas y virtudes adquiridas en la guerra, en la transmisión al heredero. Esta fórmula de gobernabilidad en ambas esferas, la pública y la doméstica de la cultura conquistataria, es la que vemos añorar al país mantuano actual.

Ubicamos el principio señorial en franco diálogo con la colonialidad del poder. Desde esta explicación de Briceño Guerrero podemos dar significaciones, valores, definiciones y explicaciones propias de cómo el poder para oprimir se configura en colonialidad, cómo permitió la estratificación racial de la sociedad venezolana, el surgimiento de un régimen jerárquico de relaciones de producción, imponiendo una dinámica estancada, atascada, estacionaria y maravillada de las épicas de conquista que les concedió fundar el mérito de propietarios de los territorios conquistados, esto es, invadidos, ocupados, usurpados y confiscados; de allí el mito de nobleza en el conquistador, la fábula del privilegio divino y la saga histórica que fundaron las sociologías, las sociografías y las sociometrías de las élites, de la aristocracia y de su osadía meritócrata. Sobre el país mantuano como cultura y razón precisamos la personalidad arrogante que se da en esta ontología conquistataria, su axiología, en valores y principios tienen como núcleo generador la construcción del honor del vencedor, el ideal heroico del

señorío, la elegancia del señor de la guerra, la inclemencia del propietario.

Otro de los elementos importantes que pudimos redefinir a partir de las lecturas de los principios de la cultura europea planteados por Briceño Guerrero, es que del marco categorial que aparece en la obra *El Laberinto de los tres Minotauros*, y específicamente con el trabajo analítico del principio señorial, obtuvimos la fundamentación para la reinterpretación de un ensayo de materialismo histórico del campo cultural de los sectores dominantes y en el interior de la economía política del racismo fraguada por los grandes cacaos, de donde parten todos los problemas estructurales de la sociedad venezolana que nos han impedido lograr la independencia económica.

Pensamos que uno de los elementos cardinales es *ensanchar los procesos analíticos de la propia identidad histórica*, recapacitando aquellos elementos que ayudarán a construir otras miradas, las nuestras, que como subjetividades políticas aparecemos en la geohistoria transitada, en la geocultura construida. El debate de Herrera Salas por la interpelación de la economía del racismo nos abre, a nosotras como mujeres afrovenezolanas, una ancha alameda para transitar sendas históricas oficialmente poco concurridas, para pensar desde nuestras íntimas historias colectivas como afrodescendientes, en un ensayo sobre nuestro propio modo de concebir un materialismo histórico situado en Venezuela, racializado, siempre en contienda y que pretende ofrecer un replanteamiento en el núcleo relacional entre el campo cultural de los sectores dominantes (país mantuano) y el campo cultural popular en lucha constante por su definitiva liberación (pueblo cimarrón), para definir eso que detectamos en el estudio histórico como la acumulación originaria de los grandes cacaos.

Por todas estas razones agradecemos las largas conversaciones con Julio C. Márquez Meneses, el consejo perenne de

no quedarnos atascadas en el dogma del marxismo de manuales; por el contrario, volver a Marx significó ver su función mediadora entre la realidad mundial del sistema moderno y su correlato en la realidad histórica local, sobre todo en las reflexiones sobre las bases materiales de nuestra sociedad.

A nuestro modo de entender, estamos ajustando a Marx en nuestras investigaciones desde el lugar de enunciación afrovenezolano como dimensión metodológica, como sendero que nos permite respondernos las preguntas básicas sobre el desarrollo de nuestra historia, sobre la lucha entre colonizadores y colonizados, sobre los medios, modos y fuerzas productivas en Venezuela; sobre el surgimiento de una de las tantas sociedades americanas, que rompió en lo fáctico con el etapismo del desarrollo social de la concepción moderna de la historia, y conjugó un paralelismo sin precedentes en los modos de producción esclavista (la encomienda, luego la trata negrera como elemento sustantivo del comercio triangular); el feudalismo (conquistatorio, el señorial católico, el que se expresó en la apropiación desmedida de la tierra arrasada por su conquista); y el capitalismo (como la acumulación originaria de los amos del valle de la provincia de Venezuela y de los grandes cacaoos de la región central occidental, de los mantuanos de Caracas, majestades autoproclamadas).

Asimismo, aprovechamos para empalmar las recomendaciones de Julio C. Márquez Meneses, con las enseñanzas de Luis Antonio Bigott (2010) con respecto a *la finitud del método*, a esa idea que siempre se va hacer camino al andar; y finalmente en este aspecto, a la herencia de la ensayística del pensamiento crítico latinoamericano y del Caribe, capaces de otorgarle condiciones de posibilidad teóricas a sus conjeturas. En eso consiste este párrafo, en *la posibilidad de ensayar la peculiaridad de nuestro materialismo histórico* teniendo como fundamento, *la economía política del racismo* que permitió la acumulación

originaria del campo cultural de los sectores dominantes en la colonia.

Por lo omniabarcante de la suprarrazón mercantilista como supraconciencia civilizatoria, como el núcleo de la colonialidad del saber, pensamos que esta explicación de nuestra manera de pensar una acumulación originaria en contexto, rozando los horizontes de *la acumulación por desposesión*, en lo espiritual como secularización de otras fes diversas a la católica, siempre despojante del sujeto cultural dominado y sus verdades espirituales, fue para beneficio de la iglesia católica. En el sistema de explotación del cacao, la obra pía (la obra piadosa) desde una dimensión descolonizada de su historia, la real, es la obra (im)pía, la “caridad con uñas”. En el plano de lo intelectual, la epistemofagia, la fagocitación de conocimientos, métodos, técnicas y tecnologías de las ciencias agrarias de las culturas tropicales de América y África, desembocaron en la prosperidad de la renta del cacao; en el plano emocional, la deshumanización, la infrahumanización y las condiciones históricas de rehumanización exigieron una reontologización del mundo afro. Lo material es la expresión de la sociedad de propietarios, la sociedad de los ricos y la confusión entre igualdad social que concibieron con la sociedad de iguales que crearon entre ellos. Recurrimos al *materialismo histórico como metódica*, entendida como la senda que nos permite andar por *el camino del cuestionamiento ético* con respecto al *tratamiento histórico que se le ha dado a los estratos populares desde el prejuicio racial*, encubriendo la base material de la sociedad mercantilista que se impuso y que, a lo endógeno de las estructuras sociales de la gran historia de conflictos y antagonismos nacionales, fue capaz de estructurar, en una escala menor, la correlación de desarrollo para las élites y subdesarrollo para los sectores populares.

Otro objetivo estratégico es *rediseñar la reflexión histórica, económica, política, filosófica, ecosistémica y cultural desde una*

*mirada amplia y ensanchada*, donde la crítica no recae sólo en sujetos específicos, sino en el modo como han producido un pensamiento político, una tecnocracia de la desigualdad, un cálculo reproductor de la dominación, y al mismo tiempo productor de nuevas formas de explotación. El materialismo histórico es utilizado como un método que hace recorrer los componentes históricos que integran, en la unidad de comprensión desde el pensamiento crítico descolonial, procesos interpretativos que interpelan hoy a la economía política del racismo.

Las condiciones que el materialismo histórico nos concede como teoría política permiten romper las fronteras, demarcaciones y delimitaciones epistémicas sobre la idea etapista del desarrollo social en Occidente y en la modernidad como proyecto a gran escala de dominación conquistataria. Se trata del análisis profundo de las clases con respecto al contenido espiritual que esas relaciones asimétricas generaron desde el fundamento de una racionalidad que giró en torno a sí misma siempre, desde el proyecto mercantilista, y que creó las bases fundacionales del modo de producción americano, integrando todo este sistema de relaciones sociales establecidas etnoculturalmente.

La interpretación filosófica de la historia de la economía del racismo es el contenido político contextualizado que le quisimos dar al debate. Este ha sido nuestro ensayo gnoseológico para analizar la subjetividad que produjo un tipo de economía de la dominación y de la desproporción, encriptada en la falacia de la limpieza de sangre, de la meritocracia de las castas, de la opresión etnocultural, y que en la realidad concreta instauró una modalidad económica que nunca nos iba incluir como pueblo en la repartición justa y equitativa de los ingresos y las rentas, porque fuimos concebidos desde el momento inicial como los prisioneros de sus guerras y como un eslabón más de la producción capitalista.

Ver la formación histórica de la economía en la sociedad venezolana, devela los conflictos de la ideología del racismo, como expresión central del antagonismo y ya nunca más desde el escamoteo disciplinario de unas ciencias sociales gatopardianas que ocultaron el núcleo duro de la colonialidad del saber en los debates sobre nuestra formación económica y social.

El modo de producción americano fue “esencialmente” esclavista y en la historia de la frontera agrícola del cacao venezolano de la colonia se desarrolló toda esa urdimbre. Es por ello que denunciamos que todos los esfuerzos académicos por ocultar la relación de acumulación por desposesión responden en principio a los intereses de castas, por eso el problema del tutelaje teórico proclama tanto los intereses de clase como el epistemicidio perpetuado hacia las condiciones de posibilidad de construir esfuerzos teóricos que pudieran dar con lo central del problema.

En el sistema de producción del cacao están contenidas las profundas heridas que dejó la huella de la conquista como racionalidad. Al proceso de producción del cacao visto mezquinamente como una mercancía le hicieron perder su valor espiritual, medicinal, tecnológico, ecosistémico, epistemológico, para obtener y acaparar el plusvalor económico, político e ideológico, de una creación colectiva que trajo como consecuencia la mundialización de un rubro trascendental como el chocolate.

Lo que ha saltado a la vista en la historia, es la grosera acumulación de capitales por desposesión de conocimientos, de procedimientos científicos, técnicos y tecnológicos que desde edades tempranas de la colonia, tanto el régimen de la encomienda como el sistema de la trata negrera en la plantación, dotaron de maneras, tácticas y fórmulas que hicieron posible el posicionamiento histórico de la manufactura final vampirizando las relaciones capitales a través del cacao.

En nuestra construcción del materialismo histórico de la economía política del racismo, deseamos ubicar y caracterizar a la clase trabajadora explotada en las haciendas venezolanas y también dejar al desnudo la acumulación originaria de los grandes cacaos con el crecimiento exponencial de riquezas que produjo la renta de la tierra al mismo nivel del trabajo humano explotador. Aquí fulgura en la historia lo que no han podido tapar con un dedo: la clase terrateniente venezolana de hoy y de siempre, que en su árbol genealógico tiene a los encomendadores hacendados de Venezuela, esclavistas y presuntos productores de cacao; junto a ellos la sociedad de cómplices, de “mutuo elogio”, representada por el Cabildo que administraba y hacía cumplir la legislación real que alcahueteó el advenimiento de la propiedad privada, de los monopolios y los derechos de castas del siglo XVII.

El desarrollo de la propiedad territorial se amparó de un recurso legal de conquista con la lógica del principio señorial que tomamos de Briceño Guerrero, que tiene como horizonte de pensamiento la idea de *tierra arrasada* y, por ende, de tierra de nadie de la cual hay que apropiarse para el desarrollo de la sociedad. Este dispositivo de control ecosistémico se conoce como la *composición* y el economista e historiador Federico Brito Figueroa lo describe como una figura jurídica que funcionó para el desarrollo de propiedad territorial agraria. La ocupación y la falta de documentos legales permitió el proceso de extensión de las fronteras de esas fraudulentas propiedades privadas que expropiaban a los indígenas, usurpando sus tierras y ocupando sus geohistorias (Brito Figueroa, 1973:87).

Aquí encontramos para nuestro análisis una *genealogía del latifundio en Venezuela*: la expropiación de tierras a indígenas que estaban amparadas por la Corona Española nos muestra uno de los rasgos característicos de la *mentalidad terrateniente de los grandes cacaos* de todos los tiempos. La célebre frase “se

acata pero no se cumple” se ve expresada en concreto en los derechos de composición que diseñaron los amos del valle de Caracas como poder político. La usurpación y la ocupación colonialista de las tierras fue una constante en esa clase/casta de terratenientes venezolanos; desde su génesis este fue un rasgo distintivo de la violencia de su sistema económico que tuvo como antepasado filial el feudalismo conquistatario, representado en esa triangulación de grandes cacaos-mantuanos-amos del valle como subjetividad dominante.

El amplio problema histórico de la tierra que va desde el binomio tenencia/propiedad hasta la producción agrícola debe buscar los orígenes en esta época de formación económica y social, e identificar al feudalismo conquistatario como cultura para poder comprender hoy la colonialidad del poder que se establece entre el campesinado y los hacendados, denunciando el desarrollo histórico de la rapacidad campesina de las oligarquías de todos los tiempos, las que vivieron en la conquista y se desarrollaron como mantuanos, así como también las que se fueron “venezolanizando estamentalmente” con la apertura de nuestras fronteras y economía, a la emigración europea que fue convocada a blanquear la sociedad.

El imperio del lucro, el latifundio y la terrofagia se nos aparecen en este debate como aspectos principales del problema de la tierra en Venezuela, complicándose desde el proceso de conquista con la racionalidad eurocéntrica que trajo en sus macundales su historia de propiedad inmobiliaria. Estos elementos aparecen dentro de las características principales del modo de producción americano con dispositivos integradores, como la agricultura aristocrática de los grandes cacaos, deviniendo en formas psicosociales más elaboradas pero manteniendo sus principios bélicos y guerreristas del feudalismo conquistatario con respecto a la voracidad y la codicia por la tenencia de la tierra.

Con estos procesos se perpetuaron las lesiones más penetrantes en lo que significó, por un lado, la concentración de la propiedad de la tierra en el campo cultural de los sectores dominantes que venimos describiendo, convirtiéndola en una mercancía más de su propiedad, y por el otro, el desalojo del estar en el mundo, de la geocultura que todo grupo humano desarrolla desde la pertenencia territorial. No sólo desplazó a los pueblos originarios americanos de su gea, no sólo desgarró a los pueblos africanos de su espacio embrionario y confiscó a los blancos de orilla la posibilidad de fundar territorialidad de pertinencia, sino que negó el derecho humano a la común-unidad, el derecho humano de establecer toparquías.

Las sociologías de las élites que se crearon como mampara historiográfica encubrieron lo nominal de los grandes cacacos como cultura que impuso una razón económica; de allí la formación económica y social históricamente determinada bajo la ideología del racismo, hermanada con las prácticas ecocidas que mercantilizaron la tierra y dieron cabida a la legalidad dentro del estado colonial y a la legitimidad desde la cultura de las prácticas de explotación, usufructo, despojo y chantaje.

En la reconfiguración de las colonialidades del poder, del ser y del saber que venimos contextualizando, era indispensable encaminar la investigación en nuestra mirada sobre lo que significaron los estados del desarrollo del capitalismo periférico en Venezuela y evidenciar que están intrínsecamente ligados a la manera como la ideología del racismo y el ecocidio al paralelo embargaron el movimiento interior de la historia de la producción de la vida, como vida material. Nuestro ensayo del materialismo histórico tiene la aspiración de reanudar los fenómenos espirituales, el conocimiento y reconocimiento de la realidad histórica como pensamiento que muestre las circunstancias sociales y ecosistémicas de períodos determinantes para nuestras luchas por la participación política, por la tenencia de

la tierra, en el debate sobre la concepción de la venezolanidad con respecto a lo determinado por la sociedad del momento, la institucionalización de la economía moderna como cultura dominante, que produjo relaciones productivas de dominación, espacios y sujetos productivos explotados, a través de la cultura productiva de conquista.

En la deshumanización del modo de producción americano que venimos denunciando, los indígenas que estaban en la encomienda, los africanos y africanas que estaban en las haciendas, fueron sistemáticamente sometidos a un régimen de terrorismo físico, psicológico, mental y emocional del cual no se habla, y formaron parte fundante de las relaciones de producción establecidas, ocultando en la narrativa colonial sobre las fuerzas productivas el papel que jugaron las ontologías sometidas al trabajo esclavizado. Las fuerzas productivas fueron siempre severamente lesionadas en lo más profundo de su ser y se mitificó la naturalización de la esclavitud para que no tuviésemos oportunidad como descendientes de dar la batalla de las ideas sobre cómo afectaron nuestra existencia en la historia.

La mercantilización de la tierra, la esclavización de las relaciones de producción comunitaria del trabajo, los conflictos bélicos de poder con la imposición del sistema mundial de comercio, se nos presentan en la investigación como claros indicadores de la institucionalidad de la economía colonial imperial, aunado al disciplinamiento coercitivo y a la normatividad del terrorismo como brazo armado de la formación económica y social nacional. Para ello decidimos contextualizar lo que el cacao simbolizó en esta instauración de la economía política del racismo del campo cultural de los sectores dominantes en la colonia venezolana. De un libro de José Vicente Francheschi

Balan<sup>22</sup>, un productor cumanés de cacao de origen Italiano, extrajimos los siguientes elementos que develan el significado económico que este fruto tuvo para la acumulación originaria de las élites venezolanas, de cómo fue a partir del rubro que se estructuró el desarrollo económico de la sociedad mantuana del siglo XVI hasta la independencia (Francheschi Balan 2017;15).

Esta es la agricultura comercial que se impone en Venezuela gracias al gran impacto que tuvo en los mercados internacionales el sistema de producción del cacao como negocio de las élites de la Provincia de Venezuela, El lucro que se extrajo de su explotación se debió a la alta demanda que tuvo, garantizando la transición de mantuanos de simples dueños de haciendas a ser poseedores de títulos nobiliarios que avalaron ascensos económicos y sociales en simultaneidad. Ambas circunstancias hicieron que los mantuanos caraqueños lograran codearse y colarse en las altas esferas de la nobleza española, incluso relacionándose con la familia real, convirtiéndose de allí en adelante en los grandes cacaos. El tiempo histórico donde se organiza el comercio del cacao en Venezuela es el siglo XVI. 1634 es el año que aparece registrado como la incursión de los grandes cacaos en el contrabando, coincidiendo con la ocupación holandesa de la Isla de Curazao y permitiéndole a la Provincia de Caracas introducirse en el negocio ilícito para las leyes de la Metrópolis española, pero bastante lucrativo para los mantuanos, por la fortuna que el fruto hacía acumular, pagada a muy buen precio por los holandeses, los nuevos socios comerciales de esa época para los grandes cacaos.

“Hubo un momento en que Venezuela por su producción agrícola, fue considerada como la más próspera comarca

---

22 Francheschi Balan, José Vicente (2017). *El Cacao en la Vida Venezolana y el Mundo*. Caracas, Fondo Editorial Tropykos.

española” refleja en su libro Eduardo Arcila Farías<sup>23</sup>, develando que este comercio tuvo como motor de su riqueza la mano de obra esclavizada traída forzosamente del África. Sus haciendas tenían como área de influencia comercial y política tierras muy fértiles en el centro occidental de lo que en 1777 se constituiría como la Capitanía General de Venezuela, hoy constituida por los estados Aragua, Carabobo, Distrito Capital, La Guaira y Miranda, siendo los puertos principales de desembarque del fruto La Guaira y el de Puerto Cabello. Tal situación geográfica era privilegiada, según Arcila Farías, (1973) para cumplir sus compromisos comerciales como principal suministrador de cacao del Virreinato de Nueva España, hoy México, donde la mercancía desembarcaba en el Puerto de Veracruz. Es importante resaltar que estos puertos fueron los desembarcaderos americanos de las rutas transatlánticas del comercio triangular. Los grandes cacaos van a ser los hacendados del poder político representado por los amos del valle caraqueños mantuanos, que acumularon riquezas y poder a partir del interés que despertó el fruto en el mercado internacional de la época. Este fenómeno hizo que se instaurara el sistema de cultivo y de comercialización del mismo, dinamizando la economía política del racismo que tuvo entre sus estructuras la expansión del dominio de los territorios y la participación activa de la esclavitud como negocio.

En ese grupo que se vuelve privilegiado a través del modo de producción agrícola venezolano, la hacienda cacaotera surgió el monopolio como legitimidad que sostenía las brechas sociales, haciendo que muchas cantidades de haciendas quedarán en manos de pocas familias, “ennobleciendo” desde la

---

23 Arcila Farías, Eduardo (1973). *Economía Colonial de Venezuela* (2 edición). Caracas, Italgráfica.

racionalidad mercantilista a las 20 familias denominadas por el pueblo venezolano como los amos del valle.

Uno de los rasgos más peculiares de los mantuanos fue el matrimonio endogámico como costumbre, con la intención de preservar la presunta pureza étnica que salvaguardaban los amos del valle como estamento racial de la honra sanguínea. Esta estrategia evitaba la división de los patrimonios familiares amasados por los mantuanos, protegiendo intereses económicos y políticos como clase dominante. El matrimonio endogámico mantuano también aseguraba el retejido de los lazos de parentesco para garantizar el monopolio del poder, organizados primero como clanes familiares y a su vez como tribus de clanes, manteniendo de este modo la cohesión de la aristocracia creada en Venezuela.

Bajo el subterfugio de familias distinguidas argumentaban que esta práctica endogámica, como manía y capricho al mismo tiempo, se sostenía y se podía producir como norma porque devenía del derecho de persona como legítimos descendientes de los primeros conquistadores y pobladores del territorio, y al mismo tiempo era un mecanismo sólido de aseguramiento de la igualdad social que habían concebido en su proyecto ontológico; de esta suerte garantizarían la convivencia social, la conservación de los títulos, el presunto honor familiar, manteniendo los privilegios divinos, evitando disipar las fortunas de las familias, a partir de institucionalizar en la racionalidad el matrimonio endogámico como tradición propia del ethos mantuano.

Este recelo les devino de la construcción de clase dominante de los reyes europeos; fue de vital importancia para la Corona mantener la estratificación de la diferencia racial de la sociedad colonial. El mandato para la metrópolis fue “una razón de Estado” que debía defenderse y mantenerse. La Corona en 1776 legitima finalmente el prejuicio étnico y social que

impone inclusive la discriminación económica a través de la *Real Pragmática de Matrimonios* (endogámicos), promulgada el 23 de marzo de ese año. Diecinueve años después ese interés de la Corona por mantener el honor de la sangre pura mantuana es depuesto, por intereses netamente mercantilistas, a través de la renta provechosa que dio la dimensión económica del sistema de blanquitud con *la Real Cédula de Gracias al Sacar* que garantizó, desde una relación de intercambio comercial entre la Metrópolis y del estamento racializado subalterno, la posibilidad para los pardos de salir de su condición de casta inferior con la dispensa económica de 500 pesos. Esa “razón de Estado” en mantener la estirpe de los presuntos portadores de la limpieza de sangre deviene de la racionalidad de los reyes de la monarquía ibérica, francesa, prusiana y austrohúngara, quienes también hicieron de la monogamia una costumbre para mantener “puros” los linajes.

Los delirios de grandezas de esas manifestaciones de locura, esquizofrenia y paranoias se hacen evidentes en el tutelaje político de los amos del valle; esto quiere decir que el mismo cuerpo social distribuido en lo político, lo económico y lo cultural se repartió el Estado colonial en sus otros contornos de la vida social, tendiendo siempre la condición de posibilidad el mantener el poder desde sus pretensiones más elementales. Nos dice Alí Enrique López Bohórquez<sup>24</sup> que los mantuanos administraron en la colonia los centros determinados del poder coercitivo español que estaban en manos de los amos del valle: las instituciones sociales. De esa manera destacan en nuestra historia, el Ayuntamiento y luego el Real Consulado.

Con el Cabildo, los amos del valle mantuvieron encriptado e intervenido el gobierno y la justicia, que además se ejercía

---

24 López Bohórquez Enrique (2009). *El Rescate de La Autoridad Colonial en Venezuela. La Real Audiencia de Caracas (1786-1810)*.

desde la centralidad que imponía la ciudad capital de la provincia de Venezuela (López Bohórquez, 2009: 337). Poseedores de títulos nobiliarios otorgados por la Corona, era de esperarse que la mayoría de sus solicitudes a la metrópolis se cumplieran. Estas prerrogativas coloniales eran dadas sobre todo a los que en 1776 se acogieron a la política de Estado de la *Real Pragmática de Matrimonios* (monogámicos). En la historiografía mantuana destacan las uniones intrafamiliares del conde Tovar con una prima hermana, o del Márquez del Toro con una parienta muy cercana; estos dos episodios están registrados en los archivos oficiales y demuestran el ensimismamiento también como evidencia patológica del etnocentrismo que padecía la aristocracia criolla y su concupiscencia mantuana.

La idea de raza como principio constitutivo de la modernidad nos está permitiendo develar esa economía política del racismo que denuncia Herrera Salas, (2005) desnudada en acumulación originaria con la desposesión de los atributos humanos: lo espiritual, lo intelectual, lo emocional y lo material que la esclavitud generó como gran sistema de retención. Hablar hoy de la plusvalía epistémica es hacer evidente el conocimiento en las artes agrícolas africanas que sin duda alguna fue la primera fuente de acumulación acelerada. El valor del trabajo intelectual en la creación del sistema productivo del cacao y la aplicación de los conocimientos ancestrales tropicales, apropiados por los grandes cacahos para sus fines netamente mercantilistas, partieron de la utilización total del valor del trabajo humano de las y los negros para aumentar sus beneficios.

Y en este tema, es vital contextualizar el debate sobre la acumulación de capitales de las élites. Si otro aspecto de la acumulación se da entre el capital obtenido por el modo de producción esclavista y las formas de producción capitalista, no pueden quedar por fuera de la narrativa histórica venezolana

elementos inherentes como la incorporación de sistemas de violencia contra el campesinado afro y los que se fugaron de la plantación como las y los cimarrones. ¿Cuáles fueron los mecanismos del terrorismo esclavista que afectaron psicológicamente a las y los esclavizados? El largo repertorio de cánones de intimidación debe ser develado; así, los azotes, las mutilaciones de miembros, los ayunos forzados, los abusos sexuales, son parte de esos dispositivos del control biopolítico de elementos inherentes a la acumulación originaria venezolana. La psicóloga afrovenezolana Ligia Montañez<sup>25</sup> relata el trato dado a las y los esclavizados fugados una vez que los amos le recuperaban: abusos físicos, psicológicos, el aislamiento de su grupo social, la venta como mercancía, entre otros. Nuestro interés por resaltar la acumulación originaria en algunas regiones de Venezuela es por el vínculo que tiene con la ideología del racismo, su economía y el modo capitalista de producción que se valió de todas estas formas y que tuvo como principales perpetuadores en nuestra historia a los grandes cacaos, quienes se apropiaron del trabajo de nuestros ancestros/orígenes y que nunca ha sido retribuido en las generaciones subsiguientes. Por ello, el pueblo venezolano que ha acumulado destrezas de generación en generación en los diversos sistemas productivos sigue empobrecido, por la mezquindad y avaricia en la redistribución de las rentas que históricamente hemos producido los sectores populares. Otro aspecto de la acumulación originaria que se ha sostenido en el tiempo es el engaño a través de la figura honorable del empresario venezolano en el retrato histórico del gran cacao; poco se ha socializado en nuestra historiografía cómo fue la obtención de “sus” medios de producción y cómo fue el desarrollo de las fuerzas productivas a través del

---

25 Montañez Ligia (1993). *El Racismo Oculto en una Sociedad No Racista*. Caracas, Editorial Tropykos.

régimen esclavista, que como medio para hacer dinámica la producción terminó convirtiendo a nuestra subjetividad histórica en mercancía.

El estudio de Chuao nos reveló una serie de elementos fundamentales para el combate ideológico contra el campo cultural de los sectores dominantes. Ésta fue la plantación más antigua de cacao en Venezuela: su impacto productivo se cuenta oficialmente desde el siglo XVII, aunque su trabajo comienza antes de toda infraestructura de producción de la hacienda en el siglo XVI. Antes de ser hacienda fue la residencia de un encomendador. Fue, por ende, sede de una encomienda en 1568, cuando comienza el proceso de construcción de infraestructuras por parte de los indígenas.

Ha sido testigo de la invasión española y de los falsos méritos de conquista que adornan las fábulas mantuanas, capitalizadas por el señorío de los grandes cacaos, los mantuanos, los amos del valle. Fue testigo de los procesos de ladinación y culturicidio de los pueblos indígenas que sufrieron la encomienda, así como también la instauración de la obra pía católica desde 1670 a 1821, que se encargó de la evangelización de las y los negros de la hacienda bautizándolos, imponiéndoles nociones elementales de la doctrina cristiana y estableciendo un reordenamiento espiritual, político y económico para la operatividad del sistema de organización, creando la iglesia católica para los negros como estrategia de aculturación.

Los grandes cacaos alimentaron con sus demandas la trata negrera, tanto la oficializada por la corona como la del contrabando. Fueron autores materiales e intelectuales de las “celdas productivas” (Jesús “Chucho” García 2008). La esclavitud africana fue un método de acumulación originaria para la explotación del cacao. Durante las primeras décadas del siglo XVI, el obispo de Venezuela informa a la corona la necesidad de esclavizados para el desarrollo económico de la provincia; en 1525

se otorgan las primeras licencias de la Corona para adquirir esclavos, en ese tiempo 400 entraron legalmente a Venezuela, lo que certifica que el contrabando de negros arrancó primero. Los Welser obtienen la primera licencia en 1528 intentando introducir 4.000 africanos (piezas) para ser vendidos en 4 años, pero no llegaron todos los solicitados. Veintiséis ducados<sup>26</sup> era el costo establecido para ser vendidos; en 1556 el precio de un esclavizado en Venezuela era del 110 ducados (Brito Figueroa, 1973).

La naciente clase terrateniente venezolana solicitó a España mano de obra esclavizada para la Provincia de Caracas. En 1560 adquirieron 2.000 esclavos; en 1590, 3.000. Los grandes cacahos de la provincia de Caracas comenzaron a ser grandes esclavistas. De 1590 a 1596 llegaron a La Guaira 695 africanos y 100 más de ambos sexos entraron de contrabando por Coro. En 1601 arribaron 500 esclavizados para ser trasladados a la isla de Margarita y a Cumaná. En 1613 entraron 207 esclavos legales por Coro. En 1674 fueron llevados a Trinidad 120 y 250 más a Margarita y Cumaná; 660 entraron por La Guaira y fueron distribuidos entre Caracas y Maracaibo. En la década 1682-1692 se garantizó a los mantuanos la introducción anual de esclavos gracias a la solicitud que había hecho el obispo de Caracas (Brito Figueroa, 1973).

En febrero de 1715, agosto de 1730 y luego durante los años 1739-1792, 3.792 africanos y africanas llegaron a Venezuela en calidad de esclavizados. Sin embargo, dudamos de dicho registro porque en ese mismo período se les cambian a Inglaterra 1115 fanegas de cacao por esclavizados que no se registran a la corona española. La Compañía Guipuzcoana adquirió 11.775 esclavizados importados de África durante el periodo 1730-1778 para establecer el mercado venezolano

---

26 Fue una antigua moneda de oro empleada en varios países de la Europa imperial, proviene de la República de Venecia al mercado europeo en 1284; su valor fue su peso en oro de 3,50 g de oro.

de entonces. Ya en 1765 la Compañía Guipuzcoana había importado 2.000 esclavizados de Guinea y Curazao. Los grandes cacaos de la provincia de Caracas truequearon anualmente un número incógnito de esclavizados por mulas, tabaco, cacao, sebo, cuero, ganado, carne salada, entre otros productos. Sin embargo, no aparecen registros oficiales de esto (Brito Figueroa, 1973). Los grandes cacaos de la provincia de Caracas se encargaron de la solicitud a la corona, de los negocios de canje del contrabando y de la distribución de “la mercancía esclava” en toda la provincia de Venezuela. Nos dice Brito Figueroa (1973) que ingresaron legalmente al territorio 50.841 esclavizados africanos a través del derecho de almojarifazgo<sup>27</sup>, durante el siglo XVI entraron 6.595; en el siglo XVII, 10.147 y en el siglo XVIII, 34.099 (sin contar los del siglo XIX, ni los que penetraron siempre por contrabando, quienes fueron mal llamados “de mala entrada”); también se tienen registros imprecisos de cimarrones de otras costas que arribaron a Venezuela, se hablan de aproximadamente 100.000.

A partir de 1773, los grandes cacaos capitalizan otra modalidad: explotar al campesinado enfeudado<sup>28</sup>. Fueron víctimas de explotación económica, de dependencia al trabajo de la tierra y del despojo de su fuerza de trabajo por parte de los latifundistas, los grandes cacaos. Dentro de esa población entraron los manumisos<sup>29</sup> y muchos cimarrones antillanos que huyeron de las plantaciones en las que fueron prisioneros, en el territorio que hoy conocemos como Venezuela; fueron

---

27 El almojarifazgo fue un gravamen aduanero que se cancelaba por el traslado de mercancías que ingresaban o salían de España y que transitaban entre los diversos puertos; es lo que hoy conocemos como un arancel.

28 Hombres y mujeres libres legalmente que quedaron exentos del sello que creó el prejuicio etnoracial.

29 Muchas y muchos manumisos que fueron liberados a la muerte de sus amos, por deudas de ascendientes no canceladas las pasaron de generación en generación haciéndolos volver nuevamente a la esclavitud pero por endeudamiento, este fue otro método de acumulación originaria al cual acudieron los grandes cacaos.

absorbidos como mano de obra enfeudada. El campesino enfeudado también generó renta a los grandes cacahos de muchas maneras. Uno de los casos fue el del Conde Tovar, quien de las cantidades de tierras ociosas que poseía en los valles de Aragua, decidió alquilárselas a familias pobres, para que estas sembraran algodón; recibió 40.000 pesos de renta e hizo arrendadores y jornaleros en tiempos de cosecha a los libertos.

El cacao como mercancía le permitió a la élite venezolana gozar del privilegio y de portar la engañosa figura de empresario honorable, al colocarse comercialmente al frente de las colonias agrícolas españolas. Con la Compañía Guipuzcoana el consumo y la producción aumentaron exponencialmente, lo que no es evidente es el costo humano de la renta acumulada. En Venezuela se producía para complacer las necesidades e intereses del mercado internacional, ya fuera el de las colonias más avanzadas del reino español, el de las solicitudes de contrabandistas e incluso las del Imperio Español.

El contrabando fue institucionalizado por los holandeses desde el siglo XVII. Curazao y Bonaire fueron los centros de acopio del contrabando holandés. Con la participación de los grandes cacahos en el negocio de los holandeses se realizó una réplica a menor escala del comercio triangular, donde fluían mercancías a Europa, a las costas venezolanas a Curazao y Bonaire. Con las mercancías obtenidas de Venezuela, como el cacao, el cuero, las carnes, el tabaco y las mulas, los holandeses entregaban esclavizados y mercaderías europeas a los grandes cacahos, quienes luego comercializaban en todo el territorio de lo que hoy conocemos como Venezuela.

El cabildo de Caracas, primer sindicato patronal de Venezuela en la colonia, ayudó a garantizar el monopolio de la Compañía Guipuzcoana entre 1730-1784, es decir, 54 años más, en la comercialización del cacao donde los grandes cacahos eran defendidos por el cabildo ante España..

## ¿De cuánto dinero acumulado por los grandes cacaos estamos hablando?

*Entre 1621 y 1700 se exportaron 435.352 fanegas de cacao... entre 1701 y 1730 las extracciones alcanzaron 609.580... a partir de 1730 con la irrupción de la Compañía Guipuzcoana, la exportación de cacao a España pasaron al primer lugar y México al segundo puesto; en período de 1730 a 1784 se exportaron 2.328.626 fanegas... a estas cifras hay que incluir la sacada de cacao por vía de contrabando.*

(CUNILL GRAU, 2007:455).

Nos dice Francisco Herrera Luque<sup>30</sup> que en 1730 se replantean las vías marítimas del cacao con el control de la Compañía Guipuzcoana de Venezuela. Lo que en un principio eran las rutas de Venezuela a Cartagena, a México, a Santo Domingo y luego a España, se recompusieron directamente a España dos veces al año.

Herrera Luque nos revela cuáles eran los precios de los elementos que giraban en torno a la producción del cacao; nosotras calculamos los montos equivalentes en reales, que eran las monedas acuñadas en oro y en plata. Aunque no hacemos ninguna operación matemática alrededor de los datos históricos consignados en esta investigación, con esa información logramos tener una idea de cuáles eran los montos de todo el proceso de producción en su fase de exportación, incluyendo costos adicionales comparativos y gastos de funcionario.

1 peso era igual a 8 reales de oro o de plata. El sueldo de un gobernador era de 6.000 pesos al año, lo que traducimos basada en la estructura de los costos en reales dando como

---

30 Herrera Luque, Francisco (1979) Los Amos del Valle. Tomo I. Editorial Pomaire. Caracas, Venezuela.

resultado 750 reales. El sueldo de un peón o campesino enfeudado al día en América era de 3 reales, equivalente a 160 pesos anuales, mientras que el sueldo de un obrero en España era de 8 reales diarios, equivalente a 285 reales anuales. El costo estándar de un esclavo era 200 pesos, equivalente a 9 pesos, equivalente a su vez a 1,125 reales. El acarreo de una fanega a Caracas costaba 1 peso, equivalente a 0,625 reales. Una fanega de cacao (50 kilos) en Veracruz costaba 25 pesos equivalentes a 3,125 reales. El valor de una fanega en Curazao era de 32 pesos equivalentes a 4 reales. El valor de una fanega en España era de 34 pesos, equivalentes a 4,25 reales. Un barril de harina de 10 (equivalente a 1,25 reales) costaba 23 pesos (equivalente a 2,875 reales). El monto anual de la exportación por cacao era de 700.000 pesos, equivalentes a 87.500 reales. La capacidad de una embarcación corriente era de 700 fanegas y realizaban dos viajes al año a España. La capacidad tope de absorción de mercadería de Venezuela era de 660 pesos equivalentes a 75.000 reales. El sueldo de un amanuense (escribano, empleado de la burocracia mantuana) en España era de 54 pesos mensuales; al año ganaba 848 pesos u 81 reales al año. El costo de vida de un estudiante clase media de España era de 54 pesos mensuales u 848 pesos al año, equivalentes a 81 reales al año.

Todos estos elementos eran parte de la estructura de costos del cacao. Se observaron tanto los gastos como los precios. Con Federico Brito Figueroa (1973; 103), conocimos las siguientes cifras oficiales de exportación de Cacao desde la Provincia de Caracas<sup>31</sup> durante el periodo de 1690 hasta la década de 1780. Las ganancias obtenidas fueron de 35.339.993 pesos.

---

31 Federico Brito Figueroa (1973). *Historia Económica y Social de Venezuela* (Tomo I). 1973.

La rapacidad en la desposesión y todos los medios insertos en el proceso de acumulación tuvieron lógicas que dan cuenta de lo que venimos afirmando. Hoy comprendemos que estaban conscientes de las destrezas, capacidades y experiencias de las y los esclavizados africanos: sabemos que su fuerza de trabajo fue considerada el primer eslabón de las condiciones de producción. Apropiarse de ellas a través de la nefasta regla del vientre esclavo (que establecía que todo hijo nacido de vientre esclavizado era “naturalmente” esclavo) evidencia la terrible ofensa de la esclavitud y de cómo tuvo implícita la barbarie en el derecho de propiedad del capital sobre la fuerza de trabajo.

Durante nuestra participación, desde Trenzas Insurgentes y la Cátedra Libre África de la Universidad Bolivariana de Venezuela, como ponentes en la 3era Escuela de Pensamiento crítico descolonial de Caracas, en octubre del 2017 llevamos un conversatorio sobre las tensiones étnicas, de género y clase en la experiencia afrovenezolana y exponíamos las siguientes ideas como militantes del movimiento afrovenezolano y de las luchas contra el patriarcado en el sur global.

Uno de los elementos debatidos fue el de la acumulación originaria con el despojo ontológico del pueblo afro: éste vaciamiento existencial lo precisamos en fenómenos como el culturicidio espacio-tiempo de confiscación y expropiación de la humanidad afro, con su correlato de bestialización de esos seres culturales, históricos y de relaciones, para fines comerciales del colonialismo de entonces.

El otro elemento debatido fue el memoricidio, que despoja el “estar en el mundo” (Rodolfo Kusch, 1979) de nuestra cultura afro y sus recuerdos, que arranca con el secuestro masivo de africanas y africanos de su espacio embrionario y, por ende, de sus propias narrativas históricas, de sus experiencias de vida.

Finalmente, ésta triangulación se completa con el epistemicidio: una vez enajenados de sus propias experiencias de

trabajo, eran arrancados de los medios conocidos de producción y reproducción de la vida habituales en los diversos pueblos de África para encarcelarlos en calabozos lucrativos para la empresa negrera, la colonización de América, la invención de Europa, el mito del primer mundo, la definición del proyecto civilizador (modernidad) para la génesis del capitalismo.

En ese momento puntualizábamos el despojo ontológico dirigido como dispositivo de control biopolítico hacia las mujeres e hicimos especial hincapié en esta subjetividad. De esta manera, el racismo hacia las mujeres afro tiene su historicidad en el modo en que se estructura la sociedad colonial, donde el patriarcado judeocristiano, la desposesión material y la opresión étnico-cultural se entroncaron en un sistema que derivó en la configuración histórica de la violencia patrimonial dirigida a las mujeres del pueblo afro. Éstas mujeres, desterritorializadas de África y trasplantadas a América, fueron explotadas para que sus vientres (territorio somático) fuesen fábrica de nuevas y nuevos esclavizados. Otro elemento incorporado al debate fue la alienación erótica a través del despojo del placer sexual para el goce del amo esclavista, colonizador y patriarca judeocristiano.

Su tiempo de escasa intimidad les fue arrebatado. Así, la esfera de lo público fue la esclavitud; y la esfera de lo privado, la configuración histórica de violencia patrimonial: el arrebato de su leche materna para los hijos y las hijas de los amos en detrimento de sus propios hijos; su cultura del cuidado enajenada para atender al grupo familiar que la esclavizaba.

El sistema de dominación colonial elaboró pues un propio juego en contexto dentro del patriarcado occidental que llegó como parte de la impronta imperial a lo que semánticamente venimos definiendo como Abya Yala hoy, generando inclusive el ejercicio de dominio desde dos experiencias de mujeres oprimidas, diferenciadas, pero explotadas por el mismo sistema.

De esta manera, se establecen nuevas relaciones de poder entre dominadoras y dominadas (ama blanca, negra esclavizada). Profundizando aún más en la violencia patrimonial vemos cómo la mujer blanca, desde su cúspide de poder, estigmatizó en la colonia la imagen de la mujer negra en términos sociales, convirtiéndola en imaginario de lo que aún hoy, desde el entronque de la ideología del racismo y la tiranía de la belleza, se sigue reproduciendo como “pecadora”: mujeres regaladas, fáciles, pervertidas, imprudentes, atolondradas, sucias, indecentes, ardientes, fogosas; es decir, no sólo pecadoras religiosas sino también pecadoras culturales.

Para la mujer blanca, la mujer afro nunca fue su aliada frente a la lucha contra la dominación masculina; por el contrario, siempre fue su antagonista, por ello necesitó inferiorizarla. De esta manera, se expresa “otra” dimensión de ese machismo racializado y de dicha violencia patrimonial, desmoralizando la existencia de la mujer afro en la sociedad colonial, en una operación que definimos como *misoginia racializada*. Mientras que la familia nuclear patriarcal, colonial y moderna, así como la legitimidad de las y los hijos, pasa por el reconocimiento del vientre de la mujer blanca como expresión femenina y cultural de los sectores dominantes, las hijas y los hijos de las mujeres afro que no son la mercancía esclavizada se convierten en bastardos, son los hijos o hijas naturales, destituidos de toda paternidad, y esta es otra manifestación del despojo ontológico: las mujeres que tienen cultura y las mujeres naturales o de la naturaleza, las mujeres salvajes. En nuestros estudios históricos demostramos que las mujeres afro han llevado la peor parte de la historia de la dominación, del despojo y de la esclavitud en toda su extensión. Si bien es cierto que la lucha étnica, tanto en la existencia indígena como en la afro, es previa a la lucha de clases, es también cierto que la lucha de género por parte de las mujeres indígenas y negras contra la violencia patriarcal

judeocristiana del conquistador–colonizador–criollo de raíz europea, fue el primer choque cultural entre experiencias humanas diversas radicalmente en este continente, y este aspecto de la venezolanidad sigue siendo un asunto por develar si realmente nos proponemos una escritura histórica descolonial, revolucionaria, cimarrona y de liberación.

Otro elemento de la rapacidad comercial de los grandes cacao desde Venezuela fue el plusvalor que obtuvieron como activadores de la acumulación de capitales con respecto a los consumidores de cacao en Europa. La acogida en las cortes europeas del cacao venezolano que, mezclado con azúcar y leche, hizo que el chocolate estuviese vinculado con el lujo; la fascinación por el aroma y el placer por el gusto, cosificaron al “alimento de los dioses”, percibiéndose como mercancía estimulante, como una mercadería preciosa capaz de incitar al deseo y los apetitos pasionales. Fue el mejor estimulante del vigor físico, llegándose a utilizar como uno de los principales afrodisíacos; de esta manera los grandes cacao aseguraron la prosperidad económica en la colonia.

Con ese dinero que les daban las inmensas cantidades de fanegas exportadas, los grandes cacao compraban en el puerto de Veracruz plata amonedada o labrada, mercadería europea y la traían a Venezuela, satisfaciendo así la demanda del mercado mantuano caraqueño y garantizando a su vez otras rentas particulares. La vocación exportadora de materias primas y la vorágine mercantilista a través de la instauración del monocultivo de cacao obedecieron al fin de satisfacer las demandas lucrativas expresadas en el placer de las élites europeas por el consumo del cacao. Los elementos anteriormente descritos son uno de los mecanismos de esa rapacidad ocultada en la historia nacional. La cultura colonial del cacao debe su génesis a la demanda de los mercaderes españoles, portugueses, holandeses, tomando los sefardíes hispanolusitanos todo

el conocimiento que estos tenían sobre las calidades, sabores, aromas y gustos, además de haber sido testigos oculares al principio de la explotación del cacao en los procesamientos artesanales, que en México los esclavizados de diversos pueblos del África habían desarrollado. El papel de los sefardíes hispanolusitanos en nuestra historia es casi nulo, éstos fueron parte activa en la comercialización del cacao en Europa desde 1600, generaron la cultura del chocolate produciendo la oferta a los negociantes del tráfico temprano del fruto y de los esclavizados africanos. Se configuró toda la burocracia mantuana que garantizaba la renta del contrabando de extracción del cacao; es de esta manera como 1508 marca el inicio de las relaciones clientelares con la “tolerancia en la comercialización” (legal o ilegal) por parte de la administración colonial de entonces, desde la metrópolis.

A partir de la exportación del cacao venezolano, dentro de la estructura de costos debe estudiarse a profundidad cómo se abultaron las altas cifras en sobornos; cómo se estructuraron los lobbys y se legitimaron socialmente las prebendas; cómo se codificaron las relaciones clientelares con la metrópolis, permitiendo el surgimiento de mercados exclusivos y protegidos para los grandes cacaos como política administrativa de la metrópolis, que garantizó los derechos de exportación y exclusividad del cacao venezolano en el comercio internacional. De estos acontecimientos vino el disimulo de las autoridades menores venidas de la metrópoli frente a los “maleteros de Aragua”. Esta burocracia corrupta estaba incluida en las estructuras de costos que producía el contrabando y muestra la participación directa de estos funcionarios en la renta silenciosa del cultivo de los grandes cacaos, en la acumulación originaria para las aristocracias que se beneficiaban en el comercio triangular del sistema de explotación cacaotero.

Mientras que para las culturas africanas y americanas el consumo del cacao estaba más vinculado a sus creencias místicas, en el consumo desmesurado y excesivo del cacao se perdió el componente de fruto espiritual y comenzó a ser consumido como mercancía narcotizante. Esto fue usado como droga gracias a los compuestos psicoactivos que posee el cacao. Fue mercantilizado porque su consumo produce la sensación de felicidad interna, de paz, de bienestar, la conexión con los demás, favorece la relajación, la calma y aumenta la sensación del placer.

El cacao se convirtió en uno de los estimulantes de más alto consumo. Sus propiedades, que están íntimamente relacionadas con la liberación de neurotransmisores y que permiten llegar incluso a estados de euforia y éxtasis menor, paso a ser el menjurje adictivo y a ser valorado como una de las exquisiteces más disfrutadas en el mundo blanco. Su uso, al mejor estilo de las bacanales romanas, estimulaba las propiedades hedonistas y satisfacía las necesidades anímicas de un mercado que aumentaba cada días más la demanda y con ello los intereses de los grandes cacaos y la explotación sistemática de las y los esclavizados en las haciendas cacaoteras. La adicción al chocolate profundizó la explotación de la clase dominante para el mayor rendimiento de su economía política del racismo

En el contexto temporal del surgimiento del Tratado de Utrecht impuesto por el imperio inglés alrededor de 1713, queda demostrada la obsolescencia del sistema económico de los grandes cacaos, es decir, el creado por los amos del valle, en un contexto mundo que atraviesa la primera expresión de revolución industrial, que deja en evidencia el arcaico mercantilismo español. Estos acontecimiento obligan a España, a través de las reformas borbónicas, a que en Venezuela los amos del valle fuesen perdiendo el control de producción y de administradores del fruto como caraqueños; el comercio

internacional exige en su dinámica la apertura del puerto de Carúpano en Oriente, de puerto España en la isla de Trinidad, destejando el monopolio de los grandes cacaos de la provincia caraqueña y atomizando la hegemonía que con el puerto de La Guaira sostenían históricamente los mantuanos sobre el mercado de Nueva España.

## **Grandes Cacaos al cierre**

El descubrimiento colonial del cacao se da en el virreinato de Nueva España (México). La actividad de explotación caotera fue el cimiento que permitió la estructuración económica y social de Venezuela durante más de trescientos años de actividad agrícola transcurrida desde el siglo XVI hasta la independencia. Venezuela fue una de las primeras provincias españolas en trabajar y comercializar con el fruto, por eso el sistema del cacao debe contemplarse tomando en cuenta dimensiones como la ecosistémica con todo el trabajo de exploración de los bosques y la inspección de las tramas ecológicas de los territorios; la dimensión económica, que ya describimos extensamente en páginas anteriores pero también desde la historia que se da en México como pionera de la producción caotera y el trabajo exploratorio de misiones y expedicionarios reportando la abundancia de los bosques de cacao para el desarrollo mercantil venezolano.

El cacao fue el primer rubro de exportación en Venezuela creó un sistema de traslado por tráfico marítimo para la comercialización del fruto desde el puerto de La Guaira hasta Veracruz, haciendo de los grandes cacaos poseedores de pequeñas embarcaciones, muchas de ellas realizadas en las haciendas por las y los africanos venido de pueblos expertos en esta producción.

En 1550 La Provincia de Venezuela fue una de las primeras colonias en abastecer el mercado mexicano, que a su vez fue el primer mercado mundial del cacao. En la historicidad de los valores de cambio/uso del cacao nos encontramos con que se utilizó como moneda, que funcionó de dispositivo económico para el trueque de mercancías y que fue muy utilizado para intercambios y transacciones comerciales. En lo estratégico militar, fue alimento de tropas españolas por su alto valor nutricional. Cien años mantuvo España la propiedad colonial del cacao en Europa. En 1606 ya estaba en el comercio italiano, en 1616 en Francia, en 1657 en Inglaterra, en 1765 en Estados Unidos. El cacao se convirtió en uno de los rubros más preciados del comercio triangular, por eso ayudó al establecimiento en Venezuela de prácticas monopolistas y mercantilistas. Los grandes cacaos fueron los intermediarios que concentraron el comercio en la provincia de Caracas: su expansión contó con las condiciones tropicales venezolanas, con sus selvas y sus bosques.

En el seno de la economía de rapiña de la explotación cacaotera, se decide adquirir el modo de producción esclavista, es por ello que se secuestran africanas y africanos en edades productivas de naciones muy desarrolladas en las ciencias agrícolas. Con este comercio se funda nuestra propia economía del racismo, el régimen de plantación venezolana desde la hacienda cacaotera donde se construyeron estructuras físicas de explotación del fruto y los mecanismos metafísicos de desontologización de las y los africanos; por el cacao se conocen las capacidades productivas de ecosistemas como el venezolano y se produce el ocultamiento de su rentabilidad, para el provecho de apenas ocho familias de mantuanos.

Para el campo cultural de los sectores dominantes, el cacao representó la acumulación de groseras cifras de acumulación de capitales, trayéndoles beneficios económicos para sus círculos

cerrados de poder, secuestrándole a las familias decomisadas de los reinos, pueblos naciones y comunidades en general del África, les dejó la inaugural figura del filicidio, de la descomposición de las estructuras familiares y de parentescos, además del plusvalor negativo calculado en el costo emocional de las familias fragmentadas. Con el sistema de prejuicios racistas encubridores de la acumulación originaria que costó vidas, desórdenes psicológicos, bipolarismos psíquicos, el complejo de superioridad de los colonos también como parte de la crisis de identidad, al paralelo con el menoscabo de las vidas humanas africanas que también importan, y han importado siempre, se escribe una historia de explotación sin precedentes en la vida del mundo africano; hablamos del resquebrajamiento de la elemental confianza en sí mismo de los humanos sometidos al régimen de la trata negrera, de quebrantos emocionales en la memoria colectiva como pueblo afrodiaspóricos, de las menguas existenciales que siempre estarán presentes hasta que no se repare política, económica y espiritualmente a nuestra cultura africana, en eso consiste la gran ofensa de la esclavitud.

En la acumulación originaria venezolana, salvo muy pocas excepciones que son fuentes vitales para este trabajo investigativo, debemos hablar de las reparaciones identitarias y anímicas alrededor de lo que representa en nosotras y nosotros como afrodescendientes la geohistoria del *Homo economicus*. Quedará abierta, hasta que logramos especificar los procesos de liberación concretos, la pregunta sobre la posibilidad de recuperar la dignidad humana de nosotras y nosotros como sujetos históricos. Este escrito es una invitación a que pensemos cómo desde la ideología del racismo, la colonización y la esclavitud se desdibujaron nuestra subjetividad histórica y cultural y configuraron al sujeto económico mercancía de sus rentas privadas.

Este sujeto que fue primero secuestrado de sus tierras, esclavizado en las plantaciones, luego llevado a ser manumiso,

luego campesino enfeudado, luego peón, luego trabajador desocupado. Siendo poseedor de técnicas, tecnologías y ciencias de civilizaciones ancestrales, proveyó a los grandes caos de todos los tiempos, en el largo sendero de la explotación esclavista colonial y neocolonial, de la mayor suma de concentración y centralización de capitales que sentaron las bases de la economía venezolana, del capitalismo periférico dependiente del cual aún no nos hemos podido recuperar, y el que en la historia nos permite ver como afrovenezolanos la formación del progreso burgués parasitario, que formaría parte del orden económico mundial de la modernidad teniendo esta economía como base social de las desigualdades.

¿Cómo ha sido posible que en Venezuela aún hoy exista un estamento y una cultura tan cara dura que siga pensando que el europeo imperial tenía derechos de colonización, tenía derechos de implementar su racionalidad de colonialidades, tenía derechos al colonialismo y aún peor, derecho de imponer su etnocentrismo sobre los grupos que subalternizó, a través de argumentos tan débiles y falaces como la presunta superioridad ontológica?

La respuesta está en la historia. Probablemente éste escrito haya podido precisar que de lo que se trata en principio es de la intencionalidad colonial sobre los “errores categoriales”: que donde haya barbarie etnocentrista, se le llame civilización; donde haya violencia sistémica y sistemática, cultura: Donde haya despojo, economía: donde encontremos usufructo, política.

Nos consuela que en la historia de las experiencias de vida de todos los pueblos atacados por los imperios ha sido parte de la memoria como trinchera de lucha, que la vivencia siempre insurja. Desde esta investigación seguiremos planteando los dispositivos de la guerra se dan en el campo de la filosofía, de la racionalidad, del pensamiento, de la producción de ideas que

determinan comportamientos; los caídos y caídas son las personas que con sus luchas han podido vencer en el campo racional esta batalla, son ellos y ellas los que nos permiten afirmar que combatiremos para que “nunca más” esto vuelva a ocurrir.

En el debate sobre la acumulación originaria, la hacienda cacaotera es el lugar donde podemos identificar a la *ginia* y al *Homo economicus*, lo infrahumanizado que se inferioriza en un yo individual y se deprime en un nosotros inferior cultural; es la operación ideológica que se hace con nuestro grupo étnico, con nuestras civilizaciones de arraigo, con nuestros pueblos naciones. Es la materialización somática del racismo como sistema.

Convertidos en instrumentos de producción, nuestros orígenes en América fueron obligados a ser un valor de intercambio, un valor de uso (y abusos) en la plantación-hacienda; a ser un valor de cambio en el mercado inaugural del capitalismo. Fuerza animal, fuerza motora, fuerza incluso reproductora del *homo economicus* a través de los vientres de la *ginia economicus*, que se convierte también en la garantía de acumulación originaria con la fábrica biológica de esclavizados que año tras año, en edad productiva tuvo que surtir al mercado. La mujer africana fue pecho lactante para la seguridad alimentaria del mantuanaje, y vaginas productoras de placeres para el deseo desenfrenado del patriarca occidental, que alienó el erotismo de las mujeres negras. Estamos trabajando en responder qué lugar ocupan nuestros cuerpos en los últimos quinientos años de historia de la humanidad.

La invención del negro como fuerza de producción del sistema racializado de la economía moderna es un debate estructural en la crítica al capitalismo, porque la desposesión para la acumulación está a lo largo de todas las muertes, de toda la violencia, de toda la explotación que los africanos en América han vivido. Es por ello que debemos insistir en hurgar en

la historia de nuestros pueblos afrodiaspóricos ¿cómo ha sido la distribución de la riqueza y de los bienes producidos por el agente dinámico de la economía? Preguntarse éticamente el porqué del empobrecimiento material como condición existencial de nuestras vidas. Se trata de emprender la travesía rumbo a la historia de la expropiación como forma de producción sistémica. En este análisis se comienza a esbozar ideas para declarar la condición de posibilidades que tendría un “*giro reparador*” como política de la liberación, se le debe dar la vuelta a la historiografía para restablecer la humanidad y la dignidad. Algunos de estos elementos lo discutimos en el 2019 en el seminario de Reparaciones por la esclavitud y la colonización que la Cancillería Venezolana, específicamente, el vice ministerio para Asuntos del África, desde que Hugo Chávez planteó los convenios Sur-Sur que se vienen estudiando. Precisamos dentro de ese “giro reparador” lo siguiente: 1) El crimen de la deportación africana como acto concreto de justicia reparativa, pero sobre todas las cosas para volver a trenzar la urdimbre con nuestra africanidad, entendiendo que no somos un pueblo que por generación espontánea estamos en América, que aún a pesar de la esclavitud y la colonización, sigue intacta nuestra inscripción identitaria con los territorios ancestrales: 2) El debate sobre la construcción mecánica de América, esa gran factoría conocida como “Nuevo Mundo”, para que “Europa” se pudiera convertir en imperio. Así el “Nuevo Mundo”, fue un gran parque temático de culturas múltiples fagocitadas por la etnofagia compulsiva del eurocentrismo y donde se configura la infraestructura física y espiritual del comercio colonial: 3) Entender que donde se diga colonialismo su núcleo duro de comprensión es el robo y que la legalización de los derechos raciales de los colonos es el salvoconducto para seguir explotando pueblos: 4) El derecho de sangre de nuestra herencia, el derecho que tenemos a exigir

reparaciones políticas por toda la sangre derramada y la que se sigue derramando hoy, la defensa de los derechos de pertenencia sanguínea y cultural: 5) La liberación de nuestra memoria colectiva como americanas y americanos, tenemos derecho a saber qué fue lo que pasó realmente, aún no tenemos el control de nuestros archivos históricos: 6) La declaración internacional de las veinte generaciones afrodescendientes como sujetos históricos que nos encontramos en el territorio americano en quinientos años de existencia, la manifestación política de la personalidad africana en América, ambas como garantías de salvaguarda de nuestras vidas, cultura e identidad: 7) Poner fin a las prácticas discriminatorias, a las prácticas de dominación que se institucionalizaron en estados supremacistas, y que solapan en estado nacionales bajo el subterfugio de democracias raciales: 8) El derecho de pertenecer a la humanidad y el derecho de propiedad en todas sus dimensiones: 9) Proclamar el imperialismo moderno como anexionista, extractivista, etnocentrista, creador de las estructuras de clases que nos oprimen, de la estratificación racial de la sociedad y principalmente de la configuración económica que padecemos.

### **Lo que hemos resemantizado de la psichistoria de Montero**

Uno de los elementos que nos han emocionado profundamente del trabajo de campo de la profesora Maritza Montero (1986) ha sido la honestidad con que ha planteado los límites del desarrollo de sus búsquedas, los peligros que ella iba detectando a medida que se iba introduciendo en las investigaciones de su disciplina, y las advertencias que realiza con respecto a los métodos aplicados para la comprensión de nuestra realidad social. Gracias a estas lecturas pudimos plantear con mayor

precisión nuestra posición teórica desde la *filosofía del cimarronaje* como *investigación militante* que debe cumplir éticamente con el requisito fundante de nuestro proyecto: estar al servicio de operaciones analíticas que otorguen las *condiciones de posibilidad* a la investigación contextual georeferenciada, fundamentando inclusive el carácter político en la argumentación afroepistemológica para el empleo metodológico y metódico de las ciencias humanas llevadas al terreno del diálogo entre historia insurgente, filosofías del cimarronaje y de la liberación.

Retomamos para nosotras, con los trabajos de Montero<sup>32</sup>, el debate vigente que tiene que ver con la identidad nacional. Para ella fue indispensable “estudiar las actitudes, las creencias, los valores y, en general, los mecanismos psicosociales que asume la ideología en los sujetos de ella” (Montero, 1984:10). Uno de los elementos más relevantes que ha sido faro de nuestra investigación es que a partir de sus trabajos pudimos ubicar la racionalidad que aborda el tema de lo nacional, su inscripción etnocultural y, por ello, la incompatibilidad en el tratamiento de ciertos criterios y categorías de análisis a la hora de consolidar la construcción teórica, la producción de un mismo tema con orientaciones, miradas, percepciones e incluso conclusiones, casi siempre en contrasentido.

Tomando en cuenta como recomendación el peligro que asecha a las investigaciones históricas desde la inercia académica colonial en las interpretaciones descontextualizadas, salpicadas de neutralidad, objetividad e imparcialidad, del estudio de sus advertencias, logramos concretar el *corpus* crítico en un manifiesto metódico-metodológico que ayudará a comprender como descomplejizamos la investigación de los contenidos

---

32 Montero, Maritza (2008). *Ideología, Alienación e Identidad Nacional. Una aproximación Psicosocial al ser Venezolano*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca. Universidad Central de Venezuela.

históricos para que insurgiera esta parte de país mantuano desde el contexto de las repúblicas oligárquicas post-Bolívar.

El sentido y significado de las definiciones de ciertas ideas, más allá de los objetos lingüísticos que conocemos como conceptos, términos, nociones o categorías, nos ayudaron a reformular la pregunta de Juan José Bautista Segales<sup>33</sup> sobre qué significa pensar desde un contexto determinado, en nuestro caso tematizando el conflicto histórico en torno a la colonialidad del ser, del racismo estructural.

La advertencia a incurrir en extrapolaciones categoriales como expresión de la manipulación inercial en la teoría social a la que nos exhorta Montero, es tan válida como vital para nuestro modo de encarar la investigación militante en la cual nos suscribimos. Si queremos pensar cómo nos afectó existencialmente la construcción monolítica de la historia colonial y, al mismo tiempo y como experiencia epocal, debatir e incluso interpelar desde hoy a la historia “oficial”. Sería este el punto de partida para el tratamiento al que nos desafía la política de las reparaciones y la crítica descolonial, y en eso, a nuestro entender radica también la ética de la liberación cuando se contextualiza a *devenires históricos concretos*. El segundo punto sobre el dominio de las disciplinas en el campo contextual lo estamos resolviendo desde la legitimidad que otorga el *locus*, o lugar de enunciación de esta investigación ¿desde dónde estamos interpelando a la historia? Parte por comprender que quienes hacemos el planteamiento a estas problemáticas históricas, estamos tomando la palabra desde el clásico objeto de investigación; somos eso, el objeto de nuestro propio estudio, es decir, afro-venezolanas, mujeres, desde el Sur Global, pertenecientes a la cultura que ha estado históricamente en constante lucha por la

---

33 Bautista Segales, Juan José (2014). ¿Qué significa pensar desde América Latina? Hacia una racionalidad transmoderna y *postoccidental*. Madrid, Ediciones Akal, S. A.

liberación etnocultural, lo que nos sitúa en el pueblo cimarrón del siglo XXI.

Lo que desde la tradición del pensamiento crítico eurocentrado se pudo concebir como antagonismos, porque no se suscribe a la coherencia interna de la lógica disyuntiva en la reflexión descolonial del saber, que va teniendo despertares históricos y que desde sus contextos produjeron un conocimiento con las herramientas que tuvieron a mano. La vigencia de sus escritos para nosotras se encuentra en la necesidad *de buscar explicación al conflicto de la identidad nacional*, y allí donde alcanzó a despejar unas interpelaciones, nos permitió las readecuaciones de sus aportes a nuestras investigaciones. Uno de los puntos de partidas que tomamos de Maritza Montero como trayectoria epistémica en el debate sobre lo etnocultural de lo nacional, radica en su propuesta *de estudiar el componente psicosocial de las relaciones de producción*, la dialéctica que se suscitan desde los individuos que la dinamizan, los criterios que han operado en la división “nacional” del trabajo, la expropiación, despojo y negación del acceso a los medios de producción, que para Montero deben contemplarse también como economía política, desde una perspectiva psicosocial: “Es indispensable establecer un esquema de análisis de la conducta humana en la dinámica de las relaciones creadas por el trabajador, el trabajo y la propiedad. En una palabra, conocer el comportamiento psicológico concomitante” (Montero, 1984:11).

Creemos que cuando situaciones del pasado se siguen manifestando como graves conflictos, al no darles una solución en la lectura de la historia oficial, irremediablemente continuarán proyectándose en el futuro como problema estructural; es lo que como experiencia vivida pensamos de la fuerza inmanente que tiene aún hoy la ideología del racismo en nuestra nación. Al contrario de lo que se cree con respecto a las distorsiones, tal situación implicaría pensar (e incluso cuestionar) episodios

históricos desde la reflexión frente a los conflictos estructurales no resueltos (raza, tierras, conocimiento); Esto permite que insurjan las *funciones reparadoras* de la *interpelación histórica* que media entre lo acontecido y lo que se debe erradicar para que nunca más vuelva a ocurrir.

Las identidades sociales se construyen y reconstruyen constantemente, lo que podríamos afirmar que se mantiene es el carácter trascendental de los troncos ontológicos que lo definen como expresión identitaria; ese es uno de los intereses centrales: *comprender la racionalidad que determina ciertas conductas y que se inscriben en la justificación de porqué las venezolanidades son de cierta manera*. En los niveles de análisis que estamos proponiendo, el haber accedido a las pesquisas de las metodologías psicosociales sobre el carácter nacional nos ha ayudado a ubicar las racionalidades que operan en las conductas.

En este estudio, nuestro planteamiento central fue reconfigurar la visión pesimista en la autoimagen de la venezolanidad desde el problema raciológico, prejuicio manifiesto en la fisonomía de la identidad cultural negativa. Es por ello que el componente psicopolítico como expresión de la posición dominante, en la relación mediadora que se da entre el campo de la cultura dominante y el campo de la cultura dominada, lo estamos asumiendo como el reflejo a través del espejo del *dogma racial*, una desde su actitud ideologizante y la última como depósito de la alienación sistemática.

Nos preguntamos sobre estos condicionamientos: ¿cuáles baluartes se reconocen de la afrovenezolanidad, fuera de las exotizaciones y folklorizaciones de la cultura nacional desde el campo cultural de los sectores dominantes? Y las respuestas que encontramos no han salido, salvo muy pocas excepciones en el tratamiento sobre la construcción teórica alrededor de la identidad, de la inercia de la raciólogía venezolana. Una de las

categorías que define lo que hemos venido evidenciando como relación interdependiente entre el campo de la cultura dominante y el campo de la cultura dominada alrededor del racismo es el *carácter altercentrista* que define Montero (2008) en la actitud de sobrevaloración a lo exógeno y de deslegitimación de lo endógeno con respecto a las representaciones ontológicas. En esta afectación desequilibrada de la manifestación racista de nuestra sociedad vemos cómo se construyó oficialmente el retrato colonial del inmigrante europeo, los atributos sobreestimados, producidos desde el subsistema de la alienación oficial de ese altercentrismo promovido por el campo de la cultura dominante y aceptado acríticamente por el campo de la cultura dominada.

El predominio de la racionalidad raciológica en la cultura dominada por la ideología supremacista del eurocentrismo lo observamos en la expresión política partidista como la izquierda moderna; ejemplo concreto de esto que estamos diciendo son algunos testimonios de individuos del pueblo afrovenezolano que militaron en espacios políticos en la década de los sesenta. Una de esas fábulas incoherentes de la patología del racismo fue el comentario “tubazo” extraoficial de un militante de esa izquierda blanqueada con el cuento insólito de un foco guerrillero cubano que fue víctima de antropófagos en una comunidad africana, cuando camaradas cubanos fueron a acompañar las luchas de liberación y los procesos de descolonización en Angola, teniendo a la cabeza del mando al Comandante Che Guevara. Esto es reflejo de la monstrificación construida alrededor de África, las y los africanos y sus descendencias. En cuanto a los militantes afrovenezolanos presentes en esa reunión, tomamos el testimonio burlesco de uno de ellos que nos dijo: “este es uno de esos chistes que se tienen que inventar en la tradición humorística racista venezolana”. Lo cierto es que estos son elementos en pequeña escala

que al ser compilados en una crítica amplia sobre lo que significa el racismo, nos damos cuenta de que han sido siglos de imposición de una *negatividad sostenida* desde prejuicios. Este elemento ha sido reiterativo alrededor de la imagen del pueblo venezolano vista desde afuera, ciento sesenta y nueve años de cuarta república donde se reforzaron oficialmente estas atribuciones descalificantes que Montero denomina como el “siglo de la negatividad” (Montero, 1999:155).

Es en este análisis que podemos afirmar la institucionalidad de las relaciones sociales desde lo que se impone como supraconciencia civilizadora moderna, una racionalidad de la organización colonial que ha tenido tendencia a la inexplicabilidad de las formas no explícitas que se dan en lo fáctico, en torno a las dimensiones afectivas y solidarias del pueblo como nexos entre las personas y desde sus experiencias históricas de socialización del amor colectivo y en relaciones comunitarias físicas y espirituales. Este punto tiene especial relevancia en nuestro análisis porque la incapacidad de explicar lo que no se comprende del núcleo duro en las culturas populares se ha *patologizado* como elemento característico de disfuncionalidad, de falta de racionalidad, de estar determinado (desde la concepción peyorativa de las pasiones que se juzgan a partir de la hiperracionalización de la vida), como obstáculo para cumplir con los cálculos de la idea moderna del desarrollo de una normalidad estatuida por el país mantuano. Otro de los elementos es la sobrevaloración de las formas del poder, de la legalidad desarrollada por el país mantuano que censura la sensibilidad como mandato civilizador formalizando *regímenes conductuales*, verbigracia la racionalidad empresarial, legal y moral que atraviesa sobre todo la mitad del siglo XX, en cuanto al ser (la gente) el estar (en Venezuela) y el acontecer (en la historia).

Este planteamiento retoma con fuerza los debates en los años 60 del siglo XX por la filosofía de la liberación

latinoamericana, que plantea la diferencia diametral entre el ser de relaciones de la pauta cultural moderna y la que define el *ethos* popular nuestroamericano. De allí se hace una distinción radical, entre el ser alguien occidental y “*estar en el mundo*” (Rodolfo Kusch, 1973). El primero se representa en el *somos*, pero es un ser individual construido en la tradición de esa ontología que retoma el pensamiento moderno; es un ser de la historia, la sustancia del ser como individuo, un ser en singular; al otro extremo de esta construcción subjetiva se encuentra en lo fáctico el *estamos*, como el ser de relaciones característico de lo popular; es una persona plural, el *sujeto comunitario*, el estar en el mundo como ontología colectiva de su propia historia de experiencias de vida en el planeta. La oposición se da en el horizonte de sentidos, en el núcleo de la identidad hecho múltiple en el caso popular y singular en el caso occidental.

La unidad del individuo para una finalidad civilizatoria se encuentra demarcada, reducida en una fisonomía universal que le es propia como estamento y se personifica en el ser alguien, junto a otros seres que comparten el mismo sentido ontológico y con las mismas ambiciones civilizatorias. La desintegración del ser humano se da en el yo de la supraconciencia civilizatoria con sus normativas rígidas y su disciplinamiento homogeneizador como horizonte de sentido.

La racionalidad científico técnica de la modernidad desde sus tecnologías civilizatorias dictando las reglas es uno de los elementos característicos de la racionalidad impuesta que se desarrolla en la realidad desde los constructos de cánones formales. Su modo de conocer y producir conocimiento dominante se va configurando según los horizontes epocales, de allí la renovación y readaptación de la cultura en sus prácticas discursivas, en la reelaboración de sus sistemas estatales formalizados.

La ciencia y la epistemología del proyecto civilizador moderno como figuraciones *a priori* tienen la característica, desde el ideario universalista, de concebir el mundo desde totalizaciones absolutas que nutren además la dinámica de una peculiar dialéctica de identidades, que hemos definido como una dialéctica del exterminio de las diferencias; la tesis se representa en la autoproclamada zona del ser, la antítesis en la zona del no-ser y la síntesis se da como resultado en las duplas ideológicas culturales: *exclusión-invisibilización*, *explotación-despojo* y *subvaloración-negación*, con la añadidura de la *indiferencia* expresada en los modos de relación hacia el pueblo, que el campo cultural de los sectores dominantes, tiene dentro de su razón de ser. Lo que gobierna la racionalidad diferencial donde no se complementan los sujetos antagónicos, esto es, que no se dan las condiciones para la superación de las contradicciones, es en los cánones formales coloniales. Este choque histórico que se da entre dos formas de comprender el mundo, al imponerse la cultura de conquista desde su frágil núcleo existencial, buscó permanentemente hacerse de elementos que están en lo que venimos reiterando como tecnologías civilizatorias: ese conjunto de técnicas tangibles e intangibles propias de las ciencias aplicadas de la dominación donde se funda el paradigma del ser, que produce procedimientos que se van componiendo de elementos que impacta la cultura, como la formalización de los prejuicios, conjuntamente con la confección de estereotipos que afianzaron la otredad como negatividad, y donde finalmente se formularon los juicios de valores de “externabilidad” como otro elemento constitutivo de la supraconciencia de la civilización moderna, readecuada a la realidad de Venezuela.

El campo cultural de los sectores dominantes, además de seguir obedientemente las inercias paradigmáticas del ser, ha aplicado una serie de mecanismos en la realidad local para poder mantenerse incólume en la línea histórica de la

dominación. Ha sido el estamento que nos ha definido negativamente y, como apuntábamos anteriormente, la construcción del otro negativo va ser el dispositivo de autodefensa de sus intereses de clase/casta a los cuales no van a renunciar.

El proceso moderno de colonización y opresión va tener diferentes modos de ejercerse: por un lado vamos a ver cómo generaron la dependencia cultural de la nación para mantener su idea de paradigma occidental, y estas expresiones de enclaves dependientes en nuevos procesos de colonización (neocolonización) serán concretos en el desvalijamiento de los derechos económicos del pueblo.

La autoproclamación de la superioridad racial nos ubicó en una situación de irregularidad, de extrañeza frente a lo venezolano construido con carácter nacional, gracias a las diversas formas de exclusión en el núcleo mismo de representación de la ciudadanía mantuana y, con ello, su consecuente estructura de legalidad que tuvo siempre en el centro de la contienda ese paradigma del ser basado en la raza. Incluso, y desde los principios de la Europa conquistadora, la configuración de los principios civilizatorios se desarrolla al interior de la cultura en expresiones específicas como la religión católica. De esta manera, la construcción del prójimo desde la colonia hasta nuestros días tiene clara orientaciones racistas. Este sujeto cumplirá con el mandanto civilizatorio: en lo connacional entendida la cultura occidental como la creadora de los estados naciones modernos con sus instituciones, sistemas de gobierno y formas jurídicas; en la construcción del paisano abiertamente hecha desde la idea de ciudadanía propietaria a través de la sociedad de privilegios económicos; desde los preceptos étnicos donde se siguen reelaborando las zonas del ser y del no-ser; a lo largo del desarrollo de nuestra historia común, donde se ha privilegiado las sociologías de la élites subvalorando la de las experiencias del pueblo; y todos estos elementos en la forma

clánica de comprender y hacer funcional la sociedad de *guetos* que desde las colonialidades concibieron. El agente social del país mantuano pasó a ser el administrador de “las formas de exclusión mediadas por la alteridad formalmente aceptado y por la alteridad culturalmente hipóervalorada” (Montero, 199:165).

Otro de los elementos que nos interesa problematizar es la diferencia que estamos proponiendo entre la idea de víctima y la que nosotras introducimos como idea sobre las y los caídos de la guerra. Partimos de la premisa de que la razón fundante de la americanidad que prevaleció como expresión de dominación era la guerrerrista, la arrasadora de pueblos y culturas, la anexionista y despojadora. Desde este punto de vista, la conquista fue una evidente guerra civilizatoria, que al poseer superioridad bélica en armamento de guerras y en la concepción de violencia, termina siendo la cultura victoriosa de este conflicto. No creemos que como consecuencias seamos nosotras y nosotros las víctimas del conflicto, pensamos más bien que los costos ecosistémicos, humanos-culturales, nos ubican en la figura del caído en el enfrentamiento bélico, y que la víctima histórica fue la fractura del ser humano relacional que debe por automatismo cultural cumplir con los mandatos civilizatorios.

En este sentido, el papel de las víctimas de las colonialidades la ubicamos en el campo cultural de los sectores dominantes y a los que inscribimos en el campo de la cultura dominada, porque ambos estamentos evidencian en la historia inacción, quietud e incluso desde el debate político de una suerte de “estatismo” reflejado en esa tendencia a exaltar la preeminencia del estado que definió como absoluto la supra-conciencia civilizadora moderna.

En la reproducción de la pauta cultural occidental moderna, en su filiación y pleitesía, se evidencia su fragilidad existencial; y esto es así a nuestro modo de comprenderlo, porque

al desconocer al otro que está hermanado en su condición de connacional con sujetos que comparten una misma geografía, la colonialidad del ser opta por quedarse con la tradición de opresor que no les permite liberarse, en su posición de sumisión, de dependencia, que lo ubica en los elementos de la construcción del “yo” occidental: poderoso, perverso, prepotente, portador del complejo de superioridad y diferente al resto de los connacionales. Lo arrincona a la trágica condición identitaria que caracteriza Carrera Damas<sup>34</sup> como dominador cautivo.

En el núcleo existencial de este temperamento abatido por el mandato histórico que debe asumir como eurodescendiente, lo termina llevando al lugar del sujeto moderno ególatra, egocéntrico y egoísta, individual, escindido de la cultura y la identidad que germinó en lo práctico, negador de su geohistoria y su geocultura nacional como subjetividad adscrita a un gentilicio que se configuró desde la diversidad cultural; inconsciente e ignorante de cómo se ha emprendido su propio proceso identitario como acervo, para convertirse en el único responsable de la desnacionalización.

En ese conformismo supeditado al ego conquistatario, se produjeron una cantidad de elementos que constituyen la consciencia criolla venezolana de ese domador cautivo: acrítico, impulsado sólo por sus aspiraciones materiales, enclavado a las motivaciones ontológicas tradicionales, obvias, inmutables, dadas en sí misma para reproducirse. El subdesarrollo cultural, las dependencias arquetipales, su situación periférica frente al mundo de las relaciones interculturales, son los elementos centrales de su condición de víctima de la civilización moderna. Por inercias, su idea de mundo penetra sus acciones cotidianas

---

34 Carrera Damas, Germán (2012). *De la Dificultad de Ser Criollo*. Caracas, Editorial CEC S.A.

traducidas en el ejercicio político y su empeño en reproducir el estado colonial del cual sigue siendo súbdito con vocación lacayista, que le inserta en el ejercicio monolítico del poder nacional.

Esa aceptación del sentido y la significación de Occidente como pauta nos remite al proceso histórico de recepción de sólo una dimensión de la diversidad cultural nacional: la colonial. Su adaptación histórica a ella, en paralelo a su desconexión con la propia que integra también la pauta indígena y la pauta africana, es lo que estamos identificando como el conflicto de la aculturación criolla.

Del mismo modo, en la tutela del mandamiento civilizatorio y la traslación de las formas culturales occidentales modernas, influyó en que fuese sustituyendo las prácticas identitarias en las que, como copartícipe, se diera la cultura nacional venezolana americana como construcción de lo propio. La identidad latinoamericana es una composición de todas esas ontologías que portaban los sujetos históricos desde sus culturas, sus historias y sus relaciones. Eso se evidencia en lo concreto de la identidad, en la música, en la gastronomía, en cómo influye lo ecosistémico en nuestros temperamentos. Por eso debemos insistir que lo que sucedió íntimamente entre nosotras y nosotros como americanos comunes, sin tutelajes, incluso más allá de las contradicciones históricas, no se trató nunca de un nuevo mundo, de una nueva cultura, sino de las experiencias ontológicas que se conculcuraron, se integraron desde las herencias culturales de los diversos grupos humanos de donde venimos.

El laberinto existencial que le victimiza tiene muchos elementos que van desde el racismo como cristalización de una patología etnocultural, hasta la fragua de este dominador cautivo fustigado por su cultura, conflictivo y conflictuado, infeliz, belicoso, desconfiado y fraudulento como muestra de aquello que sobrevive al colonialismo, que lo coloca en el deplorable

papel de autoridad conquistataria y que responde como víctima a la colonialidad del poder gracias a las relaciones intersubjetivas entre él y los centros de mando imperial que lo insertan en la dinámica donde se articulan, entreveran los patrones de dominación global del sistema-mundo, y donde este sujeto histórico es un sudaca más, in-revelable por mandato.

En esa situación de “indefensión aprendida”, su condición de un ser humano de relaciones es cercenada, quedando como aprendizaje el comportarse pasivamente frente al mandato colonizador. Defender la racionalidad civilizatoria: esa será la dimensión de cautiverio existencial; y a lo interno de la nación como campo cultural de los sectores dominantes, para demostrar sus capacidades de sujeto moderno, tendrá que ejercer sobre la existencia de sus connacionales la salida de la violencia sistémica que sostendrá para que no deje de ser estructural, porque comprendió que con el empleo de ella podrá mantener sus privilegios de clase/casta.

Por eso, en su dimensión estética, entendida como la sensibilidad que humana que posee el pueblo, tiene que presentársele en abstracto, porque el concreto, el que tiene rostros, le recuerda a las madres culturales indígenas y afrovenezolanas que lo criaron; a las y los hijos de estas que fueron sus amigos del alma en edades tempranas; a las y los jóvenes pardos de las que se enamoraron pero que por mandato civilizatorio no pudieron tener como parejas; de allí su ser violento, sus frustraciones como sujeto cultural americano profundamente bifurcado de la realidad que le vio nacer; allí surge con fuerza telúrica desde el daño civilizatorio su violencia contra el pueblo. La violencia política, la violencia psicológica como formas concretas de la gran violencia estructural, la agresión, la intimidación simbólica y verbal, la violencia expresiva, la violencia funcional, sumadas al sentido eurocéntrico del “honor” y la limpieza de sangre, son las consecuencias de la inercia colonial que entra

en contradicción con el ser de relaciones que como americano, como venezolano y como sujeto cultural aprendió.

El problema que entraña este sujeto histórico en los procesos para la superación cultural de la civilización moderna, de las herencias arquetipales que le siguen dejando a su descendencia, los convierte en víctimas de la trama histórica. La factura es la historia que se construye desde hoy frente a las pretensiones del sur global por subvertir y erradicar el orden colonial; pasará como eso, como el dominador cautivo. Sus sistemas de violencia lo convierten en víctima y victimario, en la institucionalización del *homos demens* como ontología, quedando lesionado racionalmente. Es la tragedia del victimario sufrido, que termina reflejándose socialmente, como causas finales del comportamiento violento.

Desgarrado y desarraigado entrompa, se abalanza y acomete contra el que históricamente ha sido construido como su contrario, como su enemigo histórico de casta/clase: el pueblo. Y surge lo que Maritza Montero (1999) denomina la tendencia valorativa negativa depositada en el pueblo venezolano; lo que produjo Montero fue un conjunto de términos que le permitieron formular un andamiaje categorial con los contenidos propios de esta racionalidad. Recogemos interesadamente desde nuestra posición teórica los siguientes aspectos caracterizadores que representarían la venezolanidad popular, a través de frases, expresiones, adjetivos, descripciones, cualidades deformantes, connotaciones desvalorizantes, conductas hirientes. Estamos empleando en esta reconstrucción las categorías de la autora (términos con sus definiciones): 1) La pasividad del venezolano (actitud generalizada que tiene como rasgos relevantes e inherentes la indiferencia, la insensibilidad, el fatalismo, la indolencia y falta de tenacidad, la falta de motivación, la inconstancia; 2) La incompetencia de los venezolanos (la incapacidad de mantener un esfuerzo continuo), lo se traduce como el

predominio de la verbalización sobre la acción, la imaginación alucinada, la irresponsabilidad, la pereza, la indisciplina, la falta de organización; 3) La caracterización de un peculiar rasgo de autoritarismo que tiene dentro de sus actitudes y conductas aparentemente contrarias: el servilismo, la sumisión a la figura de poder dominante, el orgullo, el deseo de mando, y que para nosotras tiene una clara expresión de proyección de la personalidad moderna cuando incluye características como el sentido de superioridad, el egocentrismo, el caudillismo, el mesianismo, la fanfarronería y por supuesto el racismo; 4) El fatalismo pesimista que radica en la creencia en el azar y el destino, en la superstición y el escepticismo, es decir, desconfianza en las propias capacidades, la suspicacia, la sospecha y la astucia, esto es, pasarse de listo; 5) La emotividad opuesta al razonamiento lógico desde el logocentrismo instaurado por la cultura dominante, expresándose en la frivolidad, la falta de profundidad, el apasionamiento, los instintos e impulsos como determinaciones, la incapacidad racional, la inconsciencia, la turbulencia, la agitación, la improvisación, la haraganería; 6) La violencia o el instinto de destrucción (la conspiración, la fogosidad romántica, la falta de control, las tendencias belicosas y guerreras, la crueldad, la malicia, los instintos destructivos, la brutalidad, la agresividad, la barbarie, el salvajismo, el desorden); 7) La carencia de sentido histórico: el olvido, el desmemoramiento, la falta de recuerdos, la inestabilidad, la incapacidad de conservar lo que es afable, la falta de apego al pasado.

En lo concerniente a nuestros estudios, estos van más orientados a precisar en la historia los orígenes ideológicos de estas representaciones del pueblo, intentando expresar en líneas generales muchas interrogantes sobre cómo pensamos y cómo nos hemos pensado. ¿A qué respondería la presunta pasividad del pueblo venezolano?, ¿qué relación guarda la experiencia esclavista en 300 años de explotación con la construcción

ideológica del pueblo como desorganizado, dicharachero, irresponsable, perezoso e indisciplinado? Y finalmente en esa carencia de sentido histórico ¿qué relación guarda la política oficial del memoricidio con esta calificación negativa?

Este ensayo, es un intento constante por dar en la historia con la configuración oficial de esas líneas descalificadoras que venimos adaptando desde Maritza Montero como referente. Pensamos que las definiciones existenciales de tendencia negativa en la identidad nacional popular están sujetas y se retroalimentan desde la colonialidad del ser, desde el concepto de raza que históricamente hemos manejado, y las que se basan en condicionamientos económicos y sociopolíticos que se integran en el debate sobre nuestra dependencia y la condición de subdesarrollo.

La constante ha sido adjudicarle la responsabilidad histórica al pueblo en estos elementos que nos son aparentemente comunes; de esta manera incluso la responsabilidad de las élites con el proceso sistemático de empobrecimiento del pueblo tiene estos justificativos que enarbolan en las representaciones infantiles de la sociedad venezolana de donde se excluyen por ser portadores, herederos universales de la civilización moderna.

En cuanto al grueso de las incorporaciones que hacemos de Montero a lo largo de toda la investigación en general, es debido a su experiencia en el cómo pensar la venezolanidad, desde una dimensión como la psicología social que nos está ayudando a comprender cuáles son las motivaciones de las y los venezolanos frente a sus decisiones, acciones, pensamientos, que han tenido como proceso lo que nos aconteció como vida común nacional en nuestra historia.

Sin embargo, es un desafío poder responder amorosa y respetuosamente las razones por las cuales no compartimos su sociología de la desesperanza como una vía unívoca de pensar

la psicología social del venezolano, porque al lado de la apatía, de la indiferencia y la pasividad de una venezolanidad que se nos presenta monolíticamente y que reproduce la cultura de la criollidad venezolana, nos encontramos también con un pueblo con mucha fe respecto a la vida, con ímpetu por vivir y una necesidad de ser parte de la historia.

El debate con las ideas de Maritza Montero se daría en torno a los postulados que introduce en la concepción acerca de una presunta alienación normativa en la sociedad venezolana. Aunque no negamos que se ha súperestructurado una conciencia común en mediaciones como la ideología del racismo, pensamos que no se puede afirmar monolíticamente la construcción de sólo una personalidad histórica como referencia de que ha existido la constitución del paradigma de la desesperanza adquirida en la totalidad del sentimiento nacional, porque estamos convencidas de que esa emocionalidad depende estructuralmente del proyecto humano como plan y como proyección a futuro que cada sujeto, familia, comunidad, grupo cultural construye desde su horizonte de sentidos.

Ciertamente la alienación ha operado en la explicación de muchos de los elementos de la conducta social que ha tenido como fuente el ejercicio desigual del poder en factores sensibles y medulares de la economía, la política y la cultura de la sociedad histórica nacional, pero tenemos como ejemplo muchas comunidades afrovenezolanas que han sido lugares de reontologización histórica *del ser afro en Venezuela*. Pensamos que la autopercepción de la venezolanidad no debe generalizarse y mucho menos entenderse desde la autoimagen depresiva de nación aún en construcción, que argumenta como única verdad la supraconciencia civilizatoria, el país mantuano.

Sabemos y estamos completamente de acuerdo con que las operaciones ideológicas imponen cánones para la autoimagen que tenemos de la venezolanidad, pero nos preguntamos

si más bien esa afirmación no ha producido un tipo de conciencia comprometida con el ejercicio de una vida cotidiana, de un estatus de sumisión no generalizada en la nación, sino más bien propio de una ontología que autopercibe el proyecto nacional desde sus expectativas civilizatorias frustradas. El pueblo desesperanzado es objeto de estudios emocionales de procesos dinámicos que se dan en la subjetividad, no son una imagen fotográfica que trasciende el tiempo y el espacio de los sujetos en la dinámica cultural.

### **Viaje al centro de la memoria: irrupción de la psichistoria nacional como método que nos lega Maritza Montero**

Con Maritza Montero pudimos incursionar en la investigación psichistórica como senda que nos ha permitido problematizar elementos constitutivos de la ideología del racismo en tanto autoimagen que arrastramos los pueblos latinoamericanos y caribeños en nuestros imaginarios; pudimos hurgar las razones responsables de la auto percepción negativa en las representaciones sobre nuestras existencias, así como el desmontaje del carácter nacional fabricado como campo de la cultura dominante y constantemente calcado por el campo de la cultura dominada. Aprendimos a ubicar las razones políticas que definieron esas homogeneidades “oficiales” en nuestra geocultura, convirtiéndose en módulos fundamentales de nuestro comportamiento histórico, muy nutrido de los calificativos generalmente peyorativos; al mismo tiempo que desde la supra- conciencia civilizatoria de la modernidad se apostaba por la restauración del viejo y obsoleto orden colonial, que juzgaba los procesos independentistas como el origen de todos los males de las sociedades americanas.

La perturbación del carácter nacional que argumentaba la colonialidad en todas sus expresiones dio sentido y significados a la idea mantuana de turbación mental, violencia y crueldad depositada en los sectores populares. Pudo frustrar los intentos por el establecimiento del país armónico, y es por ello que el pueblo tradicionalmente es descrito como el gran culpable del retraso, la barbarie y el salvajismo. Podríamos ubicar en la República Cosiata<sup>35</sup> el esfuerzo teórico de justificación de la colonialidad y de configuración de la autoimagen negativa que el campo cultural dominante atribuye a los habitantes en la hiper referencialidad de las expresiones de crueldad, destrucción y conmoción que se narran en procesos de insubordinación e insumisión popular, siempre descontextualizando el núcleo generador de estos episodios, desincorporando a “la gota que derramó el vaso”, a “la chispa que encendió la pradera”.

Aunque se presenta como autocrítica de la identidad, sigue siendo una autocrítica exógena donde el campo cultural de los sectores dominantes, desde la salvaguarda de la supra-conciencia civilizatoria, se escinde de los contenidos del reproche, transfigurándose en el gran observador de la conducta popular. La crítica asume un carácter fuera del lugar del estamento cuestionador, siendo una conducta profundamente reaccionaria y paternalista al tomar como decisión de Estado la alternativa de crear un sistema de tutelajes para la domesticación de la razón popular.

Con la psichistoria como metódica que abre los caminos de nuestras investigaciones planteamos la urgente y necesaria mirada integral de los acontecimientos sin recurrir nunca más a enfoques disociados entre sí y fragmentados de todas las realidades históricas que fueron responsables en la consolidación

---

35 Como veremos más adelante, la República Cosiata representa la continuidad de los intereses de clases del campo cultural de los sectores dominantes, desde el inicio de la independencia nacional.

de una racionalidad imperante, y que se manifiesta abiertamente en la reproducción de modelos de conductas, actitudes, creencias, estereotipos, prejuicios, principios y valores integrado en una definición más ancha de axiología mantuana, de ética de la criollidad.

Lo que hemos observado interrelativamente de la historia nacional es el punto donde se hace el quiebre institucional de esa racionalidad mantuana. A nuestro entender es la tercera República, la bolivariana genésica, donde se intenta subvertir el orden colonial. La Cosiata es la versión oligárquica de repúblicas que se producen en América luego de la contienda y posterior expulsión del imperio español en el continente. Teniendo definido este horizonte de sentido, las consecuentes acciones fueron las de respondernos a interrogantes tales como: ¿Cuáles fueron “los estímulos mediadores” que repercutieron en los procesos cognitivos de la formación en el carácter nacional? ¿Qué filtros ideológicos operaron para que se impusiera la axiología mantuana (principios, valores y creencias)? Y para que en el núcleo duro de la cultura nacional se manifestasen estos referentes del sistema ético de la criollidad en la reproducción de modelos de conductas, actitudes y estereotipos. Desde todas estas problematizaciones que recorren la insurgencia de los métodos de investigación suscritos en las epistemologías del pensamiento crítico descolonial, la transdisciplinariedad abre el punto de partida como metódica que respondiendo a la pregunta del educador popular venezolano Luís Antonio Bigott sobre la investigación popular: ¿a quién se beneficia con la investigación? El nos ayudó a superar la amañada tradición del divorciar sujeto que investiga y objeto que es investigado; tomamos la decisión política de convertirnos al paralelo en ambos términos de la ecuación, insistiendo en la necesaria mutación connotativa de la relación sujeto-objeto para partir del lugar de enunciación, es decir, desde la

propia experiencia como sujeto de investigaciones que asumen vocerías para la transformación al menos en los niveles de su propia conciencia.

Esta decisión teórica hace del testimonio el valor más sobresaliente en las investigaciones populares a nuestro modo de ver, y es uno de los resultados más concreto que podemos resaltar. Partiendo de un *ethos* popular donde la memoria se ha transmitido desde la oralidad, “echar el cuento” de algunos acontecimientos de nuestra historia resulta mucho más efectivo para emprender el camino de nuestra propia transformación, reconstruyendo categorías de estudio, ensanchando definiciones, recurriendo a diversas fuentes/testimonios donde no quedan desiertos deshabitados de orden teórico ni metodológico y que con ambas operaciones se pueda acceder a las reales posibilidades de reordenamiento del sentido de nuestra historia desde experiencias populares que son las más genuinas expresiones plurales de la colectiva construcción histórica.

Logramos detectar que existen al menos tres tematizaciones que aun han sido difíciles de desenmarañar porque están atrapadas en *inercias culturales*. La primera es la *colonialidad del ser*, con representaciones sociales muy específicas en nuestra realidad, como el sostenimiento de la ideología del racismo; la invención del *mestizaje* como concreción de la raciología venezolana, la reiterada penetración racional del sistema de blanqueamiento, la justificación civilizadora del establecimiento semántico de las zonas “del ser” y “no-ser” como pautas relacionales, el endorracismo, la vergüenza étnica y el escamoteo de la dimensión de crítica al racismo desde un dogma comunista-socialista fagocitador de otras experiencias humanas americanas, que sigue justificando el problema de la desigualdad en el mantra de la lucha de clases a secas. Todos estos fundamentos que hemos venido compilando desde varias experiencias humanas algunas teorizadas otras narradas como testimonio,

nutren en nosotras la posibilidad de darle al racismo su justa dimensión de patología cultural eurocéntrica.

La otra dimensión sensible a debatir es la que tiene que ver con la construcción de ciudadanía jurídica desde la penetración del imaginario de propiedad privada, cuya representación ubicamos en la *colonialidad del poder* desde el establecimiento original de un feudalismo conquistatorio como cultura invasora. La tierra ha sido otra de las grandes disputas que entra en el orden de los grandes conflictos históricos del *sur global*; la tenencia de la tierra, el sostenimiento de la desterritorialización como dispositivo de control, los problemas vinculados al sentido de pertenencia, al trabajo, al establecimiento real de nuestra toparquía, al drama del latifundio, a la subjetividad conquistatoria de los señores terratenientes, a la terrofagia como expresión de acumulación por desposesión desde la perspectiva que nos lega Harvey (1998); del asesinato de campesinos en tiempos de Revolución Bolivariana, del impedimento de que proliferen las comunas agrarias, y del pánico que invade a ésta racionalidad que se consolide en Venezuela el autogobierno popular, fundando la propiedad colectiva de los territorios.

El tercer elemento hipersensible a escudriñar es el que se fraguó en la colonialidad del saber, en la meritocracia académica científica que atesora bajo su claustro elementos vitales para el desarrollo endógeno de nuestra nación. Es donde continua activa la inercia de la ideología del racismo, que oculta su adscripción al positivismo racista escamoteando los debates existenciales del pueblo, donde reina el referente de la investigación paradigmática que nos penetró, el de las ciencias sociales para la dominación, donde se hallan los efugios maquilladores de la biopiratería ecosistémica y el extractivismo cognitivo a los saberes populares, imponiendo sus métodos de abordajes y mapeos comunitarios que contribuyen al espionaje

de las realidades existentes en el sur global por parte de las corporaciones y trasnacionales de los países centrales.

Con la psichistoria que Montero nos presenta, le dimos contenido a lo que se conoce como el *diferenciador semántico*, que permite compilar desde las experiencias en nuestra propia historia hasta las intenciones conductuales que se representan tanto en el campo cultural de los sectores dominantes, el país mantuano, como en el campo de la cultura popular encarnado en el pueblo cimarrón.

Ello nos lleva a ubicarnos, en algunos momentos de la investigación, en el análisis de contenidos, ya que permite recoger la racionalidad política de ambos sectores de la sociedad, las variables existenciales, representadas por las ontologías que venimos caracterizando, por lo que la delimitación del trabajo se presenta con mayor claridad cuando afirmamos que esta revisión histórica tiene como principal desafío la concientización de la ideología del racismo en todos los momentos de nuestra común vida social. Ya no nos preguntamos a secas sobre los problemas de la identidad nacional, nuestras interrogantes van dirigidas a conocer cómo se piensa la nación desde la superestructuración histórica del racismo como contenido latente en nuestra racionalidad, inherente a muchos de nuestros comportamientos como seres en constante relación con el medio donde vivimos. Estamos respondiendo, pues, qué es lo que predominantemente se ha impuesto como racionalidad colonial como expresión de campo de la cultura dominada en nuestra sociedad. Desde nuestras investigaciones militantes (la *patología eurocéntrica del racismo*) asumimos tres aspectos muy importantes como punto de partida en la aplicación de nuestro trabajo del método de la psichistoria: 1) Parafraseando a la psicóloga afrovenezolana Ligia Montañez (1983), el drama del racismo oculto en una sociedad armónicamente “café con leche” presuntamente no racista; 2) Las constantes

descalificaciones expresadas en discursos políticos amparados en creencias como la flojera, la ignorancia o la improvisación adjudicadas al pueblo venezolano, frente a la virtud trabajadora del inmigrante europeo, al desarrollo cultural-intelectual de los descendientes directos de la supraconciencia civilizadora moderna, a la disciplina, rigor y actitud metódica de la personalidad del primer mundo, debate que también se ha escamoteado para no reconocer la desigualdad de las condiciones sociales que se han expresado en la falta de oportunidades culturales; 3) El ostracismo existencial: la representación extranjerizante del pueblo venezolano que arranca con la negación de la ciudadanía (aún hoy en el 2022 con la invisibilización del pueblo afrovenezolano, africano, afrodescendiente en general cofundador de Venezuela, nacido, o naturalizado, en la Carta Magna) y la dilución de todos los elementos participantes en la configuración identitaria venezolana.

### **Las Repúblicas: un gran exordio**

A los ojos de las personas que nos educamos en Venezuela con la narrativa historiográfica mantuana, el imperio español era una unidad inquebrantable entre corona e iglesia. La misma mampara fue construida entre las relaciones de poder colonial en el territorio venezolano, donde se disputaban el control de la Provincia de Venezuela, la burocracia española residente en el territorio y los amos del valle, mantuanos, grandes cacaoos, herederos de los primeros conquistadores-invasores.

Estos ocultamientos se fueron develando con mayor precisión a nuestros ojos en la universidad, porque nuestros programas de historia, nuestras literaturas escolares, y muchos de nuestros y nuestras docentes en el liceo, fueron entrenados para la desmemoria; eran parte de un diseño de vaciamiento

histórico para que nuestra condición de dependencia no fuese alterada y, sobre todas las cosas, para que no nos pusieran a mirar en su justa dimensión, quiénes habían sido históricamente el campo cultural de los sectores dominantes. Las y los profesores de historia enamorados de “la verdad” histórica fueron realmente muy pocos, vinimos a comprender el peso real de nuestra historia cuando ésta no se presentó más como tarea obligada y obligante, cuando dejó de fastidiarnos y cuando como pueblo comenzamos a vernos reflejados en su narrativa con mayores especificidades.

Uno de los elementos duros de la colonialidad del saber tuvo como resultado que a la mayoría de las y los venezolanos de los sectores populares sobre todo, el devenir histórico de nuestra nación se nos presentara con una gran nubosidad. Los acontecimientos medulares de nuestra historia de protagonismo popular se representaban en nuestra memoria como una ensoñación, sin precisiones ni detalles, como algo que nunca quedó del todo claro. Nos alegró mucho saber que el problema no era nuestro, que eso estaba concebido de esa manera para salvaguardar a la cultura de conquista y para que la escuela siguiera cumpliendo con su papel de adoctrinamiento colonial.

Al llegar a la universidad el tratamiento del tema no es distinto, lo que lo hizo diferente fue en principio las edades que tuvimos al entrar, jóvenes más no muchachitas. El acceso “gratuito” a las fuentes oficiales fue otro elemento fundamental en la formación intelectual, y la suspicacia que como pueblo cimarrón en la vida familiar, comunal y nacional habíamos adquirido. Aprendimos, gracias a muchos y muchas profesoras del pueblo, a diferenciar entre las epopeyas mantuanas y las historias de nuestras experiencias como sectores populares. Así fue que comprendimos la importancia del pueblo que somos como lucha contra toda posibilidad de reconquista, de recolonización, de batalla contra la opresión, de sabiduría para deslegitimar la

desigualdad, de tantos y tantas que vieron en muchas épocas de su lucha por la dignidad humana, una posibilidad real de liberación a través del pensamiento cimarrón de todos los tiempos.

Otra de las coincidencias realmente importantes para nuestras generaciones fue reconocernos como “primos y primas”, emparentamiento que nos hace confesarnos no sólo como pertenecientes a una clase, sino a una identidad, a una etnocultura familiar. Ya acondicionadas desde la casa, en la crianza, siempre fuimos invitadas a buscarnos dentro de la historia, a reconocernos en todos los tiempos como pueblo afro, como mujeres, como clase trabajadora; eso hizo que indiscutiblemente nuestros intereses académicos tuvieran otra senda, otro rumbo, nuestra propia trayectoria.

Eso estamos haciendo, trabajando desde el lugar de enunciación que como generación investigadora de la historia tiene otros tantos relatos que contar, desde el origen familiar, desde la reafirmación étnica, desde la condición de clase, desde ser mujeres del pueblo en esta sociedad. Por eso, el escribir desde los hallazgos que la historia política de los pueblos ha venido desarrollando es volver a retomar el debate sobre la pedagogización descolonizada de la historia, para que ésta nunca más sea incomprensible, misteriosa, ajena e ilegible para el pueblo que somos, para nuestra hijas e hijos, para nuestra nietas y nietos, para nuestras semillas que germinarán.

Y es en este proceso de “pedagogía de la agitación” de nuestras conciencias (Luís Antonio Bigott, 2011) donde podemos resolver colectivamente los problemas de la identidad venezolana, caribeña, andina, amazónica, de las identidades urbanas que siguen presentándose como un archipiélago de subculturas, porque nos enseñaron inclusive que la unidad era un uniforme y que la diversidad era desigualdad, y en el mejor de los casos “bochinche”.

Es a partir de esta parte nuestro ensayo que recae con mayor vigor el peso político de la posición teórica descolonial, porque es la fragua de los problemas estructurales que gozaron de un refrescamiento en los modos como se acomodaron para las colonialidades, el cómo permear “las conciencias, las mentalidades, las racionalidades”, a través del desarrollo de las tecnologías civilizatorias de vaciamiento cultural, para intentar deshonar, ultrajar y desprestigiar también en la república nuestra herencia de pueblo cimarrón. En lo singular nos batimos por las formas de reconstrucción de la memoria aprovechando los horizontes de sentidos que nos brindas las teorías de las insurgencias en el mundo, de ver la dimensión estratégica de la historia insurgente como narrativas geopolíticas, como campo estratégico para pensarnos no sólo como testigos, sino como copartícipes de nuestra propia historia, la auténtica, la que no cayó bajo la sombra del tutelaje mantuaniano, la original, la que se salvó de los archivos desaparecidos. Estos elementos que venimos señalando tienen como propósito convocar a participar en la historia de nuestro presente, la que se construye en la vida cotidiana, pero además la que se repite y se nos presenta como parecida, y la que retorna conflictiva como racionalidad por las cosas que no se superaron y que se encuentra en las similitudes de hoy.

# Capítulo I

## Del bolivarianismo al paecismo

### **Tiempos de independencia: primera y segunda república**

El despotismo criollo basado en la idea colonial de la zona del ser (superiores) y la zona del no-ser (inferiores) fue la alcabala que imposibilitó la consolidación de una república realmente libre y democrática. La trampa ideológica que justificaba la desigualdad como racionalidad era lo que arrastraba los mantuanos. Este campo cultural, que venía de impedir el acceso de los pardos a una sociedad pasivamente igualitaria, que se aseguraba de excluir a los llamados españoles de segunda, que no iba a soltar sus privilegios de casta/clase, paradójicamente hablando, asistió masivamente al debate sobre la independencia que se emprendía en esa época de nuestra nación. El carácter opresivo de las relaciones interétnicas fraguadas en 300 años, bañadas de prejuicios etnoeurocentrados, fue determinante para los obstáculos de la independencia. En la colonia la población blanca era la minoría étnica, constituía apenas el 20% de la población total, etnoculturalmente subalternizados. Sin embargo, siempre es bueno destacar como proceso de reescritura de la memoria que siempre estuvimos en permanente rebelión frente a esas “castas infames” que nos adjudicaron casi como gentilicio. Como hemos reiterado a lo largo

de la investigación, este paradigma de blanquitud, arquetipo de presunta moral y de alta calidad humana, se configura en una mentalidad como mecanismo de dominación colonial impuesto por el imperio español.

La revolución del pueblo venezolano ha sido una invariable cultural, y tiene hitos muy importantes con la rebelión de José Leonardo Chirino en la sierra de Falcón, así como con la conspiración política del Gual y España delatada en 1797. En ellas se encuentra uno de los gérmenes de la independencia de las provincias de Venezuela para poder consolidar la igualdad entre los humanos y la libertad de la patria que profesaba la Revolución Francesa como paradigma republicano. Miranda, “el peligroso agitador revolucionario venezolano” de origen canario, el primer referente militar del mundo americano, primero en proyectar como política libertaria la unión americana, es uno de los componentes fundamentales del plan de la independencia que en alianza con Manuel Gual venían diseñando. La conspiración del Gual y España tenía un extenso movimiento secreto integrado por pardos, esclavizados negros y blancos, quienes dos años antes en la rebelión conducida por el zambo José Leonardo Chirino en Falcón coincidieron en los mismos objetivos sociales de este “movimiento político originario”, a saber, “la lucha por la eliminación de la esclavitud y por la igualdad de las clases sociales; por la supresión de los privilegios y la derogación de los impuestos de alcabala” (Memorias de Venezuela No. 20. 2011:7). Pero Manuel Gual es asesinado el 25 de octubre de 1800 en Trinidad a manos de agentes al servicio de la Corona española que se infiltraron en el seno de la conspiración independentista.

La influencia de los ideales de la Revolución Francesa fueron ferozmente perseguidos en la provincia de Venezuela, el encargado de confiscarlo en los puertos venezolanos era el comisario del santo oficio que los pasaba a manos del revisador

real, convirtiendo de este modo la lectura de textos revolucionarios de la época en un delito de conspiración a las razones de Estado del Imperio español. La desobediencia filosófica, que fue considerada una amenaza al estatus quo del dominio colonial, fue perseguida por la iglesia, por la Corona y por los mantuanos adeptos a la autoridad del rey. Pensar en la libertad, la igualdad y la fraternidad era considerado un germen muy peligroso para el estado colonizador, era permitir que se infiltrara en las colonias los vientos de la revolución social europea y haitiana.

Es así como empieza una nueva saga de narrativa épica del campo cultural de los sectores dominantes en la historia oficial de Venezuela. Aparecen los mantuanos como los cabecillas visibles del movimiento político independentista en 1810. Esta versión oficial es también la que llega a España a través de la mirada de Vicente Emparan como gobernador de Caracas, cuando emite en su informe oficial a la Corona, y construyó sin saberlo en los anales de nuestra historia, las epopeyas mantuanas, “la nobleza y la gente decente... que inauguraron el prototipo de una dirigencia nacional de abolengo oligárquico” (Memorias de Venezuela N°. 13,2014:4) omitiendo que la Rebelión de Caracas fue posible gracias a la participación de los sectores populares. Es de vital importancia entonces y a partir de mirar desde otros ángulos estos acontecimientos, insistir en que la colonia como período nunca fue pacífico; a cada represión generacional por parte del campo de los sectores dominantes, acontecía algún tipo de lucha popular que apostaba a subvertir el orden. Opresión y lucha fueron en paralelo la tesis y antítesis del germen de la venezolanidad, por ello el estudio de la historia insurgente devela que el carácter de clase de la historiografía mantuana tiene como naturaleza ser profundamente distorsionadora, para encubrir sobre todas las cosas de la querrela constante de las y los que fueron sometidos.

Sobre la lucha popular por la liberación se monta la épica mantuana. Surgía la república representativa que desde este mismo instante narró la presencia del pueblo sólo como testigo de su gran proeza independentista, ocultando que a la gran mayoría de los representantes del campo cultural de los sectores dominantes lo que realmente les interesaba era ser administradores de sus propios negocios sin el tutelaje de la metrópolis española, sin su estado, sin sus funcionarios.

Todos estos acontecimientos y muchos otros más a los que no haremos referencia permiten ver hoy el carácter pluriétnico de la revolución independentista americana, que tuvo como germen insurgente constante la resistencia y aspiraciones de liberación de los pueblos indígenas, la afrodiáspora, blancos de orilla y un estamento de los criollos que comprendieron la real necesidad de liberación. Todos estos elementos deben profundizarse e incorporarse políticamente a la agitación de la conciencia nacional sobre el peso histórico que tiene en nuestra cultura las revoluciones americanas, las de ayer (como la haitiana), las de hoy (como la boliviana), sobre todo por el contenido etnoracial de sus luchas.

Se hace necesario entonces desenmascarar todas las formas de expresión del despotismo criollo venezolano como representación del condicionamiento colonial presente en las narrativas históricas que legamos del estamento criollo. El encubrimiento de la naturaleza excluyente de la sociedad colonial que atesora aún hoy las presuntas calidades de superioridad e inferioridad de las ontologías que se han relacionado a lo largo de la vida de nuestra sociedad, son las que han justificado ideológicamente la desigualdad.

La soberanía racional, la autodeterminación mental tiene su fundamento político en la lucha constante e ininterrumpida contra el sistema de dominación, el mismo sistema que desde sus inicios nos hizo ilegítimos como pueblo, que nos negó la

ciudadanía, que nos subalternizó a través del sistema de exclusión oficial bajo el subterfugio del “honor” en su entramado de valores etnoculturales, codificando las presuntas calidades positivas y negativas de las personas desde el mito de la limpieza o pureza de sangre. En esa desbarajustada realidad, en el horizonte de sentidos que tiene el racismo como ideología, se yuxtaponen creencias como el abolengo, la nobleza, y la legitimidad de los presuntos atributos de la blanquitud.

En los intrínquilos de la historiografía oficial nos encontramos con las motivaciones de los diversos sectores para que la independencia se produjera, por un lado como quiebre de la sociedad colonial, por el otro como ruptura con el tutelaje del imperio español. Lo importante para nuestra investigación es saber cuáles fueron los contextos territoriales que se afectaron por los sucesos internacionales y cómo a partir de las relaciones de acompañamiento, pero también de dominación, se fue desarrollando nuestra historia.

Consideramos a esta altura de los acontecimientos históricos que la pregunta sobre la identidad venezolana va muchas más allá de saber quiénes fuimos, somos y seremos; el punto álgido radica en respondernos cómo hemos pensado la venezolanidad como subjetividades políticas, sociales, culturales. Porque es desde los campos culturales que gran parte de esta definición se encuentra esclarecida, pero hay racionalidades que se han contrapuesto históricamente, y en la historia de las mentalidades hay que seguir insistiendo en los núcleos duros y muchas veces inflexibles de nuestra manera de ver, comprender y actuar en el mundo en que vivimos. Por ello, en este ensayo estudiaremos periódicamente como se fue transformando así mismo el campo cultural de los sectores dominantes, hasta constituirse en lo que venimos llamando el país mantuano.

## Criollidad

Vienen a definir más genéricamente lo que en el tiempo de la colonia pudimos describir como mantuanos, amos del valle, grandes cacaoos; son las eurodescendencias subsiguientes que siguieron naciendo en el continente americano; el *criollismo* vendría a ser la ideología que portan y difunden los hijos de españoles nacidos en América en busca de una identidad propia, donde se exaltará sobre todas las cosas su herencia occidental eurocéntrica. Así los blancos criollos siguieron conformando la clase social y étnica dominante, al principio desde el punto de vista etnoeconómico y posteriormente, luego de las guerras de independencia contra el imperio español, lograron conquistar el poder político.

Propietarios de grandes latifundios, poseedores de la riqueza agrícola y ganadera, traficantes, y vendedores de esclavizados africanos, explotadores y dominadores de indígenas, invisibilizadores de blancos de orilla y pardos, como narra su genealogía estamentaria, esos dueños de la tierra y los títulos de nobleza que se habían apropiaron de la vida comercial y financiera de la Venezuela de entonces, seguirían sus hazañas de conquista por el poder en la consolidación de la república. El fenómeno de “pigmentocracia” que establecieron en la estratificación social de la colonia, quedó fuertemente arraigada en la espiritualidad de lo que hoy comprendemos como unidad cultural bajo la concepción de lo nacional, haciendo que por mucho tiempo la criollidad fuese la representación ontológica del poder y del dominio.

Para el historiador Germán Carrera Damas (2012), quien ha tratado el tema del criollo latinoamericano en sus debatidos estudios, ha afirmado la existencia de una consciencia criolla como un nivel o rasgo de la identidad cultural diferencial descendiente del blanco colonizador, ensimismado en el mito

de forjadores de independencia, reforzando así lo que el autor asume como “dominador cautivo”... “la posición dominante del criollo en la sociedad colonial se amparaba en el casi monopolio de la propiedad. Este era reforzado por un rígido control social ejercido por la iglesia. Se apoyaba en un celoso parcelamiento de la sociedad sobre la base del goce de la libertad, del acceso a la propiedad y de la discriminación racial y social” (Carrera Damas, 2012:94)

Con Carrera Damas pudimos comprender que la conciencia criolla y las creencias que en ella reposan fueron las que direccionaron sus conductas, y que esta racionalidad o conciencia criolla se hizo cultura. A lo largo de la historia republicana veremos manifestaciones concretas de esta conciencia, y de cómo se autoproclamaron forjadores de la independencia.

### **La conjura de los mantuanos: una breve síntesis de las luchas criollas por alcanzar el poder político absoluto**

En Venezuela, 1808 va ser el año en el que la ruptura política del vínculo con el poder colonial de España da sus primeras señales de resquebrajamiento en este estamento; la idea que la criollidad poseía de la independencia era la ruptura definitiva con el tutelaje del reino español para alcanzar la plena autonomía soñada, pero conformando una Junta que les agrupara como estamento con las mismas características del estado español. Esa similitud planteada con ese modelo de estado se traducían en el mantenimiento de los privilegios raciales que como sociedad criolla habían consolidado. Su concepción de soberanía estaba estrechamente vinculada con su presunto derecho a administrar su propio estado, tener su propio gobierno; este va ser un rasgo elemental de la conciencia criolla que

luchaba por esa resemantización de soberanía por encima de la autoridad española.

El 19 de abril de 1810 es la concreción de esos sueños, es el punto de no retorno. El 5 de abril de 1811 con la firma del acta de la independencia se simboliza ese desprendimiento del enclave colonial. Siempre es importante resaltar que el contexto social de esta nueva cruzada mantuana estará en el seno de las desigualdades socioetnoculturales; para ese momento de la historia, el 50% de la población era parda y era uno de los grupos etnoculturales más excluidos, siendo el más numeroso; el 25% estaba distribuido entre blancos españoles, blanco criollos y mestizos (indígenas-blancos); el restante 25% estaba integrado por negros y negras esclavizados e indígenas. Es por ello que consideramos vital comprender que las guerras por la independencia serán el escenario histórico donde se observarán las motivaciones de clase/casta; en una sociedad profundamente racializada donde la esclavitud y el deseo de dominar la tierra fue una constante, donde se inventó la sociedad estratificada para garantizar privilegios de unos pocos, la ideología del racismo se evidencia en la historia como el gran encubrimiento de la naturaleza economicista y mercantilista de la esclavitud, la relación de posesión de unos sobre otros era la norma, no va tener el mismo sentido “el ideario independentista” de unos con respecto a otros.

Para la mayoría de los blancos criollos la meta siempre fue independizarse de España para lograr alcanzar la libertad de comercio anhelada como interés privado. Ese desprendimiento del tutelaje español tenía un cálculo económico, pero al interior de su dinámica social ni siquiera pensaban en transformar las estructuras sociales que por más de trescientos años estaban establecidas; nunca estuvieron dispuestos como estamento a hacer peligrar su sociedad de privilegios raciales. Entonces, la idea de soberanía era el control político y la idea

de independencia, la libertad de comerciar. El criollo vio en el surgimiento de la república una reforma del Estado, un traslado de control desde poder centralizado en el imperio hacia sus geografías. Nunca una revolución que sacrificara su *status quo*.

Los sectores populares que tenían trescientos años resistiendo y rebelándose contra la opresión y que buscaban zafarse del yugo colonial interno-externo lo hacían más una necesidad que por un interés, no estaban tan entusiasmados con el ideario independentista. Estos habían quedado por fuera del proyecto criollo independentista y cualquier cosa que viniese de ellos causaba suspicacia en la racionalidad popular. La criolidad era percibida por el pueblo como la clase en el poder que históricamente les privó de derechos, el pueblo estaba claro de que la independencia real no se alcanzaría sin la abolición de la esclavitud, de que no era posible una independencia que subvirtiera el orden de desigualdad imperante y que decretara un orden igualitario, la fundación de una sociedad verdaderamente justa. Estas van a ser las trazas históricas de los antagonismos que se arrastrarán hasta los tiempos republicanos, y que pondrán en peligro, a lo largo de nuestra historia independentista, los horizontes políticos y sociales que sostienen el ideario independentista bolivariano.

El inicio de la segunda década del siglo XIX venezolano da pasos agigantados en vías a su desincorporación del inventario de colonias ultramarinas españolas. Venezuela comienza por desconocer la autoridad española del capitán general español Vicente Emparan y luego proclama una junta de gobierno criolla. Dicha clase es la que desde el principio sacó plusvalía política al proyecto de independencia. La junta de gobierno inaugura la representatividad que siglos más tarde sufriríamos en la consolidación de la democracia mantuana. José Félix Ribas será el representante de los pardos ante la junta, existirá un gran número de representantes que a puertas cerradas y en *petit*

*comité* debatirán la necesidad y el derecho a organizar el propio gobierno.

Lo que nos hace comprender que la participación popular presuntamente masiva que le responde negativamente a Empan en el momento que éste desde el Balcón del Cabildo pregunta “al pueblo” si querían que él continuase su mandato, es otra de las fábulas de la historiografía criolla; y esto se evidencia en la contienda entre independentistas criollos y realistas con sus promesas electoreras: 1) Independentistas criollos prometían: ¡no rendiremos cuentas a ningún Rey! 2) Realistas: se le asegurará a los fieles (al Rey) la limpieza de sangre (por supuesto a través del blanqueamiento fiscal con las cédulas de gracias al Sacar); 3) Independentistas criollos prometían: ¡una república basada en la libertad, igualdad y fraternidad! 4) Realistas: ¡se acabarán la división de castas! (y podrían ser considerados “gentes decentes”).

En medio del combate, la primera república logra fraguar la idea de una política internacional; se constituyen misiones diplomáticas para dar a conocer lo sucedido en Venezuela en 19 de abril de 1810 con la formación de la Junta Suprema de Caracas, además de buscar apoyo internacional a la causa y establecer nuevos vínculos comerciales en medio de las invasiones napoleónicas a España.

La primera misión diplomática venezolana se traslada a Curazao y Jamaica, y logra establecer relaciones comerciales con ambas islas. La segunda misión diplomática venezolana llega a Santa Fe de Bogotá consiguiendo la firma del tratado de Alianza y Federación. La tercera va a Washington, pero no consigue el apoyo que solicita la Junta Suprema de Caracas, y la cuarta y última misión diplomática va a Londres, pero al igual que la anterior no consigue el apoyo y conoce las motivaciones imperiales alrededor de los conflictos internos: Inglaterra hace alianzas con España en contra del Emperador Bonaparte.

## El pueblo fue sabio y paciente

En la historia del protagonismo popular por sus propias luchas contra la dominación existe una larga lista de episodios de insurrecciones, levantamientos y conspiraciones que le hicieron adquirir al pueblo experiencia en el combate contra el orden colonial. La cautela fue una de las fortalezas que lo mantuvo aun al margen del ideario criollo mantuano; esto no significó que no fuese consciente de la crisis en la sociedad colonial, por el contrario, claros estaban de su condición de subalternizados y durante tres siglos habían madurado ideas propias que promovían la insurgencia.

Para el pueblo, el que mandase debía garantizar libertad real, tierras e igualdad, pero la criollidad nunca pensó en sacrificar sus privilegios de casta/clase para fundar una sociedad de iguales, lo que nos hace deducir que la participación popular masiva se fue incorporando a medida que la contienda va adquiriendo carácter de lucha social, no sólo reivindicativa, como muchos historiadores mantuanos han sostenido. Por el contrario, logran conjugarse intereses y necesidades en una causa común, y en eso Bolívar tiene muchísima responsabilidad histórica al formarse en su recorrido político como líder popular de la gesta independentista.

El 2 de julio de 1811 se instala el congreso de la Junta Suprema de Caracas, donde se debate el reordenamiento de los poderes, donde tiene especial hincapié la reforma al poder judicial y la redacción de la primera constitución. Se debate el tema de la absoluta independencia de Venezuela, y comienzan a proliferar las contradicciones en el seno del grupo político. Frente a las dudas sobre lo que significaría la real independencia o la independencia absoluta con la apertura de la participación popular para presionar a los diputados inseguros de dar el salto cualitativo hacia la liberación de del dominio español,

se desprenden dos facciones de los independentistas criollos, surgiendo así la Sociedad Patriótica liderada por Miranda y Bolívar.

En 1812 acontece el terremoto de Caracas, uno de los elementos claves que contribuye a la pérdida de la primera república. En Caracas muere al menos el 5% de la población y se juntan, a la cautela de los sectores populares, la manipulación de la iglesia católica que había acaparado la fe de las y los venezolanos. Esta, autoproclamada como única religión verdadera, ve la oportunidad en la catástrofe para influir en los imaginarios cristianos de la población, atribuyendo el desastre natural a un castigo divino por la insubordinación a la corona.

Frente a todo este escenario confuso y tenso, donde incluso los mantuanos tienen mucho peso político en los episodios subsiguientes, le toca a Miranda el 25 de julio de 1812 firmar la capitulación de San Mateo que restituye el régimen realista en Venezuela, entregándole el poder al emisario español, oficial de la Real Marina de Guerra Española Domingo Monteverde. Pero es vital comprender el contexto antes de enjuiciar *a priori* a Miranda.

La consciencia criolla no captó el peligro que se le avecinaba con la restitución del régimen realista, no sospechó que las consecuencias de sus miedos frente a sus esclavizados desatarían por parte del poder español una cruenta persecución política encabezada por el mismo Monteverde, el encarcelamiento masivo de partidarios de la causa patriota, la confiscación de bienes a las familias de los independentistas, la creación en Valencia del tribunal de la seguridad pública y el surgimiento al paralelo de estos acontecimientos, de un líder realista psicópata con capacidades de imantar al pueblo subalternizado resentido contra el mantuanaje: José Tomás Boves.

El papel de Boves fue borrar con la muerte la causa independentista y acercarse como igual al pueblo explotado por

los mantuanos. Boves prometió tierra las repartió; prometió libertad y la concedió, lo que nunca el pueblo subalternizado en trescientos años de opresión obtuvo. La participación del pueblo con Boves en la guerra nos remite a comprender que la lucha sangrienta del pueblo esclavizado y explotado, engegucido por la ira, era la lucha sobre todo contra sus opresores directos, contra sus opresores y explotadores inmediatos, y esta fue la clase criolla blanca que como mencionábamos antes fue la que sacó el cálculo de utilidades más rentable a la independencia.

Desgraciadamente la criollidad se topó de frente contra un baño sangriento de pueblo que cambió el rumbo de la historia. Dentro de los delirios de Boves se registra la huida de una gran población caraqueña hacia el oriente de Venezuela, con el avance de este desequilibrado ejército a Caracas. El costo humano que Boves dejó a su paso es enorme, su demencia le lleva incluso a interceptar los caminos de estos desplazados de la guerra, matándoles antes de llegar a su destino. Muchas de estas personas aterrorizadas por los episodios sangrientos encabezados por Boves deciden tomar rutas distintas al llegar a una encrucijada. Los que toman el camino por fuera de la vía, recorriendo La Pica, Cúpira, Sabana de Uriche, Clarines, hasta llegar a Guanape logran salvarse. Los que escogieron el camino de la costa fueron atacados en la orilla por barcos españoles que mataron a una gran mayoría, y está un último grupo bastante diezmado que logra escapar a las Antillas (López Sánchez, 2004). 1813 es el año del resurgimiento del ideario republicano a través de la Campaña Admirable que junto a Bolívar, Atanasio Girardot, José Félix Ribas y Rafael Urdaneta participan en esta acción militar que libera el occidente venezolano del dominio realista, integrado por las provincias de Mérida, Barinas, Trujillo y Caracas. Pero, 1813 es también el año del Decreto de Guerra a Muerte, declaración de Bolívar el

15 de junio de 1813 en de Trujillo durante el desarrollo de la Campaña Admirable. El Decreto de Guerra a Muerte fue la consecuencia política inmediata contra el abuso, las crueldades y la desmesura del ejército realista hacia los patriotas. También 1813 es el año cuando Bolívar recibe el título del Libertador de Venezuela.

Son todos estos elementos, anteriormente mencionados, los que influyeron radicalmente en la pérdida de la segunda república y añadiríamos más tanto la primera y segunda república estaba asentada en el poder mantuano, de los blancos criollos, de las familias esclavistas; al comprender Bolívar quién realmente era el pueblo a liberar y que sin pueblo no había posibilidades de una auténtica revolución, surgiría como concreción la tercera república. Su trabajo político profundo, a nuestro modo de ver, comienza por cambiar la condición social de los ejércitos, trascendiendo en esa acción reparadora al racismo como normatividad, zafándose de los estrechos intereses mantuanos. Esta transformación, para muchos historiadores insignificante, varía incluso la estructura racional de los ejércitos logrando también vencer el racismo político. Estos acontecimientos llevaron la guerra al campo social, por eso la libertad de los esclavizados, el llamado a incorporarse a las filas del ejército liberador y el reparto de tierras a soldados luchadores de la causa patriótica, fue el triunfo de la causa Bolivariana, y fue cuando el pueblo se enfiló masivamente y cuando comprendió que no eran simples reformas, que la lucha era por las transformaciones profundas, estructurales. 1815-1816 es el periodo de relación política con Haití y de la Expedición de los Cayos, que tenía como objetivo invadir a Venezuela para expulsar al enemigo español del territorio, oxigenar la resistencia patriótica, restaurar el ideario republicano y reorganizar las fuerzas republicanas. 1816 es el Decreto de Carúpano, la promesa a Petión de la liberación de los esclavizados, pero también es el año de

las fisuras más determinantes entre las fuerzas patrióticas. Ese mismo año es la ratificación de la abolición de la esclavitud en Ocumare (López Sánchez, 2004).

Desde este momento proliferan los pronunciamientos autonomistas en la América ansiosa de independencia, se intensifican en el hemisferio las luchas armadas por la liberación. Entre 1810-1825 se ve el incremento en la incorporación de los sectores populares, lo que desvanece la idea originaria del proyecto independentista criollo propiciado por la élite. Boves es ya un mal recuerdo, ejemplo del *homos demens*; las guerras siguen diezmando a la población, el protagonismo popular se compromete cada vez más con la causa bolivariana, mientras muchos criollos extraían sumas exorbitantes de dinero venezolano a Puerto Rico, Cuba y Europa.

En 1820 se establece el tratado de regularización de la guerra y un cese al fuego. Luego de emblemática Batalla de Carabobo, la Gran Colombia se establece mediante asamblea constituyente el 30 de agosto de 1821, se propone como un proyecto de unidad continental para la libertad real que buscaba garantías para la unidad, la seguridad y la defensa de las nacientes repúblicas americanas, y con ellas la estabilidad de la institucionalidad republicana. Pero en 1823 se oficializa la Doctrina Monroe, otro conflicto de gran magnitud que nace como la justificación de la política exterior de EEUU a nuestra América, lo que se tradujo en intervencionismo e injerencia del imperialismo norteamericano. En 1826 se respiran las “reformas independentistas” de los morrocoyes carabobeños, (campo cultural de los sectores dominantes de Valencia, estado Carabobo), se inicia el clima de conspiraciones contra Bolívar, se deja ver el germen de la Cosiata suscitados por las discordias y facciones republicanas entre los federalistas y los centralistas y con ello la necesidad criolla venezolana de sacar a la

nación de la Gran Colombia política y jurídicamente; se da el magnicidio de Sucre en Berruecos.

Se aproxima el ocaso de la Gran Colombia, que tuvo como caldo de cultivo los intereses divisionistas, el boicot oligárquico como razón mantuana, Sobre los campos culturales, económicos y políticos, campos de la cultura dominante.

El país mantuano tuvo que justificarle a la historia a lo largo de todas sus generaciones su naturaleza explotadora. No fue inofensiva entonces la creación de una política histórica que anulase la capacidad crítica de las y los oprimidos, por ellos, la lectura y escritura interesada de nuestra historia, a favor de eso que venimos llamando *país mantuano*; fue una de las maneras concretas de mantener sus privilegios de clases, de etnia, de género en Venezuela. En estos procesos operaron desde la dominación los diversos y múltiples intentos de memoricidio y culturicidio. Por suerte para una buena parte del Pueblo cimarrón no fueron estos esfuerzos una empresa exitosa, pero sí lograron, a medida que pasaban los siglos, “enmantuana” la mentalidad de un sector de las clases populares incidiendo así la alienación como la imposición de la conciencia criolla.

Este fue el ideario de dominación que viajó por el tiempo, siendo encarnado en tiempos de guerras independentistas por el criollismo (en su acepción clasista). Es este el estamento que lo asume enteramente, teniendo pocos personajes realmente comprometidos con la emancipación de las colonias españolas en América. Esta manera de ver el mundo desde la dominación y la explotación transita ilesa por los diversos momentos de nuestra historia, hasta personificarse en concreto en la actual burguesía que se considera la heredera única y universal de la gesta emancipadora. Se evidencia en el ideario republicano primario de este estamento la dominación primigenia con la que los conquistadores invadieron nuestras tierras y, en tiempos de vientos independentistas la república mantuana,

esa que traicionó el sueño bolivariano, desarrolla con mayor precisión tecnologías civilizatorias para darle continuidad a la exclusión sistémica y sistemática al pueblo.

### **La República de La Cusiata: la representación de las repúblicas oligárquicas desde Venezuela**

La Cusiata la vamos entender en principio como el primer pacto republicano que tiene sus intentos de constitución en los procesos que tumbaron a la primera y a la segunda república, y que requiere del movimiento separatista para enterrar el ideario bolivariano que le había quebrado el espinazo al pacto colonial. La ubicamos en el contexto de la tercera república, en el punto álgido de la liberación del sur y ya constituida la Gran Colombia. En esta era se comienza realmente la gestación del proyecto bolivariano y se logra la expulsión definitiva de los españoles en el territorio sudamericano. Pero al mismo tiempo, es el contexto en el que la independencia, desde los estamentos políticos y militares, va tener dos proyectos de república: primero, el integracionista, estaba concentrado hacia el acontecer endógeno, dentro de sus propias realidades históricas, políticas, sociales y económicas; y segundo, el de la racionalidad neocolonial, evidenció que deseaban insertarse en calidad de subordinados a las potencias emergentes coloniales del mundo moderno. Desgraciadamente fue la que venció y la que nos mantuvo durante ciento sesenta y nueve años en un enclave neocolonial.

En 1826 La Cusiata va tomando cada día más cuerpo como movimiento separatista en los sectores dominantes. Ese mismo año Bolívar emprende su viaje al sur dejando a Santander a cargo de la presidencia de la Gran Colombia. Aumenta en las élites venezolanas el cuestionamiento del

predominio gubernamental neogranadino, Y los celos de las élites neogranadinas desembocan en que el 8 de julio de 1826 Santander declare a Páez en rebeldía. Valencia desconoce la autoridad de Bogotá y restituye a Páez en el mando militar, trayendo como consecuencia que desde Valencia, Venezuela rompiera con la subordinación constitucional de Colombia la Grande (López Sánchez, 2004).

1827 es un año de muchos desafíos para Bolívar, y de muchas contradicciones entre las facciones federalistas aupadas por Santander y la centralista, la de los seguidores del Libertador. Debido a los focos conflictivos de la nueva clase dominante republicana, las querellas tomaron otras formas y otros tonos; las conspiraciones estaban a la orden del día. Bolívar, en su lucha por evitar “el delito de guerra civil” el 1° de enero de 1827 nombra a Páez jefe superior militar y civil de Venezuela y se enfrían un poco los ánimos ante los ojos de la sociedad venezolana. Las relaciones entre ambos dirigentes eran armónicas; en 1829 Venezuela anuncia su separación de la Gran Colombia y en 1830 se aprueba la constitución de Venezuela.

Dentro de los elementos que no podemos perder de vista, sobre todo en el contexto en que nos encontramos hoy, está la reiterativa guerra económica contra el pueblo cada vez que los intereses de los criollos se ven amenazados. Mientras estos acontecimientos acaecían en alto mando gubernamental de la Gran Colombia, el pueblo era atacado con una depresión financiera, padeció la falta de alimentos, el alza de los precios, y su valor adquisitivo se vio tan comprometido como épocas anteriores.

Consideramos que la estrategia de guerra multiforme, cuando en una sociedad los intereses, apetencias y necesidades se expresan al mismo tiempo, son los mecanismos al interno de nuestras realidades, para la activación de los dispositivos de control colonial, para encender la escena política del conflicto

popular, capitalizando el descontento de la población con la incapacidad de acceder a la real paz social, que también, y esto es necesario resaltarlo, en un mundo capitalista, en una sociedad del gasto y el despilfarro, es también la paz de consumo. Esta constante de ejercer presión en las clases populares para que se desencadenen estallidos sociales, es la racionalidad moderna, que entiende las inestabilidades como oportunidades para acumular más capitales, lo que popularmente conocemos como pescar en río revuelto.

Desde los marxismos se ha venido insistiendo en la idea de que las crisis son endémicas al capitalismo. Pero saliendo un poco de la mirada materialista de la historia y entendiendo la crisis como un sistema integrado por diversos factores que impactan materialmente, también la escasez, la sensación de precariedad, la materialización de la austeridad en el corpus social produce un tipo de racionalidad que preconice el acontecimiento como señal de que “Este país ya no lo compone nadie”, frase recurrente en nuestra historia, que evidencia la desesperanza como sentimiento inducido. Creemos que es como empieza a enfermarse también el espíritu libertario.

Entendemos el proceso de descontento social como un recorrido que arranca por la psiques golpeada por el mundo material, y es cuando la respuesta mental identifica situaciones de amenaza. Se trata de un sentimiento de intimidación, ciertamente, pero también advierte peligro. La sensación de peligro produce el miedo; este, impotencia e incertidumbre, y cuando la estabilidad emocional se ve atacada surge la rabia, que es lo que han capitalizado las élites a su favor, porque es la rabia “la chispa que enciende la pradera”.

En ese contexto histórico la escena política mostraba los egos regionalistas de las élites históricas, el surgimiento del caudillismo como sector popular que ascendió al poder porque dominó en el arte de la guerra, las disputas por los privadísimos

intereses oligárquicos y las nacientes fuerzas disgregadoras de la diplomacia del dólar que también venían a rociar de gasolina la fogata siempre encendida de nuestras ardientes relaciones sociales. Todos estos elementos dispersadores del proyecto de república bolivariano fortalecían mucho más el sentimiento de rabia, en el mejor de los casos, y en el caso más nocivo para el alma social, la sensación de que todo está perdido. Ese es el fenómeno de la desesperanza, que no ataca a todo el mundo por igual, pero que además tiene un núcleo generador ideológico cuando identificamos los modos como se inducen en el medio de las confrontaciones políticas y eso hace reiterativo el mantra de las clases dominantes frente a la contingencia “... Este país ya no lo compone nadie”; pensamos que allí está la fuente generadora de esa desesperanza.

Lo cierto es que este clímax de tensión social, de guerra multiforme, permitió que se generaran las condiciones para un golpe de estado venezolano a la institucionalidad republicana de la Gran Colombia, con la que muchos venezolanos oligarcas desde el principio estuvieron en desacuerdo, sobre todo porque uno de los condicionantes fue la elección de Bolívar para la vicepresidencia y para la economía a Francisco de Paula Santander. La Cosiata, la cosa sin nombre, esa cualquier cosa, como también se le conoce en la historia, presenta como problema aristocrático que el poder central de la Gran Colombia se ubicaba en Santa Fe de Bogotá, además de estar presidido por Santander. Mientras Bolívar luchaba en el Sur, las rivalidades civiles y militares se incrementaban, se hacía más complejo el embrollo de las agitaciones y los temperamentos, en ese concierto de pasiones ególatras, egocéntricas y egoístas bastante caldeadas. Páez es estimulado por el antibolivarianismo de las clases altas a desacatar a Bolívar. Este estamento, ubicado políticamente en la acera contraria al centralismo, que era uno de los postulados de la república grancolombiana y tenía en su

emocionalidad el sentirse desplazados, jamás asintieron la decisión de Simón Bolívar de colocar a Bogotá como capital y no Caracas, lo interpretaron como una imposición. Destacan en la historia como ingredientes activos del germen separatista personajes “influyentes” tales como: Andrés Navarrete, Martín Tovar, Francisco Javier Yáñez, José Santiago Rodríguez, Alejo Fortique, Tomás Lander, hombres letrados con mucha proyección social. Ya 1826 es uno de los momentos políticos más cuesta arriba para Bolívar, en 1821 la lucha era alcanzar la independencia absoluta, cinco años más tardes, era alcanzar la unidad para garantizar la continuidad de la independencia. Y en esa empresa era muy importante la racionalidad que dominara.

La cara visible de La Cusiata en nuestra historiografía mantuana es la de Páez. Desde 1826 aparece en la historia como jefe indiscutible. Aunque Bolívar haya intentado frenar los vientos separatistas, estos seguían refrescando los imaginarios; las ausencias de Bolívar en territorio venezolano significaban nuevas reformas para las conspiraciones, lo que le hacía a Páez crecerse líder de la oligarquía valenciana “los morrocoyes”. En noviembre de 1829 se da el zarpazo certero, no sólo para Bolívar, sino para el pueblo que lo acompañó y lo admiró en su hazaña en la Batalla de Las Queseras del Medio, hoy Apure, cuando al grito de “¡vuelvan caras!” puso a temblar a los realistas el 2 de abril de 1819 venciendoles en el campo de la guerra física.

Lo cierto es que La Cusiata una de las cosas más simples pero profundas al mismo tiempo por lo que significó para la subjetividad de Páez, que tuvo como acción civilizatoria, lavarle a Páez la cara de caudillo, era necesario sacrificar incluso su imagen de líder popular, de “taita de la guerra”, de “centauro de los Llanos”, de “León de Payara” a revestirlo, como resurgido de las cenizas, en un nuevo atuendo de político republicano.

Quizá en el imaginario de las gentes decentes eso se logró y se evidencia en sus tres períodos presidenciales, pero nunca a través del voto que traducía la práctica política de la democracia directa. Las dos primeras veces por elecciones indirectas y la última como encargado de la presidencia por el golpe de estado a Manuel Felipe Tovar. Todos estos acontecimientos evidencian la ruptura con los idearios de la democracia bolivariana y el sentido político profundo de ir en contrasentido de las decisiones del pueblo en el ejercicio del poder real. Otro de los elementos medulares los recogemos de un ensayo escrito por Ronald Muñoz,<sup>36</sup> quien fue coordinador general de la Escuela de Formación Simón Rodríguez. Con Muñoz pudimos ensayar una caracterización de la traición al pueblo de Venezuela pero desde la dimensión jurídica. Con Muñoz aterrizamos una frase insondable del destino de los sectores populares en las sociologías del país mantuano de todos los tiempos. Se trata de un fraseo que extrajimos del documental “Cuando la brújula marcó el Sur”<sup>37</sup> de Laura Vásquez y Alejandra Laprea, realizado en el 2008, que declara que “las promesas –bolivarianas de dignificación– al pueblo cayeron en saco roto”, al convertirse nuestras guerras por la liberación en independencias inconclusas.

Muñoz nos habla de la unidad soberana en la idea bolivariana de la República de Colombia, de Colombia la Grande, que tuvo sus orígenes como pensamiento político en el Congreso de Angostura en 1819; este pensamiento problematizó profundamente la necesaria desconexión del enclave colonial español, y en paralelo sufrió el inicio de la neocolonización

---

36 Muñoz, Ronald (2010). *El Regreso de los Realistas y su Derrota final ante Los Pueblos*. Caracas, Fundación Editorial El Perro y La Rana.

37 Vásquez, L. (directora) Laprea A. (Guionista) (2008). “*Cuando la Brújula Marcó el Sur*”. [Largometraje documental] Venezuela. Producido por la Villa del Cine y Distribución de Amazonia Films.

que años más tarde nos traspasaría a la racionalidad del imperialismo norteamericano, bajo el subterfugio de defensa de la libertad y de democracia. Esa transacción de colonialidad a neocolonialidad se da de la mano de los morrocoyes que siempre tuvieron esa racionalidad, y con Páez el genio militar de la independencia, líder indiscutible del ejército del pueblo llanero, uno de los jefes militares quizá con más pericia. No sólo traicionó el sentimiento patriótico que lo une a Bolívar, traicionó sobre todo la confianza de un pueblo que vio en sus batallas la real condición de posibilidad de salir de la esclavitud.

La racionalidad que encontramos en esa inversión radical de mentalidad en Páez es la representación de la colonialidad del poder. La tercera república transita por la experiencia de las alianzas de oligarquías locales con los caudillos independentistas para perpetuarse en el poder; en esa traición Páez colabora con esa suerte de blanqueamiento racional que construye una ciudadanía republicana desde el orden tradicional colonial; la forma de la independencia es retórica y en la república se mantiene el orden social colonial, las metas de la independencia tienen “un gran viraje” de lo que significaba en la lucha la liberación absoluta, ya que este proceso de reordenamiento de los poderes siguió siendo, como era costumbre, a costa de la vida del pueblo.

Entre 1830 y 1846 le toca vivir a los sectores populares el drama de las traiciones. La obra atomizadora de la doctrina bolivariana que sepulta el papel soberano del pueblo con su potencia liberadora se representa como sacrificio humano a las oligarquías locales, que como inmólacion inconsulta nos enclavaron al neocolonialismo. Así fue como las formas jurídicas se convirtieron en la mampara del proceso de transición de un estilo de colonización a la americana forma de vivir, de pensar y de actuar. La constitución de 1830 es la dominación como referente legal de explotación. Para esta operación analítica trabajamos con la reflexión comparativa que evidencia las dos

racionalidades participantes en el debate constituyente. Allí se dieron las precisiones jurídicas de las leyes como normativa referencias que se impuso, la del pacto neocolonial.

Hicimos una deliberación relacionando las dos racionales que participaron en el debate constituyente, en el debate jurídico de las leyes como las normativas referenciales que impuso el pacto neocolonial.

Sobre el poder nos encontramos en el artículo 7 de la Constitución Bolivariana que el gobierno de Bolivia es popular representativo, mientras que en la constitución santanderista el artículo 2 plantea que la nación venezolana es para siempre e irrevocablemente libre de toda potencia o dominación extranjera, y no es ni será nunca el patrimonio de ninguna familia ni persona. La racionalidad constituyente del proyecto bolivariano tiene como principio fundamental que la concepción de soberanía parte sobre todas las cosas del pueblo, lo que blinda a la gobernabilidad de ese estado de un carácter profundamente popular.

La bolivariana expresa en el Artículo 8: “La Soberanía emana del pueblo, y su ejercicio reside en los poderes que establece esta constitución”. La santanderista expresa en el Artículo 3: “La soberanía reside esencialmente en la nación y no puede ejercerse sino por los poderes políticos que establece esta constitución”. La trampa jurídica de la constitución paecista es el germen del estado nación moderno en Venezuela, es decir, el poder emana del Estado que a su vez es representado por funcionarios públicos que controlan el poder público de la nación y que está integrado por el campo cultural de los sectores dominantes; así, jurídicamente el pueblo queda por fuera de la concepción de gobernabilidad, eliminando toda posibilidad de participación popular dentro del Estado nación moderno venezolano. La bolivariana establece en el Artículo 9 que el poder supremo se divide, para su ejercicio, en cuatro secciones:

Electoral, Legislativo, Ejecutivo y Judicial. Y el artículo 10 establece que “Cada poder ejercerá las atribuciones que le señala esta constitución, sin excederse de sus límites representativos”. Mientras que la santanderista en el artículo 4 señala que “Son agentes de la nación los magistrados, jueces y demás funcionarios investidos de cualquiera especie de autoridad y como tales, responsables de su conducta pública”. Es importante subrayar quiénes eran el pueblo para las oligarquías locales, cuál era el estereotipo construido socialmente en la configuración de la subjetividad popular como relación que media inclusive entre valores, prejuicios, conductas y actitudes. Cuando vamos más allá y estos estereotipos son elevados al carácter de arquetipos nos permiten observar las estigmatizaciones que recaen sobre la representación construida como pueblo y las mitificaciones heroicas que se resaltan del campo cultural de los sectores dominantes con procesos de incremento exponencial, que van reconfirmando al pueblo en la zona del no ser desde la trampa jurídica como justificación y distorsionando, a su vez, el carácter explotador de la oligarquía local bajo el subterfugio de la ciudad letrada que otorga capacidades extraordinarias a las élites gobernantes. Todos estos elementos, como apuntábamos más arriba, responden a la resemantización de la colonialidad del poder, que tiene como núcleo generador la raciología venezolana, la ideología del racismo, la colonialidad del ser que es constitutiva a la modernidad.

Aura Elena Rojas Guillen<sup>38</sup> tiene un trabajo bastante crítico sobre las diversas acepciones de “pueblo” que se suscitaron a lo largo de la configuración de la era republicana. Muestra el deslizamiento de la categoría entre la tradicional devenida de la colonia y la que comienza a reelaborarse en las definiciones de

---

38 Rojas Guillen, Aura Elena (2009). *Insumisión Popular 1830-1848*. Caracas: Fundación Centro Nacional de Historia.

corte jurídico. Con Aura Elena Rojas aprendimos la diferencia entre “pueblo” y “populacho”, esta última aparece en contexto diferenciador de “pueblo” adjudicado a las clases dominantes, para distanciarse de lo que tradicionalmente desde la colonia se había conocido como pueblo. Sin embargo, en ese tránsito de acomodo de la categoría, nos encontramos con la definición que a efectos de esta investigación justifican las razones por las cuales la constitución paecista en relación al poder justificó la exclusión del pueblo en las decisiones del estado nación moderno de 1832. Es lo que se conserva en el imaginario de las clases dominantes, es la racionalidad segregacionista de la modernidad. Observamos así que fuera del proyecto bolivariano la inercia de ideología del racismo colonial está incrustada en la psiques de las capas dominantes venezolanas, formadas en la ciudad letrada, y funciona como estrategia reformista que no piensa reevaluar las subjetividades construidas arquetípicamente desde la raciología nacional y mucho menos remontarse al fenómeno revolucionario bolivariano, donde la soberanía emana del pueblo.

Pero supongamos que en la supraconciencia civilizatoria de la modernidad venezolaná no estaba contemplado que el pueblo formase parte de poder del estado por los arquetipos construidos históricamente sobre él, donde está desprovisto de toda capacidad de administración pública, de instrucción educativa y de facultades para dirigir el destino de la nación por su formación de clases, ¿qué pasaría entonces con el derecho a la ciudadanía? Veámoslo en la segunda comparación desde las letras de Ronald Muñoz y el análisis comparado entre ambas propuestas constitucionales, la bolivariana y la santanderista en torno a la idea de ciudadanía.

De la racionalidad constituyente del proyecto bolivariano. En Bolivia (1826) encontramos en el artículo 14 de su carta magna: “Para ser ciudadano es necesario: Ser boliviano. Ser

casado o mayor de veinte años. Saber leer y escribir. Tener algún empleo, o industria o profesar alguna ciencia o arte, sin sujeción otro en clase de sirviente doméstico”. A la trampa jurídica de la constitución paecista. En Venezuela (1830) el artículo 14 de la constitución establece lo siguiente: “Para gozar de los derechos de ciudadanos se necesita: ser venezolano; ser casado o mayor de 21 año; saber leer y escribir; ser dueño de una propiedad raíz cuya renta anual sea cincuenta pesos, o tener una profesión, oficio, o industria útil que produzca cien pesos anuales, sin dependencia de otro en clase de sirviente doméstico, o gozar de un sueldo anual de ciento cincuenta pesos”.

En el proyecto constituyente bolivariano la ciudadanía tenía como base fundamental la construcción paulatina del ciudadano a través del proyecto educativo que tuvo sus inicios en la ciudad de Chuquisaca, hoy Ciudad Sucre, y que presentaremos brevemente más adelante para comprender la trascendencia de la propuesta constituyente bolivariana orientada a saldar la deuda social acumulada hacia el pueblo subalternizado. En la constitución paecista se articula la concepción de ciudadanía con la condición material de propietario. Nos dice literalmente Muñoz, con respecto a este fundamento determinante de la condición de ciudadanía lo siguiente:

¿Quiénes eran los que tenía y tienen la subsistencia asegurada?... pero si algunos no escatimaron en mostrar su voracidad, fueron Páez y sus títeres del Congreso, que ya desde el inicio condicionaron el sólo hecho de la “ciudadanía” a ser dueños de amplias propiedades que sólo podían tener los prominentes miembros de la clase económica dominante. (Muñoz, 2010:48)

Si no contextualizamos la proposición bolivariana de ciudadanía, a simple vista no veremos las diferencias estructurales de ambas propuestas; recordemos que en la creación de la República de Bolivia, Bolívar, que arribaba desde Perú, venía

aboliendo la esclavitud de los indígenas, ejecutando el reparto de tierras, reorientando la entrada de los impuestos y dirigiéndolas a la educación y a la salud. La concepción de ciudadanía bolivariana se planteaba como una proyección a futuro, para la consolidación de la subjetividad republicana en las generaciones venideras; el proyecto pedagógico de Chuquisaca es la génesis de la concepción del Estado Docente que luego en 1932 conoceremos los venezolanos de la mano Luís Beltrán Prieto Figueroa. Tiene sus inicios en Simón Rodríguez<sup>39</sup>, quien siempre insistió en que el gobierno republicano debía ser garante de un sistema dirigido principalmente a la educación del pueblo. Es Rodríguez el ideólogo de la educación republicana en el siglo XIX que aporta a las luchas independentistas elementos politizadores sobre la necesidad de una educación igualitaria y gratuita para formar la conciencia de la ciudadanía de la nueva república. El filósofo de la “educación popular” crea mecanismos como sus *escuelas-talleres* abiertas a todos y a todas; fue su propuesta una escuela original en tanto que en su época problematizaba la racialización de la sociedad, donde las clases subalternizadas no tenían el acceso a la educación que las élites sí. Del mismo modo, sus procesos de alfabetización no sólo estaban dirigidos a la infancia, sino a todo aquel que no supiera leer y escribir en función de ir paulatinamente formando la conciencia revolucionaria de la nueva ciudadanía, así como a la educación de las mujeres. Bolívar y Rodríguez concibieron una escuela y una educación pensada para que las mayorías accedieran a lo que históricamente les fue negado, incluso como instrumento para acceder a la propiedad garantizando así las bases materiales de sus existencias, pero al mismo tiempo y con mayor peso en el debate de la ciudadanía, la insurgencia de una cultura republicana capaz de otorgar capacidades para que

---

39 Rodríguez Simón (1990). *Sociedades Americanas*. Biblioteca Ayacucho. Caracas, Venezuela.

estas y estos ciudadanos se hicieran aptos para autogobernarse. El proyecto pedagógico de Chuquisaca era entonces una “escuela social para una educación social” que formara la conciencia liberadora de un pueblo que había luchado a brazo partido para obtener su propia independencia, por eso era vital cortar las cadenas de la dependencia e ignorancia y trabajar arduamente en ese propósito, sobre todo en la infancia, para que el pueblo del saber aprendiera también a hacer.

Como fundamento radical del proyecto político republicano bolivariano, la educación debía contener en su núcleo fundamental de concepción y acción una función realmente transformadora de la racionalidad de los pueblos. Por eso Rodríguez, como director general de educación, vio la necesidad de que ésta fuese pública y que estuviera bajo la defensa, garantía y salvaguarda del Estado. El *telos* (la finalidad) de la educación tenía que ser construida desde el estado republicano dándole el fundamento legal y organizando alrededor de él las bases económicas de este proyecto trascendental, incluso como la mejor garantía para hacer irreversible la independencia de las nacientes repúblicas. Una educación “descolonizadora” también que fuese capaz de extirpar de la mentalidad y el alma popular las insanas secuelas de la tiranía colonial, de la esclavitud, de la ignorancia inducida durante tres siglos. La dimensión política que Bolívar y Rodríguez le asignaron a la educación en el proyecto republicano de creación ciudadana, conjugaba la pertinencia política y cultural del hecho ciudadano, pensar colectivamente en la construcción de la ciudadanía republicana. Por eso Bolívar y Rodríguez le asignaron un lugar supraestructural a la educación como tarea diaria, como proyecto realmente trascendental. En ese contexto y bajo esos fundamentos Bolívar ordena que se capten niños y se adecuen las viviendas y los espacios de formación de la nueva ciudadanía republicana. Los varones aprenderán oficios propios de su

sexo, las niñas también considerando las diferencias biológicas que determinaban el pensamiento de la época.

Mientras el fundamento central de la ciudadanía bolivariana se enfocaba en la importancia de configurar no sólo la identidad, sino la racionalidad del nuevo ciudadano de la república, la versión republicana insistía en mantener los privilegios propietarios de las clases dominantes, de esta forma vemos cómo, incluso en nuestros tiempos, esa influencia racional tuvo como resultado que el sector afrovenezolano en la República Bolivariana de Venezuela, estuviese excluido de la carta magna, y esa situación tiene sus orígenes en la construcción ideológica que en Venezuela se tenía de ciudadanía.

Hemos señalado varias veces cómo la colonialidad del ser, la ideología del racismo y específicamente la raciología venezolan, diseñaron maneras de extranjerizar a los sectores populares. La explicación de esta observación nuestra la encontramos esclarecida en el tratamiento jurídico sobre la definición constitucional de la venezolanidad que nos brinda Ronald Muñoz; en él encontramos una palabra clave que nos permite introducir el debate sobre la construcción ideológica de la venezolanidad que hizo el campo cultural de los sectores dominantes en la constitución paecista, veamos la comparación en la siguiente exposición:

De la racionalidad constituyente del proyecto bolivariano. Bolivia 1826: Artículo 11: Son bolivianos: **TODOS LOS NACIDOS EN LA REPÚBLICA DE BOLIVIA**. A la trampa jurídica de la constitución paecista. Venezuela 1830: Artículo 9.- los venezolanos lo son por nacimiento y por *naturalización (18)*. Artículo 10.- son venezolanos por nacimiento: *los hombres libres* que hayan nacido en el territorio de Venezuela. Los nacidos de padres o madres venezolanos en cualquier parte del territorio que componía la República de Colombia. El análisis comparado entre ambas propuesta constitucionales nos permitió precisar que Para la

propuesta bolivariana el ser nacional es todo aquel nacido en el territorio sin las alcabalas condicionantes construidas en la sociedad colonial que partían de la racialización de la población como proyecto ideológico y que, para la trampa jurídica paecista el condicionamiento de *hombres libres*, son lo que históricamente lo han sido, “los descendientes de europeos” (Muñoz, 2010:53. Énfasis y subrayados nuestros)

El otro elemento vital para esta investigación es comprender esa prerrogativa de “venezolanos por naturalización” que se inaugura legalmente en la república Cusiata y que se reproducirá reiteradas veces en el llamado a poblar a Venezuela con pueblos civilizados que ayudaría a salir de la barbarie y apuntalar hacia el progreso y el desarrollo anhelado. De lo que se trató desde el principio fue de conducir, desde la ideología del racismo y el sistema de blanquitud, la penetración exterior de trabajadores europeos que a decir de Fernando Coronil

...contribuyeron a desmovilizarla –la clase trabajadora nacional– al desplazar a trabajadores venezolanos menos calificados, prestar apoyo político al régimen, y oponerse a las demandas de otros trabajadores en sus centros de trabajo... Pérez Jiménez concedió el derecho al voto a extranjeros con dos años de residencia (Coronil, 2002:201)

La República Cusiata decretó formalmente esta forma aparentemente inaugural de gobierno, pero reprodujo en el ejercicio del poder el orden colonial, el orden del blanco criollo que nunca pensó en una sociedad de iguales. De Páez en adelante la política económica fue liberal, es decir, burguesa al servicio del proyecto moderno que requerían los empresarios del país mantuano, por eso se promueve la emigración europea, otorgándole condiciones de posibilidad económica que nunca tuvo el pueblo venezolano racializado. Se sancionaron y oficializaron leyes que criminalizaron la lucha campesina por

el derecho a la tenencia de la tierra, se aprobó la “Ley de azotes” y adaptó la esclavitud a la nueva realidad socioeconómica, prolongando el período en que los manumisos dependían de sus amos hasta los 25 años en lugar de los 18 previstos originalmente (Correo del Orinoco, 2011:78, 79).

Con la muerte de Bolívar el 17 de Diciembre de 1830 se entierra la Gran Colombia y las leyes bolivariana de suprema felicidad social para el pueblo. Con Páez a la cabeza inicia la Cuarta República anulando en lo fáctico el respeto a las garantías nacionales de todas y todos los venezolanos, quedando la abolición de la esclavitud y el reparto de tierras como un mero subterfugio histórico. Ahora el pueblo comenzaría un proceso *sui generis* de extranjerización con los llamado desesperados a la inmigración europea, que también en lo fáctico se inauguran con Páez.

1830 es el año testigo de los procesos de neocolonización de nuestra América. El imperio inglés se hace del dominio económico y con su influencia nace la eterna deuda externa para nuestros pueblos. A lo interno se retoma la continuidad de las dos anteriores repúblicas criollas y se fundan las bases de la racionalidad del país mantuano y comenzamos a padecer el abandono divino con el desarrollo norteamericano tan cerca de nuestros pueblos.

## Capítulo II

# La providencia norteamericana

*“Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias en nombre de la libertad.”*

SIMÓN BOLÍVAR 1929

Mantener la obra de liberación que emprendieron nuestros antepasados libertadores y libertadoras, teniendo como vecinos a EEUU fue imposible. El continuo de la historia de nuestra emancipación fue boicoteada desde afuera con una inmensa ayuda desde adentro de nuestras naciones. Nos topamos de frente como pueblos con el acontecimiento neocolonial, el tránsito de un régimen opresor a otro más obnubilante de dominación colonial, porque nos impuso su manera americana de vivir. Fuimos testigos de cómo libertad y democracia fueron utilizadas categorialmente como gritos de guerra de conquista, de imposición de miseria.

A lo largo de este ensayo tendremos la intención de reportar, no lo que parecía ser EEUU sino en lo que realmente se convirtió y como afectó la vida de los pueblos de nuestra América. La relación entre Estados Unidos, el Caribe y Latinoamérica desde 1830 en adelante fue, ha sido y sigue siendo, la historia de la dominación que comienza con la invasión de un territorio en el norte de América, y que tuvo como táctica principal el exterminio de los pueblos originarios americanos. Surgen como fundamentos de su colonización y dominación imperial *la doctrina Monroe* y su *Destino Manifiesto*, comprendidos como el ejercicio descarado y descarnado de su política

imperial, expansionista y supremacista al mismo tiempo, predestinadas ambas doctrinas a plagar de miserias a los pueblos del mundo donde sus ojos encontraban riquezas. En la historia de nuestras relaciones incluso como coamericanos, resaltan sus formas de producir dominación en diferentes dimensiones de nuestra realidad a través de su mandato apabullante cristalizado en su poder económico, político, mediático y militar.

Simétricamente, el punto de su impulso en su política internacional para Las Américas fue en concreto el subdesarrollo inducido de nuestras naciones, que le permitió desarrollarse como imperio. Por eso es imposible concebir que alguna nación de América Latina, tenga un correlato o una versión endémica del infernal *Destino Manifiesto*. Los Estados Unidos de Norte América le arrancaron el 50% del territorio a México en su política de ensanchamiento imperial; construyeron la “teoría del fruto maduro” representado por Cuba en el siglo XIX y que metafóricamente hablando caería en las garras de su imperio, por la fuerza de gravedad, o por la fuerza bélica. En los inicios del siglo XX crearon la *Enmienda Platt* también para Cuba, que en realidad fue un tratado anexionista inventor de la independencia cubana que ocupó militar Guantánamo con la construcción de su base del pavor. En la misma línea de tiempo invaden Puerto Rico bajo el subterfugio de presunto protectorado.

Centroamérica comprendió entonces que donde ellos dicen Estado proteccionista para sí mismo, en relación con sus pretensiones “neo-coloniales” se traduce como la formación de feudos privados en sus territorios que les ocuparían geográficamente, con el auspicio del imperio para las imposiciones comerciales de sus empresas, obteniendo incluso rentas de trabajo productivo de las y los centroamericanos. En 1904 se autoproclaman los gendarmes del Caribe, y casi llegando a la mitad del siglo XX fundan la Escuela de Las Américas, otro

espacio del terror, en el mismo lugar donde Bolívar proclamaba la integración de Las Américas a través del Congreso de Panamá. Una lectura latinoamericana sobre Bolívar nos la lega el pensador argentino Néstor Kohan<sup>40</sup>; allí encontramos algunos elementos muy relevantes para nuestra investigación en general, pero sobre todas las cosas para comprender con mayor precisión el tránsito de la situación de colonia a la situación de neocolonia, tendiendo en esta línea impertérrita de dominación, el quiebre de lo que presentó Bolívar para los pueblos de nuestra América como mecanismo que logró aglutinar los dolores del pueblo oprimido y transformarlo en fuerza liberadora, pero al mismo tiempo lo que significó para los intereses de las clases oligárquicas de América Latina y El Caribe y sobre todo para el imperio que crecía imprevistamente en el norte de América: EEUU.

Nos dice Néstor Kohan que en medio de todas las circunstancias y controversias a Bolívar le asalta la siguiente reflexión:

La gran potencia del norte habla con grandilocuencia de libertad, escribe de libertad, legisla sobre la libertad, hace propaganda sobre la libertad, pero... en la práctica no apoya a los republicanos latinoamericanos que luchan contra un imperio absolutista. Incluso entregan armas a las fuerzas españolas. (Kohan, s/f: 85)

Se le anexa a los pensamientos de Bolívar la siguiente duda: “¿Acaso puede considerarse legítima una democracia burguesa con esclavos?” (Ibidem). A esta misma interrogante reformulada por el pensar a Bolívar hoy, desde la brillante mente de Kohan, se le anexa la explicación más diáfana con respecto a estas dudas.

Los antagonismos van desarrollándose en el mismo núcleo de concepciones como república, libertad, unidad, democracia.

---

40 Kohan, Néstor (S/F): *Simón Bolívar y nuestra Independencia. Una lectura latinoamericana*. Buenos Aires: Ediciones digitales de LA ROSA BLINDADA.

La idea republicana estaba determinada por su concepción de Estado y la importancia que en este tenía la dimensión constitucional, la de libertad inherente al sujeto político, a la necesaria participación masiva y activa de los sectores populares que lucharon por su propia liberación; la unidad desde el centralismo, desde él como unidad cultural de pueblos con similares historias y luchas por la liberación se hermanaban en la Patria Grande; y finalmente la democracia expresada como “el sistema de gobierno más perfecto, es aquel que produce la mayor suma de felicidad posible, la mayor suma de seguridad social y la mayor suma de estabilidad política” (Kohan, s/f:88).

La Patria Grande era única muralla física en lo político y espiritual en la convicción de salvaguarda de la independencia alcanzada con tantos tropiezos, para contener al naciente imperio norteamericano en la región con sus ganas de expansión y anexionismo. Nos relata Kohan que frente a estos movimientos geopolíticos por la lucha entre el centralismo bolivariano y el federalismo norteamericano, John Prevost, un infiltrado de la diplomacia norteamericana en países del cono sur, escribía a su gobierno el 15 de noviembre de 1822 lo siguiente: “Se tiene la intención de invitar a la representación de los Estados Unidos tan pronto como los tratados sean ratificados para que presida una reunión que tratará de asimilar la política del Sur a la del Norte”. (Kohan, s/f: 127)

El ideal bolivariano del equilibrio del mundo, de replantearse el mundo pluripolar y multicéntrico sin ningún tutelaje colonial, tenía dos inspiraciones claves: por un lado la legada de Miranda con el proyecto Colombeia, pero también y con mucha más fuerza la que emanaba de las circunstancias que se desarrollaron en su contexto, elementos además que luego de doscientos años de historia nos permite hablar de una diplomacia bolivariana claramente latinoamericanista y profundamente antiimperialista. Mientras la consigna más afamada

de la Doctrina expansionista Monroe recorría Latinoamérica y el Caribe, “América para los americanos”, con la avenencia del lacayismo oligárquico de nuestras élites, surgía la falacia panamericanista del “buen vencido” y el canto de amistad de buena vecindad. El papel histórico de EEUU en nuestra América fue precisamente asfixiar la idea de Bolívar como proyecto libertador. Una vez muerto el hombre, se pensaba que habían muerto las ideas. Murió físicamente, pero su papel en la historia fue el del propulsor de nuestros procesos liberadores de todos los tiempos. A EEUU le queda la triste historia de atajar nuestra independencia para encerrarnos en el neocolonialismo que aun hoy nos asedia.

El historiador venezolano Vladimir Acosta<sup>41</sup> describe a los Estados Unidos como una sociedad expansiva e imperialista con vocación de domino al interior de la propia cultura fraguada en América desde su propia fundación, “...imponiendo su dominio económico, político, cultural y militar sobre países soberanos, tanto de este continente americano al que pronto convirtieron en su patio trasero” (Acosta, 2020:334).

En 1870 surge el panamericanismo como el ejercicio repotenciado de su hegemonía para la política dirigida a nuestra América. Según Acosta, mucho más efectivo que la Doctrina Monroe fue “crear una unión aduanera y un mecanismo de arbitraje de disputas y conflictos entre países de América Latina, dándole a Estados Unidos el papel de árbitro” (Acosta, 2020:394)

Para J.R. Núñez Tenorio<sup>42</sup> la relación de subordinación a EEUU sobre todo y en un principio de carácter económico,

---

41 Acosta, Vladimir (2020). *El Monstruo y Sus Entrañas. Un Estudio Crítico de la Sociedad Estadounidense*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A. y Editorial Galac.

42 Núñez Tenorio J.R. (2011). *El Carácter de La Revolución Venezolana*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República. Ministerio del Poder Popular del Despacho de la Presidencia.

convierte en el siglo XX a Venezuela en sociedad modélica en este reajuste dependentista, donde esta reorganización de dominación y explotación imperial se va a comprender como neocolonialismo, con aparente independencia política, pero oprimida hasta los tuétanos económica, cultural y militarmente hablando. El neocolonialismo revisado desde adentro por venezolanos que vieron alarmados la avanzada del tutelaje imperial de EEUU va a interpretarse como “dominación efectiva” por el contenido socioeconómico expresado en la relación que con el tiempo va a enclavar el total de la economía venezolana, pasando a ser parte del inventario de dominio del imperialismo norteamericano en el hemisferio, y con ella, nuestra nefasta consecuencia de país subdesarrollado. Nos dirá Núñez Tenorio que el campo cultural de los sectores dominantes en Venezuela en su condición de administradores coloniales siempre sirvió la mesa para la burguesía financiera imperialista de las grandes metrópolis, convirtiéndose en socios del imperialismo norteamericano, que más bien los ubicaba como agentes del proceso de neocolonización: La palabra “socio” —por cierto— fue imputada por Betancourt en un célebre discurso al referirse a las compañías petroleras y anunciar al país que “éramos socios de ellas” (Núñez Tenorio, 2011:63,64).

### **Los pactos históricos que creó la oligarquía mantuana: el pacto colonial en los residuos de las colonialidades**

Tanto la oligarquía colonial como la oligarquía republicana han impuesto su racionalidad dominante y han fabricado las condiciones objetivas y subjetivas para que pensáramos que sus reformas habían sido transformaciones estructurales. Esta oligarquía rapiña secuestró los ideales republicanos a pesar de los esfuerzos de los patriotas que en su gran mayoría dieron la vida por

ellos. Se pierden tanto la primera como la segunda república, por la gula de dominio del país mantuano. Así, con la muerte de Bolívar queda también sepultado el proyecto bolivariano “de crear una patria grande, rica y poderosa que hubiese podido enfrentar la ofensiva imperialista de los países del Norte” (Correo del Orinoco, 2011:77). Fundar una república en la consciencia criolla de ese país mantuano sólo buscó garantizar los privilegios coloniales; el subterfugio de la pureza de sangre, la explotación esclavista y la dominación feudal fueron entonces los cimientos de esta nueva ciudadanía republicana, es decir, el surgimiento de lo que definimos en esta investigación como La República Cosiata.

El país mantuano en la era republicana fue la oportunidad de apropiarse de los postulados de libertad, igual y fraternidad para mantener su *estatus quo* a través de la consolidación de su república Cosiata; dominación y superioridad encarnada por el estamento de los blancos criollos que incide conjuntamente con otros hechos en el proceso independentista a que se agudicen las contradicciones. A lo largo de la historia y desde la génesis de la constitución republicana observamos cómo este estamento asume la independencia para sí, más no la igualdad real en lo nacional, y mucho menos la fraternidad con el pueblo subalternizado. Fueron muy pocos los personajes que venían desde esta esfera social los que realmente estaban comprometidos con la liberación, hasta en la burguesía actual vemos esta patologización de poder, el campo cultural dominante del siglo XXI (los que dominan los medios, las importaciones y el minúsculo aparato productivo) se siguen considerando herederos de la gesta independentista, los dueños del país, superiores al pueblo. Es así como se evidencia la línea impertérrita de esa racionalidad que ansía el poder, es como se retrata la necesidad de darle continuidad en el tiempo al ideario de dominación primigenio en la república mantuana, que excluyó, y aun peor,

traicionó al pueblo desde su visión de proyecto republicano, verbigracia, la cuarta república, que dominó la vida nacional durante ciento sesenta y nueve años.

## **El Pacto de Coche. Pacto de esquilación**

La Federación como proyecto resemantizado en la acción militar de Zamora fue el quiebre fundamental que le partía el espinazo al modelo conservador que sobrevivió de la colonia en la república antibolivariana. Su base material fue trastocada y la intelectual logró ser depuesta; impactó a la sociedad en la medida en que descompuso los poderes tradicionales y sus lógicas, y logró reagrupar al huracán revolucionario que siempre tiene como ojo el alma cimarrona del pueblo venezolano; se le sacó la alfombra roja a la opresión inercial que estaba parada sobre ella, tambaleando los poderes económicos, políticos y culturales de la época. El pueblo comprendió que siempre puede aunque no se logren los objetivos epocales. De la fuerza vital, del poder transformador de esta lucha hablaremos en el ensayo *Pueblo cimarrón*, y de momento en este ensayo afirmaremos que entendiendo las motivaciones de clase que intervinieron en el fracaso de la gesta zamorana, estuvo vinculada estrechamente a la racionalidad de acompañantes de partido liberal, sus concepciones de poder, ser y saber eran profundamente mantuanas, es decir, desde el horizonte de sentidos de la supraconciencia civilizadora moderna, antagónica a los intereses del pueblo venezolano.

La Federación representó para el pavor mantuano de entonces, lo mismo que Boves para los mantuanos de 1813-1814, la lucha racial llevada a la guerra social, que siempre ha demostrado despertar con más furia contra la opresión. En este contexto de la Federación se logró consolidar por encima

de todas las cosas y más allá del asesinato de Zamora, las bases del igualitarismo que luego de la muerte de Bolívar habían quedado suspendidas.

### **Acaparamiento de los derechos socio-económicos**

La Guerra federal se caracterizó por una lucha más del pueblo, encauzada por mayorías campesinas que tuvieron en su seno las mismas motivaciones que parieron las rebeliones de esclavos, cuarenta y siete años antes, en las insurgencias populares previas a la revolución independentista popular que alcanzó como síntesis la tercera república, la primera Bolivariana. En este momento histórico, rebeliones anteriores como la venían protagonizando las fuerzas campesinas desarrollada en el año que transcurrió entre 1846 y 1847 fueron componentes que quedaron pendiente de las guerras de independencia y continuarían manifestándose.

### **Zamora y la guerra larga**

El papel histórico de Zamora fue el de asumir la conducción de la lucha por la igualdad de todos los sectores en la sociedad neocolonial, intentando saldar la deuda histórica que aun latía alrededor de la tenencia de la tierra y el reparto justo y equitativo entre la población que bajo el régimen del latifundio la trabajaba. Se trata de la recomposición política contra esta experiencia contextual del campesinado enfeudado, pero la dimensión de explotación desde la influencia del neocolonialismo impuso un nuevo sistema de despojo a partir de las contribuciones que el pueblo de a pie debía darle a la oligarquía. Luego de arrancarle la vida a Zamora, la Federación se representa en el imaginario del pueblo campesino como sinónimo de nueva opresión oligárquica. La Federación era un

asunto de clases políticas dentro del liberalismo luchando por el control de poder, mientras que Zamora era uno de los pocos que concebía la Federación como un proceso profundo de democratización popular.

La historia de la Guerra Federal y del caudillismo nos hace que pensemos, para otros esfuerzos teóricos, en lo distinguible y debatible del Caudillo monolítico que siempre hemos manejado como concepción, y que se resemantiza con la figura de Zamora, que pasa de la tradicional acción de clase reacomodada en la sociedad republicana copartícipe de la propiedad latifundista, desde esa racionalidad explotadora de la clase campesina a la cual se le despojaba la renta a su fuerza de trabajo. Esta representación del caudillo viaja semánticamente de opresor a liberador; tanto federalismo como caudillismo son dos categorías históricas de análisis que deben contemplarse para el estudio de los actuales horizontes de sentidos, quizá nos sorprendamos de los desplazamientos epistémicos que en la historia han tenido.

## **La Guerra Federal**

Hoy podemos precisar desde el pensamiento crítico descolonial el error categorial con respecto a la defensa de la causa federal en la lucha Zamorista. En principio porque Zamora era un líder militar, estratega de la guerra, constructor de tácticas de combate, y su pensamiento estaba orientado a solventar la deposición del poder oligárquico a través de este medio, por lo que no estaba enfocando en cómo pensar la naturaleza de la Federación, sino su acción. Lo segundo es que Zamora pensó que con la aplicación de los principios políticos del liberalismo burgués que abanderaban el partido aliado atendería los genuinos intereses de las masas campesinas, que la fe campesina

conseguiría axioma que lo fundamentara, pero no fue así. El campesinado, el pueblo, las clases populares no caben por el agujero de la limitada sociedad burguesa. Si bien es cierto que la Federación trastocó incluso las bases epistémicas de la razón colonial, en ella se colaron los fundamentos teóricos de la neocolonización a través del partido liberal.

El carácter de la lucha federal era destronar a la clase dominante, 5 años de guerra y desolación no hicieron posible conciliar teoría realmente popular con praxis efectivamente liberadora. De acá que podamos distinguir como reflexión conclusiva de este período de la historia *Los distintos asesinatos de Zamora*. Primero el político, donde López Sánchez<sup>43</sup> afirma lo siguiente:

Es evidente que la ausencia de una obra política por parte de Zamora explica sus debilidades teóricas; por ello tuvo que apoyarse en los intelectuales del liberalismo para darle contenidos programáticos a su revolución campesina y popular. Un análisis biográfico de Zamora permite concluir que sus méritos militares y organizativos superaban con creces a su formación política (López Sánchez, 2004:3).

Luego vino el asesinato físico. La muerte material de Zamora y la necesidad de desaparecerlo de la escena política estuvo vinculada, desde su insurgencia como líder popular, al hecho concreto de que él era la garantía de subversión del orden colonial de su época. Desde el primer momento que apareció en la escena pública la oligarquía lo maltrató, los oligarcas que le tenían miedo, tanto conservadores como liberales apostaron a su desaparición física. En la Batalla de Santa Inés Zamora contó con un ejército popular de más de 40 mil soldados. Por eso en

---

43 López Sánchez, Roberto (2004). Raíces Históricas del Proceso de Cambios En Venezuela. Departamento de Ciencias Humanas, Facultad Experimental de Ciencias. La Universidad del Zulia. Maracaibo-Zulia.

enero de 1860 lo asesinan, y aseguran de esta forma el traslado del poder opresor de la tradición colonial al surgimiento de la oligarquía neocolonial, es decir, el reformismo del campo cultural de los sectores dominantes en sus concepciones de poder.

## **La reorganización del país mantuano**

Este proceso de reorganización, de re colocación y reconfiguración oficial se va a llevar adelante gracias al Pacto de Coche. El fondo del Tratado de Coche fue desaparecer la sedición campesina que intimidaba gravemente la permanencia de las clases dominantes que controlaban el poder; la dimensión socioeconómica tenía un núcleo duro en la contienda. En estos enfrentamientos sociales evidenciamos en concreto el hecho de que en el propio seno de las protestas surgió una nueva oligarquía dirigente que se apoderó de las tierras liberadas por la Federación y de las instituciones financieras y comerciales que se reconfiguraron a partir del conflicto social.

El federalismo fue una revolución invicta en lo estético, es decir, en la médula sensible que logró perturbar la psiques y emocionalidad del campo cultural de los sectores dominantes. Sin embargo, la misma inercia colonial se evidencia en este acontecimiento en la medida que la acción política no dialogó con el pensamiento liberador, permitiéndole a la burguesía no sólo acallar la rebelión social por varias décadas, sino la entrada al campo de la cultura dominante de un nuevo colonialismo que se fue sembrando en Venezuela y que conoceremos como neocolonialismo, que es en su naturaleza un proceso más profundo de colonización, pero esta vez llevado adelante por la burguesía imperial, nutriendo aún más la competitividad colonial en el desarrollo capitalista en nuestra América. El Tratado de Coche, firmado el 24 de abril de 1863, fue un

simple “cambio” y esta palabra es clave en toda la historia de opresión política del campo cultural de los sectores dominantes. Los opresores de ese momento tuvieron que dejar entrar a su parnaso a una naciente clase política más vinculada a los intereses trasnacionales de la burguesía mundial; es cuando racionalmente se rompe con el tutelaje monárquico y eclesiástico tradicional colonial, y asciende al gobierno la racionalidad neocolonial determinada por los intereses de las grandes corporaciones que se venían fraguando.

En concreto, el pueblo observó cómo en lugar de montarse los conservadores y constitucionalistas, se trastocó el destino político nacional, cuando proclamaron a liberales y federales como el otro costado del campo cultural de los sectores dominantes; fueron lo mismo en su característica de clase, renovaron los discursos, con un esmalte de actualidad mundial. Sin embargo, la estructura económica, el despojo como única garantía de acumulación de capitales ha sido lo que ha constituido el fundamento material de la oligarquía de todos los tiempos, por ello esa racionalidad continuó intacta, y al lado del abolengo de los amos del valle, se colaron nuevas familias, nuevos clanes, nuevos grupos de poder. Es el tránsito concreto del modelo monárquico al modelo burgués, queda depuesta la racionalidad colonial para imponerse oficialmente la racionalidad de la neocolonialidad que, como siempre, controlará la riqueza territorial agraria, monopolizará el comercio y la usura.

Dentro de los elementos sustantivos que podemos compilar se encuentra la nueva concepción de seguridad de la nación y protección del estado con el surgimiento de otra lógica de cuerpos represivos a favor de las clases dominantes; se trató de la formación de brigadas de orden público predestinadas a reprimir cualquier renuevo de violencia contra la clase dominante. Con este argumento de defensa queda prohibido oficialmente cualquier intento de revolución popular. El pacto de

Coche lo consideramos como un pacto de esquilación, porque ocultó bajo el subterfugio de tratado de paz y aproximación al ideario de país armónico, la instauración más sofisticada del paradigma de empobrecimiento, ruina, aniquilamiento y debilitamiento de las fuerzas insurgentes del pueblo venezolano, subsumiendo nuevamente de esta manera los derechos populares (humanos) más elementales. “Luego de la Guerra Federal, hubo una pausa de más de sesenta años de adormecimiento de las luchas populares (López Sánchez, 2004:17).

Lo que se suscribe en la hacienda de coche es un acuerdo más entre oligarquías rebeldes federalistas y gobierno conservador para presuntamente finiquitar formalmente la aguerrida federal. Sin embargo, es un escenario histórico que nos permite ver el proceso de recolocación del campo de la cultura dominante, de la naturaleza de los pactos, de las alianzas y compromisos que se adquieren entre elites dominantes criollas y foráneas.

El papel de Inglaterra en esta historia fue el de financiar la represión contra la furia campesina, contener y exterminar de la brava guerra federal. Con la dependencia financiera se estrena una nueva relación colonial con los centros hegemónicos de poder mundial, esto trae nueva forma de explotación y la alianza funesta del país mantuano enclavado a los intereses foráneos. La configuración de la república neocolonial proimperialista no es en realidad una idea auténtica que emerge de la creatividad y agudeza política del país mantuano, fue resultado del pavor que representó para ellos la amenaza de un gobierno popular; es decir, la guerra federal, la guerra larga, como guerra por la legítima lucha por la soberanía, les ladró en la cueva a esa oligarquía usurpadora.

Termina diciéndonos López Sánchez que durante el siglo XIX, entre la gobernanza de los generales de la independencia y los de la guerra federal “nunca se pudo conformar una clase

burguesa lo suficientemente sólida en lo político y económico como para poder prescindir de los caudillos”. (López Sánchez, 2004:14)



## Capítulo III

# De oligarquía colonial a burguesía neocolonial

*Tiembla el oligarca, se espanta y se azora. Al  
oír el nombre de Ezequiel Zamora.*

Copla campesina, 1847

Existen unos puntos de conexión a considerar en el debate sobre tránsitos y desplazamientos de la oligarquía colonial a la burguesía neocolonial, de cómo devino el orden nacional de la sociedad venezolana desde la estratificación de castas a la división de clases, que permitió el surgimiento del sistema de la burguesía liberal nacional. Esta burguesía parasitaria la vamos a ver representada en políticos, empresarios, en la clase media y todos los demás suscritos al campo de la cultura dominada, como racionalidad de la neocolonialidad. El proyecto liberal burgués transforma la apariencia de la clase dominante, pero no sus complejos, sus obsesiones etnocentristas, es por ello que la concepción del estado moderno seguía sosteniendo su base racista. El elemento medular que era lograr el blanqueamiento como imposición victoriosa de la supra conciencia civilizatoria moderna, se atreve a introducir tecnologías civilizatorias como la producción literaria, la construcción de la retórica política del mestizaje, la intelectualidad colegiada alrededor del darwinismo social como racismo científico, y los discursos economicistas sobre el progreso, sobre la civilización y la barbarie,

sobre la modernidad y la tradición, todos al paralelo, todos en simultáneo como un nuevo evangelio, para mantener el *status quo* de dominación.

Escribir sobre el mestizaje en Venezuela, si realmente se busca profundizar sobre el tema, no puede solaparse como mitología de integración racial si no se ubica históricamente su momento causal, es decir, el etnocentrismo europeo como patología de la cultura de conquista, que necesitó desde su desbarajuste ontológico crear la otredad para nutrir su complejo de superioridad.

Desde el principio hemos aclarado que este estudio responde a la necesidad de ver cómo la ideología del racismo ha golpeado fuertemente el sector afrovenezolano a lo largo de toda nuestra historia, es por ello que hemos destacado los problemas fundamentales de la desontologización como proceso que deteriora la integridad del ser afro en Venezuela. Así, fueron confiscados y justificados desde la ideología del mestizaje la negación a los derechos de territorialidad. Caso emblemático es el desplazamiento y despoblamiento de las y los Turiameros<sup>44</sup> en la

---

44 Para ampliar conocimientos sobre este proceso recomendamos la lectura del libro *Los tentáculos de la mcdonaldización*, que coordinó Goerge Ritzae (2007) en el que se analizan sociológicamente los impactos de esta cultura de conquista dentro de los horizontes de sentidos de la globalización. La población afrovenezolana de Turiamo ubicada en el estado Aragua fue en 1957 *damnificada* por el estado venezolano de entonces, quien generó una emigración forzada de las familias que tenían al menos 300 años en ese territorio y que tuvieron que abandonarlo en contra de su voluntad. Turiamo era un pueblo pescador y agricultor, un gran productor de cacao sobre todo en la década de los 50 del siglo XX, de eso vivían; el desalojo se produce bajo la justificación de que es un lugar estratégico para la instalación de una base naval, pero no se crearon medidas compensatorias para que el destierro no generase impacto en las fuerzas productivas. Despojados por los cuerpos de seguridad del estado, les desplazan de sus tierras natales, de sus tierras de origen, quebrando al interior de la identidad la raigambre de su geohistoria y su geocultura; se trató de un exilio que destruyó formas elementales de la vida comunitaria (la ruralidad) y les llevó con muchísimo esfuerzo, sobre todo porque se vieron afectadas las bases materiales de su vida, a reinventar la existencia en un contexto social (urbano), en la ciudad de Maracay. Por ello insistimos, entre otras cosas, que fue un destierro existencial. Esa generación que vivió el desplazamiento etnopolítico es descendiente, de generación en generación, de los fundadores de ese espacio de asenta-

dictadura de Marcos Pérez Jiménez El 21 de marzo de 1957, así como también la participación política de la ciudadanía afro particular. Uno de los fenómenos más relevantes de este debate sobre la necesaria politización del racismo en Venezuela es ver en la historia cómo prescribieron jurídicamente desde el estado moderno los pueblos afrovenezolanos, desde la abolición de la esclavitud en 1854 hasta la constitución de la República Bolivariana de Venezuela de 1999, más allá del innegable reconocimiento en tiempos de revolución bolivariana del componente afro en nuestra historia y nuestra cultura.

La metamorfosis existencial y el traslado ontológico de oligarquía colonial a burguesía neocolonial tuvo siempre como dispositivo de control social el blanqueamiento encubierto en el sofisma de la lucha de clases, que generó la clausura pública de los derechos políticos de las clases subalternizadas por raza. Entendemos ahora que la relación que se dio entre raza/clase fue escamoteada para no politizar el entronque histórico de la explotación y usufructo del trabajo productivo de grandes multitudes étnicamente diferenciadas y económicamente excluidas de la sociedad venezolana.

Así fue el caso concreto del tratamiento a los pueblos indígenas en la reconfiguración de la sociedad venezolana, una suerte de versión moderna de la limpieza de sangre colonial que les quiso mantener como “simples trabajadores al servicio

---

miento. Turiamo y su historia nos muestran cómo en las comunidades afrovenezolanas surge una afroontología vinculada al territorio desde la conciencia de ser parte de la trama ecológica que es América, Venezuela, Aragua, Turiamo: allí donde se fundó el ser negro, el ser afrodescendiente, el ser afrovenezolano, una de las afroontologías de nuestros territorios nacionales. Estos son algunos de los elementos de la importancia del *ethos* cultural de una comunidad, de la cosmogonía afrovenezolana que estamos defendiendo. Es por eso que desde el 2019 con más fuerza y con mayor participación, acompañamos la lucha por la reterritorialización de las y los turiameros como reconocimiento, respeto y reparación frente a esta agresión neocolonial que aún hoy, en tiempos de revolución, no ha sido reparada, y las ancianas y ancianos que quedan vivos están pasando a otro plano sin ver sus sueños concretados.

de otros grupos socioeconómicos por lo cual prevalecía la discriminación étnico-cultural” (Saldivia Najul<sup>45</sup>, 2011:7). La neocolonialidad del ser la vemos entonces como el fenómeno de desplazamiento discursivo y práctico contextualizado en la constitución del estado liberal burgués moderno, desde el sistema categorial del capitalismo, mientras que la colonialidad del ser frontalmente se refería a indígenas, negros, mulatos y pardos como castas innobles. La estrategia civilizatoria de la neocolonialidad del ser, para continuar con la línea impertérrita del despojo ontológico, concentró su esfuerzo en ser consecuente con los postulados del liberalismo, es por ello que a las castas innobles de la colonia se les seguía marginando en tiempos de modernización, pero desde la sustracción de la racialización, es decir, ahora serán más identificados como sectores socio económicos inferiores, más que como “castas innobles”, pero que en el horizonte de sentidos de la burguesía “no le serían reconocidos los derechos de ciudadanía en los comienzos del periodo republicano y se mantendría un etnocentrismo que favorecía abiertamente los intereses de los blancos” (Saldivia Najul, 2011:7). Era la misma discriminación con diferente ropaje, y lo que sellaba definitivamente el fenómeno inherente de raza/clase como determinación social.

Una de las razones ocultas de la historiografía mantuana oficializada, del por qué la población afrovenezolana es sustituida por la mano de obra europea, fue la autodeterminación de esta población en la resistencia a no volver a la esclavitud/manumisión/peonaje ahora desde formas modernas de explotación, incorporación frustrada de los ex esclavizados al proyecto republicano, que nunca quisieron participar en la idea liberal burguesa de economía modernizante; de allí que la

---

45 Saldivia Najul, Fernando (2011). “Racismo y discurso del mestizaje en Venezuela”. En: <http://www.fernandosaldivia.blogspot.com>

emigración blanca europea haya sido un proyecto que favorecería los ideales capitalistas del campo cultural de los sectores dominantes en el siglo XX (Saldivia Najul, 2011:9).

El federalismo para el campo cultural de los sectores dominantes va ser la retoma coherente de la idea republicana parida por los mantuanos en 1811. Acabar con el encadenamiento interno del proyecto colonial español en las dimensiones materiales e intelectuales fue más que el sólo enfrentamiento de poderes; el federalismo fundó las bases morales para la constitución del nuevo modelo de dominación en su siempre sentido global que abarcó las dimensiones de lo económico, político y social. De esta manera vuelve a triunfar la ideología del colonialismo, pues se afinaron tanto la dominación política como la económica, con el surgimiento, a decir de Abdullah Öcalan<sup>46</sup>, del capitalismo entendido como civilización; nos presenta una multiplicidad de definiciones sobre el tema y nos habla de la mentalidad que produce el capitalismo dogmático, individualista, torturador, genocida y asimilador de los presupuestos de la economía moderna. (Öcalan, 2017:65)

En nuestro contexto encontramos una añadidura a esa mentalidad capitalista que describe Öcalan, desde la inspección de cómo ha funcionado en la historia la ideología del racismo. La temprana construcción del mestizaje como doctrina, como dogma, como creencia, fue sin duda alguna un proceso creciente de blanqueamiento cultural que deseaba quebrar las diferencias étnicas existentes, principalmente erradicar la herencia africana. La guerra federal como escenario concreto de la lucha interracial, de la lucha de castas históricas, donde la opresión estaba determinada por la ideología del racismo

---

46 Öcalan, Abdullah (2017). *La Civilización Capitalista. La Era de los Dioses sin Máscaras y Los Reyes Desnudos. Manifiesto por una civilización Democrática (Vol. II)*. Prisión de la Isla de Imralí- Turquía: Fondo Editorial Ambrosía. Comité de Solidaridad Kurdistán-Venezuela.

desde la génesis de la venezolanidad como cultura pluriétnica, le otorga a los vencedores de esta contienda las bases intelectuales para el reacomodo político del campo cultural de los sectores dominantes, esta vez convertidos en élites liberales.

Lo que deseamos precisamente resaltar es que con el discurso clasista se pasó la página del histórico proceso de la “racialización en el conflicto político”, como trenzado que sintetizaba las tres principales colonialidades, la del ser, la del poder y la del saber. La politización del drama del racismo se hizo evidente en los mitos sobre Venezuela, como “el país menos racista” de América Latina, gracias a la invención del mestizaje y el subterfugio de la democracia racial, cuando en realidad estábamos en presencia de una brutal tradición de explotación económica y abierta discriminación social desde una base sólida de prejuicios raciales.

La invención del mestizaje la encontramos en expresiones naturalizadas de la población, por ejemplo, fraseos como estos: “en Venezuela no hay negros, ni indios porque ya todos estamos mezclados”. El camuflaje institucionalizado del racismo a través del discurso del mestizaje fue uno de los sustratos más pujantes de la democracia racial como tecnología civilizatoria, de allí que la pirámide del poder social siguiese sosteniendo los mismos estereotipos que se fraguaron en la colonia, la representación de lo blanco en el poder va ser la síntesis de la democracia racial, de la democracia representativa.

El mandato colonial de la supra conciencia civilizatoria moderna necesitaba que en sus antiguas colonias se “superaran” las pretéritas distinciones de castas para arribar en lo formal a la constitución de las clases. El subterfugio del antirracismo, a través de la sociedad “café con leche” expuesto en la falaz declaración mantuana de igualdad de la constitución de 1811, queda al descubierto en la constitución de 1830 cuando

la ciudadanía reside en los hombres libres, “los de origen español,” como apuntábamos antes.

No hay igualdad política, no hay acceso a la educación. La abolición de la esclavitud fue de orden político; al igual que el intento de desaparición de las barreras étnicas en tiempos de la guerra federal. Es falso que las divisiones de castas racistas/ raciales terminaron con la guerra federal: el racismo racionalmente estaba establecido, definido y marcado como diferencia estructural de la realidad étnica nacional. Se tiñeron los prejuicios bajo el manto liberal, se blanquearon los conflictos para adaptarlos a la burguesía liberal como sujeto *desiderátum* en construcción, donde avanzaría el campo cultural de los sectores dominantes con su campo de la cultura dominada; la base de la desigualdad, que tenía una raíz étnica en la colonia, es del mismo fondo en el período neocolonial, pero ahora justificado desde el racismo científico. Recordemos siempre que en los imaginarios sociales de la venezolanidad ser blanco es sinónimo de ser casta superior, el color de la piel es un marcador racial fundamental para los constructos de poder, saber, y ser en Venezuela. Vengan de España, Portugal, Francia, Italia o Estados Unidos, poseen el mito creacional de la superioridad existencial occidental. En este período de la historia a la que hacemos referencia, en ese reordenamiento de la estratificación social, el blanco criollo encontrará las riendas de la colonialidad del poder en la ocupación de cargos políticos.

Muchos blancos de orilla, indígenas, mestizos múltiples y afrodescendientes serán ahora transfigurados a la clase pobre decolorándoles, motivo central por el que históricamente fueron excluidos. La emergente “clase pobre” en Venezuela, como imaginario del estado nación moderno, no siempre se ubicó en la clase proletaria, debido a los oficios que históricamente realizaron, no siempre incorporados al concepto de clases trabajadoras, porque la mutación del término estaba adecuada a

la idea de industrialización de la sociedad. Entonces el sujeto oprimido va ser el obrero, no el jornalero, ni el pescador ni el “todero”, pero si serán siempre y de igual manera los marginales, el populacho.

A finales del siglo XIX, la concepción de la estratificación social seguía determinada por los pardos, la oligarquía criolla y los esclavizados. Así se da el proceso de cambio nominal en el interior del concepto de castas, transmigrando hacia el concepto de clase como explicábamos anteriormente, pero al interior de la cultura el problema del racismo siempre ha sido un elemento estructural. Esta raciología constituida en Venezuela desde el blanqueamiento que otorgó hablar de clases sociales, en principio para intentar tapar el problema de la desigualdad colonial queda retratada en nuestra historia, primero con el hecho del repartimiento de las riquezas en la era postindependentista que quedan en manos de una pequeña parte de la población, que a su vez, se beneficiará, como anteriormente lo hicieron sus antepasados, de la fuerza viva que implicaba el trabajo de los sectores populares.

Entonces se tuvo que pasar por una refacción de mentalidad, transitar del hábito monárquico europeo, despojándose de los cuatro principios de la europeidad que aprendimos con Briceño Guerrero (2011), a la manera burguesa de ser y estar en el mundo del paradigma del “sueño americano”, pero mucho más fuerte que en la colonia. La neocolonia implicó que esa inscripción cultural fuese exógena y despojadora del carácter de la herencia europea como abolengo, sacrificando los propios imaginarios culturales. Más allá de pertenecer racionalmente a la inercia occidental moderna, ahora más que nunca la venezolanidad frente al imperio norteamericano recalcó mucho más su occidentalización de segunda, y los desplazó de ser grupos de poder a administradores neocoloniales de la manera americana de comprender la vida.

El proceso de oligarquía colonial a burguesía neocolonial fue un estremecimiento óptico-ontológico que se dio al interior del ser de la vida en lo más íntimo del campo cultural de los sectores dominantes, culminando en el trastorno existencial de los principios propios de la cultura europea. En el principio imperial, este nuevo proceso de neocolonización resguardaba aun la identidad de americanos, modernos y occidentales, mantenía la idea de sociedad, la configuración axiológica con respecto a lo absoluto y lo universal, pero en situación de subordinación, bajo el subterfugio de “socios comerciales”, esto es, administradores neocoloniales.

Pierden el carácter señorial a través del deplorable papel de elite entreguista, ya no serán más “Los amos de Valle, los mantuanos, los blancos pudientes, los criollos, o españoles, como mencionábamos antes, serán la correa de transmisión que da paso a la salida del pacto colonial y entrada a la instauración del pacto neocolonial, serán los responsables de que nos veamos frente al mundo como el patio trasero del imperio, nunca más “la colonia pujante del imperio español” como soñaron sus antepasados. En cuanto al principio cristiano, también será tambaleado, sacado de su soporte clerical como católico, aceptando la penetración de las iglesias evangélicas y otros grupos religiosos que adaptaron desde la ruptura del cristianismo la concepción del mundo con otros sistemas mentales y sociales, desarrollando aún más la supraindividualidad, e imponiendo otra tradición verdadera como única y válida. Y finalmente el principio racional también se trastoca con la filosofía del pragmatismo y su *intención financierista*.

Su principio racional redimensionado evidencia que en este proceso se convierte en el gran justificador intelectual del desbarajuste emocional del ser occidental moderno. Se observa como la sociedad comercial, es decir, el comercio que nos invade como nación, tiene intrínseco la causa de neocolonización.

Ambos dispositivos están implicados en la historia del mundo, y en el caso venezolano podríamos situarlos como los autores materiales e intelectuales de asuntos repotenciados de explotación, despojo y exclusión del pueblo, a los nuevos planes imperiales.

El mantuanaje de ese momento muta a comerciante, a banquero, a mayorista, a intermediario, a proveedor, convirtiéndose en agente del capital especulativo financiero que invierte sólo para garantizar la subsistencia de la sociedad de consumo, que el mundo norteamericano diseñó como renta estatal. La libre competencia, el libre mercado entran como práctica concreta de la economía especulativa; por ello pensamos que era necesario funcionar al interior de la economía nacional como aparatos productivos, no como sistema interconectado que planteara la autodeterminación económica a través de la soberanía productiva; importar era más rentable que producir. Venezuela llega tarde al mandato civilizatorio de la industrialización manufacturera; es el siglo XX donde da los primeros pasos hacia esa idea de desarrollo y progreso prometido. Pronto Venezuela pasaría a integrar la lista de economías más dependientes que el capitalismo periférico en el sur global configuraba, la corrección y enmienda del pacto colonial se presentaba ahora como depurada, orientada y perfeccionada para cumplir con los designios del pacto neocolonial.

No podemos entonces nunca perder de vista el real impacto en nuestras mentalidades de lo que significó la penetración del capitalismo como la forma más sofisticada de depravación en cuanto a despojo, desigualdad y desposesión, donde millones de trabajadores y trabajadores anónimos a lo largo de la historia se les ha borrado su verdadero rol dentro de la producción como nunca antes.

El pueblo venezolano se convierte en productor de riquezas de las cuales se beneficiaban los comerciantes, importadores,

intermediarios, mayoristas, proveedores y gestores de la economía nacional y esto es así porque incluso para importar, que va desde desembarcar las mercancías en los puertos/aeropuertos hasta colocar en los anaqueles de las tiendas, siempre hubo una mano de obra barata que cumplía con todo en el encadenamiento que esta economía de importación necesitaba, para la actividad de comprar fuera y vender dentro.

La ganancia especulativa tiene estos secretos, y sus narrativas míticas encubridoras de la fenomenología especulativa de la ganancia se ocuparon en naturalizar este otro orden económico que se hegemonizaba. Estas dimensiones son parte sustancial del carácter especulativo del capitalismo, una real maduración del proceso de despojo, teniendo como aliados la repotenciación del mantuanaje académico a través de la neocolonialidad del saber que como dispositivo siempre contó, y ahora con nuevas tecnologías civilizatorias, con el potente intelecto ficcional que justificaba la economía política burguesa para Venezuela.

La base del enriquecimiento de la burguesía en Venezuela se presenta como racionalidad desde el capitalismo, expresión naciente de la neocolonialidad del poder, enclavado a la tradición ancestral de las civilizaciones comerciales que otorgó, al costo que fuese necesario, seguridad a sus comerciantes especuladores, disponiendo de nosotros, el lugar de neocolonias en la división internacional del trabajo, salvaguardando así los intereses financieros tanto de la burguesía nacional en Venezuela como los de la burguesía moderna mundial. Saqueo, pillaje, piratería y monopolio resemantizados, pulidos como diamantes fueron las oportunidades para establecer en Venezuela la civilización comercial, garantizando su prosperidad.

En esta instauración de la modernización en Venezuela, lo rural que fue potencia y elemento de concentración para los grandes cacaos en la colonia, pierde relevancia y comienza a

dejarse de lado para dar paso cada día más a la instauración del modo de vida urbano, bajo el subterfugio del ideal de progreso. Es por ello, que las ciudades van a ser representativas en dos sentidos concretos, por un lado como expresión de civilidad y progreso, pero también será una mina de rentas para nuevos ingresos, gracias a la proliferación de nuevas empresas en el área de la infraestructura. Como el capitalismo es un fenómeno urbano sobre todas las cosas, no tardó entonces el sector comercial de la construcción en aparecer como un aparato productivo muy representativo de la economía burguesa y correa de transmisión de las rentas por comisiones.

Estas actividades, al igual que otras muchas más, se presentan desde la identidad del comerciante individual que a veces opera en grupo o núcleos familiares, pero que siempre fueron independientes y autónomos a la responsabilidad social con el pueblo y con el estado, siempre agentes libres del capital, actuando presuntamente por su cuenta. Se federalizan a la manera norteamericana de comercializar en sociedades gremiales.

La formación económica y social del estado nación moderno tuvo en su núcleo cultural como proceso civilizatorio, la fragua del ideario clase-ciudad-estado. La burguesía en Venezuela siempre buscó padrinazgo de organizaciones más poderosas que su estamento. Así, hizo *lobby* a transnacionales, corporaciones, gobiernos y al Estado capitalista periférico nacional, que aunque no tuviese los medios de producción, poseía la racionalidad. Arranca como original fenómeno la institucionalidad de una mentalidad con nuevos patrones de comportamiento; el carácter emocional de esa distinta manera de pensar se observa en la función intelectual que buscó ahora justificar el derroche como muestra del tener.

La política se organizó desde las lógicas de relaciones dependientes que obedecieran al mandato civilizador de la modernidad, en ese proceso de fecundación de los modernismos

etapista de la cultura occidental en Venezuela, la insurgencia de líderes populares van a representar los *coitos interruptus* de los procesos de gestación de la modernidad. El control de poder se halla sobre todas las cosas en el dominio por la distribución de la producción, la precariedad instituida como política del estado de despojo. Es aquí donde ubicamos en este período la economía política del racismo en Venezuela.

Se organiza una clase media incorporada a la clase política corrupta que tuvo en sus oportunidades la dupla política mediática que les visibilizó en la opinión pública. Desde esos imaginarios se logró mediatizar las voluntades políticas, ya no sólo influir sobre por quién votar cada cinco años. La pauta era crear al ciudadano de la sociedad de consumo, encontrando en el mandado civilizatorio moderno de la mediática como expresión de domesticación el cómo vestirnos, hablar y sobre todas las cosas, pensar. Lograron secuestrar la capacidad de reflexión de una parte de la población que se traduciría en votos y la crítica se desvaneció en ellos. Estos eventos de transmutación existencial y transmigración ontológica no fueron nunca procesos de generación espontánea; luego de muchos años de reconocerse a lo endógeno como oligarquía colonial al servicio del imperio español con su respectiva inscripción cultural a la europeidad peninsular que los amparaba como superiores constitutivo al paradigma del ser alguien, la transición se da, en la medida en que pasan a convertirse, luego de muchas guerras, violencia, de muchos procesos de contradicción y antagonismo entre el mismo grupo dominante, en burguesía neocolonial al servicio del capitalismo mundial, teniendo como jefatura inmediata al imperialismo norteamericano. No debe haber sido nada fácil, para una buena parte de este estamento, la reconversión identitaria, tomando en cuenta la naturaleza arrogante, conservadora y el carácter soberbio y reaccionario de su personalidad.

## **Tránsitos y desplazamientos al interior de la cultura dominante: la invención del mestizaje**

Sobre las definiciones que trabajaremos de la burguesía en Venezuela queremos precisar, como apuntábamos anteriormente, la importancia que tuvieron los procesos de ideologización en la configuración de las mentalidades habituadas al mandato de la supraconciencia civilizatoria, es por ello que hacemos hincapié a lo largo de este capítulo en la relevancia de los tránsitos y los desplazamientos, tránsitos en las mentalidades y desplazamiento ontológicos que recrean la racionalidad del campo cultural de los sectores dominantes en Venezuela.

El discurso del mestizaje borra nuestra pluriversidad de raíces étnicas. Con la diversidad cultural se distrajo la lucha contra la discriminación racial y étnica en Venezuela para ampararnos en la incolora lucha de clase, en una sociedad que desde su génesis como pauta cultural occidental siempre le ha interesado, incluso como política de estado, la pigmentocracia, la supremacía del yo blanco. La ideología del mestizaje ayuda a que la burguesía conserve la supremacía como raza, cultural y de clase.

Los artilugios de intervención del campo cultural de los sectores dominantes, en el proceso continuo, ininterrumpido y sistemático del disimulo de los rangos, gradaciones y clasificación de la fenomenología del racismo, que han constituido a lo largo de toda nuestra historia de venezolanidad, un corpus teórico-práctico repleto de discursos y ejercicios que arremetían contra la diversidad cultural y sostenían oficialmente los prejuicios etnoculturales contruidos desde la colonia, han contribuido a que, en el caso fáctico del mestizaje como potencia etnocultural capaz de abrigar no solo el vigor genético que produce la mezcla biológica sino también la robustez de la venezolanidad como hecho pluricultural y pluriétnico que

alberga al interior de su cultura multiplicidad de cosmovisiones, su reducción a una pueril ficción de fraternidad y pasividad omitiendo el *ethos* segregacionista responsable de las relaciones de dominación y explotación.

## Configuración racional del ser Burgués: Los talentos que trabajaremos de la burguesía en Venezuela

*La burguesía nacional describe como misión histórica la de servir de intermediario. Como se ve, no se trata de una vocación de transformar a la nación, sino prosaicamente de servir de correa de transmisión a un capitalismo reducido al camuflaje y que se cubre ahora con la máscara neocolonialista. La burguesía nacional va a complacerse, sin complejos y muy digna, con el papel de agente de negocios de la burguesía occidental. Ese papel lucrativo, esa función de pequeño gananciero, esa estrechez de visión, esa ausencia de ambición simbolizan la incapacidad de la burguesía para cumplir su papel histórico de burguesía.*

FRANTZ FANON

## La democracia racial

Sacudir la intención monolítica de mantener en abstracción histórica a la democracia racial representativa venezolana pasa necesariamente por comprender la manera como se construyeron al interior del campo de la cultura dominante las mitologías racistas-raciales, propias del *ethos* segregacionista del etnocentrismo occidental moderno que sigue activo en los imaginarios nacionales.

Con el ensayo de Pablo Quintero<sup>47</sup> aprendimos a escudriñar eso que a manera de análisis general denominó como “artimaña

---

47 Quintero Pablo (2012). La invención de la democracia racial en Venezuela. Tabula Rasa. No.16: 161-185, enero-junio 2012. Bogotá - Colombia.

representacional de la venezolanidad”, que para efectos de esta investigación tiene una carga categorial muy significativa para descifrar la mitología de la democracia racial en Venezuela. Acá se patentó la idea del mestizaje bajo el mito de que esta afirmación étnica desmonta cualquier diferencia jerárquica, negando “los conflictos raciales a través de la fundación del mito de la democracia racial”, convirtiéndose en el “sostén ideológico del patrón de poder de la colonialidad en Venezuela” (Quintero, 2011:15). La epistemología de la democracia racial logró incluso en la práctica hacernos alcanzar como pueblo algunas libertades públicas, como el voto universal, el voto femenino y los procesos parciales de alfabetización. Desde esta dimensión se pudo abrir un poco las compuertas para acceder a la educación, así como también al sistema público de salud. Sin embargo, los problemas estructurales que responden a ser una sociedad que pasó por los procesos de colonización-neocolonización, no construyeron los reales procesos de liberación pendiente, así como tampoco la presunta independencia política alcanzada.

Las propuestas sociales concebidas dentro del presupuesto nacional como “gastos” seguían siendo la no incorporación total de las clases populares en pleno a estos procesos. Por ejemplo, para acceder al voto había que cedularse, tener formalmente la identidad, dejando por fuera del “derecho universal” al sufragio a grandes contingentes de personas. En cuanto a la alfabetización, se presentaron como campañas, procedimiento esporádicos sin metas numéricas específicas que condujeran a la erradicación de este proceso concreto de exclusión histórica; la educación básica era la más ampliada ciertamente, pero los contenidos pedagógicos estaban enmarcados en la racionalidad de la dominación, en la colonialidad del ser, saber y del poder, con el escamoteo folklorista de nuestras expresiones culturales, tradiciones, y costumbres, repercutiendo en una “otra” reescritura de identidad. Esta narrativa corresponde a nuestra interpretación de la

historia acerca de cómo entendieron el progreso el campo cultural de los sectores dominantes, quiénes fueron históricamente los actores internos de la neocolonización y los mecanismos operativos de la neocolonización para mantenerse dentro del horizonte de sentidos de lo que representa éticamente hablando el capitalismo.

Allí se concertó la implementación de la democracia representativa burguesa blanca que como proyecto tenía la necesidad de urbanizarse, dejando atrás la cultura agraria e institucionalizando el abandono del campo, además de promover una inaugural clase social que estaba determinada por las nuevas relaciones de subordinación y dependencia al capitalismo mundial: la burguesía en Venezuela. Esta burguesía es la que confisca el poder político y económico de la nación bajo el subterfugio de la gobernabilidad. Es la que consolida el pacto burgués y asume el reparto de los poderes, al mismo tiempo que es agente del gran capital mundial. Con esta burguesía en Venezuela se da la reorganización mantuana moderna de la administración política y económica, esta vez anclada a la tradición liberal burguesa occidental que se imponía.

Los burgueses venezolanos para nada han sido los agentes de transformación social como las historias fabuladas de la Revolución Francesa y el papel de la burguesía en el derrocamiento de la monarquía. En Venezuela han representado abiertamente la gula, el despilfarro, el descaro, el desarraigo, el racismo y el robo a mano armada. Han sido los más grandes evasores de impuestos, que pudieron haber contribuido con el desarrollo social, pero sus ambiciones personales nunca les hicieron comprender que como clase tenían un papel en la historia, por lo menos teóricamente. Los burgueses en Venezuela han generado la interna guerra comercial, por eso son especialistas en acaparar, desestabilizar económicamente, hacer agua y

sal los sueldos, y en lo único que han trabajado tenazmente es en la consolidación de una economía de rapiña.

La burguesía venezolana desde sus inicios formó coaliciones para llevar a la banca rota a empresas pequeñas que pudieran haber representado alguna amenaza para sus intereses personales, estatuyeron el tráfico de influencias como mecanismo de su política comercial. La especulación y la usura integraron la configuración del *ethos* empresarial. Esta identidad que construye como costumbre, hábito y estilo, una filosofía del hecho empresarial, tiene como característica una nueva idea de progreso desde la falacia del confort impuesta desde los presupuestos del hombre blanco occidental, con sus ideas utilitarias de relación, de libertades económicas, y ansias de lucro desmedido. (Valdivia Najul, 2011:9)

Concebimos entonces el *ethos* empresarial como la única vía de la racionalización de la modernidad que reinterpreta al interior de Venezuela los ideales de progreso con el fin de que a través del campo de la cultura dominante se asimile estas conductas, mentalidades, dentro de las pautas de comportamiento cultural que se van codificando en la sociedad moderna. Todo esto ayuda a naturalizar en una buena parte de la población el hecho de que concentrar el dinero en sus arcas y repartir entre su estamento los dividendos logrados se percibieran como el ejercicio legítimo de los derechos económicos alcanzados, dentro del proceso de modernización.

La cruzada por la implementación del nuevo ideario de progreso fue uno de los quehaceres donde más resaltaron los integrantes de la burguesía nacional, fijando así una suerte de axiología rentista, donde los valores y los principios sobre todas las cosas, radicaban en la extensión del poderío económico y financiero a coste de cualquier renta, principalmente la petrolera. La decisión política por mandato imperial era mantener a Venezuela fuera de cualquier posibilidad de desarrollo, incluso

saboteando las vías “para el desarrollo”. Sus intereses radicaron en obtener dinero fácil, eso es lo que se entendió por rentabilidad o como bien apuntaba Domingo Alberto Rangel en la década de los 60 del siglo XX, cuando hablaba de la acumulación delictiva de capital, que podemos precisar como otra de las definiciones acertadas para comprender “la rentabilidad”.

En Venezuela, la palabra burguesía ha estado acompañada de adjetivos que describen sus haceres; en varios períodos gente que ha pensado nuestra realidad los han definido. Orlando Araujo<sup>48</sup> los cataloga de *burguesía estéril*, porque nunca lograron producir bienes y servicios que cumplieran con las demandas internas; es infecunda porque aún más allá de la cantidad de constructoras que se crearon para los procesos de urbanización, nunca lograron configurar una infraestructura propia que le permitiera no depender de insumos importados, además de convertirse en un espacio lucrativo por la malversación reiterativa de fondos. Urbanizar fue en Venezuela un negocio muy “rentable”, tergiversó “inversión” con “subvención” del estado; y nunca pudo por ineficaz convertirse en un estamento generador de riqueza monetaria y financiera para la nación porque su alma usurera y su conciencia especulativa no se lo permitió. El filósofo venezolano José Rafael Núñez Tenorio nos dará una inestimable descripción en la década de los noventa del siglo XX a través de su libro *El carácter de la Revolución Venezolana*, reeditado en Venezuela en el 2011, en el que define la naturaleza de la burguesía en Venezuela. Sostiene que su surgimiento estará vinculado estrechamente a los procesos de neocolonización que sufre el sur global con el posicionamiento geopolítico y geoeconómico del imperio norteamericano en su fase expansiva. Esto es la avanzada neocolonizadora a escala

---

48 Araujo Orlando (2013). *Venezuela Violenta*. Colección Venezuela y Petróleo. Departamento de Publicaciones. Banco Central de Venezuela. Caracas, Venezuela.

global, la naturaleza cualitativa de esta ontología la suscribe en el siguiente contexto: “Característica del neocolonialismo ejercido sobre nuestra patria es la absorción y sometimiento de nuestras clases dominantes, como partes del país oprimido, a la burguesía financiera imperialista de la metrópoli. A esto no escapa la burguesía venezolana” (Núñez Tenorio, 2011:63). Núñez Tenorio establece una radical distinción bifurcando el concepto de burguesía, a una la define como burguesía venezolana y a otra como burguesía nacional. En su caracterización se encuentran la burguesía comercial importadora, la alta burguesía industrial-agraria y la bancaria (Núñez Tenorio, 2011:63).

La burguesía nacional es debilitada económicamente por el proceso de neocolonialismo. Por su parte, la burguesía venezolana suscrita al imperialismo norteamericano se transforma en esa idea de socios comerciales del capitalismo estadounidense. Es fundamental que se comprenda que esta ruptura del estamento ocurre en la dimensión económica. Las décadas del 40 y 50 del siglo XX van a ser el tiempo en el que se desarrollará esa burguesía venezolana, pero la incursión temprana del neocolonialismo la hizo fracasar en el intento de ser, convirtiéndose en tendencia generalizada el país a la forma de la burguesía nacional, la fagocitada por el neocoloniaje. Es vital conocer cómo define Núñez Tenorio neocolonialismo, porque conjuntamente con la construcción subjetiva del tipo de burguesía que tenemos podremos entender los contextos políticos, económicos y culturales en el tablero de la geopolítica mundial y el porqué de su surgimiento en Venezuela. Explica que el neocolonialismo consiste en un proceso de “dominación efectiva” que se expresa en el enclave económico y social al imperialismo norteamericano, que encubre su influencia en lo político formal sobre países presuntamente independientes. En nuestro caso, el aparato económico venezolano con todas

sus dimensiones ha sido según el autor “un ejemplo típico de neocolonialismo” (Núñez Tenorio, 2013:32,33).

## **El papel de la burguesía en Venezuela**

La burguesía nacional de la que nos viene hablando Núñez Tenorio fungió de intermediaria entre el imperio norteamericano y el pueblo venezolano con su máscara neocolonial. Los representantes de esa burguesía nacional fueron los agentes más eficientes del capital extranjero que, por supuesto, les generaron ventajas incomparables. El proceso de constitución de este estamento en Venezuela incluye a la tradicional oligarquía comercial, a los antiguos latifundistas, al capital europeo, al sector petrolero, al feudalismo improductivo lleno de tierras ociosas, al sector comercial financiero. La de neocolonización consigue una Venezuela donde la economía subsistía con unas pequeñas exportaciones de café, cacao y cuero por parte de la burguesía venezolana. Con el boom petrolero se deja de lado la intención real de producir lo que se consume y nace como cultura la economía de importación, que trajo alimentos, medicinas y vestidos, entre otras cosas, pero que también incorporó para alimentar la racionalidad liberal burguesa que se imponía, bebidas, joyas, perfumes, automóviles, junto a otros productos que engrosaron las listas institucionales de gastos suntuarios. Es el momento en que aparece la burguesía nacional.

Esta economía liberal burguesa como proyecto neocolonial no creó riquezas, pero sí garantizó la proliferación de formas de rentas que enriquecieran la cadena especulativa, de allí que las comisiones comenzaran a dar sus frutos y que se acuñara con mucha naturalidad fraseos (adjudicados al pueblo) como “cuánto hay pa’ eso”. El papel de intermediarios-importadores, esos que crearon e institucionalizaron la actividad oficial

de comprar afuera y vender adentro, pronto proyectaron formas de economía neocolonial con microrrentas a la cadena del comercio, contemplando dentro de sus inversiones (gastos) las ya mencionadas “comisiones”.

Lo oculto era la penetración del mundo norteamericano a nuestra cultura, a nuestra política interna. Otro de los calificativos que se la ha dado a este estamento en Venezuela es la de *burguesía parasitaria*. Se trata de la clase económica que aprendió a vivir como mecanismo de captación de cualquier renta generada; el proceso de neocolonización les fue rentable porque no sólo les ofreció excedentes económicos, sino plusvalor político.

Para conservar el *status quo* construido se vieron en la necesidad de crear leyes, instituciones, formular doctrinas, imponer hábitos de consumo y contextualizar esta naciente cultura económica penetrando la vida política, cultural y económica como vida cotidiana en la conciencia de la gente y entregando la nación a los intereses norteamericanos. Inventaron un corpus de ordenanzas, leyes, reglamentos jurídicos providenciales que les resultaron útiles para resguardar los intereses de los propietarios y del capital extranjero que se apropiaba de nuestra economía. Para profundizar esta misión neocolonial, la burguesía entreguista, entregada y entregadora, debía armar un gobierno que legalizara, autenticara y afianzara el acatamiento de estas lógicas jurídicas. Es por ello que en este proceso concreto de acumulación por desposesión, tomando en cuenta la historia de lucha y rebeldía del pueblo venezolano, urgía la creación de cuerpos represores oficiales, que fueran los guardaespaldas de los despojadores del momento.

Esa relación de dominador cautivo, muy entreguista para los intereses foráneos, muy represiva para con las necesidades del pueblo al interior de las fronteras, la vemos consumada en la idea de gobernabilidad. Ya hemos debatido cómo fue su

transformación soberbia de amos de valle, al temperamento adulator con respecto a sus socios comerciales, (de oligarquía colonial, a burguesía neocolonial), donde sólo les queda la alcurnia de mantuanos.

Sin embargo, esa capacidad de gobernabilidad como componente de vigilancia sobre los sectores populares utilizado por el Estado como dispositivo de opresión política. El uso de la fuerza, es decir, la legitimidad de la violencia política y militar contra la disidencia del estado burgués, surgió también bajo el subterfugio de que se cumplieran las leyes impuestas por el mercado. Las garantías de protección a este naciente orden imperialista neocolonial se vendía a través de la idea de conservar el orden bajo un estado de derecho.

### Ajustes de las mentalidades

Con el argentino filósofo de la liberación Rodolfo Kusch (1976) pudimos precisar mejor el peso que tiene para la cultura occidental moderna el mito. En la tradición de reconfiguración del *ethos* moderno, uno de los núcleos centrales que justificarán el desplazamiento ontológico en Venezuela de oligarquía colonial a burguesía neocolonial se da en la construcción del capitalismo industrial como entelequia. Para Kusch “el mito responde a una psicosis colectiva de la burguesía sudamericana ...(que buscó) mutar el *ethos* de un pueblo (para) inculcar el mito ciudadano... una mutación real sólo se podía llevar a cabo sustituyendo los sujetos... (es decir) la cultura “salvaje” (Kusch, 1976:4. Paréntesis nuestros).

El mito desarrollista como mandato civilizatorio tuvo intrínseco una idea peculiar de evolución: “el mito de la transformación, reducido a interacción entre hombre- necesidad-naturaleza, responden a una abstracción... y como es

una abstracción europea, sirve sólo para calcular los remedios que deben arbitrarse, pero sólo para el ámbito occidental"... (Kusch 1976:4). Se imponían nuevas relaciones de esclavitud, más mentales, más sutiles para muchos que las instauradas por el régimen burgués liberal; esto es un vasallaje progresivo, progresista, desarrollista, aislado analíticamente del *ethos* de pueblo venezolano consciente de la deuda histórica del campo cultural dominante ha acumulado con nosotras y nosotros.

Fue nuevamente la implantación desde la racionalidad del campo cultural de los sectores dominantes el mandato civilizador occidental moderno, que tenía el interés de no quedar por fuera de la historia "universal". La construcción subjetiva de la burguesía en Venezuela no estaba destinada a cumplir con sus características de clase tal y como se concebía en los centros hegemónicos del poder capitalista. Se imponía más bien la conciencia de una subjetividad que albergara el constructo o la representación de la burguesía como actor social mundial de dominación. Para eso fue necesario emprender los ajustes racionales, para internalizar el paradigma burgués como repotenciación del ser, lo se logró mediante el surgimiento de una clase media aburguesada. Lo inhabitual para nuestra cultura popular fue ver cómo la prepotencia de la clase dominante fue transformada por su actitud entreguista, incluso se naturaliza como lo oficial, se configura identitariamente el sujeto agente del desarrollo. Esto va a suponer el traslado racional de la mentalidad de la oligarquía colonial a la burguesía neocolonial aun dentro del código cultural occidental moderno con su ideal de amparo en el mito de la "institución" como domicilio del mundo, esto es, como las instituciones creadas por la razón occidental moderna van a cumplir el papel legitimador para la circulación de pensamientos neocoloniales que se dinamizan al interior de la cultura y traen como consecuencia

comportamientos y actitudes del patrón burgués, en una buena parte de la población.

Pensar en el tránsito de lo colonial a lo neocolonial implica también comprender cuáles fueron los movimientos ideológicos en las consciencias de las venezolanidades que incorporaron tal racionalidad neocolonial a nuestro esnobismo nacional, cuáles nociones persuadieron, con cuáles conceptos catequizaron, qué categorías inculcaron para que las ideas del desarrollismo se engendraran.

Sobre este punto observamos que así como las colonialidades quedan fijadas en las consciencias, en la consolidación de la neocolonialidad nos encontramos con las repotenciaciones de la ideología del racismo (colonialidad del ser) en la neocolonialidad del ser con el subterfugio del multiculturalismo, de todos somos “café con leche”, la simulación de la democracia racial, la máscara blanca con la invención del mestizaje, así como la neocolonialidad del poder a través del sostenimiento en el tiempo de la democracia representativa que representaba los intereses transnacionales, y la neocolonialidad del saber, con el mandato de las profesiones para “ser alguien en la vida”.

Y comenzaron a fraguar el sistema categorial de las falacias. Para decir reforma utilizaban la categoría “revolución”, deformándola, banalizándola, y la mejor definición de hegemonía se conceptualizó en la categoría “democracia representativa”. El debate sobre las colonialidades es invalidado y desplazado por la ideología de la burguesía moderna, con sus aparatos represivos como el estado nación y el mandato civilizatorio del industrialismo, generando la guerra abierta contra el pueblo, derogando su historia de lucha. Vocablos como “excedentes”, “plusvalía”, “valor”, “trabajo”, “salario”, “ganancia”, “precios”, “monopolios”, “mercado”, “dinero”, serán las palabras clave encubridoras de la acumulación de capital y de nuevos procesos epistemicidas.

Depredación y crueldad irán de la mano, esquilación y despojo estarán a la orden del día, defenestrando una vez más la experiencia y creatividad del pueblo cuando son devenidas en rentas expropiables por los mantuanos modernos. Nuevamente surge la esclavitud institucionalizada con la mala educación recibida y el mandato de las profesiones, servidumbre traducida en el desempleo, subempleo, desocupación y todas las formas que erosionaron la vida material. Otro modelo de dependencia impuesta frente a una nueva dimensión de la racionalidad mantuana como el oportunismo siempre buscó beneficios individuales, beneficios de clase, en detrimento de la mayoría de la población. Con el reajuste de las mentalidades se reajusta la desesperanza, tragamos el fin de la historia, de nuestra historia como pueblo y nuestras luchas diarias y cotidianas eran un secreto de estado.

La razón del liberalismo burgués fomentará mediáticamente a la empresa privada como tabla de salvación del país, va ser la representación concreta de la neocolonización económica y el servilismo del estado la mejor garantía de este tipo de comercio, que se vuelve cultura, que se expresa políticamente sin vergüenza alguna.

El perjuicio al pueblo, el daño a la nación con respecto a la hiper acumulación de las élites, lo vemos expresado en las reflexiones escritas por Orlando Araujo en 1962, donde denuncia la mala distribución de las riquezas en Venezuela con la precarización inducida como política de estado moderno: “hay una comprobada reducción de la inversión nacional privada y pública y de la inversión extranjera, así como una reducción de las reservas internacionales y el problema de un presupuesto público deficitario” (Araujo: 2013:103).

Araujo (1962) nos dice que esa burguesía estéril y parasitaria es traidora. Nos comenta la participación como injerencia directa y descarada de empresas extranjeras en el diseño de las

políticas económicas, esto es la legalización del despojo con el beneplácito de las élites. Su nicho fue la democracia formal, la que le representa y la exalta como poder económico. En ese estamento de poder se incluyen los terratenientes tradicionales, el comerciante importador, los banqueros, los industriales, los gerentes, los monopolistas, la gente que especuló en el mercado de bienes raíces, la fantasmagórica figura de los inversionistas, la burguesía acumuladora de mercancías. En el debate de la década de los años 60 del siglo XX en torno a la política de sustitución de importaciones en Venezuela, que no alcanzó mayores impactos, Araujo nos comenta sobre la producción interna que abastecía el mercado para el consumo endógeno, allí se encontraba el aparato agrícola y el micro aparato industrial manufacturero que funcionaba con insumos importados y que presuntamente producía bienes nacionales, pero por esa razón no se integraba del todo a una idea concreta de sistema de la economía nacional.

Se suma además las pugnas internas del estamento de la burguesía que atraviesa por procesos de disgregación, se dan contradicciones fuertes entre comerciantes, banqueros, industriales y los poquísimos productores. Dentro de los debates de esa época acerca de la economía de importación, ese grupo de “empresarios” defendía los derechos comerciales a través del salvavidas que les daba la falacia del libre comercio, y luchó contra las posibles intervenciones del Estado en sus asuntos comerciales, quedarían al descubierto las trampas, la usura y la especulación.

Mientras tanto la neocolonialidad del saber trabajaba arduamente en la metabolización racional de conceptos como el progreso, una falaz idea redentora que nos traería el paraíso en la tierra; allí se encontraba de contrabando la embaucadora teoría del bienestar, con su gran promesa civilizatoria, la del progreso ilimitado que se traducía más bien a un consumo

ilimitado. Erich Fromm, (1978) en su texto *Tener Y Ser* nos habla de la crisis de la sociedad contemporánea, que se concentra en el análisis del egoísmo como modo de existencia; lo llama *hedonismo radical* y lo constituyen el egotismo, el egoísmo y la avaricia. Se queda en la satisfacción de lo meramente material, en necesidades puramente objetivas; en esta racionalidad importa la ganancia material, lo económico por encima de todo, pero esta forma de vida repercute en el problema de ser infelices, de vivir angustiados, deprimidos dentro de la sociedad capitalista que produce “armonía y paz, y se traduce en bienestar para todos”. *el racismo científico*.

La Modernidad en Venezuela tuvo como referencias teóricas de las élites y del Estado la filosofía liberal y positivista. Ésta ayudó a la construcción criolla del racismo científico. La lectura de autores como Hebert Spencer y su teoría del darwinismo social de 1859 consistía en justificar los principios de la evolución natural, biológica, al desenvolvimiento de la historia social. Fue un buen sustrato para la invención del mestizaje y tremendo elemento justificador para el racismo científico. Categorías como “la supervivencia del más apto o la selección natural” fueron el respaldo que haría visible en los movimientos históricos nacionales la resemantización del orden racial colonial.

La competencia establecida en nuestra sociedad fue de orden racial, desde los postulados de inferioridad y superioridad “tradicionalizados” y que se adaptaban perfectamente en la construcción de ese sujeto que por “naturaleza debía prevalecer”. El darwinismo social entró de contrabando teórico desde tiempos de la Guerra Federal, encarnado por los partidarios del liberalismo burgués, y tuvo efectos perversos en la construcción de sociedad venezolana, encubriendo desde el discurso científicista y la retórica academicista el temor a la explosión de los sectores populares, nuevamente como en

otras oportunidades, hacia sus opresores directos: los criollos, que reafirmaron la predisposición racista de la sociedad criolla venezolana.

Entonces la invención del mestizaje tuvo como fuente epistemológica de inspiración al darwinismo social, ese componente ideológico e ideologizante del campo cultural de los sectores dominantes. Los darwinistas sociales en América Latina como Domingo Faustino Sarmiento sustentaron que desde la teoría evolucionista, es decir del paso de lo “natural” y “biológico” a lo “social” y “moral”, se hacía evidente en el núcleo del debate entre civilización (la cultura europea) y la barbarie (representada por el pueblo no blanco, no moderno, no occidental), así como en los problemas estructurales que poseíamos como repúblicas, cuyos orígenes se remontan a la colonia, quedando reflejado la racionalización de la raciólogía latinoamericana. De estas aguas bebieron los ideólogos del mestizaje en Venezuela.

Con la penetración del imperialismo norteamericano se ajustaron un aparato de propuestas políticas inscritas en el ideario de progreso social. El empeño por la industrialización y el cambio social repotencian tácitamente el “Darwinismo Social” que desde el liberalismo burgués se venía configurando, justificando las diferencias sociales coloniales y teniendo como representación del más fuerte al sujeto moderno occidental, es decir el blanco, que más allá de representar sólo un color poseía, ideológicamente contruidos, los atributos de la civilización occidental moderna, capitalista, burguesa. El darwinismo social encontró en la teorización del mestizaje el mejor mecanismo para fundamentar las ideas racistas del estamento dominante en la necesidad de modernizar el estado y con miras a alcanzar un estadio del desarrollo humano, muy permeado por el etnocentrismo moderno. Otro germen, brote y/o manantial de donde beben los ideólogos del mestizaje en Venezuela, que

les ayuda a completar la idea del blanqueamiento social como mandato civilizatorio, es Augusto Comte y su teoría sobre el positivismo que en la necesidad de alcanzar la razón iluminada y la unidad espiritual entre los hombres, debía detenerse entonces a pensar en los hechos sociales. Como fundamento se creó desde el enfoque biologicista la explicación de la sociedad, con lo que definió como el único conocimiento auténtico el conocimiento científico. Esto llevó a latinoamericanos y venezolanos moldeados por la raciología a diseñar un positivismo ideológico que les permitió fundar las bases teóricas para la creación de un tipo de estado moderno burgués capitalista periférico que ordenara y disciplinara la sociedad al servicio del progreso material de las naciones.

El positivismo condenaba en la composición etnocultural venezolana a grupos no blancos una privación inherente para el progreso de Estado Moderno. Con base en esa racionalización, segregó todos los otros grupos etnoculturales desde la raciología estatal que ennobleció la blanquitud. El positivismo, como la ciencia propiamente del liberalismo, apeló a las tecnologías civilizatorias del blanqueamiento, encubriendo el problema de la colonialidad del ser que le preocupó: el debate fundamental de su *ethos* cultural entre civilización/barbarie, transmutado en tiempos de liberalismo burgués en las categorías modernización y tradición. El racismo científico incluso logró suministrar los argumentos para la incorporación durante muchos años de una inmigración racializada. Un discurso “integracionista” del mestizaje fue el subterfugio que logró penetrar en las conciencias de muchos venezolanos, desde la labor de la raciología nacional, mientras el saqueo por otro lado seguía llenando las arcas de la burguesía nacional, e internacional. Con la patraña de la democracia racial “mestiza” inclusiva, y homogénea se rozaba el ideal armónico de sociedad moderna, mientras se repotenciaba

la economía política del racismo en la era del liberalismo burgués.

La “tesis racial” ha representado abierta o naturalizadamente, un signo medular en la configuración de las relaciones de poder en Venezuela en todos los tiempos. El Estado nacional cumple con su función mediadora de la historia entre lo colonial y lo neocolonial sobre el dominio de la personalidad del pueblo por parte del campo cultural de los sectores dominantes, con sus intentos por establecer el paradigma homogéneo y monolítico de identidad nacional.

La idea del blanqueamiento y la inmigración racializada, con la sobreestimación de la entrada de europeos, representan esas tensiones y divisiones raciales crónicas y perpetuas que no se suavizan, *verbigracia* los distintos aspectos multifacéticos y multidisciplinarios que frontalmente siguen sosteniendo la ideología extendida del racismo, incluso con la naturalización de la épica del mestizaje.

La categoría *esteticidio*, reformulada para nuestro contexto, y que está siendo fecundada por varias sendas de pensamientos que debaten el tema histórico de la colonialidad, de la modernidad para los grupos colonizados por este proyecto civilizador, de la liberación, y las luchas periódicas dentro del sistema mundo, con todos los mecanismos antiguos y vigentes de opresión que se han ejercidos en nuestras latitudes. Podríamos afirmar que luego de una cartografía de cómo nos hemos venido pensando en la historia, el sur global está preparado para mostrar como consolidado de la batalla de las ideas la insurgencia de una constelación filosófica que se ha fertilizado al calor de todas nuestras luchas históricas como pueblo.

Traemos a colación entonces la definición de esteticidio en general para efectos de esta investigación.

## Esteticidio en Casimira Monasterio

La primera vez que escuché la categoría “esteticidio” fue de boca del filósofo surafricano Blessed Ngwenya (2019), profesor de la Escuela de Ciencias Humanas en la Universidad de Pretoria en Suráfrica, en el marco del Seminario teórico metodológico sobre las Reparaciones por los daños causados por la esclavitud y la colonización, dictado desde el Ministerio del Poder Popular para las Relaciones Internacionales, de mayo a noviembre del 2019. La operación analítica *a priori* fue desmembrarlo en su contenido etimológico y traducirlo al asesinato de la estética. Pero las complejidades que la categoría trae consigo se hacen desde las dimensiones semánticas y semióticas, es decir, desde los sentidos y significados que tienen lo simbólicos y las representaciones en una cultura. Entonces, su interpretación requería un esfuerzo analítico más agudo. Lo primero es comprender de quién partía el trabajo teórico de esta categoría que aprendíamos en el seminario; de un surafricano de ancestralidad Zulú que vivió en su infancia el régimen Apartheid. Sometido a este modelo de colonialismo que llegó a su territorio en la conquista de África por Europa, no va tener el mismo sentido de los sujetos que producimos teoría sobre el racismo desde la diáspora africana en América. Es un filósofo de la liberación muy permeado y conocedor de la filosofía latinoamericana, pero contextualizada su formación a su realidad de nación. Aún más complejo, posee maestría en medios de comunicación y desarrolla el tema del sistema de medios públicos en la era post- Apartheid desde estudios doctorales. Gigantesco el esfuerzo epistémico, porque aun estando adscritos a la identidad afro, teniendo la misma edad, viniendo de la misma disciplina había un océano de por medio frente a la experiencia colonial de Suráfrica y la experiencia colonial suramericana.

Finalmente, comprendimos que la estética ha sido un concepto más complejo en muchas culturas africanas porque tienen implícita una ética, unos valores y principios que parten de la idea de un ser que no está buscando sus orígenes, que no se pregunta por su cultura ancestral, porque la conoce y la reproduce, más allá de los procesos de colonización, en su vida cotidiana. El parangón que podemos hacer en nuestra América es con los pueblos, naciones y comunidades de la diversidad cultural del mundo indígena, que han podido salvaguardar estructuras culturales ancestrales a pesar de los procesos de transculturación, aculturación y conculteración a los que fueron sometidos desde 1492.

Entre el 2017 y el 2018 el equipo de investigación docente de la Cátedra Libre África (CLA)<sup>49</sup> UBV, integrado por Flor Márquez, coordinadora de la CLA, Directora General de la Fundación Coreoarte y miembro fundadora de Trenzas Insurgentes; Blanca Escalona Rojas, integrante fundadora del Cumbe de Mujeres Afrovenezolanas y de la iniciativa productiva Afrohermanas y Lilia Ana Márquez Ugueto, también cofundadora de Trenzas Insurgentes, creamos y diseñamos un seminario para trabajar con emprendedoras de comunidades afrovenezolanas rurales y urbanas, denominado: *En Convite: Del Cimarronaje Estético a La Productividad Creativa*, y dentro de la justificación puntualizábamos que lo estético debe entenderse como identidad y forma de vida, como la condición de posibilidad de pensar el mundo sensible y afectivo, con la intención de que en el fondo de esta reinterpretación que rehabilita otras racionalidades insurjan los procesos genuinos de descolonización y desneocolonización (Cátedra Libre África, 2017:5).

---

49 Cátedra Libre África. Universidad Bolivariana de Venezuela (2017) seminario *En Convite: Del Cimarronaje Estético a La Productividad Creativa*. Centro de Estudios Sociales y Culturales (CESYC) Caracas, Venezuela.

Para nosotras, frente al llamado de la economía cultural que hacía en ese tiempo el Ministerio del Poder Popular para la Cultura, y la amenaza creciente de la Economía Naranja como proceso novedoso de mercantilización del hecho creativo popular, era de vital importancia que frente a la categoría de “emprendedoras” se llenara de contenido político el proceso formativo que facilitaríamos en este espacio de educación popular y comunitaria, historiando, en el caso venezolano, como el aparataje racista y clasista de la racionalidad mantuana de todos los tiempos entraba con financiamientos a espacios comunitarios para la incursión de nuevos procesos de tutelaje económico.

Tenía que quedar claro que la relación estética y ética que se da en el *ethos* cultural afrodiaspórico tiene una ancestralidad definida con una forma muy específica de entender el hecho económico. En el caso de la afrovenezolanidad, lo estético de nuestras costumbres está vinculado a los procesos de reordenamiento identitarios, que se desprenden de formas de vida. En los discursos culturales de resistencia afrodiaspórica es donde se reencuentra la cultura con la estructura profunda de la afrovenezolanidad, múltiple y diversa, evidenciándose en actos concretos y en potencia creadora.

Se trata en principio de evidenciar que incluso nuestras producciones materiales en confección de ropa, culinaria, juguetes y utensilios lúdicos, estilismo, cosmetología irradian una axiología de vida, aprendida y dinamizada en el tiempo, y que en el núcleo existencial de sus principios y valores, resguarda la restitución alcanzada y salvaguardada de la identidad colectiva. Estrategias que se presentan como procesos de sanación frente a las heridas coloniales. El propósito pedagógico fue en principio darle contenido político a nuestras maneras productivas.

Ya en la construcción teórica veníamos desarrollando el sentido de esteticidio de Blassed Ngwenya (2019) en la

medida que advertíamos la amenaza que representaba la despolitización del hecho productivo, cuando se manifestaba como simple producción de mercancías en su forma de valor de cambio, es decir, como simple generador de riqueza material, sólo como la forma del valor monetarizado, de la producción cultural. Por eso en el primer recorrido se planteaba el cimarronaje estético como política de la producción artística cultural donde lo estético tiene una axiología que lo acompaña.

La explicación más concreta y precisa de eso que venimos llamando esteticidio nos lo aporta la docente universitaria afromilitante venezolana Casimira Monasterio como historiadora insurgente, especialista en las estéticas de las culturas populares afrodiaspóricas; en muchos escritos, conversas personales, ponencias y desde sus investigaciones como sanjuanera de Curiepe, problematiza la invasión de la ideología del racismo en nuestras formas de expresión cultural. Nos dice que la base racista de la sociedad ha permeado todo el imaginario cultural y se manifiesta, entre otras cosas, en la invisibilización de las manifestaciones artísticas culturales, y la exclusión de dichas manifestaciones en esa dicotomía muy colonial de bellas artes y cultura popular<sup>50</sup>.

Sus críticas han apuntado a visibilizar los intentos del mantuanaje artístico en subvalorar, folklorizar, exotizar, e incluso extranjerizar nuestras expresiones, en estrategias solapadas e intencionadas desesperadas de desaparición y exterminio simbólico de patrones de belleza propios de la cultura afrovenezolana. En su artículo “Estética, Estereotipos y Racismo” del año 2011, problematiza lo siguiente: 1) La folklorización es un dispositivo “esteticida” que fija a partir de estereotipos de lo bello y sublime del grupo dominante, referentes de lo que es y no es arte, lo pintoresco e incluso exótico de lo afro; se

---

50 El Comité de Organización Política Electoral Independiente.

presenta como un virtuosismo ajeno en la propia cultura afrovenezolana que tiene más de 400 años identificando en la totalidad de las expresiones espirituales del pueblo venezolano, la pluriétnicidad y pluriculturalidad que somos, desde la identidad cultural de la afrovenezolanidad; 2) El despojo sistemático del contenido estético de la cultura simbólica afrovenezolana; 3) El sostenimiento del racismo crónico que disfrazaba nuestros gustos y costumbres desde reduccionismos que imposibilitan la comprensión emancipada de la corporeidad de la fiesta; 4) La configuración del esteticidio con el prototipo del criminal venezolano en el que expresa que se ha establecido sinonimia entre afrodescendiente y delincuencia, y en donde la participación de los medios de “confusión” masiva, han tenido un peso extraordinario en las conciencias alienadas de nuestra sociedad.

Las críticas emitidas por Casimira Monasterio<sup>51</sup> en la relación ética-estética que ha venido desarrollando al interior de la cultura afrovenezolana, y que desde este trabajo estamos ubicando como esteticidio, despeja dudas cuando establece la función que cumplen las fiestas en la cultura afrovenezolana.

Es una reafirmación cultural como elemento permanente de humanización de la afrodescendencia, un reencuentro con mamá África, la simbólica que nos ubica como hijas e hijos de esa matriz cultural, orgullo por la negritud. Bailar, cantar y tocar colectivamente como el reencuentro comunitario del ser afrovenezolano, autopercepción positiva de la comunidad alrededor de la fe al santo, a la celebración, que como ejercicio de religiosidad estructura y cohesiona a lo afrodescendiente dignificándolo. Anonimia voluntaria: solidaridad, fraternidad, hermandad, respeto.

---

51 Monasterio, Casimira (2003). Ponencia Estética y Exclusión: Lo ajeno como lo propio y lo propio como extraño. Diálogo de Saberes: Cultura y Equidad. Mesa: Cultura, Clase y Exclusión. Porlamar, Venezuela.

En cuanto a los elementos delimitados y ubicados bajo la categoría esteticidio que desmembraba lo estético y lo ético que permanece unido en la cultura, encontramos en Monasterio la desesperanza aprendida desde la colonialidad del ser, la descalificación a lo nuestro afrovenezolano, afrodiaspórico, afrodescendiente la vergüenza étnica expresada en el endorrazismo.

*Lo afrodescendiente trasciende esa representación folklórica  
y/o delictiva, a veces sumisa o en  
extremo agresiva y exótica que pretende exaltarse de los  
negros y las negras venezolanas;  
porque ella proviene del caldo de cultivo que ha sido nuestra  
madre patria: África para el  
desarrollo y el enriquecimiento de Europa y las  
occidentalizadas Américas. Esta dimensión de  
los afros a la que nos referimos, es más bien el resultado de  
la creatividad incesante, la  
adaptación forzada, la innovación y la reelaboración de la  
vida de los africanos(as) en suelo  
venezolano y como tal debe ser valorada. Algunos quieren  
ocultar la diversidad  
afrovenezolana que hace décimas y atesora una gran  
mixtura de instrumentos de percusión, y  
que no obstante nos ha legado las técnicas del cultivo para  
obtener el más delicioso cacao del mundo.*

SOLCIRÉ PÉREZ BLANCO<sup>52</sup>, 2007  
Trenzas Insurgentes

## La raciología mediática a través del esteticidio gris

Una de esas zonas robustas de debate, se da con la *construcción de lo bello, lo bueno, lo sensible y lo sublime*, categorías que trabaja la tradición filosófica occidental moderna y que en el siglo XX, sobre todo, desde el diseño mediático con los medio de comunicación internacional y nacional se ha fraguado como discurso neocolonizador. Con Héctor Díaz Polanco<sup>53</sup> pudimos comprender con precisión el enmascaramiento del multiculturalismo como definición de “tolerancia” interracial, donde

---

52 Pérez Blanco, Solcisé (2007). Por el Caleidoscopio de la Afrovenezolanidad. En: A Plena Voz. Revista Cultural de Venezuela. Edición N° 33 Ministerio del Poder popular para La Cultura. Caracas, Venezuela.

53 Díaz Polanco, Héctor (2009). Elogio de la Diversidad. Globalización, Multiculturalismo y Etnofagia. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas, Venezuela.

presuntamente el racismo se suavizó en el campo mediático, pero que es abiertamente militado desde la razón supremacista, propia de la lógica cultural del capitalismo multinacional.

Una de las maneras como la cultura del entretenimiento ha creado dispositivos de aversión racial es a través de una suerte de “esteticidio gris” esto es, no sólo exterminando simbólicamente diversos modos de ver la belleza humana, o construyendo maniqueamente lo bueno y lo malo, lo emotivo y lo ético desde el fenómeno y las pautas de los microracismos, sino que por presentarse fenomenológicamente como deslucido, macilento tétrico, desdibujado, lo dado entonces desde esa presunta indiferencia a la diversidad etnocultural, sirve como correa de transmisión para los resemantizados valores supremacistas de la neocolonialidad del ser. Nos dirá entonces Díaz Polanco la avanzada de la neocolonialidad del ser como política del mercado neoliberal, de uniformar las diferencias a través de esas tecnologías civilizatorias de las que venimos hablando.

Con respecto al marketing multicultural, Díaz Polanco nos dirá que asociamos en nuestro contexto el proceso de blanqueamiento que se da como mandato civilizatorio universal en el mestizaje ideológico creado en Venezuela a partir de mecanismos como la etnofagia, que para el autor será definida como “prácticas de asimilación y engullimiento de las identidades, quizá sobre todo en la forma que Bauman denominó “identificación” y su correlato desde la invención de la tolerancia neoliberal, a través del multiculturalismo como un producto muy rentable” (Díaz Polanco, 2009:104).

Entre ellos podemos mencionar los principios que operan desde *la tiranía de la belleza*, el culto al cuerpo construido desde la universalidad de la belleza moderna y a su valor estético blanco. La obsesión por el cuerpo perfecto que representan el fenotipo de lo que comúnmente conocemos como blanco, del desiderátum de los patrones estéticos de la cultura dominante,

que en el interior de su resignificación de la mujer como mercancía de consumo genital, y que cosifica a las mujeres con arquetipos sexualizados del deseo patriarcal judeo cristiano, también se ha utilizado para justificar la construcción del presunto “enfeamiento” que produce lo afro, lo indígena, lo menos blanco, a la venezolanidad, donde se siguen sosteniendo y a su vez, repotenciando los antiguos prejuicios etnoculturales y las arcaicas creencias racistas.

Con Susana Rioseras<sup>54</sup> encontramos un sinnúmero de datos claves para entender lo que hay dentro de esta dictadura estética. Este es el caso de los concursos de belleza que se emplean abiertamente como arma de guerra y dominación, con la real intención de moldear y deformar cuerpos a través de experimentos estéticos que fraguan los siguientes valores: la juventud eterna que razona que envejecer no se considera bello y la extrema delgadez como un proceso de “ablación” ideológica que va dirigido a reformatear valores de naturaleza sexual-erótica de la mujer e inciden directamente en trastornos alimenticios que surgen por la obsesión de mantenerse delgadas. Para ello, la proliferación de múltiples industrias como la del porno, que viene a completar operaciones psicológicas para este fin, es otra castración física y psicológica que inserta la diversidad de construcciones alrededor del deseo a la «dictadura» de la belleza, generando así un sinfín de humillaciones y discriminaciones cotidianas.

A estos elementos de Rioseras le añadimos el hecho mediático de la construcción de belleza de la mujer venezolana, donde la presencia de las mujeres afro e indígena están vetadas, negando su preciosidad, su atractivo y formas culturales de seducción, y teniendo como plusvalor el control fáctico de mesitaje múltiple y diverso. Lo mismo ocurre con la dimensión

---

54 Rioseras, Susana (2007). *La Tiranía de la Moda y la Belleza. Reinventando la corporalidad femenina*. Asociación de mujeres Hypatia de Burgos. [http://www.feministas.org/IMG/pdf/19-\\_dictadura\\_de\\_la\\_belleza-\\_Susana\\_rioseras.pdf](http://www.feministas.org/IMG/pdf/19-_dictadura_de_la_belleza-_Susana_rioseras.pdf)

publicitaria, que durante las décadas de los 70, 80 y 90, más del 80% de las modelos, moderadoras, protagonistas, incluso extras, eran mujeres blancas. Toda esta política mediática del esteticidio construyó en la a escena mediática internacional la figura de la mujer venezolana como la Barbie latinoamericana, esa muñeca creada en 1959 por la industria norteamericana del juguete y que imponía en una generación del mundo los cánones de belleza a seguir.

Los patrones de belleza también fungieron como circulación de la ideología del mestizaje moderno. La neocolonialidad del ser que abría el abanico hacia reducir la posibilidad exponencial de la mezcla interracial como apuntábamos arriba, haciendo que los gustos de la población retomarán la sentencia colonial de “mejorar la raza”, y se profundizará en la “des-identificación” estética de la mayoría de la población.

La neocolonialidad del ser se da en ese escenario binomial de discurso mediático y poder burgués, la televisión es el canal directo para fraguar la disociación estética. La dimensión sensible que en la esfera de lo privado venía desarrollando la erótica popular fue también penetrada por la manipulación masiva de autopercepción de las y los sujetos de deseo. Se fue estimulando la construcción mediática de la indiferencia hacia fisonomías del sujeto pueblo venezolano pluriétnico y pluricultural, incluso como gran mayoría étnica. La ausencia de su existencia física y espiritual en la dimensión mediática vino a profundizar los mecanismos tradicionales de exclusión racial, los mandatos discriminatorios se “sublimaban” por el sólo hecho de apelar a la ausencia de la diversidad etnoracial en la televisión, el cine y la publicidad venezolana.

La tiranía de la belleza coloca otra relación en la sociedad venezolana, la relación racismo-miedo, que por un lado encubre toda la larga lucha contra el racismo en Venezuela, pero sobre todas las cosas su surgimiento como el hecho netamente

económico hace que el racismo, como hemos venido afirmando, sea constantemente el encubrimiento de la explotación de unos humanos sobre otros, que tuvieron que disfrazar su patología etnocentrista con la invención del otro no blanco, no europeo, no moderno, incorporando ahora desde la era mediática el enfeamiento de las mujeres del pueblo y la criminalidad racializada de los hombres del pueblo. La negación del racismo está en el discurso político, económico y cultural, no en el proceso simbólico de construcción de la semblanza de la venezolanidad; lo cierto es que se diseñaron estereotipos raciales publicitables para el consumo de la sociedad burguesa y para su dimensión de campo de la cultura dominada, esa trabajada mediáticamente para que se convirtiera en operadora, compradora y promotora de la sociedad de consumo que se estaba consolidando.

Alguien, en algún momento que se debatía otra dimensión de la alienación erótica como mecanismo que llegó a uniformar los gustos masculinos heterosexuados por mujeres blancas famélicas de presuntas medidas 90, 60, 90; o en jóvenes que soñaban con el príncipe de los ojos azules que nunca llegó, nos dijo muy convencido que no pensaba que ese fenómeno estuviera vinculado a la existencia de un patrón de la venezolanidad determinado etnoculturalmente, que era solo cuestiones de gusto. No dudamos que eso también sea cierto, pero tampoco se puede negar el brote *ex profeso* de endorracismo propiciado por el sistema de blanqueamiento mediático a través de la construcción racista de los sujetos de deseo. El gusto o su percepción en cuanto a deseo sexual también estuvo sistemáticamente manipulado, siendo otra de las dimensiones concretas de la alienación erótica que, además, vigorizó una de las dimensiones más distorsionadas del etnocentrismo: el culto al hedonismo heredado de occidente.

## Sobre tecnologías civilizatorias de la neocolonialidad del ser, poder y saber

La televisión particularmente ha tenido el papel de correa de transmisión gracias al impacto que generó en la construcción de la racionalidad en esta era de la cultura moderna. Las democracias burguesas han sido las operadoras políticas locales para lograr el embrutecimiento que se traduce a los procesos de manipulación construidas oficialmente, dirigidos a las grandes mayorías con la intención clara de contribuir a la disociación del pensamiento. Creemos que nunca antes en Venezuela la ideología del racismo contó con instrumentos tan eficaces como los medios de comunicación social.

Pero la democracia racial tenía varios tentáculos operando al paralelo con los esteticidios como mandato civilizatorio de la neocolonialidad del ser al paralelo de la legalidad de la representatividad del poder blanco en el juego de la democracia liberal. El pueblo desmoronado ideológicamente por mandato de la neocolonialidad del poder les era muy útil para la conservación del modelo democrático. Por eso, el voto como derecho humano moderno lo podemos desmontar y releerlo como mecanismo que garantiza la supervivencia del más adiestrado en la tradición de la segregación: el campo cultural de los sectores dominantes ahora con nuevo traje, el de burguesía liberal pro-yanqui.

La ideología de racismo en su fase neocolonial naturalizó, es decir, generó procesos de aceptación de los valores y las apariencias la civilización capitalista como cúspide de los dictámenes del imperialismo dominante. El triunfo de la burguesía se da en instituciones como la educación, el cierto manejo de la información interesada, la adecuación del conocimiento para fines transculturantes, y es la televisión, a decir de Vladimir Acosta, el factor preponderante para la estrategia de

dominación que nos enclava aún más a la dependencia de los valores estadounidenses. Por eso, el tránsito de la colonialidad del ser, del poder y del saber, cambiando el horizonte de sentidos hacia la racionalidad estadounidense, tiene que ser comprendida como la urdimbre de las neocolonialidades que terminaron la tarea de desontologizar a los pueblos recolonizados por las democracias burguesas.

El mundo revestido de liberalismo burgués exigía la construcción de esa clase social como mandato civilizatorio. Al interior de las naciones había que despachar antiguos temas sociales irresueltos que se contraponían a la idea de modernización, léase industrialización, progreso ilimitado y desarrollo económico; es por ello que la preocupación de la burguesía nacional, la del sector político e intelectual, se tradujo en el esfuerzo por consolidar un cuerpo colegiado que fraguara el discurso político del mestizaje.

Al darse cuenta del contrasentido entre los ideales burgueses de libertad, igualdad y fraternidad, la ideología del racismo nacional da varios procesos de construcción de justificadores que crearán la urdimbre de discursos más actualizados de dominación. Con el mestizaje oficializado no sólo cumplieron con el presunto ideario de paz que les garantizaría sobre todas las cosas la seguridad del país para las inversiones extranjeras, también fue la ruta más propicia para borrar oficialmente del mapa cultural los derechos ancestrales de las poblaciones indígenas originarias y las conservadas en las comunidades afrovenezolanas. Todos estos mecanismos ayudaron a crear vacíos identitarios, tachando las identidades de las etnias avasalladas en nuestra historia. El blanqueamiento oficializado trabajaba en la detención de la mezcla creciente que se daba *de facto* en nuestra sociedad; de hecho, se buscó reinventar especulativamente el mestizaje, no se trataba de reconocerlo, sino más bien de encubrir la diversidad, y decretar su suspensión.

Desde entonces, por decreto burgués, vivimos en una sociedad mestiza. Se afinaron instrumentos muy eficaces para ocultar el racismo, pero además se convirtió en un dispositivo de control biopolítico muy eficiente, ya que desde aquí, se justificó la exclusión, se manipularon los discursos sobre los índices de pobreza y los índices de delincuencia, se naturalizó la pauperización de las comunidades excluidas y se reinventó el discurso sobre las clases, incluso en la división de la clase trabajadora.

Había una intencionalidad política, seguir protegiendo los intereses económicos de la burguesía. A través de la invención del mestizaje, la avanzada metodológica de la raciología venezolana y la confección retórica de la democracia racial en Venezuela, se cimentaron las posturas ideológicas racistas de la burguesía nacional, que con todas estas prerrogativas dictaminaron políticas profundamente racistas.

Las soberbias apuntalaban a generar nuevos procesos homólogos a la racionalidad neocolonial; las mentalidades hegemónicas distinguían en la ligazón etnocultural una procedencia del retardo de la sociedad venezolana. Por eso, y desde la supraconciencia civilizatoria como inercia del campo cultural de los sectores dominantes, el ciudadano debía ser en esencia el hombre blanco, como digna representación de lo humano en la zona del ser, pero además debía ser propietario por mandato burgués y letrado por disposición del racismo científico, brindaba en el contexto del estado moderno la capacidad de llevar a cabo las mutaciones sociopolíticas y económicas de la sociedad moderna deseada. El principio racional liberal burgués de la ideología del racismo, a través del racismo científico y la neocolonialidad del saber, dará el salto cualitativo para sepultar la lucha histórica racial con nuevas tácticas de exterminación física y metafísica de la otredad.

Estos procesos son constitutivos del surgimiento de nuestra “raciológización” como desarrollo concreto de racionalización del racismo, por ello la construcción negativa del pueblo venezolano como imaginario identitario que encarnaba la falta de laboriosidad y precisamente por ello, era imposible que pudiesen construir desde su naturaleza vaga e indisciplinada aportes sustantivos para que la sociedad progresara. Teóricamente y a nivel mundial se ha reconocido, y es convención incluso retórica, asumir que el racismo se plantea como una de las tradiciones de simbolización de la sociedad moderna más robusta que ha fungido como elemento ordenador-jerarquizador de las diferencias culturales. Este mecanismo relacional de justificación e institucionalización del dogma segregacionista muchas veces postergado en la escena político-cultural ha hecho que los objetos, esto es, los sujetos racializados de la sociedad moderna, se les conviertan en una suerte de perseguidos etnopolíticos.

El problema relacional entre ese pensamiento burgués liberal y los mecanismos de dominación etnocultural que son tradición en la pauta cultural occidental moderna, fue la incursión en nuestra racionalidad de la neocolonialidad del ser desde el *american way of life*, que reinaugura nuevos elementos de circulación libre del dogma racial con la propagación de la raciología mediática. Con esta nueva incursión del racismo se aprendió, gracias a los procedimientos de masificación de contenidos audiovisuales, a reafirmar el autodesprecio, la auto descalificación, que la colonialidad del ser había esculpido en la colonia.

Esto viene a encontrarse con la dimensión de los estilos de vida que el venezolano sobre todo de la clase media, pretendió alcanzar vivir, empujada desde la neocolonización ideológica desde los procesos de *transculturación*, y que se cristalizarán en la cultura del petróleo.

# Capítulo IV

## Fenomenología del petróleo

*¡La planta insolente del Extranjero ha profanado el sagrado suelo de la Patria!*

CIPRIANO CASTRO.

Caracas, 9 de diciembre de 1902

Buscamos varios elementos que den cuenta del desplazamiento de la racionalidad impuesta por el campo cultural de los sectores dominantes, de los procesos coloniales a los neocoloniales. Se trata de evidenciar este devenir de la época petrolera en la historia nacional, las heridas que deja este nuevo *ethos*, la historia íntima del petróleo, su contradicción en la representación del progreso de la nación con la nueva dependencia que estableció, mediada por el vergonzoso proceso de sumisión a la cultura del petróleo y el semblante sociocultural que este proceso de neocolonización generó en las entrañas del fenómeno del petróleo en nuestro país.

La jerarquía mundial de la ideología del racismo en Frantz Fanon (1952) se configuró a través de la explicación ontológica de las zonas de existencia humana en el orden colonial, que desde este horizonte de sentido divide al mundo entre seres presuntamente superiores en zona del ser y a los presuntamente inferiores en la zona del no-ser. A partir de estos elementos de la teoría crítica descolonial es que intentamos demostrar cómo la cultura del petróleo es una raciología impuesta por EEUU en su cruzada por imponer el neocolonialismo en Venezuela. Ubicamos en la zona del ser a las potencias imperiales del mundo moderno y sus socios comerciales en Venezuela

que exponen en su praxis histórica la mentalidad desnacionalizadora, estos son, la burguesía local. En el otro lado, a las y los nacionalistas que no desean ser fagocitados por la avanzada anxionista de “la planta insolente del extranjero”.

Estamos contemplando la conjetura de que nos encontramos frente al surgimiento en la historia de un racismo más sofisticado que el determinado por el color de las pieles y la taxonomía de la primera colonialidad. De aquí en adelante incorporamos como elementos segregacionistas el peso de la cultura, el del gentilicio pensado desde la posición que ocupan los países degradados desde la economía política del racismo, la división imperial-colonial del trabajo y el sistema de producción. La marca inaugural de este tipo de racismo está depositada en la concepción de “patio trasero” que impone EEUU desde su íntimo proceso de independencia de Inglaterra, ya como definición desigual de las regiones del mundo. Es un racismo que se afirma en lo fáctico a través de la geografía colonial, donde se comienza a figurar la diferencia radical entre lo que se concibió como primer mundo, potencias, desarrollo, hoy norte global y su correlato en esta espantosa simbiosis colonial como el sur global, las regiones subdesarrolladas por el imperialismo colonial, las saqueadas y empobrecidas por el proyecto civilizatorio moderno, las dependientes ahora del concierto de naciones del capitalismo central. Desde esa idea de geografía colonial se funda una característica del racismo ejercido por Estados Unidos al pueblo latinoamericano, no con respecto a sus élites, que serían los administradores neocoloniales del proceso de expansión del capitalismo norteamericano en nuestros suelos. Desde esta perspectiva concebimos un racismo desde la zona del ser (imperio-neocolonial) y un racismo desde las entrañas de la zona del no-ser (las ejercidas por las burguesías liberales connacionales) sobre lo que significa la cultura del petróleo, que

introduce nuevas complicaciones al debate de las controversias etnoculturales en la escena geopolítica mundial.

En este proceso de invasión de la racionalidad petrolera veremos entonces que la raciología operó desde la construcción física y metafísica de norte global y sur global, un norte que acumula riqueza y capital en un naciente proceso de explotación y despojo al sur, representado por los pueblos invadidos en esta nueva cruzada etnocultural imperialista. Es en este contexto donde las jerarquías etnoculturales comienzan a configurar la naciente racionalidad neocolonial de superioridad e inferioridad, añadiéndole incluso los viejos prejuicios que se sujetaban de la taxonomía colonial racista.

Privilegios y opresiones siguen siendo las constantes de la ideología del racismo en fase neocolonial. La raza, la etnia, la geocultura y la geohistoria van a representar esa línea divisoria entre el ser y el estar que planteaba Kusch en su *Dialéctica Americana* (1975), un estar en el mundo que incorporamos a la descripción del gentilicio latinoamericano y venezolano de los sectores populares específicamente. La concepción de la cultura de neoconquista que se impone será en principio la neocolonialidad del poder, que tendrá como auxiliar a la neocolonialidad del ser y como cómplices del proceso de asimilación y transculturación la colonialidad del saber. Las neocolonialidades asumirán resemantizados patrones interseccionalizados de opresión, de acuerdo con el horizonte de sentidos dominador y el *ethos* cultural que al interior de la sociedad estadounidense se creó como otro prototipo de americanidad.

Raza, clase y geografía se conjugan, así como también género, sexo y estética. Se vigoriza la tradicional dialéctica del colonizador-colonizado en las reinterpretaciones de civilización-barbarie ahora maquilladas con el subterfugio de tradición-modernidad; todos estos elementos como criterios cualitativos de las nacientes relaciones asimétricas de poder que

se generaron en nuestra historia nacional, con esta incursión imperialista que tiene como excusa para su penetración, la llegada del petróleo. Se acentúa más que nunca la construcción del “yo conquisto” ya no latino sino anglosajón, con su ideario de feudalismo, de esclavismo y su nueva definición de dominación desde la civilización capitalista. Frente al otro conquistado, ahora neocolonizado, va ser la fórmula económica a través de los pretextos de desarrollo y progreso que dotarán de excusas los procesos de nuevas formas de dependencia casi total de la cultura venezolana a la civilización capitalista, ejercida en el mismo hemisferio por EEUU.

En este entramado de recolocaciones de poder geopolítico mundial a lo endógeno de nuestra realidad se dio la ligazón orgánica entre neocolonialismo foráneo y neocolonialismo interno, manteniendo solapadamente, aun aquí, los marcadores etnoraciales de antaño, que fueron poco a poco reconfigurados en la construcción del yo extranjero imperial y del yo campo cultural de los sectores dominantes nacionales como elementos constitutivos del campo de la cultura dominante y su correlato, el campo de la cultura dominada, para la acción recíproca en el proceso de adaptación transcultural, esto es, la metabolización social de la cultura del petróleo.

Lo describe sintéticamente Rodolfo Quintero<sup>55</sup> como “la explotación del criollo por el extranjero colonizador y el nacional privilegiado”(Quintero, 2011:80). En los tres casos la línea abismal se da, a nuestro modo de ver, en el racismo geocultural al que estamos haciendo referencia, es decir, ciertamente desde la piel, pero también desde el espacio embrionario donde se gesta el ser, a decir de Kusch, su ecosistema semántico, su ecología sentida y tallada en la identidad, así como también,

---

55 Quintero Rodolfo (2012). La cultura del petróleo. Suplemento de la Revista Banco Central de Venezuela. Vol. XXVI. N° 2. Caracas, julio-diciembre 2011. Biblioteca del Pensamiento Económico. Banco Central de Venezuela. Caracas, Venezuela.

el contrasentido de las cosmovisiones, las maneras de ver, reconocer y pensarse como humanos el mundo. En este caso, las categorías que replanteamos serán binomiales y profundamente conflictivas: mientras que en el norte global hay una larga tradición sobre los derechos civiles, en el sur global hay una vasta experiencia de lucha por el derecho de gentes a vivir en paz; mientras que los que en la historia común se han autodefinido ontológicamente como superiores (y ese es el paradigma de lo humano en su cultura), en contraposición se encuentran los que han sido calificados como inferiores y ontológicamente hablando, infrahumanos.

Otro elemento a destacar es la expresión diáfana en el caso de la neocolonialidad del saber que impone el racismo epistémico en el encubrimiento histórico de cómo inicia la industria petrolera en Venezuela, subordinada a los conocimientos producidos en el norte imperial. El contrabando epistémico se evidencia en la narrativa histórica desde la racionalidad que se produce en el norte global como paradigma de la tecnología desarrollista, subsumiendo las experiencias en un limbo histórico que nos dice que los conocimientos adquiridos son trasvasados desde la lógica de la educación bancaria, es decir, contrayendo los conocimientos adquiridos *a posteriori* gracias a la empresa de enfrentarse a este nuevo desafío del pueblo trabajador venezolano, disminuyendo la participación en la historia del sujeto histórico petrolero, en la adquisición humana de conocimiento.

La sobreestimación del saber tecnológico producido en el norte global, que transgrede la experiencia de las personas que hacen posible la actividad petrolera, se desdibuja con la lectura que hace Araujo sobre el inicio operacional de la empresa petrolera en Venezuela; la voluntad de industrializar no puede comprenderse sólo desde la zona del ser, también la zona del no-ser inicia un proceso de entrenamiento y capacitación técnica con la experiencia activa en los ciclos de mecanización y

automatización y que más allá del lugar de origen de creación de estas tecnologías, lo que resulta de todo este momento de capacitación, es, sin duda alguna una ancha preparación de diversas maneras de tecnificar la producción petrolera.

La narrativa colonial de la historia del desarrollo científico, técnico y tecnológico, como ventaja comparativa dentro de la ciudad letrada, se percibe como la nacionalización del atraso, como la manera de naturalizar la diferencia entre las capacidades cognitivas del norte global como zona del ser y del sur global como pueblo venezolano. El universalismo de la presunta superioridad racional moderna se ve reflejado en la idea de dominancia innata, esto es, la justificación historiográfica del “darwinismo social” donde la presunta capacidad de los más aptos, es decir los de la zona del ser y de la de globalización con la transnacionalización de sus técnicas, métodos y tecnologías, borra fronteras de la cultura del petróleo en el enclave de la actividad productiva que imponen los parámetros del capitalismo.

### **Los procesos históricos que remiten a la fragua de la cultura del petróleo en Venezuela**

Luego del asesinato de Zamora avanzó entonces el país mantuano con su política de modernización, donde los sectores más acaudalados de esta sociedad (terratenientes, caudillos, comerciantes y banqueros) serían los beneficiados directos del gobierno de Antonio Guzmán Blanco en 1870. A finales de 1899 llega a Caracas la Revolución Restauradora de Cipriano Castro, quien asume la excesiva deuda contraída por Guzmán Blanco. Castro resalta en nuestra historia porque reedita la lucha antiimperialista que se viene gestando con Bolívar y, desde esta racionalidad nacionalista, confronta como política

de estado venezolano a los imperios modernos que se encontraban en fase monopolista desde finales del siglo XIX.

La zona del ser, representada ahora por EEUU convertida en hegemonía del hemisferio, tenía necesidades de la zona del no-ser: explotar sus riquezas, inundarle el mercado con sus productos manufactureros, imponer su cultura, profundizando de esta manera, en la era capitalista, el intercambio desigual.

El gobierno de Guzmán Blanco, como mencionábamos anteriormente, es el período que permite el tránsito de oligarquía colonial a burguesía neocolonial, pero como añadidura se fundan las bases ideológicas de los preceptos de la democracia burguesa liberal. La versión nacional de esta experiencia en las potencias modernas abre las puertas para la inversión extranjera en el territorio a través de la figura de las concesiones, que tenía como mínimo 20 años de indulgencias y como plusvalor a esta naciente economía nacional el beneficio a los monopolios de las grandes potencias modernas; esto, por un lado permitió el enclave económico, político y cultural al paradigma de burguesía nacional a nuestro campo cultural de los sectores dominantes, por el otro, permitió como racionalidad el contrabando de las ideas capitalistas que fundan el *ethos* empresarial, explotando al pueblo y las riquezas nacionales.

Al interior la práctica de explotación de las riquezas en Venezuela se establecía tácitamente que cuando se adquirían terrenos baldíos otorgados por el Estado (que para las compañías extranjeras era de uso gratuito) al encontrar “recursos naturales” los mismos ya no les pertenecía a éste, tampoco los compartían y se apropiaban de ellos como parte de la concesión. El hecho es que la inversión extranjera en Venezuela les era mucho más rentable, el pago de trabajadores nacionales estaba por debajo de lo que pagaban en sus países; el costo de la tierra que les imponía el estado era una suerte de regalía, era realmente muy económica, gracias a la política entreguista,

entregada y entregadora del Estado en su testarudez de atraer capitales extranjeros, exonerándoles incluso en muchos casos el pago de derechos aduaneros, erosionando así el erario nacional.

Cipriano Castro hereda esta senda nacional de enclave neocolonial y al confrontar las estructuras dadas se convierte automáticamente en un obstáculo para los intereses de los capitalistas extranjeros y los protocapitalistas nacionales. Representa hoy para nosotras la restauración simbólica del antiimperialismo que luchó contra el aparato de poder imperialista que afirmaba descaradamente el peligro nacionalista. Una de las estrategias principales fue la utilización del discurso racista contra él.

En 1902 el dueto burguesía local-imperialismo avanzan contra la yugular de cualquier postura nacionalista que impida el saqueo extranjero y el plusvalor que los desnacionalizados sacaban de estos negocios. La política de Castro retoma el centralismo bolivariano y comienza tomar medidas contra el sabotaje interno encarcelando a uno de los burgueses banqueros más influyentes de Venezuela. Se alzan las fuerzas del liberalismo amarillo, partido de la burguesía nacional, que se apoyaba en la tesis europea del equilibrio de los poderes del Estado. “La planta insolente del extranjero” la podemos leer hoy en el 2020, a 118 años del bloqueo, como el espíritu político de la restauración, de la reintegración incluso de Latinoamérica contra la injerencia de los consorcios extranjeros en nuestras vidas nacionales. Este discurso de Castro reanima al pueblo, lo reagrupa en el contenido vital del anti-imperialismo bolivariano frente al neocolonialismo capitalista y el extranjeroismo de las burguesías locales.

Dentro de los acontecimientos de esta contienda por el control de Venezuela se produce la “Libertadora”, una revolución burguesa nacional apoyada por el extranjero. Castro,

suspendió “temporalmente el pago de la deuda externa” (Correo del Orinoco, 2011:86) como política soberana, aunado a la expropiación de una compañía estadounidense que bloqueó las cosas venezolanas exigiendo se cancelaran súbitamente los compromisos financieros; estos fueron los fundamentos del epocal pataleo de mantuanos, conocido en nuestra historia como la Revolución Liberadora. (Correo del Orinoco, 2011:86,87)

Alemania e Inglaterra bloquearon y bombardearon nuestras costas para obtener el control de los puertos de Venezuela: La Guaira, Puerto Cabello, Maracaibo, Carenero, Sucinta, Cumaná, Carúpano y las Bocas del Orinoco. Generaron una baja de 40 mil caídos en el enfrentamiento. La guerra contra las potencias extranjeras fue financiada por banqueros nacidos en Venezuela, es decir, desde adentro. Los verdaderos motivos del bloqueo eran dominar los puertos nacionales y, con ello, nuestra economía, que debía subordinarse a las pautas porteenas manchesterianas. El bloqueo representó el más grande conflicto internacional que hasta el momento había tenido Venezuela. La diplomacia capitalista del norte global, dirigida al sur global, se encontraba un poco complicada entre sus ansias coloniales de anexionar las nuevas repúblicas americanas, la competencia intracapitalista y el enfrentamiento intrainperial por dominar el mundo. Es así como el norte global inicia su actividad para consolidarse como supremacía mundial. Las potencias aliadas, incluyendo la estadounidense, que con tal de alcanzar su interés de controlar los recursos naturales en Venezuela se despoja de su ropaje monroista, fraguaron sus planes de desestabilización contra Venezuela. Uno de los elementos al cual deseamos hacer especial hincapié es a la carga de prejuicios que se introducen en la esfera geopolítica del capitalismo moderno, *verbigracia* los múltiples calificativos racistas de Teodoro Roosevelt contra Cipriano y el conjunto de los medios de

comunicación del norte global, con sus representaciones racistas que lo describían como indio, caribe, caníbal, mono y simio tropical, desde su etnocentrismo. Vemos como el darwinismo social de Spencer se percoló como racionalidad, exaltando las presuntas virtudes del individualismo burgués en la acumulación de riquezas. Por ello se justificaba con la embestida racista, la atolondrada idea de la libre competencia como representación de que eran los “más capaces” los que debían asumir el liderazgo económico en el mundo.

La neocolonialidad del ser repotencia el racismo en Venezuela, lo resemantiza, pero al mismo tiempo lo sostiene como legado colonial, como sistema funda estructuras, escalas y tiempos de aparición en su versión de economía del racismo, ideología y práctica justificadora de dominación. El establecimiento del estado liberal burgués va a conjugar racismo, imperialismo y capitalismo, distorsionando identidades locales, transformando los contenidos relativos a la explotación socioeconómica; en eso va consistir la operatividad del racismo como política de estado, que refundará una nación donde la blanquitud física y cultural serán los propietarios, traducándose en más explotación y empobrecimiento para el pueblo etnoculturalmente diferenciado. Cipriano Castro finalmente es depuesto por intereses del *lobby* petrolero. En 1908 Gómez surge como el mejor aliado neocolonial (socio comercial estadounidense); el enclave ya estaba perpetuado y, con él, la fragua de la racionalidad del petróleo en el auge del desarrollo de la sociedad industrial. Gómez fue el impulsor de la explotación petrolera, dador de concesiones, sembrador de la burguesía como institución. Juan Vicente Gómez fue además el primer burgués petrolero nacional, que entregó a sus amigos y familiares el comité local de socios de la industria en el reparto de las concesiones al interior de la nación.

En 1908 Estados Unidos, a través de una intervención militar, le da un golpe de estado a Castro, poniendo en el poder a Juan Vicente Gómez y lo dejaría en el gobierno hasta 1935, cuando muere. Se ha afirmado en la narrativa historiográfica mantuana que Juan Vicente Gómez es conducido al poder en 1908 por el ejército con el acompañamiento de las compañías petroleras, así como de los latifundistas y la burguesía comercial importadora, dejando a la imaginación la construcción epopéyica de la lucha contra la tiranía y la defensa de las libertades; altruismo puro lo que acompañó esta transición en la historia fabulada mantuana, nunca o maquilladamente se asoma la confederación de intereses, apetencias, voracidades y gulas de la neocolonialidad burguesa en este acontecimiento. El primer socio comercial del establecimiento nacional de la cultura del petróleo por su puesto va ser Estados Unidos de Norteamérica. Con su arribo a Venezuela y desde la industria se establece una nueva relación de dominación-subordinación, aparece el peonaje petrolero, una nueva forma de esclavitud que impone el capitalismo.

Estos “socios comerciales” representan otra blanquitud como principio racional, la de las compañías petroleras; con ella llega un nuevo siglo de las luces, la de la luz eléctrica y los automóviles, se establece la construcción de sus fronteras coloniales no sólo como representación sino también en la disposición espacial como arquitectura. Cabimas en la Costa Oriental de Lago de Maracaibo en el Zulia, es donde fluye el petróleo con mayor fuerza y volumen, al paralelo de su explotación y riqueza generada, va creciendo la marginalidad del pueblo de la zona, se convierte en la representación más diáfana de la simbiosis que se da entre desarrollo y subdesarrollo.

La neocolonialidad en la era Gomecista le trajo a Cabimas, al Zulia y a los territorios venezolanos donde se explotaba crudo, la penetración del paisaje industrial con el balancín que era

lo más evidente, mientras lo oculto fue la tragedia del petróleo: muchas familias fueron despojadas y desplazadas de sus tierras de arraigo y cultura en nombre del desarrollo y el progreso moderno nacional. También se suman al drama petrolero que es el vivido por el pueblo las personas asesinadas para quitarles sus tierras porque en el subsuelo había “oro negro”. Desde el sentimiento, pensamiento y vivencia esta idea de progreso y desarrollo se tradujo en la muerte del pueblo, de su estar en el mundo a manos de la industrialización, se tradujo como agresividad e invasión. El pueblo no vio al petróleo como representación de bonanza, más bien se les manifestaba como agresión. El petróleo se fue comiendo la vida, el lago, las aguas, las tierras, el aire, los peces, las aves, los árboles, a la gente.

Las fronteras del ser al no-ser se hacen visibles con la construcción de los campos petroleros, la línea abismal: la cerca y lo que queda del lado afuera, en los márgenes de la “civilidad petrolera” van a ser los barrios que le crecieron alrededor. La cerca, esa línea abismal de la que hablábamos en líneas precedentes, desde el lado afuera de ella se entenderá como la cerca de los privilegios, que divide al pueblo de los burgueses no solamente física y espiritual, sino también mentalmente. Será la línea abismal de las dos realidades antagónicas, la cerca de las discriminaciones desde el lado adentro para alejar a los pobres del progreso, pero también y al mismo tiempo, la cerca que enjaulaba el lago, dejando sin contacto a la cultura de la bioregión, a la geocultura de esas aguas.

Esta agresión ecosistémica y la cosmovivencia se agudizan en la humillación del “gringo” al pueblo zuliano, la gente los describe como déspotas con los obreros, con los empleados incluso profesionales venezolanos. Pronto, más de lo que se piensa, la gente olfateó sus pretensiones y acciones neocolonialistas y neoesclavistas que reescribirían otra historia de invasiones. Su contenido es mucho más profundo que la lucha

de clases, los invasores imponían otra visión de mundo, otra racionalidad, se trataba del desprecio racista ya no sólo por los marcadores raciales que los había y seguían operando para las pautas diferenciales, ahora era una suerte de racismo geográfico representado en el gentilicio latinoamericano. Estos nuevos amos racializaron de este modo al obrero de la petrolera, fue la manera neocolonial de no-ser en sus propias tierras.

En su arribo y establecimiento en el estado Zulia trajeron sus herramientas de trabajo para la dominación: los cepos, la prisión gringa, el fetiche del campo de concentración, la mazmorra industrial petrolera, los métodos, las técnicas y las tecnologías de tortura, los trastos, los procedimientos y los aparatos de martirio, sacrificio y agonía. Trajeron consigo su economía del racismo y, en su lógica carcelaria, la prisión para los obreros que en Venezuela le llamaron *Guacamaya*, y que tenía como posibilidad de renta la imposición de la multa, una versión en pequeña escala de “la deuda eterna” que les pagan los países del sur global a los imperios, con la misma lógica, con la misma racionalidad desposeedora, donde nunca se termina de finiquitar la deuda. Trasladaron también sus “comisionados” que vigilaban la garantía de sus libertades y procuraban el orden social, nombraron jefes civiles locales, compraron y se apropiaron de los órganos nacionales de seguridad como la policía, para convertirlas en vigilantes privados. Uno de los delitos tipificados en sus manuales de procedimiento para el control social era “emborracharse”, pero la mayor penalidad física que se imponía era irrespetar al señor petrolero norteamericano.

Con el arribo de los norteamericanos al Zulia no sólo llega su forma de vida modernista, confortable y derrochadora, también se traen sus mecanismos coercitivos de poder siempre listos para el uso progresivo de la fuerza, por cierto muy usados con las poblaciones afroamericanas, las pocas indígenas originarias que les queda y con los inmigrantes sobre todo

latinoamericanos. En todo campo petrolero que se construyó en Zulia, simultáneamente con las casas para los señores del petróleo del norte, se levantaron las “guacamayas” equipadas con sus cepos para los obreros zulianos, venezolanos del pueblo.

En 1919 a nivel nacional se promueve el abandono del campo, se desamparan los cultivos de café y el cacao por el auge del petróleo; también por él se da la urbanización de Venezuela, se funda la oligarquía petrolera y tanto ellos como las empresas gringas son los que se benefician del oro negro.

Se constituye ya para 1920 el Petro-Estado burgués. Así pues, economía, política y cultura se resemantizan trágicamente alrededor del petróleo, las concesiones petroleras cambian a la sociedad venezolana, se mundializa la economía norteamericana y Venezuela se convierte en dador de materia prima e importador de productos. El país mantuano a través del Petro-Estado se apropia de las pocas regalías que dejan las empresas petroleras, lo redistribuyen en la disparatada política de “gasto público”, que no es otra cosa que el depósito de recursos a otros integrantes del país mantuano para el desarrollo de obras públicas e importaciones, creando una economía cada vez más dependiente del mercado mundial, violentador del salario de los trabajadores del pueblo.

Así se configura la burguesía parasitaria del siglo XX que denuncia Orlando Araujo en su libro *Venezuela Violenta*, que deja de producir para importar convirtiéndose en una sociedad de híperacumulación para el país mantuano. A este cinismo le acompaña la construcción de una retórica aduladora de la clase dominante y se cimienta la idea de país rico, donde emanan de su tierra de gracias las riquezas del oro negro, lo que nunca aclararon como élite era a dónde iban a parar esas riquezas. Dentro de la praxis alienante de la falacia del progreso y el desarrollo encontramos como constante una burguesía muy

eficiente para los intereses imperiales, muy violenta contra los derechos del pueblo.

Es entonces con Juan Vicente Gómez que se instaura el Petro-Estado con su estructura, llegándose a consolidar con especial hincapié en el control absoluto de la geografía nacional y por su puesto su ecosistema. La modernización gomecista va tener varias aristas: infraestructura, la configuración de un sistema fiscal acorde con los intereses del gran capital extranjero, la política petrolera con la lógica de las concesiones a las empresas extranjeras y a la burguesía en Venezuela así como el abandono total de los sectores populares.

La historia del petróleo como buen relato colonial es la historia del desangre de los pueblos, del despojo de sus riquezas, de la humillación a sus gentes, de la explotación de sus economías, caseríos desolados, marginalidad imperante, que a su vez se encuentran en oposición al derroche institucionalizado de la burguesía local; estos son elementos que ocultan las ganancias de la expropiación colonialista de todos los tiempos, son sus secuelas, sus corolarios; la instalación de la industria petrolera fue la instalación del mundo gringo y con ello la racionalidad de la cultura del petróleo, otra estrategia de reproducción de la colonialidad.

Con López Contreras desde 1936 se sigue presidiendo desde las necesidades del país mantuano. Con la adquisición de la política neocolonial impuesta por EEUU a través de su política corporativa por medio de la extracción petrolera, expulsa de Venezuela a los comunistas, reprime ferozmente la huelga nacional de los trabajadores del sector petróleo y a los campesinos que reclamaban tierras. Durante el gobierno de López Contreras siempre se firmó el “Tratado De Delimitación De Fronteras Con Colombia, que le costó a Venezuela la pérdida de unos 100.000 kilómetros cuadrados” (Correo del Orinoco, 2011:96) y también ocurrió el incendio

ocasionado por la industria petrolera estadounidense en Lagunillas de Agua, Zulia.

## El incendio del pueblo de agua Paraute

Con el ecomilitante zuliano, docente universitario Nicanor Cifuentes Gil<sup>56</sup> pudimos conocer un espantoso suceso en la historia del petróleo en Zulia del que no se tienen muchos datos y que vienen a nutrir el expediente memoricida de la tradición historiográfica mantuana. En ocasión de cumplirse 80 años de este terrible hecho pudimos comprender con mayor amplitud lo sucedido.

Lo primero que hay que destacar es que el 13 de noviembre de 1939, en la población de Paraute conocida como Lagunillas de Agua y ubicada en la Costa Suroriental del Lago de Maracaibo en Zulia, ocurre un incendio de grandes magnitudes provocado por la industria petrolera estadounidense que tenía concesiones en nuestro país. Lo segundo que deseamos resaltar y por eso la razón medular de trabajar con esta investigación, es que el ensayo está construido desde dos horizontes de sentido que coinciden con la posición teórica de nuestra investigación. La teoría sustantiva de este autor propone hacer la revisión histórica de todo lo que quedó por fuera desde la teoría crítica descolonial y la arqueología marxista latinoamericana, que entretrejida con el pensamiento de la ecomilitancia, producen un horizonte más amplio sobre los elementos, las razones y los sucesos ocultos en la historia nacional.

El tercer elemento tiene que ver con la capacidad de haber compilado varios componentes de las colonialidades en

---

56 Cifuentes Gil, Nicanor Alejandro (2019). *Desmemoria y cenizas: Los otros incendios de la neocolonización extractivista*. En: <http://clorofilazul.blogspot.com/2019/11/desmemoria-y-cenizas-losotros.html>

concreto en un espacio específico de la historia de la neocolonialidad en Venezuela; esto nos ha permitido cristalizar algunas sospechas sobre lo que venimos investigando alrededor del tránsito de lo colonial y lo neocolonial. Primero, las traslaciones de un horizonte de sentido a otro, podríamos decir su maduración en cuanto a sistema de opresión, lo otro es que dentro de la ecuación y que nos está permitiendo alimentar la categoría de neocolonialidad del ser, la dimensión ecosistémica, se explica políticamente, no como algo que nos rodea, sino como algo que nos constituye como especie.

El incendio del pueblo de agua Paraute, 80 años después nos devela cómo fue el ejercicio de la neocolonialidad del poder con las disposiciones de los espacios geográficos en Venezuela tras la mampara de las concesiones; el alcance y la capacidad de dominio que les permitió el estado venezolano desde esa bazofia que hemos conocido como “socios comerciales” y que encubrió desde el primer momento la invasión silenciosa del imperio norteamericano a nuestras tierras, culturas y vidas. En esta caracterización de la neocolonialidad del poder, el caso Paraute es emblemático en la medida en que nos ha permitido comprender que este acontecimiento y otros alrededor de la imposición de la cultura del petróleo han tenido intenciones anexionistas y colonialistas. En esta época específica se trató, a decir de Cifuentes Gil, de la expansión del modo de vida capitalista extractivista de hidrocarburos, la consolidación de una cosmovisión diametralmente opuesta a la cultura lacustre.

Como las neocolonialidades, al igual que las colonialidades son, o representan más bien, las relaciones de dominación que se establecen entre las zonas del ser y del no ser, en esta ilación, el correlato de esta historia, el no-ser, los caídos en esta guerra civilizatoria van a ser “las poblaciones originarias de la etnia indígena Añú así como de pobladores criollos y sus cosmovisiones ligadas a la ecosistémica lacustre estuarina” (Cifuentes

Gil, 2019:1). Aquí subyace el otro elemento de análisis con suficiente peso político, los pueblos de agua, los originarios y los adaptados al lago, el vínculo ecosistémico, y esta relación ecológica como mecanismo nuclear de la vida en todas sus formas. Es la reorganización de los elementos que están implícitos dentro de la crítica a la neocolonialidad del poder, que configura ontológicamente los términos de la ecuación desde la construcción o definición cultural del ser humano. Se da la dialéctica de Kusch (1975) con mucha claridad, el ser representa a las empresas petroleras, y el estar a la cultura lago. Es el sustrato, la base, la razón de la disputa, la colonialidad de la naturaleza, y como desde ella como centro, como principio generador de la vida, se comprende la neocolonialidad del ser, desde, por un lado la invención del recurso natural, que convierte a la naturaleza en un “organismo abiótico” con capacidades de ser explotada ilimitadamente, y por otro lado, la constitución del racismo geocultural, geohistórico desde un horizonte de sentidos muy limitado como la geopolítica capitalista. Cosmovisiones en franco contrasentido una en la zona del ser y otra, si se nos permite la readaptación de la categoría fanoniana en diálogo con Rodolfo Kusch, la zona del estar del estar en el Lago, del estar Añú, del estar en Paraute, del estar en un pueblo de agua.

El otro elemento que repotencia la dominación en la esfera de la neocolonialidad del ser es la narrativa patriarcal judeocristiana que tiene como chivo expiatorio a la prostituta de oficio Alicia Mendoza, dueña del *Bar Caracas*, quien desde el mito fue la responsable, o autora material del incendio de Paraute (Cifuentes Gil, 2019:18).

El incendio de Paraute fue la expiación de los pecados de “una irresponsable y voraz manifestación de un eco y culturicidio a manos de una forma económica social capitalista encarnada en una empresa petrolera estadounidense adicta al

extractivismo” (Cifuentes Gil, 2019:2). Para el mito de la cultura del petróleo es “Alicia Mendoza prostituta de oficio”, mujer de la mala vida, la que produce la tragedia de Paraute; en la historia queda sobre sus espaldas el haber cargado desde esta narrativa machista y cobarde, con todas las culpas del incendio de Lagunillas de Agua. Fue juzgada por la historia, la convirtieron en la depositaria de la agresividad del sistema con “envión de arrase” fue ante la historia local, regional y nacional la receptora de los castigos proyectados hacia el futuro, estrategia que ayudó a que “convenientes y criminales conservadurismos” se les concediera la eliminación de la culpa o pecado, a través de *instaurar imaginarios engañosos en una* tercera, la mujer pecadora, la culpable de todos los males, de la historia, una suerte de destino manifiesto patriarcal, donde las mujeres por naturaleza, por voluntad divina tienen la culpa de todos estos males.

Así se anillan en perfecta conjunción la neocolonialidad del ser con los elementos geohistóricos, geoculturales, etno-raciales y patriarcales, como elementos constitutivos de la neocolonialidad del poder, que requiere de los procedimientos anteriormente mencionados para avanzar en la consolidación de un sistema de terror que certifique lo que la cultura del petróleo es capaz de hacer para lograr sus objetivos económicos. Y para completar el universo de las neocolonialidades, incorporamos una reflexión del autor que ubicamos como la neocolonialidad del saber con las estrategias de terrorismo psicológico que esta racionalidad incorpora dentro de los modos de relación que establece.

Cifuentes Gil les llama “la urdimbre multifactorial”, que les permite la tradicional “acumulación por desposesión” que los colonialismos e imperialismos de todos los tiempos han ejecutado; la neocolonialidad del saber la ubicamos en su reflexión acerca de cómo el caso Paraute se narró desde un “falso positivo”, de cómo la acción criminal fue enmascarada con

estrategias de “guerra sucia”, con elementos de guerra psicológica y que permiten ver la dimensión de la guerra política”; la parte fundamental del memoricidio perpetuado en el que se sacrifica un ecosistema, un pueblo, una cultura, pero sobre todo una verdad histórica a través de la circulación y difusión de noticias tendenciosas y falsas acciones.

Nos habla Cifuentes Gil (2019) como Paraute es el ejemplo concreto de eso que la ecología política latinoamericana consciente de su posición del sur global, dentro de la división internacional del trabajo representa, esto es en la mayoría de los casos, zonas de sacrificio nacional. Lo primero es comprender que el incendio de Paraute es la transición para la creación urbanística de Ciudad Ojeda decretada “El 19 de enero de 1937... por el Presidente Eleazar López Contreras... cuyo nombre surge como un homenaje a Alonso de Ojeda” (Cifuentes Gil, 2019:17), esto es, promovida por el estado, salvaguardando los intereses de la empresa *Venezuelan Gulf Oil Corporation*. Cifuentes Gil reconstruye la escena del crimen a través del ordenamiento de fuentes que se han generados en busca de la verdad histórica, en su narrativa logra concatenar los siguientes sucesos: 1) se hace de Paraute deliberada y premeditadamente una zona de riesgo, con la acción de provocar un derrame petrolero que garantizaría las condiciones para la tragedia; 2) el ecosistema pronto respondería al estímulo, el derrame del combustible iría a parar a las bases de madera de los palafitos, hasta el aire que se respiraban era inflamable; 3) el Estado no toma las medidas preventivas, pero sí se prepara logísticamente para el desalojo; 4) el resultado, un incendio descomunal que en dos horas quema aproximadamente mil casas y deja un doloroso saldo de 3000 mil personas muertas en una demografía nacional que no llegaba a los 4 millones de personas. Nos lega Britto García (2017), en su libro *El Verdadero Venezolano* que 3 años antes del acontecimiento de

Paraute, en 1936, el censo poblacional de ese año, expresaba que la totalidad de la población nacional era de 3.364.347, lo que nos invita a preguntarnos ¿Paraute representó un etnocidio perpetuado por la cultura del petróleo? ¿Fue un acto deliberado de exterminio social con fines netamente mercantilistas? ¿Estamos frente la historia de impunidades del delito genocida que sistemáticamente ha ejecutado el imperialismo norteamericano sobre los pueblos del mundo?

### **Sobre el *ethos* petrolero en los estilos de vida venezolanos**

Con el surgimiento de una cultura del petróleo hubo un replanteo en las vidas cotidianas de la venezolanidad desde el inicio de la inserción de la industria petrolera, su penetración, adecuación y posterior desenvolvimiento introdujo otro proceso de transculturación disímil al generado por la pauta cultural del imperio español; de esta manera se neocolonizaron los estilos de vida con una peculiar estratificación social, que permitió el surgimiento de una clase media integrada por técnicos, obreros y empleados administrativos. Nos interesa pensar cómo este fenómeno de entrada de la “manera petrolera” produjo en la concepción del trabajo una suerte de venezolanización de la actividad petrolera, con la posibilidad de acceder a la gerencia de la industria, fundando así lo que conoceremos como la “meritocracia”, enfrascada en políticas antinacionales, que profundizaron la dependencia de Venezuela con respecto a lo que se creaba en Estados Unidos. Así se van develando los planes de desvenezolanización de nuestra identidad, con la imposición de sentimientos imitativos a la norteamericanización, el *ethos* petrolero, con sus ideas, utensilios, vocabularios, servicios, sentimientos, usanzas y modas, a decir de Rodolfo

Quintero (1962)<sup>57</sup> todo un robusto sistema polienajenante. La cultura del petróleo en nuestra historia, definida como una racionalidad de las apetencias, tiene reflejado en los procesos de posicionamiento de esta pauta cultural, en su metabolización en nuestra sociedad, las luchas intestinas por el control del petróleo en Venezuela, en las entrañas de la burguesía nacional, principalmente desde los estamentos políticos, militares y económicos, a través de guerras que culminaron en golpes de estados, en las tracciones entre estamentos, en la actuación permanente del capital extranjero en el país y la conducción de los sectores populares a la pobreza crítica.

Ya avanzado el siglo XX los pactos, los tratados, acuerdos, convenciones de los estamentos de poder, su legalidad, sus formas productivas, incluso sus postulados políticos, hasta el Pacto de Punto Fijo, se mantuvieron incólumes en el poder, pero muy a pesar de ellos, en cada época desde que se inicia la opresión comienzan simultáneamente los antagonismos sociales. Del desmontaje de la economía productiva al nacimiento del “sultanato petrolero”, nuestra historia muestra los paralelismos de este fenómeno con el empobrecimiento inducido de los sectores populares. El debate medular en esta historia es evidenciar cómo se redistribuyó la renta entre la población venezolana con el nefasto embolsillamiento de esta riqueza por parte de las élites. Comienzan nuevas formas de dominación en pequeñas escalas, la relación supervisor-supervisado es una de estas distinciones claras, quien gobernaba era la PDVSA blanca, la “catira”, la de los agentes no criollos. En el centro de la dinámica establecida de esta civilización de la guerra con su respectiva racionalidad bélica, la contienda entre libertad y liberación con el tiempo fue agarrando cuerpo y convirtiéndose en situación central de la neocolonialidad.

---

57 Quintero Rodolfo (1976). *Antropología del petróleo*. México: Siglo XXI Editores. D.F.

De allí que la institucionalización de la política de las importaciones abra otra brecha muy significativa entre lo que se dice como especulación del desarrollo nacional, de lo que impone como mandato categorial colonial en las ideas del desarrollo social y lo que representó en un estamento la idea de desarrollo económico, que más que producir, generando caminos para la autodeterminación de nuestra economía como sistema productivo, se tradujo en la idea de lucro fácil sin mucho esfuerzo, porque las ganancias de las reventas fueron siempre mucho más amplias en cuanto a acumulación que las de la inversión y ganancia de la producción, de la creación de una arquitectónica que garantizara al menos la soberanía y seguridad en el consumo interno. Es importante resaltar que en esa idea de burguesía parasitaria se encuentra expresada la intención de la cultura de conquista de hacerse rico sin mucho esfuerzo, este es uno de los justificantes del éxito de la cultura del petróleo, del anhelo rentista; los veremos resaltados en las características de la meritocracia petrolera a través de la antropología y cultura del petróleo que nos lega el antropólogo venezolano Rodolfo Quintero. La ciencia y la técnica del petróleo en Venezuela fueron féculas en la medida que lograron establecerse al interior de la cultura de los pueblos; su racionalidad actuó desde el inicio articuladamente para garantizar la transmisión de un universo de significancias en todas las dimensiones de la vida. La instalación de la industria del petróleo fue la instalación del mundo gringo, gracias a este proceso la desnacionalización es más fluida, además de intentar sacarla de sus raíces, al paralelo se construyó la mediatización de lo antinacional, y como mecanismo compensatorio se erigió el hedonismo propio de la neocolonialidad del ser.

Como existencia concreta de nuevos procesos de transculturación mediados por las neocolonialidades se inauguran en este contexto, un complejo entramado de funcionalidades

que implicaron la entrada de la racionalidad petrolera como elemento superestructurante. Así, la función social con connotaciones elitistas y de exclusión social fueron transmitidas a través de actividades, creencias, hábitos, costumbres y prácticas, asociadas a la función psicológica donde se aprendió la socialización de la cultura desde la niñez, en la familia, escuela, trabajo, comunidad y que terminaron generando, la función adaptativa de nuestra identidad, a través de las ideas, los pensamientos y la percepción modificada de nuestra realidad.

La cultura del petróleo es una cultura industrial, una cultura urbana y comercial, una cultura elitista que ayudó a consolidar a la globalización cultural en los procesos de homogeneización a nivel mundial de los pueblos del sur global. Sus expresiones, criterios, su idioma, religión, penetraron y transformaron sustantivamente a las culturas locales, siendo absorbidas, fagocitadas por la cultura exterior dominante. El éxito del adoctrinamiento generacional de la “gente del petróleo” en Venezuela, se da en la construcción también de la axiología petrolera, los valores del mercado, los principios del individualismo burgués sistemáticamente promovidos. La semilla del petróleo era la divisa generada, tomar el producto para la economía política burguesa fue la garantía de que el mundo urbano del norte global gozase de grandes avenidas, gracias al sacrificio, sobre todo en Venezuela de la geocultura zuliana.

La naciente filosofía del petróleo que buscó, más allá de establecer una racionalidad, fijar las bases de un comportamiento que alimentase la productividad requerida de la sociedad moderna del siglo XX, afectó profundamente nuestra sociedad que mutó física y espiritualmente no sólo en el Zulia, en Anzoátegui, en Monagas, en Bolívar, sino que además se extendió por toda Venezuela. Es por ello que coincidimos en la reflexión de otros autores acerca de lo que representó la urbanización de Venezuela como ensueño que se

materializó en concreto y cabilla, y este punto de penetración del cemento y el hierro en nuestro hábito cultural fue determinante en la medida en que, como apuntó Araujo (2004) se “afectaron las relaciones interpersonales al remodelar los valores afectivos (...) para convertirse violentamente en “hogar” propio de grandes ciudades. Las personas tuvieron que adaptarse a la nueva forma de vivienda impuesta por la cultura del petróleo y cambiar sus costumbres” (Quintero, 2011:21). Cambia la forma de vestir por el traje informal hecho industrialmente, se trastocan las pautas de identidad gastronómica, se impone la comida rápida con sus prisas como ingrediente principal, todos estos elementos “como técnicas de propaganda del nuevo estilo de vida” (Quintero, 2011:21) para beneficiar a la sociedad de consumo que se establece con la cultura del petróleo. Allí se conjugan empresarios norteamericanos y burgueses importadores nacionales para fundar la sociedad comercial que se propaga como nueva economía en todo el territorio, cambiando la vivienda, la estética de la vestimenta, colonizando paladares con gusto sintético, industrializados y monotemáticos. Y con ello, gracias a los medios de comunicación, como tendencia política y económica, se da el proceso de homogenización de la cultura.

El deseo de comprar y de consumir de la civilización gringa como proceso concreto de conquista hace especial hincapié en las ideas de confort, de la comodidad, de nuevos estados emocionales que describen ahora la felicidad desde el consumo ilimitado como ideario de “libertad” individual. Los mitos de consumo, de libertad individual, de confort, felicidad, progreso, éxito, desarrollo, son reelaborados en un nuevo complejo de estilo de vida. Se nutre así la racionalidad de la cultura del petróleo, que actuará en consecuencia, con el surgimiento de una nueva conducta, generando así tensiones identitarias, como efecto psicológico al interior del ser cultural, imponiendo un

sistema de vida idílico-onírico de representación de la realidad. Ya no es un préstamo cultural, es un obsequio, un regalo que no se puede devolver, porque le ocasionaba grandes pérdidas al donador, al obsequiante cultural.

Los diversos vectores empleados para la asimilación por contacto con las formas y los contenidos culturales fueron muy efectivos mecanismos de penetración y crecimiento exponencial del cambio cultural, transformando profundamente los patrones identitarios; la cultura del petróleo es en principio una cultura sobre todo material, que impactó las maneras de vivir, desde las condiciones materiales impuestas, reconfigurando las relaciones de producción, las relaciones económicas, esta es la función difusora de la cultura del petróleo, de los contenidos, de los núcleos de sentidos, que además condiciona el proceso de transculturación para mitigar las resistencias, o sea, para desidentificar la venezolanidad como núcleo existencial, sin duda alguna fue un proceso sublime y reiterativo de extranjerización desde la dimensión de desconocimiento geohistórico y geocultural, de los sujetos con su propia matriz identitaria, que usualmente conforman “un pueblo” con su idioma, sus tradiciones, su historia, el núcleo duro, su corazón, lo que echó raíces, lo radical, lo arraigado.

Al ampliar la visión de la cultura del petróleo más allá de nuestras fronteras, vemos claramente que obedece al mandato de la consciencia supracivilizatoria moderna de entonces, que involucró en su expansión los intereses globales y tendientes a ser transmitidos, igualados y adoptados como una manera de estandarización y regulación de las características más importantes para vivir en la sociedad moderna. Pasamos de los procesos estructurantes de la alienación como mandato civilizatorio a una especie de técnicas artesanales de dominación, a tecnologías industrializadas de introducción de los elementos medulares de la cultura del petróleo; con respecto a la

identificación artificializada entre esta cultura que fue la responsable de la aceptación, reacción y adaptación del venezolano al nuevo patrón identitario, trayendo como consecuencia lo que expresa muy bien Quintero “el grupo conquistado se deteriora económica, política y culturalmente. Y se construye un orden social apropiado para los objetivos de la conquista... -y- facilita la construcción de un nuevo orden social” (Quintero, 2011:24).

También es importante vincular todos estos procesos debatidos con en el desarrollo de una aristocracia obrera, despolitizada desde su confección. En este aspecto avanzó lo que denuncia Rodolfo Quintero: los planes de aristocratización con mecanismo relacionales, presuntamente fundantes de la confianza entre sí y para sí de los que años después comprenderíamos es la gente del petróleo, esto es “empleados de confianza”. La emergencia, entendida tanto como urgencia o acaecimiento de una burocracia obrera como directivos de los sindicatos patronales, que fue moldeada a partir de un arsenal de chantajes; de allí que institucionalicen y “creen honores y premios” (cantidades de dinero, medallas, becas para estudiar en Estados Unidos, pasajes para viajar a Puerto Rico); (Quintero, 2011:36)

En los años 40 del siglo XX después de un sistemático y sistémico proceso de domesticación de las conciencias nacionales, se sigue trabajando en la construcción legítima del protector criollo de la cultura del petróleo y aparece el *gángster* sindical como el policía privado de las empresas, que tenía como principal ocupación delatar a la disidencia, aterrorizar a la engrosada clase media y hacer muchos trabajos sucios para mantener el *status quo* del orden neocolonial. En la década de los 60 del siglo XX las presuntas ganancias ocultas de la renta del petróleo eran más bien exteriorizadas con la configuración por un lado de pueblos desérticos, el derroche institucionalizado

de la gente del petróleo y la presencia del sindicato petrolero a mano de la democracia burguesa, que luego de los sabotajes de los nacionalizadores, aumentaron los secuestros políticos y las torturas. Existieron episodios de carros bomba y se nutrió desde este brazo armado de la burguesía la figura de los desaparecidos en el estamento de los obreros petroleros, “disparen primero y averigüen después” se caracterizó por ser un sindicalismo burocrático y patronal, en su dimensión menos tóxica.

La nacionalización en los primeros años de la década de los 70 del siglo XX fue una moda en la totalidad del mundo petrolero instalado en el sur global, donde estaban los mayores yacimientos de crudo; los países miembros de la OPEP decretaron esas nacionalizaciones desde lo formal, con sus respectivas leyes y reglamentos. En el contenido neocolonial que era lo invisible, las corporaciones fueron grandes tuteladoras de esta economía rentista, además que estos procesos implicaron la recaudación de nuevas rentas, con las indemnizaciones que estaban postuladas como normativas a las compañías petroleras extranjeras como parte de los gastos de la nacionalización. No hubo entonces una transformación cultural, las gerencias por ejemplo seguían estando en mano de los gringos en su gran mayoría; los costos de la nacionalización para Venezuela fueron la obtención de tecnología obsoleta, el problema irresuelto de los derechos reivindicativos de la clase obrera, el sostenimiento del modelo de internacionalización que simuló volcar la producción al interior cuando lo real fue que las transnacionales se quedaron con la comercialización, es decir con la dimensión que generaba más renta.

Con la explotación petrolera se incrementan las capas medias de la población venezolana, es su expansión que nos permite medir el fenómeno de la modernización y los impactos en las formas más resaltantes de pensamientos y conductas, el proceso de neocolonialismo a través de la tecnología

civilizatoria de adormecimiento de la conciencia, hace aparecer la clase media para distraer la historia lucha de clases que a su vez tuviese el plusvalor de garantizar la falacia del progreso (Quintero, 1972:171, 172).

Por estas razones de peso político se hizo mucho más fácil la creación de una subjetividad con clara mentalidad de *clase media* que “multiplica las necesidades artificiales para ocultar las reales”, el surgimiento de la clase media del confort que vive para ganar y comprar, consumir y gastar como forma de adscripción a la cultura del derroche (Galeano, 1973, 140). Por eso se promovió con esta dinámica de vida lo que Quintero en la *Antropología del Petróleo* definió como el quietismo social, una de las expresiones más sofisticadas de la dependencia, donde los sujetos acríticamente absorben los productos culturales y se despolitizan frente a las represalias que la cultura del petróleo desarrolló contra la disidencia como el espionaje sociológico dentro de las universidades que permitió crear la base racional del proceso de neocolonización en los profesionales.

El venezolano petrolero, de clase media, formado en las universidades de la era, se hizo extranjero espiritual con piel venezolana, pensaba y actuaba como norteamericano, logro incalculable de la economía política del racismo desde su sistema de blanqueamiento en su dimensión de explotación petrolera, es decir, que ser empleado petrolero significaba cada día dejar de ser pueblo venezolano del tercer mundo subdesarrollado, y este proceso tuvo un eficiente mecanismo de selección.

Todos estos elementos fueron parte constitutiva de esa meritocracia que conocemos como la gente del petróleo. En sus manuales de recursos humanos que fabularon como rigurosos procesos de selección estaba implícito el prejuicio del racismo institucional promovido por la neocolonialidad del ser, que como mencionábamos antes ya no era solamente desde los marcadores raciales, se les incorporaba la apariencia de pueblo,

los subterfugios para justificar las contrataciones o negaciones de ingreso, los mejores y más capacitados, la idea de control del empleado, el rendimiento, la evaluación periódica para la formación de la meritocracia, la aceptación de la nacionalización de la empresa extranjera, esto es racionalmente en suelo venezolano, entre otros factores que monitoreaban desde la posición política, hasta el arraigo a la cultura nacional.

Lo cierto es que la gente del petróleo con su *ethos* petrolero, no necesariamente con su genética, fue construida como una clase aparte, profundamente desnacionalizada, que estaba condicionada a defender la libertad de empresa, para que el estado quedara por fuera de la autonomía neocolonial en las decisiones y para que se aceptara acríticamente los valores de la democracia representativa, en ese horizonte de sentidos es que se da en el 2002 en Venezuela el sabotaje petrolero burgués.

La cultura del petróleo y su subjetividad fueron producto de un implante racional que determinaría el quehacer de su clase trabajadora en la forma cultural y estarían formados, además en universidades para tal fin, todo el sistema de la economía política del racismo repotenciada en la cultura del petróleo, que además de “fumigar” todo lo que representara a los sectores populares adentro, en su dimensión economicista construyó la imagen de empresa comercial desde la nacionalización, por encima de su compromiso como empresa pública. Por ello, el interés de PDVSA blanca neocolonial norteamericanizada era preservar la autonomía operacional y la autonomía de negocios, abrir espacios al capital extranjero sin ningún tipo de controles estatales o contraloría popular, incluso toda propuesta interna surgida desde las entrañas de la clase trabajadora por parte de los operadores venezolanos que eran los que estaban en el campo laboral era consultada al extranjero y desde allá se daba la orden de ser o no aprobada, tenía el poder de dar el visto bueno, y si el amo transnacional no lo aprobaba

entonces la propuesta, aunque trajera mejoras no se aprobaba. PDVSA era la empresa, el accionista era el estado, por eso los negocios los tenía PDVSA y los diversos gobiernos del norte estuvieron incidiendo hasta el 2002 en las políticas de la empresa, porque el fin siempre fue administrar el petróleo, su idea de desarrollo era nuestro subdesarrollo.

Los testimonios sobre la neocolonialidad del trabajo que desmiente la presunta autonomía, recogidos por el equipo de investigadores que realizó el excelente documental de Marc Villá<sup>58</sup>, relatan que incluso en el 2001, la red de comunicaciones de PDVSA era administrada desde afuera, desde estados Unidos, su cerebro operacional era manejado desde allá.

La tecnoculturación en la cultura del petróleo para nuestro caso, se empleó para producir el desalojó de la cultura local, la cimarrona, subversiva, insurgente, en esta subjetivación inducida se da la pérdida de la propia estimación político-cultural, creando condiciones favorables para el consumo que impuso el sentido de estabilidad económica, principalmente como percepción, fuesen procesos profundos de desarraigo y de adaptación formal, no totalmente estructural, porque las bases materiales de la sociedad no lograron auto-determinarse, sino más bien seguir ancladas a la línea impertérrita de la dependencia y la explotación esclavista profundamente antipopular.

Con el mandato del enclave cultural, que generó sin duda alguna el trauma neocolonial y el conflicto que continua estando presente de dependencia irresuelto, fue uno de los éxitos de la doctrina cultural de la razón petrolera, de la avanzada de la civilización “gringa” a nuestros territorios semánticos, la conquista por parte de su prensa que nos hizo dejar de formar periodistas para crear la subjetividad de los comunicadores

---

58 Marc Villá (Realizador) (2007). “Venezuela Petroleum Company” [largometrajes documentales]. Fundación Villa del Cine. Caracas, Venezuela.

sociales, una suerte de relacionismo público de las noticias y la información. En el caso del cine, que es la industria cultural más efectiva que moldea conductas e industrializa estereotipos de personas, en los Estados Unidos suple las funciones de un Departamento de Cultura, mismo que no existe, y a partir de los discursos cinematográficos, se incide en la dinámica cultural.

Otro elemento impactante en la vida cultural de la venezolanidad desde el *ethos* del petróleo fue la inversión epistémica y económica de la radiodifusión que de manera magistral logró combinar los sonidos que se dan de hecho en la construcción musical, con sus respectivas armonías, melodías y ritmos en una secuencia temporal para producir el estado emocional que de hecho la música como humanos nos causa.

Así nuestra radios iban a ser difusores de la industria musical creando los hábitos de consumo, pero que además logró la introducción de la publicidad de productos varios promovida con instrumentos musicales, con conjuntos de sonidos sucesivos, combinados, generaron más allá del efecto tradicional de lo musicalizado como efecto estético o expresivo, la necesidad de consumir lo que nos vendían; la política radiofónica norteamericana expresada en Venezuela requiere realmente un estudio profundo, porque la radio llegó en un tiempo a lugares más lejanos que la TV, y a través de sus procedimientos supieron organizar lo sensible del arte con una combinación coherente de mensajes, sonidos, voces, que cumplieron con los principios fundamentales melódicos, armónicos y rítmicos pero para la publicidad. Entonces un programa radial fue la combinación perfecta de musicalización y promoción de productos, la música era el telonero, lo central era la promoción de los productos para garantizar su consumo. De la televisión hablamos en el apartado sobre el esteticidio gris.

Los elementos que fueron introducidos por la neocolonización a través de los trabajos de distintos pensadores venezolanos, desde la cultura, la antropología, la historia, la filosofía, la economía y desde el periodismo militante abrieron el camino para el análisis de este fenómeno tantas veces observable; de allí que hayan aportado un sinnúmero de explicaciones del ser de esta cultura y de la consciencia que se construyó para esa subjetividad. El conjunto de manifestaciones y fenómenos que caracterizaron el traslado de lo colonial a lo neocolonial en Venezuela es muy preciso gracias a la definición de la cultura y la antropología del petróleo. El proceso estudiado por Rodolfo Quintero, la manera como ha relacionado los acontecimientos que orbitan a la fenomenología del petróleo, ayudó a generaciones más recientes a profundizar en temas como la relación con los ecosistemas, el desarrollo de hechos económicos, políticos y sociales, y sobre todas las cosas, el estudio de las estructuras de la experiencia subjetiva de la gente del petróleo.

Junto a Rodolfo Quintero afirmamos hoy que la cultura del petróleo forma parte de la civilización gringa, esta se define como una civilización y cultura de conquista que siempre va imponer su racionalidad en todos los ámbitos de la vida social. Eduardo Galeano nos recuerda en *Las venas abiertas de América Latina* que para los años 70 del siglo XX Venezuela seguía siendo el mayor exportador de crudo y a su vez el que más ganancias les daba a los burgueses norteamericanos del *lobby* petrolero en América Latina. Su riqueza natural era paradójicamente escandalosa a su pobreza poblacional, desde esas contradicciones llama enormemente la atención que dentro de los límites de la miseria social imperante, se hubiese adoptado la política de urbanizar el país con una amplia red de carreteras y autopistas de las más modernas de la subregión, como también, generó espaviento sobre los índices de consumo de licores, que Venezuela fuese la que más bebiese whisky escocés:

“Ningún país ha producido tanto al capitalismo mundial en tan poco tiempo: Venezuela ha drenado una riqueza que, según Rangel<sup>59</sup>, excede a la que los españoles usurparon a Potosí o los ingleses a la India” (Galeano<sup>60</sup>, 1971:141). Para la década de 1970 ya la cultura del petróleo era un hecho concreto de aplanamiento de la identidad por mandato del estado moderno burgués, de allí en adelante se encuentra ampliamente justificada la racionalidad de parte importante de la población.

### **La institucionalización venezolana de la zona del no-ser: la democracia puntofijista**

Continuando con la construcción de la neocolonialidad del ser, impuesta por la supremacía norteamericana, lo que trabajamos como planteamiento en este párrafo del ensayo, es la manifestación del neocolonialismo interno y la institucionalización de la zona del no-ser dentro de Venezuela que, en *el contexto internacional*, la vamos a ubicar en las luchas de todos los pueblos del mundo que no son occidentales y fueron colonizados por el proyecto civilizador moderno, manifestándose en la otredad construida como dimensión alternativa de la opresión racial, que tiene su correlato en el privilegio racial del neocolonialismo como pauta cultural que se impone.

En nuestro *contexto particular* estamos hablando concretamente de los cuarenta años de democracia puntofijista que arrancan en 1958 con la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y culmina formalmente en 1998 cuando arriba a la presidencia Hugo Chávez Frías y propone la refundación patria a través del establecimiento de la quinta república que

---

59 Rangel, José Vicente (1967). *Expediente Negro*. Editorial Domingo fuentes. Caracas, Venezuela.

60 Galeano, Eduardo (1971). *Las Venas Abiertas de América Latina*. Siglo XXI Editores. Bogotá, Colombia.

se consolida con la transformación de la carta magna mediante proceso constituyente en 1999.

Uno de los elementos medulares que trabajamos es a partir de esa sentencia de considerar el tiempo de la democracia puntofijista como la alianza para el control del estado donde convergían los partidos políticos, principalmente Acción Democrática y COPEI, el sector empresarial, la representación de esa burguesía nacional de la que nos hablaba Núñez Tenorio que no necesariamente era venezolana, y su cristalización es FEDECAMARAS. Otro sector fue el peonaje sindical, sindicatos patronales dirigidos por la Confederación de Trabajadores de Venezuela, la alta jerarquía eclesiástica católica; todos ellos integrados en el país mantuano, sostenedores de la democracia representativa, la que enterró su propio proyecto de la cuarta república, las cúpulas de la zona del ser venezolano.

Muchas veces en nuestra niñez oímos hablar de las “cúpulas podridas” del poder en Venezuela, esas que moldearon el espacio interior de las venezolanidades para congraciarse con el gran capital financiero mundial; en estas historias desde abajo traslucen como un conjunto de personas que administraron la neocolonialidad endógena, cubrieron con sus constructos ideológicos todos nuestros cielos, fueron el elemento estructural de nuestras condiciones de vida y los que profundizaron como problema la economía, lo jurídico, lo político, lo ideológico-cultural; de allí que se instituyeran en un almacigo de crisis multiformes: crecimiento, endeudamiento, productividad, como elementos orgánicos de la crisis puntofijista, sellando las fisuras de la civilización capitalista en nuestro país, con la relación asimétrica entre capital-trabajo. Del mismo modo, siguieron arrastrando el ramillete de la crisis histórica colonial: la crisis social, la del racismo que no cesa, la crisis del estado colonial, a las nuevas crisis del estado neocolonial.

En esa alianza para el control absoluto de la república de Venezuela, se inserta de manera peculiar en ese horizonte de sentido neocolonial la doctrina de la seguridad, esto es, la neocolonialidad del poder y su cristalización a través del estado coercitivo, permitiendo la penetración del sector militar nacional configurado por Bolívar desde los ejércitos libertadores. La venganza mantuana en la historia fue hacer de ese estamento unos guerreros sin sentido, entrenados en la Escuela de las Américas para extinguir al pueblo cimarrón; allí desde esa precisa colonialidad del saber aprendieron juegos de guerras, confeccionaron guiones estratégicos para institucionalizar la masacre, aprendieron técnicas de simulación, con modelos matemáticos que tuvieron la precisión de acabar con el espíritu del ejército popular, encontrando así la ecuación para convertirse en fratricidas. Esta es la arquitectónica que logramos reconfigurar de la alianza para el control del estado, del despojo y acumulación, son los sustentantes de las neocolonialidades. Uno de de los elementos que trabajaremos poco pero que sin duda son justificadores de la neocolonialidad matriz, se halla precisado en la radicalización de la guerra fría, donde se competía por las áreas de influencia de la dicotomía moderna entre socialismo y capitalismo. El plan imperial global se inaugura con el posicionamiento militar para la disputa asimétrica de los territorios, la riqueza ecosistémica.

### **Fórmula de la Guerra Fría: política del Imperio norteamericano**

Las Garras imperialistas necesitaron controlar la presunta seguridad hemisférica en América desde 1823 que trabajó arduamente en “plagar la América de miseria” en nombre de su codiciada libertad. Así nace el panamericanismo en 1910, que

será la semilla que parirá a la Organización de Estados Americanos en 1948. Antes EEUU había constituido, en 1945, la Organización de Naciones Unidas (ONU), acontecimientos todos que falazmente repetían “la guerra para evitar el avance comunista en el mundo” (Linares, 2011:30). Con esa excusa se derroca a Isaías Medina Angarita el 18 de octubre de 1945, asumiendo la presidencia Rómulo Betancourt, quién termina de territorializar al Departamento de Estado norteamericano en Venezuela y suscribe el pacto internacional de exterminio comunista. Es el momento donde Venezuela se integra a los juegos de guerra de la Guerra Fría.

En el aspecto teórico político que nos lega Bigott como metódica hurgamos dentro de las letras del arqueólogo Venezolano Pedro Pablo Linares (2011) y nos encontramos con los siguientes datos. En junio de 1947 se instala en Venezuela el “Plan Rockefeller” apellidado del acaudalado estadounidense quien se convierte en uno de los más grandes inversionistas norteamericanos para el sector petrolero con la *Creole Petroleum Corporation* logrando extender sus tentáculos hasta el sector agropecuario, garantizando el control de nuestra seguridad agroalimentaria; este es el paquete económico que permitió el proceso más profundo y agudo de recolonización. Nos acota con especial énfasis Linares que fue Rómulo Betancourt el responsable directo de este proceso de penetración, el cuadro político de las neocolonialidades, extendiéndole su más grata invitación a participar en el saqueo organizado al magnate estadounidense. Durante el breve mandato de Gallegos en 1948 se fraguan dos entregas más, la implementación de la política del buen vecino, del panamericanismo intervencionista de Roosevelt y la adopción de la *Ley Sobre Cooperación Militar Interamericana*. Estos son los preámbulos presuntamente sueltos en nuestra historia oficial, de cómo inicia de manera más feroz la guerra fría en Venezuela, cerrando con broche de

oro en este nefasto proceso entreguista criollo y de tutelaje necrofilico yanqui, todas las neocolonialidades del sueño imperial norteamericano.

Uno de los hechos decisivos de este proceso dantesco de avasallamiento a nuestro pueblo se da en 1948, cuando el campo cultural de los sectores dominantes “permiten la intromisión en el Palacio de Miraflores de la Misión Militar Norteamericana... –donde se institucionalizaban– “acciones encubiertas en apoyo a la política anticomunista americana” (Linares<sup>61</sup>, 2011:39). Llega así la Doctrina de la Seguridad Nacional Norteamericana, para proteger a las cúpulas nacionales y trasnacionales que hacían negocios con nuestros territorios; el despojo conquistatorio de todos los tiempos, la desterritorialización para territorializar la economía de libre mercado, convirtiendo al pueblo, sus luchas, insurgencias, resistencias e insistencias en el nuevo traidor, en el enemigo interno representado en todo el pueblo que históricamente surge, que había que exterminar para los planes de desarrollo y progreso; para ello se diseñó e instituyó, la Doctrina Truman en 1948.

La periodista Argentina Stella Calloni<sup>62</sup> la define como parte de las municiones de las prácticas imperiales, acompañadas y protegidas por mamparas ideológicas y jurídicas, en complicidad con las élites políticas locales, para complacer a la gran burguesía trasnacional, con sus agendas de liberación comercial y financiera, privatizaciones, insolvencias éticas, acreedores y trasnacionales.

---

61 Linares, Pedro Pablo (2011). Insurrección Armada en Venezuela. Dirección General de Promoción y Divulgación de Saberes. Coordinación de Ediciones y Publicaciones. Universidad Bolivariana de Venezuela, Ministerio del Poder Popular para la Educación Universitaria. Caracas, Venezuela.

62 Calloni Stella (2016). Operación Cóndor, pacto criminal. Biblioteca Anti-imperialista Oscar López Rivera. Serie Nuestra América. Fundación Editorial El Perro y La Rana. Caracas, Venezuela.

El aparato legislativo fue la infraestructura para la estrategia que coordinaba sus operaciones de inteligencia, de contrainsurgencia, de construcción de bases militares estadounidense en nuestros territorios; esta doctrina se proyecta a través de organismos como la OEA y del pacto de Río, es decir del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca TIAR, como coalición militar para el Hemisferio Occidental; dentro de sus principios establecía la contención del comunismo, como posible espacio de liberación de los pueblos contra el imperialismo norteamericano, así obtenían como plusvalor echar para atrás cualquier expresión económica no capitalista, y sobre todas las cosas, la alineación de los territorios conquistados a las neocolonialidades impuestas por EE.UU.

Consciente el imperialismo de que los pueblos lucharían a brazo partido por su liberación, planificó desde esa neocolonialidad del saber las estrategias del exterminio popular y cualquier forma de disidencia nustramericana, allí nace el segundo etnocidio, se convierte a nuestras tierras en zonas del no-ser, en un camposanto, de una generación a la que las élites le tuvieron mucho miedo, porque como luchadores sociales nunca tuvieron miedo. La hemorragia de nuestras montañas son la evidencia de estas masacres, de todos los desaparecidos, torturados asesinados, deshonrados en fosas comunes. Para ello el imperio, las élites, la burguesía trasnacional, las cúpulas que se superestructuraron en nombre de su libertad, por el resguardo de sus bienes e intereses y el sostenimiento de orden público colonial, tuvieron que crear instituciones militares para combatir la insurgencia, donde formaron a los ejércitos de la región, e intervinieron ideológicamente a oficiales para sofocar cualquier intento de liberación.

Eso fue la Escuela de Las Américas, un proceso de formación continua e ininterrumpida para torturar, desaparecer, eliminar físicamente a las y los luchadores sociales que se

opusieran al proceso neocolonial. Más de sesenta mil oficiales latinoamericanos fueron entrenados por esta escuela, donde se adiestraron funcionarios de seguridad para imponer el estado de terror, la implementación de la masacre sistemática, los crímenes políticos, la detención injustificada y extra-oficial, el allanamiento y violación del domicilio, el ruleteo de las y los detenidos, la tortura, la inaugural figura de los desaparecidos, la institucionalización de los campos de concentración y torturas denominado teatros de operaciones anti-guerrillas al margen de la ley y que tenían como táctica las detenciones forzadas, es decir los secuestros. En Venezuela se consolidaron cinco: TO 1 Cabure, estado Falcón. TO 2 Cachipo, estado Monagas. TO 3 El Tocuyo, estado Lara. TO 4 Cocollar, estado Sucre. TO 5 Yumare, estado Yaracuy, en las zonas donde las cúpulas sabían que se habían conformado ejércitos populares de liberación nacional contra sus planes de reconquista y reconstrucción.

La neocolonialidad del saber en esta época usó nuestras universidades para crear una justificación epistémica a la guerra contrainsurgente, formó a profesionales que se valieron de las ciencias sociales, como la economía, las ciencias políticas y que luego en estas décadas del siglo XXI conoceríamos de las letras del antropólogo mexicano Roberto J. González (2014) como la antropología “mercenaria”, donde estudiantes y egresados colaboraron activamente en los Teatros de Operaciones en Venezuela, al igual que en los campamentos contrainsurgentes en Vietnam, ayudando a exterminar la insurgencia local de esa generación y garantizando el corredor para la ocupación neocolonial. Este proceso de neocolonialidad del saber de los universitarios captados por la CIA se conoce como el Plan Camelot.

El uso del conocimiento antropológico mercenario ayudó a la elaboración de marcos analíticos culturales para introducirse en la dimensión humana de los territorios a conquistar; a

la neocolonialidad del poder le interesaba el ocupante de esas geoculturas, conocerlo, saber de sus hábitos y costumbres, entender el *ethos* local era fundamental para la penetración militar en el territorio. Por ello el empleo de la investigación etnográfica fue una ruta expedita que les sirvió para la recolección de información de los contextos invadidos. Hoy todas estas técnicas desarrolladas en esa época en nuestro territorio ya la podemos precisar y es conocida como el *Sistema Operativo de Investigación Humana en el Terreno*, creada por la antropóloga estadounidense Montgomery Mc Fate.

Los antecedentes estuvieron allí, en estas épocas, en estos contextos, con muchos y muchas de nuestras universitarias que por una beca al exterior para continuar estudios avanzados se prestaron para ajustar la neocolonialidad interna, para facilitar en los territorios la ideología imperialista, la ideología colonial de las estructuras de dominación de las cúpulas de entonces.

La generación víctima de los procesos de alienación inducidos levantaron mapas, ubicaron territorios, cartografiaron regiones, convocaron informantes locales (prisioneros de la guerra neocolonial) para interrogarles sutilmente con sus métodos de entrevistas abiertas y cerradas, investigando en campo, sobre el terreno, afianzando la injerencia, pero al mismo tiempo y quizá sin saberlo fueron copartícipes de la impunidad del campo cultural de los sectores dominantes, frente a la violación de los derechos humanos de la población.

Ese es uno de los dramas históricos de nuestra clase media, su corresponsabilidad en el desplazamiento de la justicia para el pueblo, silentes, sin opinión, cortos de vista, con sorderas e insensibilidad en sus dermis, sin pieles venezolanas. *La justicia ajusticiada* frente a los crímenes de esta guerra etnocida, frente a la desaparición forzada de personas. Es otro de los momentos en nuestra historia donde dos juventudes se encuentran frente a frente en dos aceras distintas, la acera del país mantuano y

la acera del pueblo cimarrón, la línea abismal entre la zona del ser y la zona del no-ser, la historia de una generación de jóvenes que se inmoló unos a favor del pueblo, otros a favor de la colonialidad del saber, es decir de la lógica trasnacional.

Dentro de las estrategias y tácticas de la neocolonialidad del saber de estos tiempos hemos estado precisando lo siguiente: en primer lugar el papel de la investigación académica desde los Estados Unidos, su investigación paradigmática, sus programas académicos para sostener la hegemonía. Cada acción del aparato represivo fue planificada por los tanques pensantes, es decir, investigadores, docentes, pasantes, becarios que han diseñado cursos estratégicos para la avanzada de esta neocolonialidad con fines netamente terroristas. Crearon las condiciones epistémicas y andragógicas para el sostenimiento del terrorismo de estado, para su eficacia contra el pueblo y naturalización en la conciencia de la clase media nacional.

Todos estos elementos se desarrollaron en franca simultaneidad, mientras ocurrían las desapariciones, torturas y asesinatos de las y los hijos de estas tierras, los académicos de la Escuela de la Américas contemplaban en sus contenidos programáticos, los modos de evadir a la justicia internacional, armando el andamiaje jurídico para la exclusión en los juicios a los tribunales militares, únicos en condenar desde ese estamento la participación activa e intelectual de oficiales venezolanos de las Fuerzas Armadas en la violación sistemática al pueblo venezolano.

Mientras los hechos de la historia se anulaban y se eclipsaban responsabilidades en los sucesos, las asesorías académicas atendieron sus investigaciones con perspectivas racialmente esencializadas. La Escuela de las Américas tenía ese doble rasero, preparar a matones profesionales con el plusvalor ideológico de garantizar que ellos mismos fueran los centinelas de su

guerra etnocida, aniquilando indirectamente a lo considerado razas inferiores de su política supremacista.

Dentro de los cursos epistémicamente contruidos se encontraban el de contrainsurgencia con su manual del interrogatorio, toda una sofisticada tecnología civilizatoria para la obtención bajo presión de la información estratégica, la utilizable para sus planes y obtenida en el menor tiempo posible, para aunar el estrés que les anima cual vitamina. Para ello, el uso de la fuerza se convirtió en un elemento más, ya no el central; se desarrollaron métodos de tortura mental, se acompañaron de amenazas, se llenaron de descalificaciones, trucos psicológicos, engaños, técnicas de coerción emocional. Ya la antropología mercenaria de entonces había levantado como línea de investigación académica el valor de la familia en Venezuela.

Las técnicas de coacción fueron un entramado desquiciante que incluyeron procedimientos de amenazas, inoculación del miedo, hacer sentir dolor físico y emocional, alternado con métodos médicos quirúrgicos, con el empleo de materiales químicos como el suero de la verdad y con recursos técnicos para las descargas eléctricas sobre los cuerpos de los y las secuestradas. El Departamento de la Seguridad Interna de EEUU desde sus tanques pensantes diseñaron los contenidos de eso que hoy conocemos como inteligencia militar, el planeamiento y la preparación para el levantamiento de toda la información alrededor del sujeto capturado, creando lo que se conoce como la etiqueta del cautivo, con esta caracterización, se hacían los secuestros, desapariciones y asesinatos selectivos.

La etiqueta del cautivo era una ficha donde se compilaban los sucesos corrientes de la vida del cautivo, su situación personal, familiar, local, lo nacional, es decir una descripción periodizada y pormenorizada del sujeto secuestrado/interrogado, si pertenecía a alguna organización y cuál era su papel dentro de ella, las actividades que realizaba y su historia personal; un

testimonio que nos acompañó en la investigación de este apartado nos comentó que conoció a un militar venezolano que fue llevado obligado a realizar esos cursos, y como era amigo de infancia del barrio, les confesó que:

a los oficiales que se formaban en la Escuela de las Américas, se le aplicaron técnicas de lavado de cerebro, se experimentaron en los que mostraban mayor resistencia formas de coerción mental, incluso dejando daños mentales permanentes; aplicaron técnicas sistemáticamente de condicionamiento a través del estímulo/reacción para hacer efectivo el adoctrinamiento, para así garantizar la aceptación y la adopción de esa ideología supremacista, eliminando el libre albedrío, la voluntad contestataria, la posición crítica (Una voz popular, 2019).

La neocolonialidad del saber afianzó la supra conciencia supremacista de esta etapa de la civilización moderna, crearon manuales del asesinato, el manual Kubarck que era para adiestrar al ejército en la explotación de fuentes humanas. Todo este andamiaje para legitimar los delitos de lesa humanidad a nombre de la lucha contra el comunismo, en función de garantizar la libertad de mercado, así se fragua el terrorismo de estado como expresión abstracta de la violencia, y a decir de José Vicente Rangel (1965) en su obra *Expediente Negro*, la “liquidación de toda forma racional de la actividad política” (Rangel, 1965:40) Por su parte, la función de la neocolonialidad del ser fue dotar a los tanques pensantes de los elementos de esta guerra genocida, con sus perspectivas supremacistas, con sus temores, fobias, racismo, sensación permanente de amenaza, psicopatías. La dimensión del militarismo norteamericano desde el darwinismo social llevado al campo, el racismo que se expresó en el exterminio de los pueblos invadidos. La neocolonialidad del poder entonces se va a fortalecer de ambas neocolonialidades, con la formación escolástica de esos matones

profesionales al servicio del capitalismo, y con sus bases militares como academias, con sus facultades de contrainsurgencia en el mundo.

## La doctrina hematófaga de la seguridad nacional

*Verbo irregular: Yo amo, tú escribes, él sueña, nosotros vivimos, vosotros cantáis, ellos matan.*

ROBERTO JORGE SANTORO

Con el dominio total de la industria petrolera, con la injerencia oficial en la política internanacional y con el bombardeo cultural sistémico y sistemático, Venezuela estuvo a pocos pasos de formar parte de uno de los protectorados norteamericanos del Caribe, de ser un estado “libre” asociado al gran capital extranjero. Lo cierto es que esos procesos absolutistas no se dan por generación espontánea, la conquista total de un territorio implica la declaración frontal de una guerra de grandes magnitudes, una guerra civilizatoria, y la actitud histórica del pueblo venezolano, siempre ha sido la lucha incansable contra la dominación venga de donde venga.

Revisando en la historia insurgente la actuación del pueblo frente a las intenciones de dominio, los sectores populares siempre han combatido en diversos contextos la pretensión imperial-colonial de arrasar contra sus derechos más básicos a vivir en paz, pero al mismo tiempo el problema fundamental ha sido con sus paisanos de las clases dominantes. Desde que el imperialismo español llegó a nuestras tierras y aun con todos los esfuerzos del dominador por mantener el control absoluto, la subversión, la insurgencia, la batalla, los alzamientos, las revueltas, las guerras civiles, las respuestas bélicas, nunca permitieron la consolidación armónica del *desiderátum* mantuano; si

hay algo que ha caracterizado la identidad del pueblo venezolano es la lucha histórica por la definitiva liberación.

Pero no dejarse dominar, cimarronear como praxis política constante para insurgir como pueblo libre, soberano y autodeterminado, ha tenido un costo humano incalculable; lo cierto es que los imperios que se han atrevido a desafiar la voluntad de liberación del pueblo, no se la han visto tan fácil; la gente siempre ha luchado para defenderse de la aplastante colonización. Es por ello que insistimos en que lo medular de estos procesos, en la reeditada guerra civilizatoria que siempre en la historia de la humanidad han perpetuado los imperios contra los pueblos dominados, en este caso por los intereses de los ejecutores del proceso de neocolonización, fueron los mecanismos de etnocidio perpetuado, la cara oculta, para la opinión pública mundial, de la economía política del racismo con la imposición de la cultura del petróleo.

Desde los años 50 del siglo XX inicia la guerra cautelosa contra el pueblo venezolano, la agencia central de inteligencia CIA, encabeza la penetración imponiendo su racionalidad bélica propia de esta peculiar cultura de conquista; en ella se establecen los criterios de fuerzas negativas y peligrosas, representadas en cualquier sujeto o colectivo de la población que mostrase frontalmente oposición a los planes e injerencias y sus actividades de espionaje, entonces no se trataba solamente de la lucha contra el comunismo, era la lucha contra la mentalidad nacionalista y nacionalizadora que contuviera la avanzada neocolonial. La historia de la política exterior norteamericana hacia los países latinoamericanos ha sido la historia de los intervencionismos, de los golpes de estados, de la represión y exterminio a la disidencia, de la creación de los planes de la CIA para saquearnos.

Venezuela y sus instituciones sirvieron para prácticas genocidas, siendo el Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA) de la década de los 50 del siglo XX, los encargados

en dirigir la política antipopular de entonces. Nos comentaba un excombatiente de los años 60 del siglo XX que los gringos vinieron a matar y a enseñar a masacrar al pueblo. Los cuerpos policiales, sin educación política, sin conciencia social, fueron arrastrados imperceptiblemente a que naturalizaran esas relaciones de poder, por un lado la de servir a los intereses de la clase dominante local, articulada a la norteamericana, y por otro lado a reprimir al pueblo que se alzase contra ese orden social.

En las secuelas de la segunda guerra mundial surge el germen de la CIA que es la creación de un gendarme para asegurar el dominio norteamericano de los mercados y el control de las riquezas ecológicas del planeta. Y esta carrera por los recursos del plantea surge de esa manera porque al interior de su territorio los estadounidenses habían agotado sus reservas de hidrocarburos, empezaba la sed y Venezuela se convierte en un país altamente codiciado por su condición petrolera.

Quedamos de esa manera atascados en el mapa del sistema de dominación neocolonial con su atarraya de instituciones, la guerra fría y su lucha contra el comunismo, la Doctrina Truman, la Seguridad Nacional, La escuela de las América, el TIAR, la comunidad de inteligencia, la OEA, la ONU, todos los organismos que servirán de mampara y justificadores de las acciones encubiertas de los servicios clandestinos norteamericanos, alrededor del mundo, éstas eran las operaciones especiales que desde las embajadas del planeta, los norteamericanos establecían como principios de su diplomacia internacional.

En el caso nacional, la CIA trabajó recolectando información sobre la insurgencia, manipulando las mentalidades de la sociedad civil y promoviendo los golpes de estado en principio contra Cipriano Castro (1908), Isaías Medina Angarita (1943) y Rómulo Gallegos (1948). Con este último crearon la falacia de las primeras elecciones libres en Venezuela. Los

golpes de estado eran perpetrados a los presidentes que no les permitirían el saqueo abierto, recordemos que los gobiernos de los Estados Unidos en el mundo, pero especialmente en Latinoamérica y El Caribe, concentraron sus esfuerzos en focalizar las materias primas. En nuestro caso la injerencia de la CIA respondía a esa finalidad, por ello penetrar la dimensión de la política, erradicar del tablero geoestratégico cualquier vestigio de nacionalismo potencial era eliminar un potencial peligro que amenazase los intereses de expropiación del imperialismo norteamericano.

En plena guerra fría el golpe contra Rómulo Gallegos se ejecuta por razones de soberanía nacional, la puesta en marcha de las leyes orgánicas de educación, contra el enriquecimiento ilícito de funcionarios públicos, la agraria, y los reglamentos que reformaban legalmente el cumplimiento del pago de impuestos a las petroleras extranjeras, fueron los elementos que, dentro del país, banqueros, militares, dirigentes políticos y fuera, en Estados Unidos, se agruparon en una gran conspiración golpista. En este derrocamiento es clave la figura de Rómulo Betancourt, que para muchos excombatientes guerrilleros era un “tarifado” de la CIA.

Los servicios de inteligencia norteamericanos se abocaron a la protección de los intereses de su nación en tierra venezolana, la violencia fue un recurso muy utilizado con esa intención, la salvaguarda de sus ambiciones, frente a la creciente pobreza material de los pueblos latinoamericanos conquistados por la neocolonialidad del poder. En esta hecatombe la responsabilidad del campo cultural de los sectores dominantes venezolanos, siempre fue evadida. Uno de los elementos que deseamos resaltar de la neocolonialidad del poder norteamericano, tiene que ver con las maniobras semánticas enfrascadas en la obcecación etnocentrista, este fenómeno es parte substancial de la personalidad neocolonial. El siglo XX es el despliegue de esa

personalidad desbocada por la conquista del mundo latinoamericano y del Caribe que se habían prometido culturalmente desde la Doctrina Monroe en 1823.

Desde esa racionalidad de la conciencia supracivilizatoria, la neocolonialidad del poder debe leerse como el conjunto de interrelaciones y determinaciones aplicadas a nuestros territorios, a nuestras culturas, a lo largo, hoy, de casi dos siglos de confrontación.

Para comprender los conflictos en la región frente al predominio del mundo unipolar estadounidense, debemos revisar su estructura como cultura de conquista, esto es referido a los mitos, que han logrado desarrollar. El primero la construcción mítica del poderío militar, soportado sobre la base de una sobre natural invencibilidad; el capitalismo como paradigma de la economía y los burgueses con sus corporaciones los centinelas del *ethos* cultural empresarial universal; el ideal hegemónico de gendarme de la política mundial, con la convicción psicótica de que poseen, por destino manifiesto, el don de la injerencia para ser árbitros y jugadores en el tablero de la geopolítica mundial, y finalmente la idea viciada que su cosmovisión es el paradigma de civilización a seguir. Se trata pues de comprender las grandes dimensiones que abarca la neocolonialidad geopolítica del poder para América Latina y sus planes, programas y proyectos para nuestra región.

En 1948 es asesinado en Colombia Jorge Eliécer Gaitán, el jefe del partido liberal, candidato presidencial de Colombia, abogado luchador y defensor de los campesinos explotados por la trasnacional *United Fruit Company*. Un sujeto de la zona del no-ser, luchando para borrar las fronteras de lo humano. Militante del nacionalismo, a favor de la nacionalización de la banca colombiana; fue asesinado el 9 de abril del 1948. Estos elementos que se van sumando al tejido de la actividad

extractivista que desmantelaba poco a poco la economía latinoamericana.

En 1950 es asesinado en Venezuela Carlos Delgado Chalbaud. Estaba abiertamente en contra de la Doctrina Truman; dentro de su experiencia militar en combate estuvo del lado de los republicanos en la guerra civil española; hombre profundamente antifascista, preside la junta militar de gobierno de ese entonces, pero es secuestrado y asesinado; alrededor de sus investigaciones se encuentra la participación del FBI en Caracas, el caso quedó suspendido en el aire, sin desclasificación oficial. Lo cierto es que estos dos episodios vienen a conformar la metafísica del Plan Marshall, que en Europa era la construcción física de las ciudades desbastadas por la acción de la guerra, pero en América Latina era la convocatoria a crear un bloque histórico donde las burguesías capitalistas arraigaran sus intereses. No se trataba solamente de las áreas de influencias socialistas/capitalistas, no se trataba solamente de la política anti-comunista, antisoviética, lo que ha encubierto la historiografía moderna, de izquierda y derecha es que en el fondo, la cultura de conquista norteamericana, desde su supremacía, era culturicida, necesitaba vaciar, exterminar, desplazar, desaparecer la geocultura de los pueblos en resistencias; por eso comienza con los cabecillas, los protolíderes populares locales que desde el nacionalismo oficializaran la lucha des-neocolonial.

Gaitán y Delgado Chalbaud son eslabones de una larga cadena de asesinatos selectivos que historian la actuación de la Guerra Fría en América Latina; cualquier sentimiento de nacionalismo o patriotismo sin duda alguna, perjudicaban los intereses políticos, económicos y militares de los Estados Unidos; esta es la política norteamericana para nuestros pueblos vecinos del hemisferio, esa fue su política internacional. La matanza, la agresión, es la constante porque son una empresa de guerra. Es por ello que las esferas dirigentes deben

conservar independientemente de la administración del estado, su política de intervención, por eso resistir en Nuestra América a la presión imperialista, es considerado *casus bellis*, para la racionalidad de los Estados Unidos.

La guerra cautelosa contra el pueblo latinoamericano y del Caribe, contra el pueblo venezolano la estamos comprendiendo con esa neocolonialidad geopolítica del poder, tecnología civilizatoria más sofisticada para el control, la explotación y eliminando la resistencia. Dentro de esta planeación se encuentra la elección de los cuadros políticos a gobernarnos, ocho años en el poder tuvieron a Pérez Jiménez como dictador que les otorgó plusvalía política con la consolidación de la doctrina Truman, con el objeto de cumplir con las instrucciones gringas para la formación de un ejército venezolano, tutelado por el estadounidense para reprimir, constreñir, refrenar y vencer todas las políticas nacionalistas y democráticas, todas las acciones de liberación nacional, por eso la cuarta república en la historia insurgente, será el período donde la lucha antipopular ratificará el carácter racista del proyecto civilizador moderno en sus dos períodos el colonial y el neocolonial.

El subterfugio, la presunta seguridad nacional norteamericana cooperando en un país modélico para la región, los ensayos etnocidas de la dictadura, sus crímenes, los planes estratégicos que beneficiaban al campo cultural de los sectores dominantes, sólo se desclasificarían cuando ya Pérez Jiménez no les era más útil, es decir, cuando dejó de ser obediente y giró hacia un sentimiento nacionalista. Sin embargo, es bueno recordar siempre desde la memoria pueblo que estamos siendo, que en la dictadura se inicia el proceso superestructurante donde se insiste con la idea de que su cosmovisión es el paradigma de civilización; desde esa lógica se instala oficialmente su agencia de noticias, se institucionaliza el reclutamiento de periodistas para la penetración de la empresa con la propaganda

capitalista; se crea la nómina de los centinelas neocoloniales, se explaya la neocolonialidad del saber con la reconfiguración de los medios de comunicación y sus contenidos programáticos recreados por comunicadores sociales asalariados de la CIA; empiezan a enterrar el periodismo crítico necesario, nacen los relacionistas públicos de la información.

La neocolonialidad del ser afianza su patología supremacista, se difunden los héroes rubios, las mujeres objeto de deseo de tallas 90, 60, 90, se racializa al enemigo del imperio: chinos, árabes, latinoamericanos, toda esta política culturizada desde los laboratorios mediáticos. En 1952, desde la administración de Eisenhower, se pone en marcha el plan MK-ultra de control de la mente humana, la publicidad será el mejor vector del experimento del Dr. Sidney Gottlieb, con su inteligencia científica. Hacen del mundo un gran laboratorio, experimentando con humanos sustancias tóxicas, métodos de control mental, uso de drogas como el LSD, el vaso de leche escolar con elementos radiactivos; se inoculan enfermedades, se distribuyen nuevas drogas.

En Venezuela estos experimentos se llevan a cabo a través de las misiones religiosas. En 1946 se concreta la penetración imperialista en los pueblos naciones indígenas con la instalación de las Nuevas Tribus. Un trabajo muy sofisticado de espionaje que bajo el subterfugio del evangelio, mapean y saquean riquezas naturales de los ecosistemas ocupados; no sólo el trabajo de cartografiar la geohistoria de estos pueblos ancestrales, inician el proceso de desnacionalización en nombre de los intereses de la seguridad nacional norteamericana, para garantizar que sea potable la falacia de la tranquilidad del hemisferio, la paz del consumo. Al paralelo, se estudia la biodiversidad, las fuentes y calidad de las aguas, se precisan los recursos estratégicos de los territorios invadidos. De allí se extraen nuevas drogas para el mercado desde los conocimientos

ancestrales que serán patentadas por las transnacionales del gremio farmacéutico y biotecnológico, será mucha más feroz la estrategia epistemicida y epistemofágica, se extrae saber y conocer fitoquímico de esos ecosistemas. El Amazonas también se convierte en un laboratorio a cielo abierto con una población distante y suficiente con quien experimentar.

Concurrentemente en el despliegue de todas las neocolonialidades, la cultura de conquista conforma los centros de adiestramiento militar, donde se dan los caídos de la guerra etnocida de la democracia representativa. ¿Dónde estaban los derechos humanos? O quizá la pregunta mejor formulada sería ¿a qué se está reconociendo en las instancias internacionales como “humano”? El caso Jamucuparo del municipio Píritu en el estado Falcón en 1963 fue emblemático. Se masacró, asesinó, desplazaron comunidades enteras, pero sobre todas las cosas, se denunció desde la comunidad el asesinato político de dos guerrilleros, los pobladores elevaron las denuncias pero no fueron oficialmente procesadas. En el 2008 desde el trabajo social de arqueología forense dirigido por el profesor universitario, arqueólogo, cronista e investigador, Pedro Pablo Linares se pudo recuperar los restos de los guerrilleros y sacarlos de la lista de los desaparecidos políticos de la era puntofijista, a Luís Manuel Díaz Rodríguez, estudiante de medicina de la UCV y al luchador popular Víctor Manuel Quiñónez Martínez.

Los juegos de guerra de inspiración norteamericana desde su escuela de asesinatos planificaron tan detalladamente la tortura como pasatiempo, muestra de una racionalidad enferma y torcida, propia de una sociedad descompuesta, desarreglada desde su *ethos* interior. Lo cierto es que uno de los mecanismos del proceso de captura estaba organizado por fases, la primera era incomunicarles, implantarles el sentido de desolación, hacerles sentir solos y abandonados, inducirles la desesperanza, la depresión; esta técnica de aislamiento emocional, tiene su

inspiración en las ejecutadas al interior de la sociedad norteamericana de las primeras décadas del siglo XX, se desprendió de los estudios como apuntábamos anteriormente de la antropología y la sociología mercenaria, sobre cómo era la composición de la familia popular venezolana, para ello fueron necesarias las investigaciones al interior de la cultura, caracterizar el significado del hijo/hija en la familia, y de la madre como sentido protector en los hijos. El método de desolación fue una continuación de la lectura del *Informe sociológico Moynihan, elaborado para el estudio de las comunidades negras norteamericanas*, un texto de asesoramiento político que señaló como anomalías las prácticas de la familia negra para caracterizar una subclase; su estudio acompañó la fase de diagnóstico cualitativo y sirvió para recrear las metodologías de tortura emocional. La segunda fase, era la física con todos los mecanismos que hemos venido describiendo.

La neocolonialidad del poder fue una gran operación de exterminio, físico y metafísico, que nos permitió comprender de cerca el espíritu imperialista del norte, su régimen absolutista, sus fobias, sus paranoias, sus miedos más básicos como especie. Siempre será importante como señala José Vicente Rangel, que la memoria no flaquee y mantener incólume el recuerdo, para darle sentido a todas nuestras luchas; la neocolonialidad del poder, la interna y la externa, son los responsables directos de una generación de psicópatas latinoamericanos que sirvieron a la guerra fratricida, más de sesenta mil soldados latinoamericano fueron entrenados en la Escuela de las Américas, y Venezuela en particular, fue el país que más tuvo oficiales entrenados en ese espacio del terror.

Este momento de la historia es clave para el proceso de desneocolonización venezolano, nos diría Luís Antonio

Bigott<sup>63</sup> “es necesario desvirgar esa historia lineal, achatada, ocultadora de hechos y verdades por cuanto, camaradas, uno de los peligros más fulminantes lo constituye el silencio y el olvido” (Bigott, 2011:72).

Se trata de reparar en la historia la acción de una generación de estudiantes revolucionarios que decidieron irse a la guerrilla, lugar donde la muerte seguramente les aguardaría; irse a la montaña como las y los cimarrones, fue su momento de reontologizarse desde el abrazo al pueblo campesino, sabiendo siempre que era perseguidos para ser asesinados; si bien es cierto que este episodio de la historia vuelve a retratar el filicidio imperial, también es cierto que la detención, el presidio, los golpes y amedrentamientos, no pudieron desatar la hermandad de estos jóvenes con las comunidades donde llegaban. La gente protegió con su vida a los guerrilleros, los campesinos eran parte fundamental de la lucha. La batalla era nuevamente y otra vez, la guerra de todo el pueblo contra el imperialismo, la burguesía, los macabros hechos. Hubo algunos episodios de delación de gente quebrada de miedo que habló para no sufrir más la tortura propia y de la familia; la historia los absolvió; pero frente a las ejecuciones, las torturas, las mutilaciones, las violaciones de mujeres, el pueblo reaccionó huracanado como siempre. El huracán revolucionario de entonces, tiene como motivaciones de lucha los problemas de empleo, la represión y criminalización de la protesta popular; los correlatos represivos de los sindicalistas adecos cabilleros, la ordenanza “disparen primero y averigüen después” de Rómulo Betancourt, tuvieron su súbita respuesta con saldos organizativos como los Frente de Liberación Nacional José Leonardo Chirino y Simón Bolívar que se ampararon a la lucha ancestral para su contienda

---

63 Bigott, Luís Antonio (2010). *Hacia una pedagogía de la desneocolonización*. Colección Pensamiento Crítico Luís Beltrán Prieto. Fondo Editorial Ipasme. Ministerio del Poder Popular para la Educación. Caracas, Venezuela.

epocal. En esta época esta la acción de gobernador del estado Falcón Pablo Saher que bombardeando los campamentos guerrilleros mata a su propio hijo “el Chema”. El rosario de muertes en Venezuela es denunciado por Fidel Castro desde La Habana. La Dirección General de Policía Digepol, cuerpo policíaco represor de la época, acata la política de prohibición del estado, de que los familiares busquen a sus muertos. Los campamentos anti guerrilleros fueron caminos hacia la muerte, muy pocos se salvaron. Una de las prácticas fue el lanzamiento de personas desde helicópteros, también muy usado en el cono sur con las dictaduras del Plan Cóndor. Muchos fueron asesinados de esta manera, tres casos emblemáticos Víctor Soto Rojas, Trino Barrios, y el profesor Alberto Lovera (21). En el libro *Expediente Negro* de José Vicente Rangel (1967) está discriminado por período presidencial el listado de asesinatos, torturados, detenidos, desaparecidos, de todos los militantes de la vida que se involucraron con la cuestión social, muchos estudiantes que ayudaron en las montañas con las faenas campesinas, que se integraron a las familias, que fueron cuidados por ellas. Los cuerpos represores del estado castigaban al campesino, a la campesina, a la familia, les aterrorizaban, los detenían, les quitaron las manos, los decapitaron; el ejército se encargó de los allanamientos, de las violaciones a las mujeres, de las desapariciones y ejecuciones; dentro de las prácticas de psico-terror les obligaban a cavar sus propias tumbas, los sumergían en pozos de aguas, todo esto por presuntos cómplices de guerrilleros, el campesinado de entonces pagó por justos y pecadores.

La neocolonialidad del ser les cambió la vida a comunidades campesinas enteras, fueron desplazados a otros espacios, y en sus lugares de origen, de raigambre identitaria se posaron las garras latifundistas ecocidas, etnocidas, alambrando todo a su paso. Fue la recolocación del neocolonialismo, el plusvalor

colonial para humillar al pueblo, nos dijo una voz popular que como pueblo, para ponernos de rodilla, había que cortarnos las piernas. Entonces las preguntan que surgen serían ¿qué significa para nosotras ese sacrificio humano? ¿Qué significado se revela para estas generaciones del pueblo la sentencia de la paz del hemisferio del mundo gringo? Nosotras lo estamos comprendiendo cada vez con mayor precisión como la intención precisa de acabar con los movimientos populares que han luchado a lo largo de la historia por su liberación. Esa es la naturaleza popular.

Reparando nuestra historia es menester que precisemos la realidad vivida de esta época, esto es el develamiento y desvelamiento de la cara oculta de la democracia puntofijista, su naturaleza traidora y exterminadora del pueblo, desde la defensa intestina de su economía política del racismo; las burguesías encontraron en la tortura, la desaparición de personas por razones políticas, los elementos que nutrieron el sentido del pánico en la opinión pública nacional, el miedo que asechaba y que al mismo tiempo sostuviera el terrorismo de estado que se fue poco a poco configurando con cada violación de los derechos humanos.

Así se fragua una historia lúgubre y sórdida de violencias y traiciones contra el pueblo; realmente pensamos que no se trataba solamente de alejar el peligro comunista, sino de exterminar lo que le estorbaba al gran capital financiero. Para ello debían acabar con la venezolanidad radical, la que fundó la identidad nacional, la popular que tenía a los menos cuatrocientos años viviendo en esta geocultura y la que en la contienda se ha manifestado históricamente como huracán revolucionario. Se arremetía contra el pueblo para que los nacionalistas, comunistas, artistas, luchadores populares salieran de sus guaridas, de sus escondites. La neocolonialidad de la geopolítica imperial asesoró y adiestró los cuerpos policiales para que

fueran eficientes como elementos del aparato represivo del estado, así la Dirección General de Policía (DIGEPOL) y el Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA), cumplirían la labor de reprimir al pueblo.

Es importante resaltar que la mayor misión norteamericana con 1.100 efectivos fue traída a Venezuela, y se configuraron junto con los cuerpos nacionales de seguridad en milicias formales. El estado de guerra estaba declarado, llevar a cabo el etnocidio del pueblo latinoamericano, caribeño, venezolano era para garantizar la renta que desde décadas atrás los “recursos naturales” de la región, y en nuestro caso particular, el petróleo, le generaba a la burguesía imperialista; por ello la Alianza para el Progreso, como plan de asistencia al terrorismo de los estados asociados al imperialismo; por ello, la creación de la USAID y sus oficinas en nuestras regiones, en Venezuela, en 1962.

Sobre la USAID sabemos que fue espacio de seguridad pública, pero en su fachada interna y desde su funcionalidad fue espacio de planes y operaciones encubiertas; desde allí se operativizaron ataques como el bombardeo del cerro El Bachiller entre los estados Anzoátegui y Guárico, no se sabe con precisión cuántas personas murieron. En el período presidencial de Raúl Leoni crecieron exponencialmente las masacres, las desapariciones forzadas negadas además por el Estado, fue el período de más violencia institucional, enseñada por el Pentágono y los manuales de contrainsurgencia. Se sumaba además que los jóvenes enlistados en las guerrillas de liberación nacional no conocían bien los territorios. Para ese entonces, Gonzalo Barrios era el ministro de Interior y Justicia y Carlos Andrés Pérez que luego sería dos veces presidente, el director de la política interior. Fueron los torturadores intelectuales, los que establecieron el fusilamiento masivo de esta generación. Por su parte, los terratenientes prestaron sus haciendas para la

tortura y el asesinato. Desde el pueblo, en su emocionalidad, el desaparecido en la madre nunca perdió la posibilidad de estar vivo; la prensa silenciaba estos crímenes de guerra.

Precisamos desde los testimonios recogidos de los viejos comunistas y no comunistas una suerte de parangón con el cimarronaje pasivo que conocimos de los africanos en el primer sistema de colonialidades. Este dato testimonial nos revela la identificación común de la gente como pueblo que contribuyó de cierta manera al hallazgo de muchos desaparecidos. Nos relata un don, ya mayor que cuando joven padeció la política del desempleo y que desde los años 60 del siglo XX formó parte de la Digepol en el área administrativa. Nos contaba que en el plan del macartismo criollo, se vaciaron las áreas administrativas de los cuerpos policiales, esta circunstancia permitió que se conformara espontáneamente una red popular de solidaridad con las familias de los jóvenes desaparecidos, que una vez que los familiares asistían a las oficinas a denunciar las desapariciones, estos, grababan en su memoria las fotos de los jóvenes, y cuando caían en los calabozos hacían llamadas anónimas a los familiares para informar el paraderos de los hijos.

...eran los hijos del barrio, del vecindario, de la calle, los que vivían por la casa, no eran criminales aunque fueron tratados como tales, lo que hacían eran pensar diferente, y luchar por su gente, por la justicia; casi siempre había alguna secretaria, mujeres de limpieza, cocineras, vigilantes, mensajeros, choferes que les reconocían, eran nuestra muchachada y se nos acercaba para que estableciéramos el contacto con los familiares, desde entonces se formaron esos corredores populares solidarios espontáneamente, no era mucho lo que podíamos hacer, pero poníamos a las familias en alerta y desde esta escala contribuíamos sin saberlo con la lucha por la liberación; pensábamos siempre en que cualquiera de esos muchachos podía ser un hijo de uno (Una Voz Popular, 2018).

Nos relata este don que uno de los más empeñados en esa época era José Vicente Rangel, que siempre buscaba a la gente hasta debajo de las piedras, la gente le colaboraba y pronto una red de inteligencia popular, al paralelo de la oficial funcionaba en dirección contraria, informando sobre paraderos, eran una suerte de Socorro Rojo popular e íntimo, nuestro, muchos de estos trabajadores anónimos fueron fuente viva de José Vicente Rangel, el abogado de los caídos.

Surge también como parte de la contradicción la figura del soplón, ya no tanto por miedo, sino por hambre mercenaria, a estos personajes les pagaban mensualmente y pasaron a integrar una red de inteligencia criminal. Fuimos testigos de ajusticiamientos que se ocultaban bajo la falacia de presuntos enfrentamientos, se crea la brigada cazadora del ejército, la guerra abierta contra el pueblo estaba instituida, nunca se abrieron expedientes judiciales para los interrogatorios. Se silenciaron durante varias décadas los delitos de lesa humanidad. Para muchos excombatientes guerrilleros, frente al avance neocolonial, el pueblo perdió la guerra. Nosotras pensamos que es de largo aliento y este fue un momento de la historia que el enemigo histórico cultural nos replegó en el plano militar, mas no nos venció en el plano de cultura de resistencia.

Muchas fueron las masacres que durante 40 años de democracia representativa se fraguaron y se ejecutaron, mucho pueblo asesinado, mucha memoria latente, desde y gracias al frente de familias y amigos de asesinados, desaparecidos y torturados por razones políticas durante el período 1958-1998, la era de la democracia puntofijista. La guerra sistémica y sistemática va combatiendo al paralelo a las fuerzas populares que luchan por mejorar las condiciones de vida que el ideario de desarrollo y progreso había implementado más bien como política de empobrecimiento para el pueblo; por eso se opta en buscar sendas para la liberación.

Las oficinas de espionaje se instalan en varias regiones del país, la guerra etnocida ya está planificada. Sincrónicamente la neocolonialidad del saber avanza en la política cultural de renegar de nosotros mismos, de darle la espalda a los crímenes de guerra perpetrados, a ser caso omiso del pueblo reclamando justicia; era la instauración del marco internacional de la guerra fría al interno, con la variable ideológica de llevarse a cabo desde la economía política del racismo. Es aquí donde podemos definir como fue el proceso neocolonial en la fragua del campo de la cultura dominada, son estos procesos los que ayudan a reconfigurar la subjetividad del modernizado nacional, su supra-conciencia, su racionalidad de renegado.



## Capítulo v

# El campo de la cultura dominada, la reconfiguración del sujeto moderno y la racionalidad del renegado

### El medio pelo

Por su lado esas capas sociales emergentes que se posicionaban en la gran telaraña del poder nacional hacían de las suyas a través de acaparamiento y cartelización temprana de los medios de comunicación. Estos, haciendo uso de toda la tecnología de la comunicación que ofrecían sus épocas, vaciaron la historia de resistencia cultural venezolana y la llenaron de contenidos y valores del mercado, la banalización mediática logró a través de sus parrillas de programación mantuanizar una parte grande de los sectores populares, que representan esa clase media desde hace menos de un siglo para acá y que su ascenso económico a partir de prácticas como el compadrazgo, la complicidad, y la alienación como factor determinante, pronto los agruparía en el estamento país mantuano.

Es otro de los conceptos que mejor ilustra el ascenso al poder de esa clase emergente alienada y alienante que se ha promovido y enclavado al campo cultural dominante, que han impuesto una suerte de ignorancia aprendida en virtud

de mantenerse imperturbable al coloniaje. De naturaleza entreguista, la burguesía nacional regaló la renta petrolera a los grandes consorcios estadounidenses principalmente; el aparato productivo nacional fue diezmando cada día más, sirviendo sólo como mampara para la política de importación; de esta suerte el país mantuano se hizo de nuevas necesidades expresadas en un consumo despilfarrador e inútil, y el medio pelo como loro repetidor de esa clase social pudiente, se llenaría de los mismos juguetes que consumían los amos del valle.

Así transcurre la cultura puntofijista, matando la semilla insurgente del pueblo cimarrón, las generaciones que en cada época se levantaron contra el desapego, el desarraigo, la falta de sentido de pertenencia del estamento país mantuano. Corrían finales de los años 80 del siglo XX en Venezuela, pueblo cimarrón y país mantuano son testigos del desmantelamiento de la cuarta república. Viernes negro 18 de febrero de 1983, la crisis venezolana económica se evidencia en la política: pagar a los acreedores en detrimento del mal llamado gasto público, las deudas que adquirió el país mantuano en su fantasía del *“ta barato dame dos”*, cuando este sector se creyó en serio el subterfugio de la Venezuela saudita, el paquetazo económico fue realmente una sorpresa. El tejido del poder dislocó desde la década de los 70 la economía nacional, arruinándola y haciendo más intensas las brechas que históricamente se habían venido estableciendo. La inversión extranjera tenía como razón para incidir con esta medida, la necesidad de mostrar músculos del capitalismo como sistema de opresión derribaba sin ningún escrúpulo la economía nacional. Por su parte el país mantuano, real deudor, no asumió jamás su participación primaria en esta hecatombe de la economía nacional. Por el contrario alegaron “que habían sido engañados”.

Las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial evidenciaron la condición de subordinación

del País frente al imperialismo norteamericano; a lo interno el país mantuvo impuso como verdad construida mediáticamente que “aquí no estaba pasando nada” deseando continuar con su sueño de privatizaciones, eliminación de subsidios, libertad de mercados, con sus engolosinamiento por el neoliberalismo, pensó como siempre, erradamente, que las cosas estaban tranquilas y que la situación en Venezuela estaba prácticamente controlada.

### **Sifrinaje**

Uno de los elementos medulares a los cuales queremos darle un tratamiento particular en el debate por la descolonización gira en torno a esta identidad, que se convirtió en uno de los dispositivos casi imperceptibles en el horizonte de sentidos de la “venezolanidad” como identidad que constantemente se va “mestizando” gracias a la incorporación de oleadas de inmigración principalmente europea a nuestro país, y que por la constancia (es decir, lo recurrente de la penetración extranjera) supone una dinamización que contribuye con la diversidad cultural de nuestro acervo, idiosincrasia y carácter nacional.

Creemos fervientemente que la diversidad cultural es la trinchera de luchas que permite no sólo el cuestionamiento a los prejuicios etnoculturales, sino que por sobre todas las cosas, desde el alegato del racismo como patología etnocentrista de la cultura moderna, nos ha permitido politizar y combatir con argumentos de peso histórico el gran conflicto nacional sobre el surgimiento de una raciología venezolana, montada en el clásico debate sobre el ser y su contrario inmediato, el no-ser, que es donde nos encontramos los sectores populares subalternizados por el condicionamiento etnorracial.

Queremos pues proponer en función de visibilizar los mecanismos casi imperceptibles del sistema de blanqueamiento, los tratamientos xenofóbicos a ciertas poblaciones de inmigrantes no europeas que no poseen los rasgos fenotípicos de la blanquitud, y al mismo tiempo el servilismo cultural propiciado incluso por las élites nacionales a los que fenotípicamente se han relacionado con la identidad y marcadores raciales de la “civilización”, el progreso y el desarrollo y sus subsiguientes construcciones éticas y estéticas que le otorgan grados de superioridad frente a los sectores populares nacionales.

Es de suma importancia poner en el centro del debate la línea impertérrita del racismo sistémico en nuestra sociedad y como hemos debatido a lo largo de toda esta investigación, cómo se esconde y se sigue encubriendo bajo la patraña de la ideología del mestizaje, mecanismo persuasivo de disgregación y disolución, de la real diversidad cultural, que ha calado en la racionalidad del venezolano y la venezolana.

Dicho todo esto queremos problematizar el llamado reiterado en muchos momentos de nuestra historia a la inmigración europea para blanquear la sociedad; los mecanismos de incorporación de extranjeros europeos a la venezolanización por naturalización otorgándoles privilegios que al paralelo de este proceso permanente de recolonización, contribuyeron a la exclusión y subestimación cada vez más profunda de la población venezolana. El peso cultural que tuvo a nuestro modo de comprender la inmigración conducida a poblar “nuestra naciente nación”, es que se convirtieron en nuevos procesos conquistatarios de la razón eurocentrada de entonces, cada oleada migratoria representó el refrescamiento de la taxonomía etno-cultural colonial, la rehabilitación de los prejuicios nunca superados hacia lo indígena y lo afrovenezolano, hacia lo pardo y los mestizos múltiple en general.

Como elementos medulares que desarrollaremos con mayores precisiones más adelante en este apartado, fue como esa venezolanización por naturalización de inmigrantes europeos les incorporan al campo cultural de los sectores dominantes, que les permite acceder a la limitada sociedad de privilegios, donde desde el principio tienen posibilidades económicas a través de créditos bancarios y préstamos financieros, de convertirse en propietarios, de territorialidades que incluso fueron las promesas del reparto de tierras del pueblo en la independencia y que el ascenso al poder se da solamente por la condición pigmentocrática.

Al paralelo se ve fortalecido “oficialmente” el proceso de peonaje que fue la real consecuencia de la abolición de la esclavitud a los sectores más pobres de la población, que va ser ejercido por todas las subsiguientes generaciones de inmigrantes europeos que integran el campo cultural de los renovados sectores dominantes; estos disfrutarán del acceso a la educación y serán una gran población de profesionales en la sociedad del país mantuano. Serán propietarios de las codiciadas tierras urbanas y mercaderes de la economía de renta a través de régimen que imponen sobre el inquilinato, se harán dueños de las siembras rurales, e integrarán el sector pecuario tradicional terrofágico, latifundista y terrateniente, refrescando el latifundio conquistatario; estarán en el sistema de salud nacional, en la rama de la construcción, se integrarán a los tribunales y al aparato jurídico nacional, serán las *misses* representando “la belleza nacional” y desde sus medios de comunicación nos llamarán ladrones, flojos e irresponsables.

También entrarán a formar parte del estamento militar, conducirán la banca, y desde estar desperdigados en todas las estructuras del poder estatal mantuano, junto con la oligarquía local, volverán a construir la imagen desacreditada del pueblo venezolano. La concreción de este fenómeno lo ubicamos en

la república La Cusiata, donde descaradamente la ciudadanía recaía en los “hombres libres” descendientes de europeos, que en la república serán los agentes activos del poder del estado moderno conjuntamente con las élites criollas como “socios culturales” al servicio de los intereses etnoculturales diseñados como mecanismos velados de explotación. Estos episodios se van cristalizando en la historia, por un lado en la falta de acceso al poder por parte del pueblo al estado moderno, determinado como siempre recalamos por el orden raciológico establecido que se impuso como medio, y por el otro lado, la construcción subjetiva en lo político, lo económico y lo cultural introyectado en las racionalidades sobre todo urbanas, gracias al trabajo del campo de la cultura dominante.

El debate del racismo es un tema muy complejo que tiene tendencia a herir susceptibilidades coloniales y a remover resentimientos históricos, pero debe, en honor a la verdad, debatirse políticamente en la opinión pública, sin escamoteos, para por un lado, superar los reformismos y eufemismos blindados alrededor de esta conflictiva realidad, así como también apuntalar con contenidos identitarios para las transformaciones estructurales que como sociedad nos debemos, a fin de corregir desde la política de las reparaciones, las contradicciones que permean la conciencia nacional. El temor que como etnomilitantes tenemos que es frente al conflicto social existente alrededor del surgimiento del racismo sistémico global, el postergamiento del debate político sobre lo que el pueblo pluriétnico ha representado en el imaginario de la clase dominante, nos lleve a escenarios de guerra fratricida como las dirigidas por Boves desde la base del conflicto etnocultural.

En estos momentos de crisis generalizada del proyecto civilizador moderno, el conflicto bélico representa una salida que les fortalece la base económica a los señores de la guerra. La reparación identitaria es un conflicto nuestro, que como

venezolanos de larga data, donde hemos conocido de generación en generación desde la colonia, todos los procesos, tenemos la firme convicción de que a partir de las experiencias acumuladas lograremos encontrar la superación de estas contradicciones, erradicando de raíz la ideología del racismo. Para ello es necesario desempolvar, como lo ha venido haciendo la historia insurgente, la memoria nacional.

De lo que se trata este apartado es de ver otra dimensión de lo que conocimos con el sifrinaje de los años 80, no sólo depositado en la élite criolla tradicional, sino también en el ascenso de la venezolanización por naturalización que permitió el campo de la cultura dominante que tienen la misma racionalidad, y que rehabilita como venezolanidad “la blanquitud” recién llegada de Europa. Hablamos de una suerte de lejíja cultural, como política de estado en la racionalidad del país mantuano.

### **Genealogía de una expresión del sifrinaje**

El historiador y abogado venezolano Luís Britto García<sup>64</sup>, tiene un planteamiento imprescindible para nuestra investigación. Se trata del llamado recurrente en nuestra historia a poblar la patria de extranjeros y que tiene como punto de partida la creación del estado republicano. En 1811 se hace el primer llamamiento a extranjeros europeos. “La patria boba” que contabilizaba las pérdidas humanas de compatriotas por los procesos de liberación que cada vez más se iban incrementando, y quizá previendo los saldos de caídos en bajas futuras, comienza con la apertura de nuestras fronteras a extranjeros, preferiblemente europeos, esto es etnoculturalmente blancos.

---

64 Britto García Luís (2018). *El Verdadero Venezolano. Mapa de la identidad nacional*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Entre 1812-1813 el mismo Bolívar realiza un llamamiento abierto y público a extranjeros de cualquier parte del mundo sin importar el origen, con ello sumaría a su estrategia militar el ensanchamiento del número de soldados a las tropas independentistas. De esta manera y paulatinamente los ejércitos libertadores serán integrados por curazoleños, irlandeses, franceses, escoceses, entre otros. Se tenía la idea fija de que era necesario poblar un territorio que había perdido una inmensa parte de su población.

En 1831, seis meses luego de la desaparición física de Bolívar, el llamamiento de extranjeros a Venezuela se realiza como política de estado, invirtiendo en nuevos procesos de reconquista y colonización europea, garantizando a los migrantes la nacionalización inmediata, dispensas fiscales y sobre todas las cosas, las garantías de privilegios coloniales por encima de la población autóctona desde hacía más de 300 años.

El proyecto republicano, que ya no era más el bolivariano, veía en la emigración una necesidad para la creación del proyecto civilizador moderno y un interés político de refundar a través del sistema de blanqueamiento, nuevas colonialidades para el pueblo que en racionalidad era causante del atraso y la barbarie que aun en tiempos republicanos se seguían arrastrando. Vence de esta manera la racionalidad de latinoamericanos como Juan Bautista Alberdi, convencido que lo civilizado estaba reasentado en lo europeo y si la América en pleno deseaba civilizarse, debía poner reparo al problema del salvajismo y la barbarie que representaba el pueblo latinoamericano. Esto es el históricamente subalternizado por las élites de turno gracias a su ideología del racismo, a la concepción de colonialidad del ser. Todas las esperanzas y expectativas civilizatorias en cuanto a desarrollo y progreso fueron colocadas sobre el fenómeno de la inmigración europea, desde estar convencidos que esta estrategia sería una garantía de “sanación social”, hasta una

idea romántica de domesticación donde el pueblo aprendería a amar el trabajo; jamás las élites criollas se preguntaron cuál era la noción de trabajo que tenía un pueblo sometido durante 300 años de esclavitud y despojo. Por su parte el extranjero “blanco” tendría la garantía de poseer a lo que nunca pudo acceder el pueblo: plata y tierras.

Virtudes y ventajas veían los criollos venezolanos alrededor del fenómeno de emigración principalmente europea, recolonización, reexplotación, reconquista y nuevos procesos de despojo intuía el pueblo venezolano. Este es un elemento peculiar de cómo se va fraguando históricamente una larga lista episodios de traiciones y subvaloraciones subsiguientes de nuestra historia y comienzan otros modos de invisibilización a los sectores populares venezolanos. Lo primero, la desintegración definitiva de la promesa bolivariana con el tema de la propiedad y la tenencia de la tierra; lo segundo, un proceso sutil de desnacionalización del pueblo, de extranjerización de la mayoría de las y los venezolanos, convirtiéndoles en parias de su tierra, la conquistada en las guerras independentistas, las que lograron arrancarles al imperio español, pero que no alcanzaron en muchas décadas des-acaparar a la criollidad nacional.

Nos lega Luís Brito García un dato bien importante para nuestra historia y nos invita a nuevas investigaciones sobre la duda endémica de la venezolanidad republicana, sobre los orígenes de la venezolanidad que condujo las riendas del país moderno venezolano. En 1881 se contaba con una población extranjera de 34.916 personas cuando la población total era de 2.005.139 habitantes, y resalta la entrada al país de la raíz isleña de Rómulo Betancourt, y la ascendencia corsa de los ex presidentes Raúl Leoni y Jaime Lusinchi, los tres integrantes del partido Acción Democrática, que fue concebido por la racionalidad popular en sus inicios como un partido del pueblo y revolucionario.

El siglo XX propone con más vehemencia el sistema de blanqueamiento con la evocación constante a la inmigración europea, ahora en boca de los destacados intelectuales como Laureano Vallenilla Lanz, José Gil Fortoul, Pedro Manuel Arcaya, Francisco Jiménez, Antonio Arráiz, Pío Gil, Julio C. Salas, Arístides Calcaño, Rómulo Gallegos, José Rafael Pocaterra y Diego Córdova, quienes inscritos en el positivismo racista e influenciados por las tesis de Spencer sobre el darwinismo social, insistían en su idea dogmática de blanquear la raza para superar la barbarie. Recordemos que es el siglo en el que se institucionaliza el mestizaje ideológico, donde adquiere carácter intelectual, analítico y teórico la raciología venezolana, es decir el racismo justificado científicamente, y donde la colonialidad del ser se expresa a través del subterfugio de la democracia racial nacional. Entre 1936 y 1945 los conflictos bélicos en los estados naciones europeos, en la conocida segunda guerra mundial fueron caldo de cultivo para el crecimiento exponencial de la inmigración europea a América en general y a nuestros países latinoamericanos, repercutiendo en el crecimiento de la tasa demográfica. De esta manera surge oficialmente la inmigración dirigida con más de tres décadas de incremento porcentual anual de entrada de extranjeros, sobre todo en el contexto económico del auge petrolero, que será la carnada para la estampida de más oleadas de europeos a Venezuela, huyendo de los estragos de las guerras occidentales. Continuarán los intelectuales orgánicos construyendo fundamentos y diseñando argumentos para “el necesario blanqueamiento”; Alberto Adriani y Arturo Uslar Pietri serán un digno ejemplo en su época de esa organicidad intelectual que produce el proyecto de modernidad en Venezuela. Desde sus investiduras como ministros les toca pensar cómo blanquear a la sociedad venezolana en esa carrera por proyectarse como geocultura civilizada.

Venezuela en 1948 recibe una gran población de europeos desplazados de las guerras intra-modernas, entran sobre todo españoles, portugueses e italianos, que son recibidos por el recién creado Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas (CIME) encargado de integrarlos como mano de obra calificada a los intentos de industrialización de la economía venezolana. El condicionamiento, y es precisamente este el tema sobre el germen fascista de una buena parte de la venezolanidad por naturalización, es que debían cumplir con “las exigencias ideológicas de la iglesia católica” punto muy importante a resaltar, porque nos remite directamente al principio cristiano de Briceño Guerrero que apunta sutilmente a la legitimidad cultural de la ideología etnorracista.

Lo evidente en este proceso histórico era evitar la inmigración de comunistas, “CIME es una institución intervenida por EE.UU.” (Britto García, 2018:174) Marcos Pérez Jiménez garantizará sobre todas las cosas la inmigración de personas con racionalidad derechista, con creencias retrógradas muy arraigadas, reaccionarias, conservadoras, dogmáticas y por supuesto muy inclinadas en la defensa de sus prejuicios etnoculturales.

Se da esa en este escenario el proceso que comentábamos de nacionalización por naturalización de europeos y desnacionalización por extranjerización simbólica de venezolanos, como una especie de migrantes internos nacionales, casi como refugiados culturales en su propia nación. Esta distinción se evidencia en esta cita que incorporamos de Britto García y que tiene como núcleo duro, la garantía de los derechos civiles.

1958 la cifra de recién llegados era de 800 mil personas; en 1961 “más de uno de cada 10 habitantes del país es para ese entonces inmigrante” (Britto García, 2018: 176), teniendo un fuerte impacto en la tasa de empleo la contratación de extranjeros que alcanzaban las siguientes cifras, en el campo de la artesanía y la manufactura (26,9%), en el sector de la

construcción (27,0%) y en el comercio en general (24;3%), y 1 de cada 5 extranjeros trabajaban en el sector público. Otro elemento a debatir que consideramos fundamental en la acción de reparación de la memoria se enmarca en la siguiente pregunta ¿no fueron los indígenas, negros, mestizos múltiples y pardos, en la colonia los encargados de llevar adelante la dinámica económica local a través de estos oficios? ¿La mano de obra representada en el pueblo venezolano no estuvo siempre calificada en materia productiva para repotenciar el desarrollo productivo? ¿Será posible que la racionalidad parasitaria del campo cultural de los sectores dominantes nacionales prefirió “invertir” en mano de obra extranjera como elemento básico de la estructura de la economía de importación, antes que financiar en el desarrollo de las fuerzas productivas en gastos sociales para la instrucción y capacitación del pueblo venezolano?

Se seguía imponiendo en diferentes maneras de manifestación la raciólogía venezolana donde estos acontecimientos encubren y ayudaron a la construcción de la retórica mantuana sobre “la flojera del pueblo venezolano”, expresiones que se incluyen en retórica reaccionaria que justificó a través de su discurso nuestra “incapacidad a ser civilizados por naturaleza” expresándose en lo que nos informa Britto como “...un aspecto sobresaliente fue que de cada dos personas en la categoría de gerentes, administradores, directores y propietarios eran extranjeras” (Britto García, 2018:176).

Durante 1954-1958 del siglo XX la inmigración era principalmente masculina, lo que permitió la generación de familias venezolanas más pluriétnicas, pero ya 1958 comienza un proceso de recolonización más profunda con “la política de integración familiar” (Britto García, 2018:176) familias católicas en su gran mayoría arribando a que el total de la población

llegue al 95% de personas inscritos culturalmente en el catolicismo.

En 1961 la población nacional era 7.523.999, entre ellos 461.584 extranjeros españoles e italianos con un saldo de 64.604 naturalizados en el sector de servicios (mercadeo, administración y comunicación). En este año, el 44,6% y, en 1971, el 58% de la fuerza laboral en este sector era extranjera, la experiencia de vida en el seno del modelo capitalista, la práctica en los procesos de desarrollo urbanísticos como clase trabajadora, les dotó de la preparación laboral que los calificaría como personales de estas áreas. Entre tanto, la larga experiencia del pueblo en muchos oficios pero sobre todo en la agricultura tropical, era sumamente importante porque era esta labor la que alimentaba diariamente, tres veces al día, a toda la población en Venezuela, tanto la nacional como la extranjera que estaba penetrando en el territorio. Es importante acotar que esos impactos en las mentalidades venezolanas sobre la mano de obra calificada de los extranjeros europeos, no se han explicado del todo en la historia, la mayoría se asentaba en las principales ciudades del país, que su desarrollo económico siempre dependió del lugar donde llegaron, las urbes, que fue donde encontraron las condiciones laborales, con oficios más similares a los que aprendieron en su país natal; toda la habilidad de sus labores giraba alrededor de la dinámica de lo urbano: servicios, construcción, comunicación, incluso en las lógicas de las instituciones gubernamentales, por eso y por otras razones más vinculadas, al enfoque sobre la colonialidad del saber, se integraron en las instituciones del estado, el estamento burocrático como gerentes y administradores.

Con respecto a la inmigración de hermanos y hermanas latinoamericanos, el tratamiento fue muy distinto, en principio por la similitud histórica que tenemos desde las formaciones de nuestras sociedades como pueblos; pero lo que nos

hace mayor ruido es el tratamiento historiográfico en los relatos descriptores sobre las causas que les trajeron a Venezuela (omitidas) y las consecuencias de sus arribos (escamoteadas).

Se resalta subliminalmente en la crisis sanitaria que sufre Venezuela en 1958 con el repunte de la tuberculosis, dándonos a entender que fueron portadores de enfermedades ya superadas en el país; no negamos que esto haya sucedido ¿pero qué reportes tenemos de las enfermedades que las oleadas europeas de posguerra y hambruna trajeron, de crisis sanitarias generadas por los conflictos bélico intra-europeos? Desde el análisis censal que revisamos de Britto García, aparecen dos descriptores del proceso migratorio de hermanos y hermanas latinoamericanas al país: “ilegalidad y clandestinidad” reportando que en el período comprendido en 1971 y 1981 el 77% procedía de Colombia; que en 1985 las cifras oficiales arrojaron una población de 16.851.198 donde 1.500.000 eran extranjeros y una novedad en la narrativa no resuelta por el estado de ese momento y que sí se resolvió con la inmigración europea en todo el largo período de su penetración al territorio, 500 indocumentados.

Resaltamos otros aspectos del tratamiento diferenciador en la narrativas de los inmigrantes europeos y las y los latinoamericanos; la justificación a los primeros a partir de señalar reiteradas veces, y es lo que se encuentra también en el imaginario común del y la venezolana, que se trabajó con mucho ahínco para que el ideal de solidaridad hacia el europeo que llegaba se percibiera como el sentimiento nacional; hablamos específicamente del suceso de desplazamiento político por causas bélicas de fuerza mayor: “vinieron huyendo de la Guerra Civil Española, de la Segunda Guerra Mundial”, de las guerras sociales de sus países de orígenes, es decir del clima generalizado de guerra de la primera mitad del siglo XX. Nos llama poderosamente que en la periodización donde se inicia la descripción

del proceso de inmigraciones latinoamericanas que abarca desde 1958 hasta 1985, sobre las migraciones argentinas, brasileñas, chilenas, colombianas, ecuatorianas, peruano, haitianas, entre otras muchos más, que no se hace mención del contexto interno nacional que les obligó a tomar la inmigración como opción de vida o muerte o mengua; no se mencionan las tramas históricas de los desplazados por el conflicto bélico en el caso colombiano, o el tema de la pobreza estructural como expresión de guerra contra el pueblo en naciones como Ecuador, Bolivia y Haití, con los índices más altos de pobreza mundial para fines del siglo XX; o del asilo político que tuvieron en lo fáctico que tomar gracias a las dictaduras militares del cono sur, de hermanas y hermanos latinoamericanos que salvando sus vidas y las de sus familias, argentinos, chilenos y uruguayos encontraron refugio en nuestro país, llenando nuestras escuelas de compañeritos y compañeritas que venían de vivir en sus pieles el crimen, el destierro y la persecución.

¿Será que la ilegalidad de muchas y muchos estaba vinculada a las formas como tuvieron que salir de sus países? ¿Guardará alguna relación la entrada clandestina al territorio con sus posiciones políticas en el momento en que América Latina desde sus fuerzas armadas experimentaba la modalidad de ejércitos connacionales de ocupación de sus propios pueblos? ¿Será que esos 500.000 indocumentados en Venezuela en 1985 responden a estos contextos nacionales? ¿Realmente lo más relevante de sus llegadas va a representar en la historia de las migraciones a nuestras tierras, la crisis sanitaria venezolana que ocasionó la llegada de nuestros y nuestras hermanas latinoamericanas?

Sentimos en lo profundo del ser, y con todo nuestro amor y respeto lo manifestamos, que siguen apareciendo en la brillantez de las mentes de muchos de nuestras y nuestros intelectuales de izquierda, la inercia, el hábito y la subvaloración desde la enquistada ideología del racismo; lo decimos desde nuestra

condición etnocultural de haber sido históricamente el foco del racismo estructural. Es necesario que podamos comprender como sociedad la necesaria ampliación de nuestras búsquedas, de nuestras narrativas, sobre todo en temas como la venezolanidad y latinoamericanidad popular fáctica, que no siempre se encuentra en los archivos, porque históricamente ha sido un gran contingente de personas que escasamente aprendió a leer y a escribir. Se trata de juntar esfuerzo para comprender la potencia existencial que se haya no sólo en la resistencia sino la insistencia rebelde y cimarrona de lo que nos atraviesa como pueblo. El esfuerzo, a nuestro modo, es juntar la experiencia intelectual y la experiencia militante, para que desde el diálogo de saberes que se encuentran y se complementan, logremos recoger todo el peso de nuestra gran historia común, en comunidades de argumentación política que no le dan tregua al colonialismo, al imperialismo, al racismo y a todas las expresiones de violencia global. Nuestras recomendaciones van en función de construir incluso intra-generacionalmente el horizonte de sentidos defensivo y reparador al mismo tiempo con la mirada más amplia sobre las experiencias humanas que han dinamizado estas tierras; a ciertas costumbres que superar, hay ciertos olvidos que reparar como por ejemplo las experiencias de hermanas colombianas sobrevivientes de la guerra social que se asentaron en estados fronterizos como Zulia y Táchira con sus hijos y ya cuentan con casi tres generaciones, porque la segunda ya tiene la edad reproductiva para seguir descendiendo, esta es una expresión clara y precisa de otra identidad nacional: la colombo-venezolana.

O experiencias como la de muchos abuelos haitianos, padres de familias extendidas que durante nuestras infancias les perseguíamos mientras que ellos pateaban Caracas empujando un carrito de helados, y que sus ahorros garantizaron traerse a sus grandes familias repotenciando la diversidad afrodiaspórica

de la venezolanidad. O la experiencia de muchos jóvenes del estado de Roraima al norte de Brasil que encontraron en las minas de Ikabarú, el 88 o Tumeremo no sólo la mina para explotar oro, sino la guarida para que el estado fascista brasilero de 1964 no los desapareciera. Experiencia de reencuentros entre hermanos indígenas que habían sufrido la dramática experiencia del filicidio desde la invasión europea primera y la total fragmentación comunitaria con las fronteras modernas.

Por todas estas razones expuestas nos corresponde como investigadoras militantes del siglo XXI dar cuenta de estas inercias, introyectadas en nuestras mentes como tradiciones y problematizarlas; la preeminencia de reflexiones recurrentes hacia lo que representó para el desarrollo, avance y progreso de Venezuela la inmigración europea tiene que ser re-revisada, revisitada, por el tono epopéyico que sigue manteniendo el mito de la supra-conciencia civilizatoria moderna y, en paralelo, comprender los contextos con la misma vehemencia de las migraciones latinoamericanas con sus grandes diferencias, especificidades y diversidades culturales. Padecemos de hiperhistoriografización de la realidad venezolana que tiene mucha tendencia a circular por las mismas sendas de la oficialidad que nos legó la historia letrada. Las omisiones históricas deben ser señaladas para la transformación profunda y estructural de la racionalidad venezolana.

Hay elementos muy sensibles que atender, como las conductas xenofóbicas hacia hermanas y hermanos latinoamericanos, y la excesiva permisividad a consecuencia de una admiración inducida a una gran parte de extranjeros europeos que han contribuido con la desigualdad que históricamente ha existido, muy pocos aportando soluciones, muchos siendo parte de las nuevas estructuras del despojo habitual. Esas conductas a nuestro modo de ver revelan una larga tradición inducida por el campo cultural dominante en todas las dimensiones de

la vida cotidiana, hundiéndonos en una suerte de socialización del endorracismo, como racionalidad que se expresa en momento de calentura política. Otro de los elementos que vemos como consecuencia de estos tratamientos extremistas entorno a la inmigración en general, que al paralelo de los procesos de sobre estimación por un lado y subestimación por el otro, despertaron en una parte de esa emigración latinoamericana deportada política, económica y cultural de sus lugares de orígenes, la confrontación entre pueblo y pueblo, la competencia, la intolerancia y falta de solidaridad.

Pensamos que estos dispositivos aplicados adrede motivado por el miedo a la insurrección popular, desde la ideología del racismo y sus aparatos de legitimación cultural como los medios, la escuela, las iglesias fueron diseñados para evitar el reencuentro del pueblo latinoamericano y caribeño como hermanos de una misma gesta histórica, así como también de similares procesos de recolonización y despojo que en las repúblicas oligárquicas americanas se fraguó.

Otro de los tratamientos que vemos peligroso para impedir la comprensión de nuestra racionalidad nacional es una “táctica prestidigitadora” de disimular lo medular de un debate saltando a otras dimensiones conexas pero que no tiene que ver con el planteamiento sobre la mesa; no sólo desde los textos que venimos trabajando, también desde los debates constituyentes a los que hemos estado asistiendo como etnomilitantes, hemos encontrado que una manera de despachar el planteamiento sobre el problema que revela a una parte de la sociedad con graves efluvios patológicos, es el racismo como práctica y fundamento, tomamos como ejemplo los debates, antes, durante y después acerca de la pregunta sobre autorreconocimiento étnico que en su experiencia de formulación por omisiones de contenidos políticos profundos y de alto calibre provenientes de las militancias del mundo afro y del mundo

indígena con el problema del racismo estructural, del endorracismo inducido, de la permanencia y persistencia del sistema de blanquitud de racionalidades segregacionistas, de los esteticidios programados, de la estigmatización ontológica de los grupos subalternizados étnicamente por la raciología nacional que como elementos constitutivos sobre el conflicto de cómo nos vemos, resalta una distorsión en la conciencia nacional que deviene de complejos etnoculturales infundados en la historia.

Esto nos remite a otro elemento, que es la divisa colonizante y colonizada de que se es venezolano sin más, borrando de un plumazo el género, la geocultura, las historias locales, la diversidad cultural en general, sin entender que al interior del gentilicio se han formado elementos como la inscripción etnocultural individual o colectiva como orgullo o complejo identitario nacional, y clausura de manera fundamentalista el debate siempre pendiente sobre la vigencia del racismo como hecho racional de la cultura en la estructura simbólica de la sociedad.

El ejemplo que siempre introducimos en el debate es más bien testimonial cuando nos ha tocado demostrar políticamente el dramático episodio del asesinato del joven Orlando Figuera en Altamira durante las Guarimbas del año 2017. Desde la percepción de una izquierda dogmática que mira el mundo incoloro desde el cristal transparente de su juicios y percepciones de la lucha de clases a secas, ese asesinato respondió a la identificación con el pueblo Chavista, pero sin entrar en mayor polémica con esas racionalidades, nos ha tocado caracterizar la situación acontecida desde nuestra experiencia militante e investigativa en la academia que estamos: en ese intento de guerra fratricida uno de los elementos centrales fue la identificación del pueblo venezolano pobre con sus marcadores raciales, taxonomizados desde la colonia; de allí que éste caído en la guerra etnocultural que se presentó en ese escenario físico haya tenido en el núcleo del *fascismo 2.0* venezolano la asociación

inmediata de si es afrovenezolano, y es pueblo pobre, entonces es pueblo chavista, trayendo como consecuencia el exterminio del enemigo histórico de casta para el campo cultural de los sectores dominantes. Entonces el problema no es sólo de clases, también es de melanina y de las inferencias simbólicas que hace en la linealidad del pensamiento el fascismo global.

Lo vimos en Bolivia en el año 2019 con la masacre a nuestros hermanos indígenas, lo vimos en EEUU En el año 2020 con el asesinato sistemático ejercido por el supremacismo blanco, y eso responde a que hoy en el gran sur global metafórico el clásico sujeto subalternizado por la condición etnorracista adjudicada desde la colonialidad del ser, es el sujeto político activo protagonista de la transformación de los escenarios que lo oprimen, la raza es uno y es constitutivo a la modernidad, de eso no hay la menor duda. Esta subjetividad se ha construido en la experiencia del proyecto civilizador moderno desde hace más de cinco siglos y se expresa con mucha mayor fuerza colectiva contra el norte global, como bloque histórico.

Preguntamos entonces abiertamente ¿a qué se deberá que el venezolano y la venezolana común han preferido autodefinirse más desde el gentilicio que desde la inscripción etnocultural? ¿A qué responde ese vacío identitario en una población evidentemente pluriétnica y pluricultural? ¿Cuándo se configura en la historia esa imagen homogénea de identidad en la mampara del gentilicio? ¿Cómo surge pensarse a sí mismo como venezolano o venezolana sin ningún asomo en la respuesta sobre la diversidad etnocultural? En términos políticos este remedo a las sociedades predominantemente blancas que cuentan en su seno “con minorías étnicas” en el caso venezolano: ¿es un atributo o un complejo? Y finalmente ¿este pensamiento es circunstancial y depende del momento histórico que se vive o está tan internalizado en la racionalidad que funciona casi como un acto reflejo?

Intentando responder todo a la vez, pensamos que no es posible la armonía social en una cultura que racionalmente es racista; por la complejidad que ese prejuicio ha traído históricamente a los sujetos que somos el objeto de la patología raciológica y del desprecio racial, afirmamos que aun hoy existe la segregación, que no somos un territorio liberado de prejuicios raciales, y que en muchos momentos cambia de intensidad cada vez que como pueblo protagonizamos el conflicto social. Políticamente no lo podemos escamotear más; debemos recordar en los años 80 del siglo XX el surgimiento de un “escuálido” movimiento nazi caraqueño de jóvenes con el cabello teñido de amarillo y fenotípicamente mestizos pernoctaba en los límites del este de Caracas y su Centro Comercial Chacaíto, impidiendo el paso de jóvenes afro, indios, mestizos múltiples a la zonas de la clase media alta de Caracas y que si nos atrevíamos a pasar la frontera imaginada por su sicopatología, era justificación suficiente para recibir palizas, pero además hacían rondas por urbanizaciones como Altamira, La Castellana y Los Palos Grandes (zonas de la clase media alta y alta), buscando negros, indios, pardos, mestizos múltiples para darles su merecido por el atrevimiento de haber entrado a la zona del ser sin salvoconducto. Muchos fueron los enfrentamientos juveniles de jóvenes de los sectores populares del este y del oeste que correataron más de una vez a estos “pura sangre”. Este acontecimiento fue muy poco mediatizado, salvo un programa mañanero de corte magazine y de denuncia al mismo tiempo que se transmitía en un canal privado de televisión, “A Puerta Cerrada” era el Programa y su conductora, la periodista Marieta Santana que abría el debate sobre las juventudes caraqueñas.

Tampoco nuestra generación olvidará el remedo de las fraternidades gringas con el surgimiento de una sociedad casi secreta llamada Tradición, Familia y Propiedad, donde sus fundamentos ideológicos eran abiertamente supremacistas.

Hemos tenido como experiencias episodios de microrracismos en la vida cotidiana, muchísimas de nuestras diferencias, contradicciones y antagonismos tienen su núcleo generador en la lucha racial. El racismo ha sido altamente promovido por la mediática nacional, a manera de omisión, invisibilización e indiferencia, a manera de amarillismo sobre el sensacionalismo a través de crónicas policiales en nuestras comunidades, el tratamiento de la policía, la displicencia de funcionarios públicos y de comerciantes, el racismo existe y se manifiesta cada vez que recuerdan el color del pueblo venezolano.

Ensayamos una genealogía de la subjetividad sifrina como ser histórico, hacedor de cultura y de relaciones que como por generación espontánea aparece a la palestra en la década de los 80 del siglo XX; aún hoy, tenemos nuestra dudas si fuese un diseño mediático como la estética de las *misses* y difundido por la industria del entretenimiento, o fue al contrario, la mediática se inspiró en ellos para hacer de su identidad una marca comercial, incluso desconocemos si en otros países de nuestra América, con otro nombre este desacierto de tupí-pavo-dandi se replicó en otras realidades.

El ser sifrino en Venezuela fue otra expresión de las ontologías emergente urbanas que buscaban una redefinición que los mantuvieron alejadas de los sectores populares, de lo afrovenezolano, indígena, de eso que los remitiera a una espiritualidad del tercer mundo, del subdesarrollo, de la barbarie, que les mantuviese incólume en su supra- conciencia civilizatoria de la modernidad. Con la intención de reafirmarse como élite más vinculados al prestigio de la ascendencia europea, a la moda del *american way of life* y a la persecución del *american dreams*, el sifrinaje como expresión urbana llegó a ser el símbolo del esnobismo principalmente caraqueño, que al igual que el Mantuanaje en su época, repercute con fuerza en el resto del país. Ser sifrino en la Caracas de los años 1980 era una manera

de legitimizar un *status quo* diferenciador de la realidad existencial de los sectores populares. El sifrinaje fue una generación que inauguró un arquetipo con características fenotípicas, lingüísticas, económicas, sociales y por supuesto culturales dentro de la diversidad identitaria urbana, donde la fatuidad era la regla. Al buscar etimológicamente su origen nos encontramos que no posee una definición concreta, por el contrario su génesis es incierta. “Al parecer proviene del árabe *cifr* (وريس) que significa cero, para indicar vacío o nulidad<sup>65</sup>. Lo cierto es que la sifrinería era sin duda un descontrol de los impulsos, esa soberbia de clase que históricamente los sectores que han ostentado el poder en Venezuela habían fabricado.

Nos interesa entonces descifrar qué estuvo por detrás del constructo sifrino como operador de la alienación en Venezuela. En la década de los 80 del siglo XX, mientras un grupo grande de jóvenes venezolanos y venezolanas, integrados principalmente por sectores populares y clase trabajadora, estaban comprometidos con la luchas contra la opresión del estado en la cuarta república, sufriendo la represión policial, el desempleo, la exclusión social, el acaparamiento de sus derechos humanos a través del secuestro al acceso a la educación, a la salud, a la vida digna, los grandes laboratorios de la industria del entretenimiento modelaban lo que Vladimir Acosta llama “estereotipos mediáticos” de la juventud venezolana, estableciendo una nueva expresión dialéctica social determinada por la histórica contienda ontológica entre opresores y oprimidos, pero luego con la añadidura del ámbito geográfico: los que vivían en el este de Caracas, o en urbanizaciones en el oeste de clase media, hechas a imagen y semejanza del sueño burgués, eran los sifrineros, el otro lado de la moneda, y de la división política territorial de la capital de Venezuela, en el oeste, se encontraban

---

65 <http://es.wiktionary.org/wiki/sifrinerosnob>

los y las jóvenes de los sectores populares en su gran mayoría de los cerros de la ciudad, llamados despectivamente *tierrúos*, *niches*, *malandros*, *choros*, términos descriptores utilizados por las élites locales.

De esta manera el *sifrinino*, identidad urbana que en muchos casos se ha afirmado que fue una identidad creada en laboratorios mediáticos, fue lo que el polémico doctor Edmundo Chirinos, siendo rector de la Universidad Central de Venezuela en los años 80 denominó “la Generación Boba” “para calificar a un grupo de estudiantes que iba en aumento” (Fernández, 2011:1, <http://www.aporrea.org/educacion/a119383.html>).

Héctor Fernández<sup>66</sup> nos plantea cómo se fue configurando una capa social con poder en nuestro país, y cómo este estereotipo de jóvenes contribuyó directamente a la perversión de la conciencia en Venezuela. El *Sifrinaje* integrando principalmente por jóvenes ricos de derecha, o hijos de personas que ostentaron el poder a fuerza de corrupción, compañerismo de partido político, representan esa cara del poder parasitario de nuestro campo cultural dominante local, donde se conjuga lo material con las intenciones de ascenso social.

Partiendo de la cita que incorporamos de Vladimir Acosta, resaltan en nuestra mente términos como “blanco”, “modelo de joven occidental”, “nunca negro o indio” y la contundente frase “el joven de la televisión colonizada, elitescas y racista que tenemos ha estado exhibiendo y promocionando por décadas, es el que se parece a los chicos y chicas *sifrininos* de colegios católicos y universidades privadas” (Acosta, 2013:236) Esa es la estampa que las y los venezolanos tenemos del *sifrinaje* caraqueño sobre todo, que con otros atributos como la manera de hablar, conocida como “el *mandibuleo*” (36) y la contracción sonar de las “r”,

---

66 Fernández Héctor (2011). Generación Boba (I) <http://www.aporrea.org/educacion/a119383.html>.

acompañada de la conciencia desnacionalizada, y la frivolidad de la manera de ver y entender el mundo, es lo que en Venezuela conocemos como sifrinos. Desde nuestro testimonio como caraqueñas de muchas generaciones en el territorio podemos afirmar que estas descripciones estaban asociadas a una reciente venezolanidad, la de los hijos e hijas de extranjeros europeos que vinieron hace muchos años a nuestro país naturalizándose venezolanos.

Hablamos de las y los extranjeros europeos en su gran mayoría españoles, italianos y portugueses que entraron a las fronteras venezolanas en épocas de la racionalidad reaccionaria institucionalizada, por su inclinación política y su formación ideológica, accediendo sin contradicción alguna, al campo cultural de los sectores dominantes en Venezuela. Hablamos de los que se convirtieron en socios culturales de los blancos criollos venezolanos, y formaron una “nueva sociedad mantuana repotenciada” de dominadores.

En ningún momentos nos referimos a los italianos y españoles comunistas, o venidos de los sectores populares europeos con conciencia de clase, “personas que vivieron lo peor de la violencia política del siglo XX en España”, a decir de la escritora Clara Valverde Gefaell<sup>67</sup>, que llegaron a los barrios de Caracas o a las urbanizaciones de la clase media baja y tuvieron que sortear la vida para alcanzar estabilidad física y emocional; tampoco hablamos de los pocos pero existentes portugueses que fueron asimilados por la familias caraqueñas de clase media baja, casados con venezolanas y que su venezolanidad se inscribió en la cultura del pueblo venezolano; atestiguamos sobre la inmigración permitida por la racionalidad colonial que

---

67 López Arnal Salvador (2014). Todo lo que quisiste saber de Desenterrar las palabras pero no osaste (por prudencia) preguntar. Conversaciones con Clara Valverde Gefaell en torno a Desenterrar las palabras: Transmisión generacional del trauma de la violencia política del siglo XX en el Estado español. Icaria, Barcelona.

incorporaba a nuestra cultura el espantoso fenómeno del *fascismo* como cultura de conquista.

La causa de una gran parte de esa venezolanidad por naturalización formó parte activa de un proceso de recolonización al pueblo venezolano, al paralelo de otro proceso extranjerización del mismo, convirtiéndonos en parias de nuestra propia tierra. ¿Cómo estamos comprendiendo el proceso de extranjerización del pueblo venezolano? Con el sociólogo y docente de Miguel Ángel Contreras Natera<sup>68</sup> (2014), específicamente desde el capítulo “Deslizamientos Epistémicos”, en el apartado la producción de alteridades negativas, pudimos desde sus precisiones categoriales recomponer nuestros argumentos sobre el tratamiento histórico al pueblo venezolano montado encima del conflicto de la desigualdad social, la segregación y la discriminación etnocultural que es donde surge con fuerza el debate sobre la ciudadanía moderna. En ellas se expresan complejidades entre las fronteras existenciales de lo legal y lo ilegal, la nacionalidad legítima e ilegítima y la relación colonial, en nuestro caso nacional en la inclusión de la venezolanización por naturalización y la exclusión como forma de extranjerización del pueblo sin sentido de pertenencia jurídica, gracias al condicionamiento desde la República Cosiata de que eran ciudadanos desde el privilegio de “ser hombres libres” en franca confabulación con el ideario de la cualidad de propietario, *verbigracia*, la afrovenezolanidad aun hoy en el 2020, en el contexto de la Revolución Bolivariana sigue siendo desde estos preceptos ilegal e ilegítima y eliminada como el estatus de emigrantes ilícitos que entran clandestinamente a una nación del primer mundo y siempre están en peligro de ser deportados.

---

68 Contreras Natera, Miguel Ángel (2014). Otro Modo de Ser o Más Allá del Euroccidentalismo. Colección Nuestra América. Fundación CELARG. Caracas, Venezuela.

Con Contreras Natera entendimos cómo se negaron principios de la modernidad implícitos en los postulados de la ciudadanía como soberanía y autodeterminación. El núcleo duro de este proceso sutil de exclusión lo suscribimos a lo que Contreras Natera muy bien define como “la excepción soberana” (Contreras Natera, 2014:308) en esa figura jurídica-política excluyente que nos sitúa aún hoy al pueblo afrovenezolano en particular, en el más absoluto desamparo legal, expuestos a la amenaza colonial y constante de no-ser ciudadanos. Allí subyace la construcción en el terreno simbólico de lo afro como lo negativo en el terreno de lo legal, con las omisiones jurídicas.

Ese gran episodio en nuestra experiencia como afrovenezolanos fue una de las justificaciones encubiertas de las negaciones en cuanto a derechos económicos como derechos humanos que repercutieron en la precaria base material de nuestras comunidades. Esta es la consecuencia directa de la reescritura fundamentalista en la dimensión etnocultural en el constructo racista-clasista de ciudadanía que tuvimos y se salda en parte con la incorporación de la categoría “pueblo” en el texto constitucional de 1999.

Sin embargo, no puede quedarse tácito y abstracto el concepto de pueblo, y lo afrovenezolano subsumido en él desde la experiencia histórica registrada cuando la oligarquía en el estado moderno se comenzó a autodefinir pueblo en clave conservadora. Todo este deslizamiento epistémico y semántico del pueblo en la racionalidad moderna del campo cultural de los sectores dominantes se viene definiendo con absoluta claridad en la obra histórica de Aura Elena rojas (2009) de la que hemos venido aprendiendo fenómenos históricos de mucho peso para la reconstrucción de las experiencias del pueblo en la comprensión de su propia geocultura. Hemos compilado algunos elementos que presentamos en forma de citas, para comprender esa autodefinición interesada de pueblo que adquiere

el país mantuano en tiempo republicano para entrar a la dinámica de la sociedad moderna “universal”.

En la tradición de enclave epistémico al hegemon moderno, en el siglo XIX adapta a la racionalidad de los procesos de modernización sufrido en los estados europeos republicano, en la concepción específica de unidad nacional, marcando clara distinción entre individuos y ciudadanos en nuestro caso, y en donde esta concepción de pueblo estará inscrita en la diferenciación establecida colonialmente por las presuntas virtudes inherentes de la europeidad con respecto a sus capacidades, virtudes y reales posibilidades de representatividad civilizatoria, cumpliendo con el mandato republicano moderno de “soberanía del pueblo”. Entonces el concepto del pueblo desde la supra-conciencia civilizadora moderna tiene el peligro de ser resemantizado según los intereses de los grupos dominantes; prueba de estos deslizamientos semánticos del término los encontramos en el seno de la sociedad civil venezolana actual cuando vemos que uno de los partidos políticos, más anti-populares de la ultraderecha venezolana, toma el nombre de una categoría empleada en nuestra constitución de 1999, “Voluntad Popular”.

La concepción de ciudadanía desde la conciencia supra-civilizadora moderna logró configurar medidas restrictivas que sirvieron para los procesos de criminalización del pueblo afro-venezolano, reflejado en actos concretos como demoras procesales, en los dilatados juicios de defensa de la gente negra en el sistema judicial penal.

La represión política y censuras que se desprenden de la patología del racismo. Recordemos como fuimos tratados por los cuerpos policiales como población, con respecto a las redadas en nuestros barrios populares, en los operativos en la calle, el tratamiento en la recluta para el ejército; la síntesis de esta racionalidad mantuana del *Homo demens* cultural como peligro

latente para nuestra población la tuvimos, con tergiversación de la política de seguridad ciudadana denominada Operación de Liberación y Protección del Pueblo (OLP) que en sus inicios era un plan para “combatir la delincuencia y, especialmente, el paramilitarismo colombiano”, pero la desviación de la Operación de Liberación y Protección del Pueblo evidencia la inercia de la ideología del racismo en la masacre de Barlovento, en poblaciones como Capaya, ocurrida entre octubre y noviembre de 2016, donde los caídos son fenotípicamente jóvenes afrovenezolanos de estas comunidades, que no eran el objetivo de la política de seguridad.

Esta violencia política debe entonces problematizarse porque es en estos puntos sensibles de nuestra cultura donde la ideología del racismo se sigue imponiendo en detrimento nuestro, como secuelas de la violencia estatal de la cuarta república, enquistada en la revolución bolivariana.

El mecanismo de las tecnologías civilizatorias se expresa en las inercias como el enfrentamiento del cuerpo de seguridad FAES con sujetos “irregulares y antisociales” en la región de Barlovento; el tratamiento escamoteado de la noticia en los medios oficiales o el procedimiento interesado hipervalorado como nunca antes en las noticias de los medios privados (que en los años 80 invisibilizaron casos como la Masacre del Amparo) nos hace comprender que nunca está en el centro del debate la patología cultural del racismo.

La aparición de la condición acrítica en la opinión pública afecta al chavismo y su co-relato fundamentalista redentor en la hipocresía de una población de herencia mantuana que ahora, por llevarle la contraria al gobierno bolivariano nos defiende del “Estado represor”; y el problema irresuelto en nuestra sociedad de los mecanismos impuestos por la guerra etnocultural que impone y reformula la lógica de la civilización moderna. Estas son las cuestiones de la identidad cultural que

debemos urgentemente problematizar, insistir con las dimensiones psíquicas de las anomalías sociales como el racismo, de allí, el “orden simbólico” que organiza la vida cotidiana, la realidad psíquica y por ende la realidad social que estamos interpelando como generación cimarrona del siglo XXI.

Al respecto, la construcción de la afrovenezolanidad como portadores de la “condición criminal”, la socióloga afrovenezolana Esther Pineda<sup>69</sup> (2020) nos deja algunos elementos que son fundamento sobre nuestro debate en el tema de la ciudadanía específica de la afrovenezolanidad. Extraemos elementos sustantivos para el debate. Lo primero que estamos reinterpretando en nuestro contexto político que revisa e interpela desde adentro al proyecto histórico que como colectivo militante asumimos defender, tiene que ver con el fenómeno de las ideologías supremacistas en el siglo XXI, con el repunte de prejuicios en la reaparición de estereotipos fundamentalistas, que han rebrotado en los imaginarios colectivos de nuestra sociedad herida de racismo.

La relevancia del debate radica precisamente en las inercias que ponen en peligro nuestra existencia en la medida que son los rasgos fenotípicos como los marcadores raciales, o las desviaciones interpretativas que refresca al sistema de blanquitud, en la configuración de simbólicas que nos asocian con la marginalidad y el ocio, con la criminalidad o como bien apunta la autora esta relación ideológicamente tautologizada “la racialización del crimen” o la criminalización racializada como mecanismo del control y la dominación sutil o abiertamente situada hacia la población afrodiaspórica en general luego de los procesos de esclavitud; es allí donde reposa la estigmatización.

---

69 Pineda G. Esther (2020). Afrocriminalización y políticas de seguridad racistas en América Latina. En: Revista Africanía Instituto de Investigación y Difusión de Culturas Negras “Ile Ase Osun Doyo”. Buenos Aires, Argentina. <http://www.estherpineda.com.ve/>

Nuestra determinación etnocultural en el continente ha sido simbolizada como una amenaza a la paz social.

Es una representación más del constructo histórico de la criminalización racializada, es el problema del racismo estructural siempre aplazado como debate político. No negaremos jamás desde nuestra posición política que la presencia del paramilitarismo colombiano para derrumbar el proyecto histórico está vigente como violencia política en todas las dimensiones de la vida cotidiana, en los ajustamientos a mujeres lideresas comunales, en el ataque contra nuestra moneda el bolívar, en el contrabando de extracción (bachaqueo) de rubros de consumo esenciales para nosotras, en la dolarización de nuestra economía, lo que deseamos destacar es que si el racismo sigue determinando los referentes subjetivos de criminalidad, continuaremos diezmando como población y perpetuaremos el problema de consolidar nuestro derechos ciudadanos.

La omisión de nuestros derechos ciudadanos afrovenezolanos se grafican en estas experiencias de inercias raciológicas que componen la dimensión jurídica de nuestros derechos humanos en la explicación concreta de las tecnologías civilizatorias que venimos agrupando; la operación semántica que nos dejó en la historia incluso republicana fuera de la Ley, es muestra en la historia de la aversión racial-colonial que ha golpeado a la diversidad cultural en Venezuela; eso que Miguel Ángel Contreras Natera, (2014) llama “excepción soberana” nosotras la traducimos en relación a la venezolanización por naturalización y a la extranjerización es específico de la afrovenezolanidad.

Todos estos aspectos descritos anteriormente son constitutivos a nuestro fundamento de despojo de la ciudadanía, es como estar suspendidos del sistema jurídico o en estado de inhabilitación como limbo de la arquitectónica legal, esto es, sin estatus jurídico diferenciador que nos hace ser sujetos

vulnerables a experiencias como la OLP que describíamos líneas atrás, a ser arrancados de nuestras comunidades geohistóricas como el caso del destierro del pueblo de Turiamo, en el Estado Aragua, por la construcción de una base naval en el gobierno de Marco Pérez Jiménez en la cuarta república, donde la existencia física se escindió de la existencia jurídica con el proceso de desterritorialización de las y los turiameros a la ciudad de Maracay.

El estado de excepción de lo afrovenezolano en cuanto a las garantías constitucionales venezolanas se da en que aún no somos sujetos jurídicos, esto propicia el espacio negativo de “impensar” la identidad entre ciudadanía y nacionalidad. Esta privación del estatus jurídico es otra de las formas abiertas y develadas de segregación que mantiene la inercia de la ideología del racismo en la dimensión de legalidad, si esto no fuera cierto, nuestros hermanos y hermanas indígenas no hubieran alcanzado la ciudadanía en la República Bolivariana de Venezuela con su inclusión en la Carta Magna en 1999 y su consecuente arquitectónica jurídica.

La excepción de la soberanía se traduce concretamente en nuestros derechos humanos como grupo etnoculturalmente diferenciado que no se encuentran consagrados en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela; desde 1999 seguimos suspendidos del derecho a pertenecer a la venezolanidad por histórico nacimiento; en nuestras necesidades geohistóricas compartimos con el mundo indígena la estigmatización como población subalternizada por la ideología del racismo; entendiendo que el tratamiento nunca va a ser igual en todas las dimensiones, gracias a las aclaratorias que permite conocer el pensamiento acerca de la diversidad cultural; es pertinente nuestra lucha en cuanto a definir conceptos propios tales como comunidad afrovenezolana, afrovenezolanidad, afrodescendencia, afrodiáspora, negro, negra; territorialidad

afrovenezolana, hábitat afrovenezolano, organización propia, instituciones propias, ancestralidad, tradicionalidad, integridad cultural, propiedad colectiva, medicina tradicional, prácticas económicas tradicionales, entre otros elementos propio del carácter cultural de afrovenezolanidad.

No hay razones coherentes en nuestro horizonte jurídico-político actual para la excepción de la soberanía, o la reiterada necesidad de subsumir nuestra identidad a la categoría pueblo, para que ocultamente siga prevaleciendo el carácter restrictivo y excluyente de la ciudadanía moderna, salvo las inercias del racismo. Las categorías de lo pluriétnico y lo multicultural son por supuesto y sin discusión alguna un salto cualitativo en el proceso de refundación patria, pensamos que en este contexto del mundo, ellas debe ser redefinidas en la concepción de pueblos diversos que hacen a la venezolanidad histórica, una identidad múltiple y heterogénea.

Todas estas explicaciones responden en primer lugar a nuestra propuesta investigativa que no se está preguntando solamente por la identidad nacional, por lo que somos, sino que frente a la ideología del racismo, interpela más bien su mantenimiento en el tiempo desde una racionalidad supremacista, por ello las preguntas son cómo estamos pensando la venezolanidad, cuáles son nuestras ideas, creencias manifiestas en estereotipos históricamente concebidos y, sobre todas las cosas, cuáles son esos pensamientos-raíces que terminan exteriorizándose en consecuencia en nuestra conducta, actitudes, valores y principios que operan analíticamente en la auto percepción del ser venezolano con respecto a los aspectos negativos y positivos de nuestra identidad.

Hemos venido declarando las razones por las cuáles en este trabajo investigativo Maritza Montero es un referente concreto y pedagogizador para la comprensión de nuestras realidades, ella nos ofrece un montón de relecturas de lo que se piensa de

la venezolanidad internamente *a priori* y externalizadamente *a posteriori*, mostrando en los discursos que obedecen a procesos concretos de recolonización inmigrante, un fenómeno bastante importante para nuestro estudio, la auto-exógena-percepción de la venezolanidad por naturalización de las generaciones descendientes de esas inmigraciones europeas, donde lo “auto” lo ubicamos por el hecho de “estar” en el territorio viviendo desde varias generaciones, la condición “exógena” es decir externa del interior de la cultura diversa nacional, porque siempre se sentirán inscritos culturalmente a su ascendencia europea, y muchos terminan teniendo muy poco sentido de pertenencia con las ancestralidades indígenas y afrovenezolanas, y finalmente, la “percepción” que estará determinada según “el color del cristal con que se mire”. Es por ello que deseamos problematizar todo lo referente a la construcción moderna de ciudadanía en Venezuela, sobre el significado profundo que ésta tiene, ya que en lo concreto fue un proceso de desnacionalización de los derechos del pueblo venezolano. Se salda gracias a Chávez el debate y la lucha histórica de los pueblos indígenas en este aspecto, quedando por resolver un sinfín de elementos medulares alrededor de lo que significa ser indígena en la venezolanidad. En cuanto a nosotros y nosotras está pendiente reparar, esto es tomar partido como posición política sobre la histórica “desestatalización” de la afrovenezolanidad como nacionalidad, como soberanía formal jurídicamente.

### **La sociedad civil: refrescamiento de la prepotente y arrogante racionalidad mantuana**

Representada por las clases altas y medias de la sociedad venezolana, una subjetividad que sostiene a la democracia representativa como ideario, una sociedad de la civilización en

sí y para sí de la tradición moderna occidental, blanca capitalista. Espacio semántico donde se gesta el liberalismo burgués como *ethos* cultural, donde se afirma su espiritualidad, donde se expande su paradigma existencial, otro gendarme; aquí se encuentra salvaguardada la síntesis histórica de la economía política del racismo en Venezuela. La primera reacción del pánico a la crisis económica se produce en el contexto de la caída de los precios del petróleo que devino en el viernes negro el 18 de febrero de 1983, donde la economía venezolana, cae estrepitosamente en una fosa sin retorno; la reacción del país mantuano, a decir de Herrera Salas.

En este tiempo se retejen incluso los cabos sueltos del racismo histórico hacia los sectores populares nacionales, en el andamiaje de la crisis económica, la descomposición política, el conflicto social se manifestará desde las esferas de la ideología del racismo, las crisis renuevan la idea supremacista de las razas inferiores, amalgamado en la racionalidad mantuana de nuevo y otra vez se conjugaron discriminación racial, con segregación social y exclusión económica. El contenido ideológico de la economía del racismo queda al descubierto en la medida en que se traza impertérritamente en los imaginarios racistas, el esencialismo de los negros e indígenas esclavizados, oprimidos y empobrecidos, pero que además los que por gracia divina siempre serán las fuerzas brutas en la cadena productiva, los que harán los trabajos que "*La Gente Decente*" no va asumir; en la división interna colonial- imperial del trabajo, las variables raza, clase, género, geografías y poder estarán estrechamente contenidas en la urdimbre de la desigualdad. La pobreza, la marginalidad, la violencia, no será nunca confesada desde la hecatombe que ha representado históricamente la discordancia en la repartición de la riqueza nacional, en la injusticia social, la pobreza, la miseria, la violencia inducida, se esencializan con los constructos ontológicos que configuró la

raciología nacional, que desnacionalizó la diversidad cultural histórica y naturalizó al recién llegado de Europa; no sólo la desigualdad racial y de clase, sino en cuanto a ciudadanía fueron sostenidas solapadamente, de allí se sostenía el discurso esencialista positivo, el que describía y difundía al blanco como gente decente. En este horizonte de sentido, donde la crisis afecta a las élites es donde su interior cultural supremacista, acomplejado, reaccionario, conservador, salen a relucir.

La década de los noventa del siglo XX, década de fuerte crisis económica generalizada, va subiendo la intensidad del racismo en Venezuela, el fenómeno mediático lo afinca aún mucho más; y a la par incluso como síntesis de un proceso acumulativo de lucha generado en décadas anteriores, surge con más fuerza el saldo organizativo de movimientos populares etno-militantes desde la afrovenezolanidad y los pueblos indígenas, que desde sus geohistorias y geoculturas promueven la participación política de los sujetos históricamente racializados, para tomar parte en la situación de crisis socioeconómica y vigorizar la diversidad de la identidad cultural nacional. Estos elementos fortalecieron aún más la virulenta lógica de la economía política del racismo, a la par del posicionamiento del neoliberalismo y la crisis de gobernabilidad imperante.

Al insurgir la Revolución Bolivariana liderada por Hugo Chávez, todas estas formas colonialistas por parte del campo cultural de los sectores dominantes, se pusieron de manifiesto con mucho más fuerza, no sólo por la transformación económica, política y social y de participación que promovió, no sólo por gobernar para el pueblo y desde el pueblo, sino que además desde su ser es claramente un hombre del pueblo, un zambo, un pardo, y las élites venezolanas desde la candidatura presidencial de Luís Beltrán Prieto Figueroa, nunca quisieron un presidente negro. El proceso constituyente de 1999 para refundar la patria e instituir la quinta república representaba el

peligro de que las clases subalternizadas conquistaran el poder, la expropiación de las propiedades acumuladas, los de la zona del no-ser dominando, administrando, mandando a los de la zona del ser, era la ruptura de orden colonial y neocolonial, sería el final real y concreto del país casi armónico. Uno de los golpes al orden moderno colonial es declarar a Venezuela como un estado pluriétnico y multicultural, que rompe con las tradicionales colonialidad y neocolonialidad del ser, desde la esfera jurídica, esto es desde el racismo como uno de los elementos constitutivos de la sociedad moderna, la participación en el proceso constituyente de los pueblo naciones indígenas venezolanos, aunque aún faltaba madurez política para la inclusión del mundo afrovenezolano en el horizonte jurídico, no se puede negar que este proceso fue el giro descolonial que comenzaba a escribir la historia insurgente venezolana. Lo cierto es que inicia un proceso de reversión de la sociedad, en sus aspectos social, económico, político, judicial y cultural, el campo cultural de los sectores dominantes, su lógica, conciencia, racionalidad oficializada y oficializante comienza a ser trastocada, y aunque no se haya logrado concretar un estado plurinacional, somos un estado pluriétnico y multicultural que intenta, lentamente, desde sus escalas posibles y tiempos culturales, detrás de sí, la herencia colonial moderna del racismo como ideología y la racialización como práctica supremacista. La línea abismal que dividieron, desde el orden colonial y se repotenció con el reordenamiento neocolonial, las zonas de los inferiores y las zonas de los superiores, fue trastocada en los imaginarios, hoy hay más gente consciente de que el racismo no sólo existe, sino que obedece a un patrón universal de la supremacía imperial-colonial.

El furibundo racismo histórico comienza a coger cuerpo al igual que frente a las revueltas indígenas, de los alzamientos cimarrones. La reacción mantuana será siempre racista y lo

están demostrando en la historia, una personalidad frenética y colérica. Se alborotó la colmena donde se encuentra toda la historia enquistada de desprecio racial irracional, la inmadurez política se pone de manifiesto con el racismo visceral que se enreda y confunde con la clase y los privilegios, dejando al descubierto las mezquindades históricas de nuestra deshonrosa clase dominante.

La subjetividad que aparecerá no sólo como oposición al gobierno bolivariano, sino al pueblo venezolano afirmando las banderas racistas del orden colonial, serán los que históricamente han perpetuado la división racial y social de la sociedad, los mecenas del etnocentrismo patológico de la primera colonialidad, la matriz nacional de la dominación, teniendo al racismo como el núcleo generador de la exclusión ontológica. En este escenario de la historia el país mantuano se agrupará bajo el nombre de sociedad civil, pero ¿qué estamos entendiendo de esta personalidad histórica en particular? Uno de los conceptos más específicos que hemos encontrado de sociedad civil lo otorga Isagleidy Quintero<sup>70</sup> En la contienda política serán uno de los reductos más prominentes de la democracia puntofijista, los guardianes de este orden social fundante de esa política cuarto republicana, que sostiene la cosmovisión del estado nación moderno occidental donde están depositados todos sus privilegios históricos.

Este estamento concibe al proyecto político como “el peligro pardo”, dicho desde las palabras del ex canciller venezolano, Simón Alberto Consalvi, el país no es zambo, “la zamba es la revolución”, son muestras del histórico rechazo racial que orbita en la conciencia del criollo venezolano radical, o el venezolano, criollizado, el naturalizado por su origen inmigrante

---

70 Quintero Isagleidy (2007). Sociedad Civil en Venezuela. En: <http://www.aporrea.org/ideologia/a42609.html>

o descendiente de europeos. Al igual que años anteriores en nuestra historia cada vez que la lucha popular deja en evidencia los antagonismos de casta/clase surgen las expresiones racistas que se refieren al pueblo como turbas, hordas, lumpen, representando a las y los que vienen del cerro, que son pobres, que tienen la piel oscura y que además se identificaron con Chávez como pueblo.

La chusma que integra la revolución parda-zamba, la del pueblo venezolano, desenmascara la falacia de igualdad social y armonía racial, la crisis afloró tumbando esa escenografía de que somos el país menos racista de Latinoamérica; este proceso en esta época es un retorno al racismo eurocentrado, a la primera colonialidad del ser, la heredada del *ethos* etnocentrista del imperio español, la que se ubica en los marcadores raciales, la que se oponía al ascenso social de los pardos, la de la gente decente, el mantuanaje, manifestándose otra vez y de nuevo, abiertamente.

El golpe de estado del 2002 contra Hugo Chávez es el espacio antagónico que permite dejar en evidencia la base racial de la exclusión, es el desplome de las jerarquías étnicas abiertamente, es el develamiento del fenómeno diferencial de la sociedad, fue el momento donde el maquillaje de la tolerancia se chorreó, y quedó al intemperie el pánico que les producía a los sectores medios y altos de la sociedad venezolana, perder el control sobre la nación, evidenciando que el racismo, como hemos reiterado en muchas oportunidades, fue uno de los dispositivos más eficaces de control colonial. El 11 de abril de 2002 no sólo es el retorno del terrorismo mantuano que se opuso fervientemente a los cambios económicos, políticos y culturales que ponían en peligro los privilegios étnicos acumulados históricamente en la pirámide societal de la desigualdad. Es también el momento de confrontación donde se ponen de manifiesto los imaginarios racistas de antaño, y se activa la fase

neocolonial del exterminio del contrario inferior, del enemigo interno no comunista, sino el derramado en el símbolo del pueblo racializado.

Los grupos empresariales y las clases altas, las tradicionales cúpulas del poder, vieron en las Leyes Habilitantes del 2001, sobre todo la Ley de Tierras y la Ley de Pesca una “amenaza inusual y extraordinaria” para su histórico *status quo*. Que el pueblo debatiera sobre los problemas que les cruzaban como sujetos históricos: la redundada masacre campesina, el problema de la tenencia de tierra, el conflicto ecocida que produce la pesca de arrastre, el control de las semillas, entre otros aspectos más, evidenció que desde la escena política-histórica de la federación no hubo golpe que sacudiera al latifundio y a los terratenientes. La construcción de la sociedad civil como zona del ser, tiene como línea abismal la ideología del racismo, y al antagonismo naturalizado en la zona del no-ser serán reconocidas por esta racionalidad como las hordas, la chusma, los monos, los tierrúos, las turbas, además son vándalos sanguinarios, y malandros peligrosos; en esos calificativos se encuentra una dimensión profunda del desprecio al pueblo desde la lógica del *ethos* empresarial, donde está la razón material, la razón socioeconómica de la supra-conciencia civilizatoria. La preocupación del empresariado que sólo ha producido históricamente conflictos al consumidor, orbita en el escalofrío que le produce que el lumpen, los negros, los indios, la gente simple, los ignorantes sin educación, accedan al poder económico, lo que han considerado como un atropello.

Frente a las declaraciones de un empresario de la agroindustria nacional en un canal de televisión privado en el 2001, que se refirió a los créditos agrícolas otorgados al campesinado beneficiado como “la gentuza subvencionada”, y al acto de transferencia de recursos como el mayor atropello al sector empresarial nacional, se pregunta un campesino afrovenezolano:

¿Cuál atropello?, ¿Estar sembrando? Y relata que muchos de esos empresarios nunca han producido nada, son intermediarios, son mayoristas y este estamento ha venido siendo el explotador inmediato del campesino. Así también queda al descubierto la economía política del racismo en el lugar que ocupan los empresarios y campesinos en la cadena productiva, la relación trabajo-capital, la reciprocidad colonial de acumulación por desposesión.

La exaltación del prejuicio racial se activó cuando las clases subalternizadas rozaron el poder y de esta manera sin quererlo, rompieron lazos históricos de dependencia y crearon pequeños espacios de autodeterminación y soberanía. Allí los asiduos consumidores de la ideología del racismo fueron fuertemente amenazados en su integridad supremacista, la renta principal de sus intereses fue inhabilitada como mano de obra esclava y pasaba a convertirse quizá en un competidor empresarial en el mundo agroalimentario, así como también la tierra, elemento de acaparamiento de la riqueza, pasaba a formar parte de las transferencias de recursos al campesinado, ampliando la propiedad colectiva de ese medio de producción.

Es el momento histórico cuando otra vez y nuevamente un mantuano mental de todos los tiempos, esta vez del sector empresarial es autoproclamado presidente, nuevamente este estamento cuenta con el apoyo norteamericano para el golpismo y la política injerencista, de nuevo “la racionalidad mantuana” desea conservar la estructura política tradicional venezolana y volver a la desestabilización del proyecto popular de liberación que le traería pérdidas multimillonarias. El racismo sistémico de este *tempo* histórico se reconfigura, replegada la burguesía criolla y trasnacional a pequeños espacios de poder; les queda la reducida trinchera de los medios de comunicación, que funcionarán abiertamente como partidos políticos neoliberales. Allí se diseña la sistemática desacreditación al pueblo, a

sus derechos políticos, a su identidad múltiple y diversa; uno de los canales televisivos le da especial cobertura a una marcha opositora, en donde un grupo ondeaba una pancarta que decía que luchaban contra “la revolución de los monos”.

Con las declaraciones mediáticas el racismo deja de ser un chiste íntimo entre clases dominantes, su circulación pública nos hace comprender a muchas y muchos afrodescendientes que las defensas a sus intereses carecían históricamente de contenidos profundos que legitimasen sus posiciones históricas, que el vaciamiento de su postura frente a la insurgencia del pueblo chavista estaba extinguida de significancia política era presuntamente, además, el motivo de las manifestaciones contra la Revolución Bolivariana.

La cúspide de esta sociología mantuana la ubicamos como síntesis histórica en la era del Chavismo, es el momento político de nuestra historia contemporánea donde vemos televisado el complejo de superioridad supremacista que les ha caracterizado como campo cultural de los sectores dominantes, se hace tangible en la memoria futura cómo los prejuicios fueron fuertemente institucionalizados y por ende naturalizados. El sector dominante va perdiendo espacios políticos de poder, se empieza a desvanecer el símbolo de progreso y desarrollo que el *ethos* empresarial publicitario había configurado como parte constitutiva de esa personalidad, para llenarse de declaraciones fatuas que denigraban del pueblo a favor de Chávez por ser mestizos, negros, indios. El destape fue total, no quedaron desde este episodio en particular, dudas sobre su formación humana y cultural, era evidente quienes eran los portadores históricos del primitivo humanismo colonial.

La furia plagada de frustración, miedos, rabias como expresión más instintiva de la especie en general y del etnocentrismo contemporáneo, golpearon las estructuras jerárquicas raciales, fue un momento crucial de nuestra historia actual

donde el pueblo se hizo colectivamente poder para liberar. De esta manera los laboratorios mediáticos transnacionales censuraron la voz del pueblo, falsearon información sobre la masacre perpetrada, cubrieron comunicacionalmente el golpe de Estado como acto heroico de retoma de la democracia representativa, construyeron mediáticamente al guarimbero como personaje protagonista, vimos al sujeto escuálido, consumido de rabia y dolor, macilento, desmejorado, descarnado. La crisis que avizoraban en su *ethos* de pureza racial se dibujó en el interior de su economía política del racismo.

Al destruirse la producción semántica del sujeto blanco en el interior del *ethos* mantuano el castigo al pueblo fue el paro petrolero, que tambaleó la economía venezolana. La élite, la gente del petróleo fue organizada alrededor de un paro convocado por Fedecamaras y PDVSA en mano de conquistadores españoles, en complicidad con la cultura neocolonial del petróleo. Quedaron sin efecto los argumentos alrededor de los presuntos derechos que han tenido por naturaleza, sus reclamos perdieron fuerza política para la percepción de los sectores populares; la falacia de que en Venezuela no hay ni ricos ni pobres y de que todos somos venezolanos, las justificaciones pueriles de que si los ricos tiene más plata habrá más inversiones y el pobre va estar mejor, empezaron a roer las bases del orden jerárquico establecido, ya la magia de la televisión y la mentira mediática no podían contener los procesos de autorreconocimiento que se gestaban con más fuerza que nunca.

La correspondencia que se retroalimenta entre racismo y economía política del capitalismo, desmorona con estos acontecimientos cualquier intento de justificación colonial, sólo las conciencias ingenuas, muchas, no sólo del campo cultural de los sectores dominante, sino de ese campo de la cultura dominada como la clase media venezolana, que asume sumisamente

su explotación, no lograron ver el giro descolonizador de la cultura que se expresa en la escena política nacional.

Entonces el pueblo chavista se convierte en el nuevo enemigo interno, es peligroso porque pone en evidencia sin quererlo que la desigualdad se ha expresado siempre como alimento del capitalismo; inician la transmisión de mensajes y significados del campo de la cultura dominante afirmando la presunta ilegitimidad del gobierno, que es “silogísticamente” hablando la ilegitimidad del sujeto político pueblo, “la Tautología mantuana; la ideología del racismo logra coger cuerpo desde su dimensión más retrógrada, el anhelado gobierno empresarial es postergado y la preocupación imperial por el gobierno de Chávez está sujeta del horizonte de sentido de la lógica y racionalidad supremacista, que defiende tácitamente la construcción del ser humano, desde su mismidad.

Es el drama cíclico de las élites criollas que vuelven a traicionar al pueblo hermano con el que ha convivido históricamente, al que han denigrado y despojado de los históricos derechos económicos que como venezolanos les corresponde, para entregarle todas nuestras riquezas al imperialismo trasnacional. La gran pataleta del sifrinaje nacional frente a condición de posibilidad que tiene el poder popular a ser realmente gobierno, comienza a ser boicoteada, surge el “Raspa-cupo” para desangrar la economía nacional y sacar las divisas de la renta petrolera fuera del país; el tradicional contrabandista de todos los tiempos que operaba en los estados fronterizos, se transforma en “bachaquero” para ir minando la posibilidad de seguridad y soberanía alimentaria que estaba abriéndose como camino propio; se posiciona el “guarimbero” que construirá en varios momentos de la contienda una suerte de 11 de abril metafórico, un golpe al estado y al sentimiento revolucionario que la insurgencia popular venía configurando, teniendo como objetivo político e ideológico la retoma de la seguridad

nacional puntofijista, esto es, el exterminio físico y espiritual del pueblo en su senda por la definitiva liberación. El enemigo interno, el comunista, en este escenario histórico, el chavista, es nuevamente la ruptura con los códigos éticos del principio cristiano medieval, el problema racial y de clase entra sin ninguna dificultad a plantear conflictos éticos; la ética entendida desde Emmanuel Lévinas como relación fundamental entre un yo y otro. En el horizonte de sentido de la ética se incorporan componentes representativos de las estructuras axiológica en rivalidad, por un lado, la voluntad de poder se contraponen a colonialidad de poder, las matrices diferenciales son muy sencillas, giran en torno al concepto de poder para liberar, poder colectivo, poder popular, y por el otro, la colonialidad del poder, poder para dominar, poder de minorías, poder de las élites la relación cara-a-cara, se enfrenta y acaba por establecer la no-ética de la guerra, como normativa en el mundo moderno.

### **Las guarimbas como expresión de la violencia fascista criolla: enlutando al pueblo**

*El fascismo es la esencia destilada del imperialismo. El racismo es sólo el reflejo más notorio de este hecho.*

LEÓN TROTSKY, 1920

En el escenario de violencia mundial inducida contra nosotras y nosotros los venezolanos, las élites políticas, empresariales e intelectuales, como agrupación de las élites narcisistas de esa sociedad civil, redefinida en este presente histórico como personalidades profundamente clasistas y racistas, muestran el desprecio por el pueblo con una fuerza exterminadora que evoca épocas anteriores; como co-relato interno del asedio internacional, las élites colocaron al pueblo en una situación

altamente peligrosa de extrema vulnerabilidad, los sectores populares fueron y siguen siendo amenazados de muerte por el prnato internacional imperial y la barbarie neoliberal sufriendo “la intervención quirúrgica” imperial en Venezuela, que deja saldos mortuorios en esta guerra civilizatoria.

Frente a la pobreza de ideas para el debate político, el escaso criterio sobre el manejo del conflicto social conjugado con el angustioso fracaso del campo cultural de los sectores dominantes, la imagen del pueblo para ellos se vuelve molesta y emerge con fuerza la violencia mantuana de carácter estructural. La reacción de este miedo los ha llevado siempre a sentirse profundamente amenazados y es cuando en el contexto de la contienda actual, emergió el mito guarimbero como la epopeya de la resistencia de la burguesía contra el “régimen”, escondiendo lo que está de fondo, el acecho de las burguesías entroncadas internacionalmente contra el pueblo venezolano; en la narrativa mediática se encuentra el mito de la paz social que tiene como finalidad real y concreta más allá de los encubrimientos, exterminar al enemigo interno, dándole continuidad histórica a los estereotipos racistas de esa venezolanidad.

Frente a la posibilidad de la insurgencia del poder popular las elites decidieron incursionar en el negocio de la guerra mundial, preparando una estructura de seguridad con mercenarios, en estados del territorio venezolano, donde abunda la economía terrateniente y latifundista; dentro de esas mañas de la praxis mercenaria se incluye el secuestro y la extorsión, a esta naciente estrategia de criminalidad, le surge un escuadrón que se atribuye las operaciones, las presuntas Autodefensas Unidas de Venezuela, que tenían ya en el año 2002 programados objetivos militares para transgredir en el horizonte político venezolano.

Desde el año 1997 parte del sector empresarial en Venezuela estaba gestando esta modalidad en el país, imponiendo otra

semblanza de terrorismo político y controlando el negocio de la violencia. Al llegar la revolución bolivariana al poder comienza con más frecuencia la incursión mercenaria en estados fronterizos, cumpliendo con una agenda de masacres, donde el pueblo ponía los caídos. Una de las tácticas de combate mediática, retoma la vieja usanza puntofijista de construir falsos positivos a partir de la racionalidad de la post verdad; en este contexto se rehabilita el pánico inducido hacia la guerrilla colombiana, haciendo mediáticamente responsable al Ejército de Liberación Nacional y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia Ejército del Pueblo de los asesinatos selectivos, calentando de este modo las fronteras venezolanas.

El año 2001 es el momento crucial en el que la burguesía nacional comienza a planear la salida de la Revolución Bolivariana del poder, y con ello, por supuesto, que es originalmente el objetivo militar, el acorralamiento al pueblo; invierten en la compra de armas y en el entrenamiento de paramilitares para generar una agenda de ataques terroristas contra Venezuela. Se articulan a la gran red de terroristas y narcopolíticos latinoamericanos, el estado de Florida en EE.UU. será uno de los espacios de capacitación de terroristas, para la preparación de una guerra dirigida contra el pueblo, por su atrevimiento a defender sus derechos políticos. El subterfugio, una nueva cruzada contra el comunismo internacional, el ocultamiento detener la consolidación del poder popular y sus formas conexas de sendas liberadoras en el continente. La infiltración paramilitar tiene como objetivo estratégico sofocar cualquier iniciativa de política nacionalista y nacionalizadora, siendo en el año 2004 uno de los objetivos a exterminar los grupos políticos de la parroquia 23 de enero en la ciudad de Caracas, uno de los barrios populares más emblemáticos de la resistencia contra el mantuanaje contemporáneo. Se buscaba la masificación de víctimas civiles, todos estos acontecimientos financiados desde

Venezuela, por la burguesía nacional. Comienza el contrabando de gasolina por la frontera colombo-venezolano, bajo control paramilitar, así como también el contrabando de alimentos subsidiados por el Ministerio del Poder Popular para la Alimentación, iniciando ya para el año 2007 la escasez programada de rubros esenciales de la cesta básica alimentaria. Otras de las estrategias de la para-política impuesta fue la penetración carcelaria para hacer de estos espacios una nueva área de control reclutando presos comunes; se le suma a este sistema de guerra civilizatoria contra el pueblo venezolano la penetración cultural a través de posicionar en la gente el gusto y la estética paramilitar, específicamente a través de la música, las telenovelas, que fue acompañada por una red de inteligencia que pasaba información desde los barrios a la ultraderecha venezolana, sobre la actividad de los cuadros políticos en las comunidades que apoyaban la revolución.

La finalidad concreta es la de engendrar en los imaginarios populares la violencia paramilitar, teniendo como plusvalor los elementos de la economía de consumo que impone la lógica mercenaria, intentaron naturalizar en las juventudes venezolanas de los sectores populares, el vicariato y formas más brutales de asesinato; al respecto, nos comenta Darío Azzellini<sup>71</sup> (2008) que se fragua un corredor andino paramilitar en la zona fronteriza con Colombia, que compra fincas para utilizarla como bases militares de mercenarios, se dedican a la compra y construcción de centros comerciales, contrabandean ganado, alimentos, medicinas y gasolina, viven del secuestro y la extorsión, del cobro de “vacunas” a los pequeños comercios, e incorporan actividades de narcomenudeo.

---

71 Azzellini, Darío (2008). *El Negocio de La Guerra. Nuevos Mercenarios y Terrorismo de Estado*. Monte Ávila Editores Latinoamericanas, C.A. Caracas, Venezuela.

Todos estos acontecimientos son las pruebas fehacientes de la instalación en nuestro territorio de la economía paramilitar. Luego ese corredor se va expandiendo primero al estado Zulia y luego a la zona centro occidental venezolana, específicamente en el eje Miranda-Caracas principalmente en los barrios populares, para luego instalarse en el eje Sucre-Delta Amacuro-Bolívar. Las Leyes Habilitantes del 2001, que se proclamaron en contra del latifundio, tocaron intereses sensibles de los terratenientes en Venezuela, esa es una de las razones principales de su abierta participación en el financiamiento de la acción paramilitar en Venezuela. Han sido estos actores económicos del campo cultural de los sectores dominantes, los autores intelectuales de la masacre campesina nacional, específicamente en estados como Zulia, Barinas, Apure y Táchira, acciones orientadas principalmente desde EE.UU.; el develamiento en el tiempo descubre que se trató del conjunto de estrategias paramilitares donde participaron activamente diversas esferas del campo cultural de los sectores dominantes, lo que se ha llamado enfáticamente la ultraderecha nacional, que no es más que la expresión de la neocolonialidad en el horizonte ideológico de la globalización.

Los blancos de ataques prioritarios del paramilitarismo son civiles principalmente, organizaciones de base, consejos comunales, frentes campesinos, pueblos indígenas, comunidades afrodescendientes, el pueblo venezolano organizado territorialmente. Allí en este espacio de batalla entre el pueblo y el imperio se han impuesto las más sofisticadas tecnologías civilizatorias para el exterminio de la energía liberadora popular.

La guarimba es la expresión de las nuevas guerras, de la guerra permanente que se intenta cada cierto tiempo imponer pero en versión criolla, mantuana, sifrina, representando ese norte metafórico que existe en el sur global; con ella se articula la expansión de la economía de guerra neocolonial, el

negocio de las guarimbas se alimenta de la necesidad de seguir sosteniendo los privilegios etno-sociales que han configurado durante cinco siglos, es la línea impertérrita de compromiso colonizador en defensa, respaldo y salvaguarda de la praxis hegemónica del modelo civilizador moderno, que como bien apunta la docente e investigadora venezolana Judith Valencia (2020) responde a los intereses de “su agenda de minorías”.

La incursión del paramilitarismo se expresa como el servicio de consorcios de guerra dentro de la economía de mercado, insiste en el sostenimiento del capitalismo extractivista neoliberal del mundo, y ese es precisamente el grito de libertad del guarimbero. En el negocio de las compañías militares privadas, la misión bélica contiene varias aristas, una de ellas es la de consolidar fábricas trasnacionales que confeccionan *la epidemia de la autoproclamación*, ya no de un empresario privado nacional como en abril del año 2002, sino de una presunta promesa política joven, representado por un militante mestizo del partido más fascista de Venezuela (Voluntad Popular).

La exploración ideológica del racismo histórico se presenta como la des-realización del sueño de liberación nacional para el pueblo, conjugada con una peligrosa alternativa de condición para-constitucional que legaliza en la comunidad internacional las riquezas robadas bajo el subterfugio de ayuda humanitaria. Con técnicas y tecnologías civilizatorias sofisticadas para la manipulación propagandística que anulan la parte racional del cerebro, se encubren las diferencias étnicas que van a ser las raíces históricas del conflicto actual; le mienten a los pueblos del sur, promoviendo incluso el derecho a la indignación y la rabia que tienen los jóvenes guarimberos contra el estado venezolano y se asocia a la imagen de heroísmo que mediáticamente (con referencialidad en la industria cultural jolivudense) han creado. El complejo entramado del conflicto en Venezuela, tiene su enclave en la reproducción del

dominio capitalista que es tutelado además por los complejos criminales institucionales de la guerra multiforme. Se trata de la reconstitución neocolonial que arranca de nuevo la marcha anti-popular emprendida por la blanquitud. Aquí se conjuga el poder del conocimiento imperial con el discurso propietario del campo cultural de los sectores dominantes; este es el momento político álgido de la violencia armada que volvió a virar hacia la extrema derecha, hacia el profundo sentimiento racista anti-popular, retomando el antiguo camino del colonizador.

En las nefastas guarimbas como expresión del monopolio de la violencia imperial en Venezuela, se hacen visibles los nuevos actores que personificarán a nuestros enemigos históricos de casta/clase, y volverán a interpretar el papel de nuestros depredadores naturales; en esta confederación colonial neocolonial encontraremos sujetos descendientes directos de ese “milagro mantuano”, hijos y nietos naturalizados venezolanos inmigrantes de las guerras europeas del siglo XX con sus imaginarios, y las conciencias zombificadas del endorracismo mestizo sobrevenido mantuano como racionalidad.

Desde este estamento vimos con horror las prácticas que llevaron a cabo: degollaron motorizados, quemaron a negros, indios y mestizos por su fenotipo que, desde su lógica disyuntiva, tenían que ser chavistas. Agarraron a niñas y niños del pueblo y los pusieron como carne de cañón en el enfrentamiento armado contra el ejército, encerraron a la clase media en sus territorios, dejándoles sin comida y sin transporte, llegaron a convidarle chucherías como Nutella a los hijos pequeños del pueblo para que fuesen a guarimbear, a pelear su guerra aborrecible y execrable para seguir intentando exterminar a las clases populares, todos estos procesos terminan por convertirlos en escuadrones del horror.

Las amenazas de guerra imperial promovidas por los Estados Unidos se insertaron durante varios meses como una

suerte de cotidianidad de la agresión contra el proyecto con el que el pueblo se había identificado; establecieron su sistema de crueldad, con sus manifestaciones violentas y sus ataques fascistas, la violencia provocada tuvo como grito de guerra la frase clave televisada de un *mantuanito* más de estos tiempos, “descarguen toda esa arrechera”. Mediáticamente el pueblo apareció como el fundamento de sus retóricas, confundieron mediatizar con comunicar, con el fin de levantar otra vez y nuevamente las banderas de la democracia burguesa representativa. Buscando los orígenes del vocablo guarimbas, viajamos por la memoria de Lilia Ugueto afrovenezolana de 87 años, quien nos dice que el término “guarimba” remite a sus años de niñez en un juego que se llamaba “gárgaro” el antecedente de la “ere”; la guarimba era el refugio, la taima para no ser alcanzado en el juego de persecución; la guarimba era el lugar de protección de los jugadores, era el lugar que te salvaba de ser agarrado, si esto último ocurría dejabas de ser libre, es decir, “perseguido” y pasabas a otra posición en el juego, convirtiéndote en el perseguidor. Es vital entonces comprender como la antropología mercenaria actuó sutilmente en los imaginarios venezolanos, y cómo los nombres de los juegos tradicionales, pasaron a ser parte del marco categorial de la lucha burguesa dentro de su política mediática.

Earle Herrera<sup>72</sup>, (2013) docente universitario, parlamentario y periodista venezolano las definió como una ola de violencia denominadas “guarimbas”, que fueron las acciones violentas de calle focalizadas con fines desestabilizadores.

En el mismo memorial del 2013, Earle Herrera compila varios testimonios y entrevistas, entre ellas, la del psiquiatra venezolano Heriberto González quien alrededor de las Guarimbas

---

72 Herrera Earle (2013). Víctimas de la Arrechera. La violencia fascista en Venezuela del 15 al 19 de abril de 2013. Foro Itinerante de Participación Popular. Caracas, Venezuela.

y los guarimberos nos dirá que los intereses del gran capital, pasaron a ser los de la política del terrorismo; esta injerencia se determinó en prácticas como la naturalización de la muerte, matar prójimos como expresión recalitrante de la sociedad de propietarios y a su vez, como opción desnacionalizada, transnacional, aplicaron los formatos de la guerra sucia, bloqueando la racionalidad humana con el estímulo de los sentimientos de sobrevivencia, elaboraron el sentido onírico de la inseguridad, de la sensación de peligro, así como la operación psicológica para declarar el estado de guerra permanente local, “han transformado el miedo en rabia” trabajaron irracionalmente las conductas básicas paranoicas, inducidas por el odio y generaron en esos procesos de desestabilización mental una suerte de disociación psicótica generalizada en este estamento, afectando al cerebro racional con la intención de crear angustia permanente en la colectividad, es decir montaron el escenario de la zozobra, agitación y el odio que producen las guerras al interior de los bandos antagonicos.

Uno de los episodios realmente alarmantes para el pueblo, lo lleva a cabo un joven hijo de inmigrantes europeos de 32 años para la época. Administrador de una empresa familiar dedicada a la ingeniería y la construcción, con el homicidio a Orlando Figuera, joven afrovenezolano apuñaleado y quemado vivo por órdenes del partido fascista Voluntad Popular. Entendimos que el eje alrededor del cual se articuló el fascismo criollo con sus prácticas de exterminio racial que insistieron en sostener el pensamiento de la colonialidad del ser, esto es que existen personas de menor valor humano por eso es legítimo aniquilarlos. Nos encontramos en el entronque de la colonialidad y neocolonialidad que dieron vida a la teoría racial fascista de combate de la sangre “impura” que sostiene la línea abismal del racismo y define desde la colonialidad del poder y

su repotenciación la neocolonialidad, la geografía semántica de las zonas del ser y el no-ser.

Orlando Figuera en su paso de regreso al trabajo rumbo a su casa, caminó por la zona residencial de la burguesía nacional; semánticamente en esos juegos nefastos de guerra, la circulación del pueblo por esas sendas, estaba prohibida. Allí fue emboscado y capturado como prisionero de guerra, torturado y mediatizado su martirio, con unos niveles exacerbados de crueldad, nunca antes hechos público; murió quince días después gracias a las puñaladas recibidas.

Hemos hecho especial hincapié que este asesinato se activa sobre todas las cosas desde el horizonte de sentido del racismo sistémico de todos los tiempos como experiencia colonial que sigue pululando en los imaginarios del campo cultural de los sectores dominantes, propia de la subjetividad moderna, que ve en sujetos racializados, incluso desde los más elementales marcadores raciales, el bárbaro con que luchó en tiempos de guerras de cruzadas en Europa.

De estas configuraciones racionales se dan, con mucha naturalidad, la eliminación de los presuntos enemigos, como psicopatología adquirida por el sistema de violencia impuesto por el fascismo. La versión colonial y neocolonial del racismo como sistema ordenador de las jerarquías humanas, por eso en nuestro análisis insistimos en que, el asesinato de Orlando Figuera, se da más bien en las dimensiones de la ideología del racismo, que por la identificación del sujeto político chavista; pensamos que ese es uno de los elementos más peligrosos de la guerra de exterminio etnocida, y de la complejidad de la cultura venezolana que no ha terminado de quebrar los conflictos estructurales de etnia/clase, sumándosele además los *ethos* culturales de inmigraciones que mantienen incólume generación tras generación la idea dogmática de la inferioridad de los pueblos nuestroamericanos por razones raciales.

Nos preocupó sobre manera en este episodio, la necesidad de Enzo Franchini Oliveros, el imputado como asesino, de exterminar lo que consideraba desde su racionalidad a Orlando Figueras como representación de razas inferiores; nos hace cuestionarnos el escamoteo del problema del racismo en el mundo pero sobre todo en nuestra sociedad donde somos evidentemente pluriétnicos y pluriculturales; son estos elementos históricos, los que nos han motivado a pensar en el racismo, como una patología etnocentrista que debe ser ya de una vez, abordada por la psicología social y la psiquiatría clínica.

En la reinterpretación de la transmisión generacional del trauma en la violencia política del siglo XX perpetrado por el estado español, Clara Valverde Gefaell (2014), nos lega las siguientes reflexiones, debe existir un profundo análisis existencial de lo que el trauma transgeneracional generó en los hijos y nietos de la guerra civil española, que incluso nacieron, crecieron y viven fuera de esa frontera, se trata de comprender cómo la violencia falangista generó daños en un proceso de colonización interna, de cómo vivió una familia con la estigmatización oficial estando señalados permanentemente como un “rojo”, un comunista. Es la vivencia de un plan sistemático para la aniquilación física y psíquica del enemigo, es la represión que produjo un desbordamiento psíquico y un impacto emocional de transmisión generacional, es decir una herencia psicosocial que estableció patrones relacionales.

Todos estos elementos los traemos a colación porque hay una dimensión de esa venezolanidad naturalizada que huyendo de la guerra civil española trasplantó sus raíces geohistóricas a nuestro país. De allí que abordemos la alta participación de hijos y nietos de inmigrantes españoles, italianos y portugueses en la guarimba como verdugos del pueblo venezolano; ese trauma transgeneracional tiene dos sentidos claros, el de los vencidos de ese escenario de guerra europea, que suele ser

más circunspectos, más parcos, distantes y comedidos y el de los vencedores que llevan ese legado en el inconsciente convirtiéndoles en sujetos peligrosos porque transportan mecánicamente la crueldad de una guerra que en sus mentes y memorias familiares no ha culminado, eso es una condición de posibilidad para que se transmitan en las nuevas generaciones, toda esa carga nociva que llevan en el inconsciente la voluntad bélica.

Además de múltiples circunstancias como las anteriormente mencionadas, han hecho que dentro de la concepción del fascismo y sus representaciones, mucho hijos y nietos perciban a sus padres y abuelos, falangistas, fascistas “como héroes y víctimas “de las circunstancias” (López Arnal, 2014:43)

Alrededor de la violencia política recordamos el texto de Frantz Fanon sobre “Los Condenados de la Tierra” el autor nos habla de cómo la guerra colonial termina incidiendo en trastornos mentales severos donde elementos como la construcción del enemigo interior, activan ideas como la “tarea” de vengarse, aupadas por el miedo, la culpa, la negación de los enfermos que están mentalmente en la guerra de conquista y dominación, que exalta la impulsividad criminal. Estos elementos suman argumentos para pensar en las víctimas que produce una cultura conquistataria como régimen despótico y el trauma del opresor degenerando en trastornos mentales y de comportamiento. En la guerra de conquista del mundo moderno, el conflicto radica en la negación sistemática del otro que no se materializa, y que se identifica con el pueblo racializado que al mismo tiempo se asocia al chavismo; esa violencia enconada termina creyendo que es un derecho privar al pueblo de todo atributo humano; la personalidad del colonizador configura al interior de esa racionalidad lo que Fanon denomina como psicosis reaccionales, patología mental del sentido de guerra que es parte fundamental de la patología que la produce; en el

individuo se desintegra la personalidad humana con actitudes sanguinarias, despiadadas, con prácticas inhumanas, generando la legitimidad del grupo que monopoliza la violencia desde un horizonte de guerra colonial, como auténtico etnocidio.

Hemos precisado la guerra imperial, sus formas a lo interno de nuestra realidad en una suerte de tipología de las guarimbas, la guarimba mercenaria como penetración del paramilitarismo colombiano, la formación nacional de fuerzas irregulares, el sicariato como práctica de exterminio del contrario; la guarimba comunicacional representada por el terrorismo mediático de los mercenarios *mass media* nacionales, que construyeron guiones cinematográficos alrededor de la puesta en escena de la presunta resistencia y lucha por la libertad, haciendo del asesinato, como el de Orlando Figuera, un aterrador *reality show*, sin escatimar el sufrimiento que le ocasionaron a la familia, y recordando permanentemente el enlutamiento del pueblo.

La guarimba cultural con la intención de detener el avance de la revolución popular como cultura de liberación nacional, y en donde sospechamos se puede vitalizar la inercia del racismo. La guarimba política con esos escuadrones urbanos, que buscan la guerra fratricida, desde el *ethos* empresarial como estamento intelectual que se define como la racionalidad de la propiedad privada.

La guarimba económica, donde figuran internacionalmente los corsarios petroleros despojadores y saqueadores del patrimonio económico; se instituye en esos encomendados de la derecha transnacional el “gendarme de los ricos”, los que perciben rentas millonarias de la crisis de productividad, del ataque a la moneda, del desgaste de los salarios, de la hiperinflación inducida y la dolarización de la vida cotidiana; la guarimba internacional, la del pranato político, la que bloquea, saquea riquezas, expropia dignidades, propone diásporas, y destruye al ser venezolano en el extranjero y, finalmente la guarimba imperial, la

del negocio de la Guerra que al interno de Venezuela, desde sus hazañas injerencistas desea recomponer el viciado aparato estatal de la cuarta república, buscando generar no sólo estallido social, sino la situación de caos e ingobernabilidad.

# In conclusiones

## **Sobre las advertencias a la reproducción automática e inercial de la racionalidad del país mantuano en la Revolución Bolivariana**

La complejidad del momento geopolítico mundial por la lucha del control de los recursos estratégicos del planeta para la economía neoliberal, nos debe poner en alerta sobre las acciones que se producen desde el imperialismo de las transnacionales contra Nuestra América. Pero la reflexión-acción no se da en un campo sesgado de comprensión de la política y lo político, no son sola y exclusivamente los partidos separados de la calle, con sus cuadros y sus líneas los que deben orientar la lucha por la liberación de los pueblos, somos muchos y muchas en la historia, somos los pueblos, desde nuestros territorios y nuestras organizaciones ancestrales y antepasadas, también, los y las que estamos descifrando el movimiento de la geopolítica imperial.

Por ello, consideramos que es de vital importancia poner varios temas en el centro del debate desde la racionalidad interseccional, que ningún tema trascendental escamotee otras luchas, porque la guerra de este tiempo es sistémica y sistemática y ataca simultáneamente varias dimensiones. Para nosotras es impostergable avanzar tanto sobre la denuncia y las acciones orientadas a revertir en la racionalidad popular los efectos de

las distintas formas en el que el racismo se expresa en la modernidad y, por extensión la colonialidad y neocolonialidad del poder, como en el prestar especial atención a los fenómenos ‘culturales’ que restauran los prejuicios etnocéntricos. Algunas reflexiones en torno a este tema lo encontramos en el libro *Contra Nuestra América*.

Por esa razón pensamos que debemos prestar mucha atención al interior de nuestra cultura nacional el surgimiento de una Guarimba ideológica, con una razón guarimbera como superestructura, que sostiene la inercia ideológica del racismo en la psiques de las y los venezolanos, como un espectro que asecha a la identidad, y que en lo fáctico está dada en lo que somos, fuimos y seremos en el interior de nuestras contradicciones. La Exclusión-invisibilización, explotación-despojo y subvaloración-negación, con la añadidura de la indiferencia por razones históricas de la raciología nacional deben ser depuestos a la mayor brevedad posible, en este escenario donde corremos el peligro de transcribir inercialmente al país mantuano. A lo interno de la venezolanidad y retomando las reflexiones marxistas sobre la reproducción en lo popular de lo que han creado espiritual y culturalmente por más de quinientos años el campo cultural de los sectores dominantes, debemos detectar esas narrativas y acciones discriminatorias y combatirlas desde allí, desde la matriz política, ya que en ese espacio embrionario donde se gesta nuestra cultura se ofrecen las condiciones de posibilidad reales para los contenidos liberadores que nutren la oposición a esta guerra civilizadora.

### *¿Cuándo lo popular se hace poder?*

No podemos comprender la vida histórica de lo que define al pueblo sin sus ancestrías etno identitarias, esas son nuestras

especificidades geoculturales. Ese determinismo asignado colonialmente ha sido la base de la opresión social a las vidas. Pobre, pueblo, es sinónimo en las regiones del sur global de sujetos racializados, nunca podemos escamotear que “raza/clase” como estigma, están estrechamente configurados en los antagonismos históricos de los campos culturales, ese pueblo, con estas características es el sujeto político de nuestra historia. La pregunta por **resolver en multitud** frente a la avanzada de la globalización etnofágica será ¿Cómo salir de la zona del no –ser desde el poder popular?, ¿Cuáles serán las sendas a recorrer?



## Fuentes consultadas

- ACOSTA SAIGNES, Miguel. (2009). *Latifundio: el problema agrario; Imperialismo y latifundismo; El latifundismo en Venezuela: Régimen, vida y muerte; Incapacidad económica del latifundio; Sentido de la reforma; La reforma en Europa; El problema de la tierra en América; qué hacer*. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial El perro y la rana.
- ACOSTA, Vladimir. (2013). *Ensayos radiales del programa Temas Sobre El Tapete*. Tomo II. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A.
- ACOSTA, Vladimir. (2020). *El monstruo y sus entrañas. Un estudio crítico de la sociedad estadounidense*. Biblioteca Vladimir Acosta. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A. y Editorial Galac.
- ACOSTA, Yamandú. (2010). “La constitución del sujeto en la filosofía latinoamericana”. Revista *Dialéctica*. Nueva Época. Año 33. Número 42. Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos (CEIL). Montevideo, Uruguay: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad de la República.

- ARAUJO, Orlando. (2013). *Venezuela violenta*. Colección Venezuela y Petróleo. Departamento de Publicaciones. Caracas, Venezuela: Banco Central de Venezuela.
- ARCILA FARÍAS, Eduardo. (1973). *Economía colonial de Venezuela*. 2.<sup>a</sup> ed. 2 vols. Caracas, Venezuela: Italgráfica.
- ARRUDA, Marcos. (2005). *Humanizar lo infrahumano. La formación del ser humano integral: homo evolutivo, praxis y economía solidaria*. Montevideo Uruguay: Editorial Nordan/Comunidad del Sur, traducido del portugués: PEP de Venezuela.
- ASAMBLEA NACIONAL DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA. (2005). *Ley Orgánica de Pueblos y Comunidades indígenas*. Caracas, Venezuela.
- AZZELLINI, Darío. (2008). *El negocio de la guerra. Nuevos mercenarios y terrorismo de Estado*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericanas, C. A.
- BARBA, Eugenio. (2010). *Quemar la casa. Orígenes de un director*. Traducción Ana Woolf. Bilbao, País Vasco: Biblioteca Teatro Laboratorio.
- BAUTISTA SEGALES, Juan José. (2014). *¿Qué significa pensar desde América Latina? Hacia una racionalidad transmoderna y postoccidental*. Colección N° 82, Cuestiones de antagonismo, Serie Poscolonial. Madrid-España: Ediciones Akal, S. A.
- BIBLIOTECA DEL CONGRESO NACIONAL DE CHILE. (2020). Examen del informe Rockefeller sobre América Latina. Santiago, Chile. En: [www.bcn.cl/laborparlamentaria](http://www.bcn.cl/laborparlamentaria)
- BIGOTT, Luis Antonio. (2010). *Hacia una pedagogía de la desneocolonización*. Colección Pensamiento Crítico Luis Beltrán Prieto. Caracas, Venezuela: Fondo Editorial Ipasme. Ministerio del Poder Popular para la Educación.
- BOBBIO, Norberto. (1976). *Gramsci y la concepción de la sociedad civil*. Barcelona-España: Editorial Avance.

- BOUTELDJA, Houria. (2016, julio-diciembre). *Ustedes, los blancos*. Bogotá-Colombia: *Tabula Rasa*, n.º 25, pp. 253-263.
- BRICEÑO GUERRERO, J. M. (2007). *El laberinto de los tres minotauros*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A.
- BRITO FIGUEROA, Federico. (1973). *Historia económica y social de Venezuela: una estructura para su estudio*. Tomo I. Caracas, Venezuela: Ediciones de la Biblioteca. Universidad Central de Venezuela.
- BRITTO GARCÍA, Luis. (2018). *El verdadero venezolano. Mapa de la identidad nacional. El historiador y abogado venezolano*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A.
- BUEN ABAD DOMÍNGUEZ, Fernando. (2006). *Filosofía de la comunicación*. Caracas, Venezuela: Ministerio de Comunicación e Información.
- CALLONI, Stella. (2016). *Operación Cóndor, pacto criminal*. Biblioteca Antiimperialista Oscar López Rivera. Serie Nuestra América. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial El perro y la rana.
- CARRERA DAMAS, Germán. (2012). *De la dificultad de ser criollo*. Colección Huellas. Serie Historia. Caracas, Venezuela: Editorial CEC S. A.
- CASTELLANO, Rocío. (2010). “Una sociedad excluyente”. En: Revista *Memorias de Venezuela* n.º 13. Caracas, Venezuela: Centro Nacional de Historia. Ministerio del poder popular para la Cultura.
- CASTRO GÓMEZ, Santiago. (2005). *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana.
- CHAKRABARTY, Dipesh. (2008). “La historia subalterna como pensamiento político”. En: *Estudios postcoloniales*. Ensayos

- Fundamentales. Serie mapas. Madrid, España: Edición Traficantes de Sueños.
- CIFUENTES GIL, Nicanor Alejandro. (2019). “Desmemoria y cenizas: Los otros incendios de la neocolonización extractivista”. En: <http://clorofilazul.blogspot.com/2019/11/desmemoria-y-cenizas-los-otros.html>
- CIFUENTES GIL, Nicanor Alejandro. (2020). “Un avance de la reorganización en un cuadro de castas de la monarquía española”, descrita en las investigaciones del psiquiatra historiador venezolano Francisco Herrera Luque.
- COMISIÓN PRESIDENCIAL PARA LA CONMEMORACIÓN DEL BICENTENARIO DEL AÑO 1810. *Bolívar y Petión. Trece cartas*. Colección Unida Nuestra América. Caracas, Venezuela: Fundación Centro Nacional de Historia. Ministerio del Poder Popular para la Cultura.
- CONTRERAS NATERA, Miguel Ángel. (2014). *Otro modo de ser o más allá del euroccidentalismo*. Colección Nuestra América. Caracas, Venezuela: Fundación Celarg.
- DEFENSORÍA DEL PUEBLO, Asamblea Nacional, Frente de familiares y amigos de asesinados, desaparecidos y torturados del período 1958-1998. (2012). Proyecto: “Ley para sancionar los crímenes, desapariciones, torturas, otras violaciones de los derechos humanos por razones políticas en el período 1958-1998”.
- DEPESTRE, René. (1977). “Saludo y despedida a la negritud”. En: Manuel Moreno Fragnals. *África en América Latina*. Serie: El mundo en América Latina. D.F., México: Siglo XXI Editores.
- DI MARE, María Fabiola. (2014). “Breve origen del medio pelo”. En: <http://misionverdad.com/la-guerra-en-venezuela/breve-origen-del-medio-pelo-venezolano>

- DÍAZ-POLANCO, Héctor. (2016). *El jardín de las identidades. La comunidad y el poder*. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial El perro y la rana.
- DUSSEL, Enrique. (2008, julio- diciembre). *Meditaciones anti-cartesianas: sobre el origen del antidiscurso filosófico de la modernidad. Tabula Rasa*, n.º 9. Bogotá, Colombia: Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.
- DUSSEL, Enrique. (2013). Para una erótica latinoamericana. Colección Heterodoxia. Serie Crítica Emergente. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial El perro y la rana.
- ESCALONA, Julio. (2016). *Geopolítica de la liberación. El siglo XXI de Chávez*. Colección Alfredo Maneiro. Serie Cuestiones Geopolíticas. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial El perro y la rana.
- ESTRADA ÁLVAREZ, Jiménez Martín, Puello-Socarrás. (2020). *Contra nuestra América. Estrategias de la derecha en el siglo XXI*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO-Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- FANON, Frantz. (1952). *Piel negra, máscaras blancas*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Abraxas.
- FERNÁNDEZ, Héctor. (2011). “Generación Boba” (I). En: <http://www.aporrea.org/educacion/a119383.html>
- FRANCESCHI BALAN, José Vicente. (2017). *El cacao en la vida venezolana y el mundo*. Caracas, Venezuela: Fondo Editorial Tropykos.
- FROMM, Erich. (1978). *Tener y ser*. D. F., México: Fondo Cultura Económica.
- GALEANO, Eduardo. (1971). *Las venas abiertas de América Latina*. Bogotá, Colombia: Siglo XXI Editores.
- GANTEAUME, Juan. (2006). *Chuaó antes de la obra pía. Origen y desarrollo de la plantación siglo XVI y XVII*. Colección un libro cada día. Serie Historia Regional. Caracas, Venezuela: El perro y la rana. Ediciones del Ministerio de Cultura.

- GARCÍA FERNÁNDEZ, Javier. (2019). *Descolonizar Europa. Ensayos para pensar históricamente desde el sur*. Madrid, España: Editorial Brumaria.
- GONZÁLEZ ORDOSGOITTI, Enrique Alí. (1997). “33 tesis sobre cultura”. En: *Diez ensayos de cultura venezolana*. Caracas: Fondo editorial Tropykos / Ciscuve (Centro de Investigaciones Socioculturales de Venezuela) Dirección de Desarrollo Regional del Conac.
- GROFUGUEL, Ramón. (2012). *La descolonización del conocimiento: Diálogo crítico entre la visión descolonial de Frantz Fanon y la sociología descolonial de Boaventura de Sousa Santos*. Estados Unidos: Departamento de Estudios Étnicos, Berkeley University.
- GROFUGUEL, Ramón. (2013, julio-diciembre). “Racismo/sexismo epistémico, universidades occidentalizadas y los cuatro genocidios/epistemicidios del largo siglo XVI”. En: *Tabula Rasa*, n.º 19. Bogotá-Colombia.
- HERRERA, Earle. (2013). “Víctimas de la arrechera. La violencia fascista en Venezuela del 15 al 19 de abril de 2013. Foro Itinerante de Participación Popular. Caracas, Venezuela.
- HERRERA LUQUE, Francisco. (1979). *Los amos del Valle*. Tomo I. Caracas, Venezuela: Editorial Pomaire.
- HERRERA SALAS, Jesús María. (2005). *Economía política del racismo en Venezuela*. Caracas, Venezuela: Fondo Editorial Mikhail Bajtin.
- JACOBS, Stella. (2007). *Víctimas de la democracia*. [Documental Histórico] Producción Villa del Cine. Caracas, Venezuela.
- KOHAN, Néstor. (S/f). *Simón Bolívar y nuestra independencia. Una lectura latinoamericana*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones digitales de La Rosa Blindada.
- KUSCH, Rodolfo. (1976). *Geocultura del hombre americano*. Buenos Aires, Argentina: Edición Fernando García Cambeiro.

- LINARES, P.; Castillo, I.; Gil, F. A. (2009). *Víctimas de la democracia representativa*. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial El perro y la rana.
- LINARES, Pedro Pablo. (2011). *Insurrección armada en Venezuela*. Caracas, Venezuela: Dirección General de Promoción y Divulgación de Saberes. Coordinación de Ediciones y Publicaciones. Universidad Bolivariana de Venezuela, Ministerio del Poder Popular para la Educación Universitaria.
- LISCANO, Alirio. (2014). *El MIR y la lucha armada*. Testimonios sobre el “Ronco” Moleiro, Jorge Rodríguez y otros “quijotes”. Caracas, Venezuela: Vadell Hnos. Editores, C.A.
- LÓPEZ ARNAL, Salvador. (2014) *Todo lo que quisiste saber de “desenterrar las palabras” pero no osaste (por prudencia) preguntar*. Conversaciones con Clara Valverde Gefaell en torno a “Desenterrar las palabras”: Transmisión generacional del trauma de la violencia política del siglo XX en el Estado español. Icaria, Barcelona.
- LÓPEZ BOHÓRQUEZ, Alí Enrique. (2009). *El rescate de La autoridad colonial en Venezuela: La Real Audiencia de Caracas (1786-1810)*. Colección Monografías. El pueblo es la historia. Caracas, Venezuela: Fundación Centro Nacional de Historia. Ministerio del Poder Popular para La Cultura.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, Roberto. (2004). *Raíces históricas del proceso de cambios en Venezuela*. Maracaibo-Zulia: Departamento de Ciencias Humanas, Facultad Experimental de Ciencias. La Universidad del Zulia.
- LÓPEZ Y RIVAS, Gilberto. (2012). *Estudiando la contrainsurgencia de Estados Unidos: manuales, mentalidades y uso de la antropología*. D. F., México: Centro Regional Morelos del Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- MALDONADO-TORRES, Nelson. (2007, 25 y 26 de mayo). “Del mito de la democracia racial a la descolonización del poder, del ser y del conocer”. Salvador de Bahía, Brasil. Conferencia

- Internacional “Reparaciones y descolonización del conocimiento”.
- MÁRQUEZ MENESES, Julio César. (2002-2005). “Ensayos dialécticos entre pueblo y país”. Conversaciones personales, Caracas, Venezuela.
- MÁRQUEZ UGUETO, Lilia Ana. (2019, enero-junio). “De las tensiones étnicas, de género y clase en la experiencia afrovenezolana”. Creación Territorios Memorias. *Isla Firme* Revista semestral, n.º 4, año 2. / Cátedra Libre África. Centro de Estudios Sociales y Culturales. Universidad Bolivariana de Venezuela. Caracas, Venezuela.
- MONTAÑEZ, Ligia. (1993). *El racismo oculto en una sociedad no racista*. Caracas, Venezuela: Editorial Tropykos.
- MONTERO, Maritza. (2008). *Ideología, alienación e identidad nacional. Una aproximación psicosocial al ser venezolano*. Caracas, Venezuela: Ediciones de la Biblioteca. Universidad Central de Venezuela.
- MORIN, Edgar. (2005). *Breve historia de la barbarie de occidente*. D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- MOSONYI, Esteban Emilio. (1982). *Identidad nacional y culturas populares*. Serie Identidad nacional. Caracas, Venezuela: Editorial la Enseñanza viva.
- MUÑOZ, Ronald. (2010). El regreso de los realistas y su derrota final ante los pueblos. Colección Alfredo Maneiro. Serie en la historia. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial El perro y la rana.
- NÚÑEZ TENORIO, J. R. (2011). *El carácter de la Revolución Venezolana*. Colección: Ideas Claves. Ediciones de la Presidencia de la República. Ministerio del Poder Popular del Despacho de la Presidencia. Palacio de Miraflores. Caracas-Venezuela. En: [www.presidencia.gob.ve](http://www.presidencia.gob.ve)
- ÖCALAN, Abdullah. (2017). *La civilización capitalista. La era de los dioses sin máscaras y los reyes desnudos. Manifiesto por una*

- civilización democrática*. Vol. II. Fondo Editorial Ambrosía. Comité de Solidaridad Kurdistán-Venezuela. Prisión de la isla de Imralí- Turquía.
- OJEDA, Fabricio. (2018). *Hacia el poder revolucionario*. Colección Alfredo Maneiro. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial El perro y la rana.
- OSORIO BOHÓRQUEZ, Leonardo Flavio. (S/f). “El racismo de Estado en tiempos de Gómez”. En: proyecto de tesis doctoral: “Poder y negocios en el proceso de consolidación del Estado liberal venezolano. Caso Zulia 1908-1936”. Centro de Estudios Históricos, doctorado de Ciencias Humanas de la Universidad del Zulia. Maracaibo, Zulia. En: <https://produccioncientificaluz.org/index.php/cuestiones/article/view/22769/22655>
- PALACIOS, Ángel (dirección y guion); Rivera, Rommy; Rivero, Julio; Timossi, Fernando; Viloría, Eduardo (producción); Palencia, Luis; Golinger, Eva; Carvajal, Amílcar. (investigación). (2005). *InjerenCIA: La invasión silenciosa*. Capítulo “Venezuela años 50”. [Serie Documental]. PanaFilm, AN-MCLA y Ministerio de Cultura. Caracas, Venezuela.
- PALACIOS, Ángel (dirección y guion); Rivero, Julio; Barreto, Thony; Díaz, Xiomara; Timossi, Fernando; Fox, Michael (producción); Pérez, Andreína; Palencia, Luis; Rivero Mata, Adolfo; Golinger, Eva; Flores, Kaori; Bigwood, Jeremy; González, Enrique; Lucena, Miguel; Ramos, Iván (Investigación); Bastidas, Gustavo; Rodríguez, Alexander (postproducción). (2007). *InjerenCIA: La invasión silenciosa*. Capítulo “Venezuela: Desaparecidos en Venezuela”. [Serie Documental]. PanaFilm. Telesur.
- PALACIOS, Ángel (dirección y guion); Rivero, Julio; Barreto, Thony; Díaz, Xiomara; Timossi, Fernando; Fox, Michael (producción); Pérez, Andreína; Palencia, Luis; Rivero Mata, Adolfo; Golinger, Eva; Flores, Kaori; Bigwood, Jeremy;

- González, Enrique; Lucena, Miguel; Ramos, Iván (investigación); Bastidas, Gustavo; Rodríguez, Alexander (postproducción). (2007). *InjerenCIA: La invasión silenciosa*. Capítulo “Venezuela, años 80”. [Serie Documental]. PanaFilm. Telesur.
- PALACIOS, Ángel (dirección y guion); Rivero, Julio; Barreto, Thony; Díaz, Xiomara; Timossi, Fernando; Fox, Michael (producción); Pérez, Andreína; Palencia, Luis; Rivero Mata, Adolfo; Golinger, Eva; Flores, Kaori; Bigwood, Jeremy; González, Enrique; Lucena, Miguel; Ramos, Iván (investigación); Bastidas, Gustavo; Rodríguez, Alexander (postproducción). (2007). *InjerenCIA: La invasión silenciosa*. Capítulo “La CIA contra Venezuela bolivariana”. [Serie Documental]. PanaFilm. Telesur.
- PÉREZ GUGLIETTA, Rodolfo. (2017). “Subsistencia y opresión en sectores excluidos del siglo XVIII venezolano”, n.º 11, Colección Pedro Felipe Ledezma. Caracas, Venezuela: Fondo Editorial Ipasme. Ministerio del Poder Popular para la Educación.
- PINEDA G., Esther. (2020). “Afrocriminalización y políticas de seguridad racistas en América Latina”. En: Revista *Africanía*. Instituto de Investigación y Difusión de Culturas Negras “Ile Ase Osun Doyo”. Buenos Aires, Argentina. En: <http://www.estherpinedag.com.ve/>
- QUINTERO, Isagleidy. (2007). “Sociedad civil en Venezuela”. En: <http://www.aporrea.org/ideologia/a42609.html>
- QUINTERO, Rodolfo. (1976). *Antropología del petróleo*. D. F. México: Siglo XXI Editores.
- QUINTERO, Rodolfo. (2012, julio-diciembre). “La cultura del petróleo”. Suplemento de la *Revista Banco Central de Venezuela*. Vol. XXVI, n.º 2. Biblioteca del Pensamiento Económico. Banco Central de Venezuela. Caracas, Venezuela.

- RANGEL, José Vicente. (1967). *Expediente negro*. Caracas, Venezuela: Editorial Domingo Fuentes.
- REVISTA *MEMORIAS DE VENEZUELA*, n.º 20. (2011). “Expedición de Los Cayos de San Luis (diciembre de 1815-julio De 1816)”. Caracas, Venezuela: Centro Nacional de Historia. Ministerio del poder popular para la Cultura.
- RÍOS CORONEL, Marcial. (2013). *Insurgencia. 1960 Frente Simón Bolívar*. Testimonios. Caracas, Venezuela: Editorial Galac.
- RIOSERAS, Susana. (2007). “La tiranía de la moda y la belleza. Reinventando la corporalidad femenina”. Asociación de mujeres Hypatia de Burgos. En: [http://www.feministas.org/IMG/pdf/19-\\_dictadura\\_de\\_la\\_belleza-\\_Susana\\_rioseras.pdf](http://www.feministas.org/IMG/pdf/19-_dictadura_de_la_belleza-_Susana_rioseras.pdf)
- RODRÍGUEZ, Simón. (1990). *Sociedades Americanas*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- ROJAS GUILLEN, Aura Elena. (2009). *Insumisión popular 1830-1848. Colección Bicentenario Independencia y Revolución*. Caracas, Venezuela: Fundación Centro Nacional de Historia. Ministerio del Poder Popular para La Cultura.
- SAID, Edward W. (2007). *Representaciones del intelectual*. Bogotá, Colombia: Editorial Debate.
- SALDIVIA NAJUL, Fernando. (2011). “Racismo y discurso del mestizaje en Venezuela”. En: <http://www.fernandosaldivia.blogspot.com>
- SOSA CÁRDENAS, Diana. (2010). *Los pardos. Caracas en las post-trimerías de la Colonia*. Caracas, Venezuela: Universidad Católica Andrés Bello.
- SPIVAK GAYATRI, Chakravorty. (2008). “Deconstruyendo la historiografía. Estudios de Subalternidad”. En: *Estudios postcoloniales. Ensayos Fundamentales*. Serie mapas. Madrid, España: Edición Traficantes de Sueños.

- VACA NARVAJA, Daniel (realizador); Ugarte Siese, Manuel (productor); Haidar, José y Miranda Roberto (guionistas); Sosa, Pablo (fotografía); Fatiga Artaza, Javier; Jones, Andrés (editores); Fatiga Artaza, Javier (música original); Civalero, Manuel (sonido); Sosa, Pablo (dirección de arte); Fatiga Artaza, Javier y Jones, Andrés (animadores). (2009). *El despertar de Ameroibérica II-De Bolívar a Chávez, hacia la segunda independencia*. [Documental]. Argentina. Producido por la Fundación Miguel Hugo Vaca Narvaja.
- VALVERDE GEFAELL, Clara. (2014). *Desenterrar las palabras. Transmisión generacional del trauma*. Madrid, España: Icaria Más Madera.
- VÁSQUEZ I., Fidel Ernesto. (S/f). “Intervenciones del Dr. José Vicente Rangel. Congreso de la República de Venezuela años 1960-1982”. En: <http://fidelernestovasquez.wordpress.com/>
- VÁSQUEZ, L. (directora); Laprea, A. (guionista). (2008). *Cuando la brújula marcó el sur*. [Largometraje documental] Venezuela. Producido por la Villa del Cine y Distribución de Amazonia Films.
- VILLÁ, Marc (realizador). (2007): *Venezuela Petroleum Company* [largometrajes documentales]. Fundación Villa del Cine. Caracas, Venezuela.
- ZUBILLAGA PERERA, Cecilio. (2015). *La terrofagia y otros aspectos*. Colección La Expresión Americana. Caracas, Venezuela: Fundación Biblioteca Ayacucho.

# Índice

<b>Presentación de la comisión</b>	7
<b>Palabras preliminares</b>	11
<b>Introducción</b>	15
La colonia	15
Mantuanaje	28
Amos del valle	39
La economía política del racismo expresada en la experiencia ontológica de Los Grandes Cacaos	43
¿De cuánto dinero acumulado por los grandes cacaos estamos hablando?	65
Grandes Cacaos al cierre	73
Lo que hemos resemantizado de la psichistoria de Montero	79
Viaje al centro de la memoria: irrupción de la psichistoria nacional como método que nos lega Maritza Montero	97
Las Repúblicas: un gran exordio	103
<b>Capítulo 1</b>	
<b>Del bolivarianismo al paecismo</b>	107

Tiempos de independencia: primera y segunda república	107
Criollidad	112
La conjura de los mantuanos: una breve síntesis de las luchas criollas por alcanzar el poder político absoluto	113
El pueblo fue sabio y paciente	117
La República de La Cusiata: la representación de las repúblicas oligárquicas desde Venezuela	123
<b>Capítulo II</b>	
<b>La providencia norteamericana</b>	139
Los pactos históricos que creó la oligarquía mantuana: el pacto colonial en los residuos de las colonialidades	144
El Pacto de Coche. Pacto de esquilmación	146
Acaparamiento de los derechos socio-económicos	147
Zamora y la guerra larga	147
La Guerra Federal	148
La reorganización del país mantuano	150
<b>Capítulo III</b>	
<b>De oligarquía colonial a burguesía neocolonial</b>	155
Tránsitos y desplazamientos al interior de la cultura dominante: la invención del mestizaje	168
Configuración racional del ser Burgués: Los talentos que trabajaremos de la burguesía en Venezuela	169
La democracia racial	169
El papel de la burguesía en Venezuela	175
Ajustes de las mentalidades	177
Esteticidio en Casimira Monasterio	186
La raciología mediática a través del esteticidio gris	191
Sobre tecnologías civilizatorias de la neocolonialidad del ser, poder y saber	196

<b>Capítulo iv</b>	
<b>Fenomenología del petróleo</b>	201
Los procesos históricos que remiten a la fragua de la cultura del petróleo en Venezuela	206
El incendio del pueblo de agua Paraute	216
Sobre el ethos petrolero en los estilos de vida venezolanos	221
La institucionalización venezolana de la zona del no-ser: la democracia puntofijista	234
Fórmula de la Guerra Fría: política del Imperio norteamericano	236
La doctrina hematófaga de la seguridad nacional	245
<b>Capítulo v</b>	
<b>El campo de la cultura dominada, la reconfiguración del sujeto moderno y la racionalidad del renegado</b>	263
El medio pelo	263
Sifrinaje	265
Genealogía de una expresión del sifrinaje	269
La sociedad civil: refrescamiento de la prepotente y arrogante racionalidad mantuana	296
Las guarimbas como expresión de la violencia fascista criolla: enlutando al pueblo	307
<b>INCONCLUSIONES</b>	321
Sobre las advertencias a la reproducción automática e inercial de la racionalidad del país mantuano en la Revolución Bolivariana	321
<i>¿Cuándo lo popular se hace poder?</i>	322
<b>FUENTES CONSULTADAS</b>	325







*País mantuano.*  
*Ensayos de filosofías del cimarronaje*  
*en clave de historia insurgente*  
se imprimió  
en la imprenta Bicentenario de Carabobo  
de la Fundación Editorial El perro y la rana  
en octubre de 2023  
Caracas - Venezuela





*País Mantuano* es un fragmento de la tesis doctoral dentro del Programa Nacional de Formación Avanzada Doctorado en Ciencias para el Desarrollo Estratégico en la Universidad Bolivariana de Venezuela. Escrito experimental que tuvo como principal objetivo estratégico la recomposición y reconfiguración de una narrativa sobre el Campo Cultural de los Sectores Dominantes a partir del intento por reparar una historia de las estructuras venezolanas que desde las élites locales se ha impuesto como racionalidad. Se ocupó de reflexionar sobre las relaciones asimétricas de poder en Venezuela impuestas desde la *ideología del racismo*.

### LILIA ANA MÁRQUEZ UGUETO

Licenciada en filosofía UCV (2009). Dra. En Ciencias Para el Desarrollo Estratégico Universidad Bolivariana de Venezuela UBV (2021).

Docente investigadora adscrita al Centro de Estudios de Educación Emancipadora y Pedagogía Crítica UBV. Investigadora militante de la Cátedra Libre África UBV. Profesora del Programa de Formación de Grado en Agroecología UBV. Integrante del colectivo de Mujeres Negras, afrodescendientes y Afrovenezolanas Trenzas Insurgentes, CECLAYA y Cumbe Nacional Afrovenezolano Colectivo de trabajo Cumbe educativo formativo.



IMPRESO EN TIEMPOS DE  
GUERRA ECONÓMICA  
CONTRA VENEZUELA